

Del autor de la saga *bestseller*  
*La guerra de las Dos Rosas*

CONN IGGULDEN

*The Independent*  
EL HALCÓN DE  
ESPARTA



LOS

IMPERDIBLES

# El Halcón de Esparta

*Conn Iggulden*



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2017

## Índice

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

SEGUNDA PARTE

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

NOTA HISTÓRICA

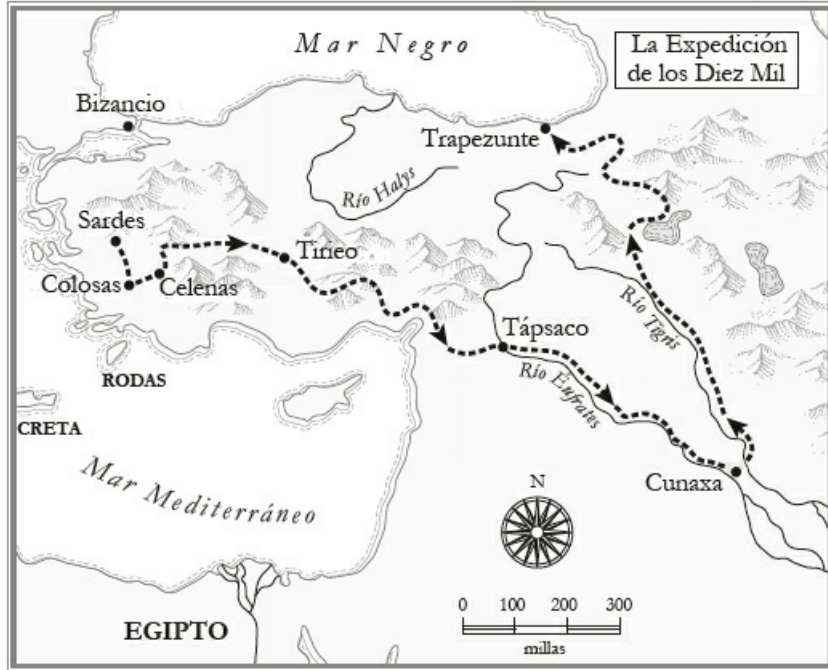
NOTAS

CRÉDITOS

A mi hijo Cameron,  
que me acompañó a Esparta.

En 401 a. C., el rey persa gobernaba un imperio que se extendía desde el mar Egeo hasta el norte de la India, con cincuenta millones de súbditos... e inmensos ejércitos.

Colaborando por tierra y mar, solo Esparta y Atenas lograron derrotar a los persas.



# PRÓLOGO

**E**n Babilonia, los estorninos, con los picos abiertos por el calor, mostraban sus oscuras lenguas. Tras las inmensas murallas de la ciudad, el sol caía implacable sobre quienes trabajaban en los campos, hundiéndolos bajo un calor plomizo.

El Gran Rey avanzaba por el medio de la calzada con la piel brillante, si bien su hijo no sabía si era a causa del sudor o si la llevaba untada en aceite. La barba de su padre resplandecía en prietos rizos negros, un rasgo tan característico de él como el perfume a rosas o el largo abrigo de ricos retales que vestía.

El aire olía a piedra caliente y a cipreses, que parecían clavarse como puntas de lanza en el cielo. Las calles de los alrededores se habían vaciado por completo. No quedaba en ellas ni un alma, ni un solo niño o anciana, ni un triste pollo que picoteara en la tierra que los soldados imperiales habían despejado para dejar paso al rey. Era tal el silencio que el muchacho oía el trino de los pájaros.

La calle de Ningal se había cubierto con una gruesa alfombra verde hecha de mullidas hojas de palmera. Ningún olor desagradable interrumpiría su conversación ni distraería al padre de aquel momento de instrucción. Su objetivo era la mismísima supervivencia de su estirpe y había prohibido toda presencia de cortesanos o espías para impedir que oyeran lo que tenía que decir. Sus capitanes atribuían a un mero capricho del monarca el que los hubiera enviado a despejar los barrios a ambos lados mucho antes del amanecer, pero lo cierto es que había que evitar que las palabras que iba a pronunciar llegaran a oídos indebidos. El rey sabía que su corte estaba plagada de oídos indiscretos. Había demasiados pequeños sátrapas, demasiados reinados cuyas coronas había aplastado bajo sus sandalias. Noventa gobernantes pagaban a sus espías para que mantuvieran los oídos bien aguzados, mientras que un millar de cortesanos bregaban por mejorar de posición. El mero hecho de caminar a solas con su hijo, como podía hacer cualquier pastor, se había convertido en un lujo equiparable a los rubíes, tan valioso como los daricos, las gruesas monedas de oro con la estampa del rey Darío que circulaban por todo el imperio.

Mientras caminaban, el muchacho miraba de soslayo a su padre, a quien admiraba y en quien confiaba plenamente. El joven Artajerjes andaba al paso del rey, dando pequeños saltos de vez en cuando para mantener el ritmo. Darío parecía ajeno a ello, si bien Artajerjes sabía que a su padre rara vez le pasaba algo desapercibido. El secreto de su largo reinado radicaba en su sabiduría. Si alguien le hubiera pedido su opinión, el muchacho habría asegurado que su padre no se había equivocado nunca.

En los días que pasaba en la corte, el rey se reunía con sus señores más poderosos, con comandantes de ejércitos integrados por decenas de miles de soldados y hombres que gobernaban tierras de jade y marfil que se extendían hasta la luna. Darío los escuchaba mientras se acariciaba la barba hasta acabar con los dedos brillantes por la grasa, se frotaba el pulgar contra el índice o tomaba una uva del cuenco dorado que sostenía un esclavo arrodillado a sus pies. De este modo analizaba en profundidad cada problema, mientras sus asesores lo sopesaban y debatían.

Artajerjes aspiraba a desarrollar su extraordinaria perspicacia, de manera que escuchaba y aprendía.

En la ciudad se respiraba la tranquilidad que solo pueden conseguir miles de soldados amenazando cuellos con cuchillos. Los generales sabían que la ira del monarca caería sobre sus cabezas si algo lo molestaba, de manera que padre e hijo caminaban como si fueran las dos únicas personas sobre la faz de la tierra mientras el polvo, el calor y el sol se aposentaban, con el alivio que ello comportaba tras el intenso calor del día.

—Antaño, Babilonia fue el corazón de un imperio, de un gran imperio —explicó el rey Darío con una voz amable, más propia de un maestro que de un guerrero.

Su hijo alzó la vista hacia él, con un destello en los ojos.

—Pero Persia es aún más grande —dijo Artajerjes.

Su padre sonrió orgulloso.

—¡Por supuesto! En todos los sentidos. Persia es una docena de veces más grande que las antiguas ambiciones de Babilonia. Las fronteras de mi imperio no podrían recorrerse a pie en toda una vida..., ni en dos ni en tres. Sin embargo, no fue algo que me dieran, hijo. Cuando murió mi padre, la corona recayó en mi hermano, quien la aceptó antes de que las lágrimas se le hubieran secado en el rostro y gobernó solo un mes antes de ser asesinado.

—Y tú lo vengaste matando a quien le dio muerte —dijo Artajerjes, con la intención de complacer a su padre.

El rey se detuvo y volvió el rostro hacia el sol, entornando los ojos para ver mejor sus recuerdos.

—Así fue. Cuando el sol despuntó aquel día, éramos tres hermanos. Aquella noche solo quedaba yo..., salpicado de sangre, pero convertido en rey.

Darío se llenó de aire el pecho, lo que hizo que los retales de su abrigo crujieran sobre las delicadas sedas de las ropas que vestía. Su hijo se enderezó, imitándolo de manera consciente. Artajerjes no sabía por qué su padre lo había reclamado a su lado y por qué incluso los célebres guardias Inmortales estaban fuera de la vista aquel día. Su padre no confiaba en nadie, o eso decían, y sin embargo allí estaba, caminando a solas con su primogénito y heredero. A sus catorce años, aquel hecho henchía a Artajerjes de orgullo y felicidad.

—Un rey necesita más de un hijo —prosiguió su padre—. La muerte llega de súbito, como un viento del desierto que se eleva sin previo aviso. Puede provocarla un traspié de un caballo o el desliz de un cuchillo, un veneno o una traición, una carne en mal estado, unas fiebres o los *djinns*. En un mundo así, un rey con un solo hijo supone un desafío tanto para los dioses como para sus enemigos.

Darío siguió avanzando, con las manos entrelazadas tras la espalda y obligando al joven a caminar a paso ligero para mantener su ritmo. Mientras Artajerjes se esforzaba por darle alcance, su padre continuó:

—Sin embargo, si ese primer hijo, el más amado de los niños, sobrevive y se convierte en un hombre, se inicia un juego distinto. Si tiene hermanos entonces, tan vitales en los años previos, estos se convierten en las únicas personas que pueden arrebatárselo todo.

—¿Ciro? —preguntó Artajerjes de súbito. Pese a su precaución y a la admiración que sentía por su padre, la idea de que su hermano pequeño pudiera convertirse algún día en su enemigo hizo que le centellearan los ojos, divertido—. Padre, Ciró nunca me haría daño.

Su padre dio media vuelta en seco. Los retales de su abrigo se alzaron como el caparazón de un escarabajo a punto de echar a volar.



–Tú eres mi hijo y mi heredero. Si mueres, Ciro será rey. Ese es su objetivo. –El rey se dejó caer sobre una rodilla y agarró las manos del muchacho entre las suyas–. Portarás mi corona, te lo prometo. Pero Ciro... es un guerrero nato. Solo tiene trece años, pero cabalga tan bien como mi propia guardia. ¿Has visto cómo lo admiran? El mes pasado lo llevaron a hombros alrededor del patio del palacio cuando atravesó un pájaro en pleno vuelo con su arco y flecha. –El rey respiró hondo, como si quisiera que Artajerjes entendiera la situación–. Hijo mío, yo os amo a ambos, pero cuando esté en mi lecho de muerte, cuando mi imperio se sume en el silencio y el duelo, ese último día le ordenaré venir a casa... y tendrás que darle muerte. Porque si permites que siga con vida después de eso, estoy convencido de que te matará.

Artajerjes vio que a su padre se le anegaban de lágrimas los ojos y le resplandecían. Era la primera vez que presenciaba una muestra de emoción como aquella en él, y le conmovió.

–Creo que te equivocas, padre, pero recordaré tus palabras.

El rey se puso en pie acompañado por los crujidos de su abrigo. Guardaba silencio, si bien era difícil determinar si aquel silencio respondía a la ira o a alguna otra emoción.

–Entonces recuerda también esto –espetó–. Si alguna vez le comentas algo de esta conversación a Ciro, si le revelas una sola palabra de lo que tanto me he esforzado por expresarte en privado, estarás cortando tu propio cuello. No me refiero a hoy ni a este año, por supuesto, mientras reís y jugáis juntos. Ciro te jurará fidelidad y no dudo de que hable de corazón. Pero llegará un día en que os enojaréis o en que caerá en la cuenta de que nunca tendrá la autoridad que ansía, no siendo un mero príncipe. Y ese día irá a por ti y se hará con el trono. Y si yo estoy vivo ese día, si viene a por mí, aunque tenga las manos manchadas con tu sangre..., incluso así, al no tener ningún otro hijo tendré que abrazarlo. ¿Entiendes lo que te digo, Artajerjes?

–Lo entiendo –respondió su hijo, notando la ira prendida en su interior–. Sin embargo, si tanto lo admiras, padre, ¿por qué no me das muerte aquí mismo, en la calzada, y dejas que sea Ciro quien asuma el trono? –Sin dar tiempo a su padre a responder, Artajerjes continuó–: ¿Porque no tienes más hijos y podrías poner en riesgo tu sucesión? ¿De verdad eres tan insensible? ¿No te importa quién de los dos sea rey?

–Si no me importara, no habría despejado la mitad de la ciudad para caminar a solas contigo. ¿Ves a Ciro aquí? Tú eras el joven que esperábamos, mi valiente muchacho. No dudo de tu inteligencia ni de tu sabiduría, Artajerjes. Mi sangre corre por tus venas y serás un gran rey. –Darío alargó la mano y acarició la mejilla de su hijo–. Vi a mi padre hecho pedazos cuando regresó de Grecia. El rey Jerjes había derrotado a los espartanos en Termópilas, pero tras ello sus ejércitos fueron atacados en Platea. Y los despedazaron, tal como había sucedido con su padre en Maratón diez años antes. ¡Más incluso! Así que cuando ascendí al trono me prometí algo. Se ha derramado demasiada sangre nuestra en Grecia, suficiente para un millar de años. En lugar de guerra, me propuse gobernar para garantizar la paz, y ello nos aportó jardines, vino, oro y una sabiduría extraordinaria. Algunas de las cosas que hoy damos por sentadas se habrían considerado brujería en otro tiempo. Y contigo continuaremos avanzando... hasta convertirnos en el mayor imperio que el mundo haya conocido nunca. Pero eso solo ocurrirá si tú eres rey. Si los dioses ponen a Ciro en ese trono, volverá a librar guerras, no albergo duda alguna. Se parece mucho a mi padre y demasiado al padre de mi padre.

–Padre, yo sé luchar, ¿sabes? –replicó Artajerjes, herido–. Sé que no tienes esa idea de mí, pero soy capaz de hacerlo.

El rey rio y le dio una palmadita en la espalda. Amaba demasiado a su hijo para herirlo mostrándole su desacuerdo.

—Por supuesto. Aunque cualquier guardia de un usurero es capaz de luchar. ¡Tú eres un príncipe, Artajerjes! Y serás rey. Por eso necesitas algo más que una sonrisa rápida y una espada aún más rápida. Necesitas una fuerza de otra índole. Y debes empezar a cultivarla a partir de hoy mismo. No eres demasiado joven para ello. —El rey miró a su alrededor hacia la calle desierta. Ni un alma se asomaba a la ventana—. Recuerda: el día que seas rey, debes ponerle fin. Hasta entonces, aprende de tus tutores, cabalga, disfruta de los placeres de las mujeres, los niños y el vino tinto. Y no hables de esto con nadie. ¿Me has entendido?

—Sí, padre —respondió Artajerjes.

Su rostro serio hizo sonreír al rey y cambiar por completo de expresión. Alargó la mano y le alborotó el cabello a su hijo.

—¡Soy un padre mil veces bendecido!

# PRIMERA PARTE

# 1

La montaña acunaba la ciudad como una madre a un hijo en su regazo. Antes de ascender los escalones hacia la gran meseta, Ciro decidió conducir a su guardia personal hasta el río.

Los espartanos dejaron sus armaduras y armas en la orilla y se zambulleron en el agua, felices de desembarazarse del polvo y el sudor acumulados en los más de seiscientos kilómetros recorridos.

Encaramado a su caballo de guerra, el príncipe sonrió al verlos chapotear y pasarse los dedos por el cabello y las barbas. La marcha hacia oriente había dejado a sus hombres flacos, como perros de caza, les había oscurecido la piel y había tensado los cordones de sus músculos. No habían flaqueado en ningún momento, por más que algunos de ellos hubieran dejado huellas ensangrentadas en el camino.

—Mi señor, ¿no quieres cambiar de idea? —preguntó Tisafernes con voz queda.

Ciro miró a su viejo amigo y tutor. Tisafernes montaba un caballo castrado de color avellana que resopló y sacudió la cabeza, un capón de un linaje tan bueno como cualquier otro en Persia. El noble tenía la vista clavada en los espartanos, con expresión de amargura.

—¿Debería ascender esa escalera solo? —replicó Ciro—. ¿Debería regresar a casa como un mendigo? ¿Quién soy yo, sino el hijo de mi padre y un príncipe? Estos son mis guardias. Y son los mejores que existen.

Tisafernes torció la boca como si le doliera algún diente. El príncipe Ciro, en la veintena, ya no era ningún niño insensato. El tutor había dejado claras sus reservas y, sin embargo, allí estaban, a orillas del río, con hombres de Esparta lavándose como cuadrúpedos en el agua entre constantes salpicaduras. El príncipe había llevado a un viejo enemigo hasta el mismísimo corazón de Persia. Tisafernes frunció el ceño al pensar en ello. Había visto mapas griegos del mundo que reflejaban un conocimiento exiguo del gran imperio de Oriente. Y no tenía deseo alguno de que los espartanos incluyeran en ellos la ubicación de Persépolis y aún menos las tumbas reales que yacían a lo largo del río, a solo medio día de distancia a pie.

—Alteza, hay quien podría considerar una afrenta traer a los mismos hombres que se enfrentaron a vuestros ancestros y los combatieron por tierra y por mar. ¡Espartanos! ¡Por los espíritus de los devas! ¡Aquí, en el epicentro del mundo! Si tu padre fuera un hombre más joven y estuviera bien...

—Me felicitaría, Tisafernes —espetó Ciro con voz de hastío—. Estos hombres han corrido a mi lado. No han flaqueado ni han pedido descansar. Me son leales.

—Son leales al oro y a la plata —farfulló Tisafernes.

Ciro apretó la mandíbula con tanta fuerza que se le marcaron los músculos.

—No poseen nada. Incluso sus armas descienden de las manos de sus padres y tíos, o les han sido entregadas por sus actos de valentía. Ya basta. Dejemos el tema por ahora, viejo león.

Tisafernes aceptó la reprimenda con la cabeza gacha.

Los griegos se habían apremiado a acabar sus abluciones y habían salido rápidamente del río para, erguidos, secarse bajo el sol del atardecer. Las lavanderas lugareñas silbaron y gritaron al

ver a tantos hombres desnudos. Uno o dos de los guerreros les devolvieron una sonrisa, mientras que los demás se desentumecían haciendo ejercicio. No estaban hechos para reír ni para mantener conversaciones superfluas.

Irritado con su acompañante, Ciro desmontó de súbito, se quitó el yelmo, la túnica y la loriga, las polainas, la capa y seguidamente las sandalias, todo ello con gran economía de movimientos. Tranquilo en su desnudez, el príncipe entró a grandes zancadas en el agua, saludando con un leve asentimiento de cabeza al oficial espartano Anaxis, que lo observaba desde la orilla.

Las lavanderas dejaron de gritar al ver a un joven que llevaba la barba rizada al modo persa y había depositado sobre su capa un yelmo con plumas de oro. Tal vez no supieran su nombre, pero no se atrevieron a increparlo. Ciro se lavó en las aguas con lentitud y esmero, casi como si realizara un ritual e intentara desprenderse de algo más que el sudor y el hedor a caballo. En la ribera, los espartanos guardaban silencio en señal de respeto. Al fin y al cabo, el príncipe había regresado a su hogar a llorar a su padre.

Ciro había recibido el mensaje catorce días antes y había exigido un sobreesfuerzo inhumano a los espartanos para llegar a casa a tiempo. El príncipe había cambiado de caballo en las tabernas que la corona tenía distribuidas a lo largo del gran Camino Real o había atravesado el país a través de campos de trigo y cebada, pero sus hombres le habían mantenido el ritmo, corriendo a zancadas junto a él día tras días, como si no fuera nada. Eran extraordinarios, y Ciro se enorgullecía de sus capas rojas y de la reacción de los demás cuando descubrían quiénes eran. Se habían forjado una reputación merecida y refrendada una y otra vez.

En aquel lugar, con el frío de la tarde cerniéndose sobre ellos, Ciro sucumbió al desánimo. La ciudad de Persépolis parecía tranquila, pero no por el agónico pesar de la población. Las calles no estaban flanqueadas por milicianos ni vestidas con paños de duelo, tampoco había cuencos de sándalo ardiendo. Hasta que no atravesaran las puertas de la meseta que se extendía sobre la ciudad, Ciro no sabría si el anciano seguía con vida. Dio media vuelta al pensarlo y elevó la vista hacia la montaña que su padre y su abuelo habían reconstruido, hasta la llanura imperial, reducida a una línea verde y gris a aquella distancia. Halcones salvajes describían círculos perezosamente en el cálido aire en busca de rollizas palomas ocultas en los árboles frutales. La terraza real contenía palacios, plazas de armas, teatros y bibliotecas. El pabellón de su padre se hallaba en el centro del frondoso jardín que denominaban «el paraíso», el corazón verde secreto del imperio.

A orillas del río crecían arbustos de baja altura cuyas raíces desgastadas formaban suaves esculturas. Flores blancas de jazmines decoraban las vides enredaderas e impregnaban el aire con su perfume. El príncipe respiró profundamente, con el agua hasta la cintura y los ojos cerrados. Estaba en casa.

Los espartanos se secaron aprisa dándose palmaditas con sus capas y se peinaron con los dedos el cabello, frío a pesar del sol. Refreshado, el príncipe también volvió a vestirse con cuidado. Se ató la loriga sobre la túnica y se protegió las espinillas con unas grebas de bronce espartanas esculpidas a su medida exacta, con sus músculos y la curva de sus rótulas marcados en el metal pulido. Las grebas resultaban más útiles a los infantes que portaban escudos que a los soldados de la caballería, pero a Ciro le gustaba complacer a sus hombres con aquel gesto. Tisafernes lo consideraba una afectación forastera impropia de él, por supuesto.

Si Ciro no hubiera regresado a su hogar para postrarse ante el lecho de muerte de su padre, al joven príncipe tal vez le habría divertido contemplar cómo los lugareños se congregaban para ver a los forasteros. Comerciantes del mercado de frutas se habían acercado hasta allí dando un paseo, mientras quienes montaban guardia los observaban con el ceño fruncido. La fama de los

griegos con capas rojas llegaba incluso a aquellos lares, por más que países enteros y una franja de mar abierto separaran Persépolis del valle del Eurotas, a tres meses y un mundo de distancia. Además de las legendarias capas, los espartanos llevaban sus propias grebas de bronce, que les cubrían las piernas desde el tobillo hasta la rodilla. Habían acudido listos para la guerra, aunque el pretexto fuera escoltar a un príncipe a casa.

Habían apilado sus escudos en montones ordenados sin protección a medida que se iban zambullendo en el agua, como si les resultara inconcebible que otro hombre pudiera robárselos. Cada uno de aquellos escudos tenía grabado el nombre de su propietario por la cara interna y una única letra indicaba al enemigo en qué lugar de Grecia se hallaba Esparta: la lambda, la inicial de la región de Lacedemonia. Cada uno de aquellos escudos pulidos y resplandecientes recibía los cuidados propios de un amante.

Al montar en su caballo, Ciro se preguntó si todos aquellos espectadores conocerían alguna vez Esparta como él la conocía. Para las madres que señalaban con el dedo hacia los guerreros forasteros para que sus hijos los vieran, aquellos eran los hombres que habían humillado a los Inmortales persas una y otra vez, lo que los había convertido en una leyenda. Aquellos hombres de Grecia habían aplastado al ejército de Darío el Grande en Maratón. Habían sido los espartanos quienes habían liderado a los soldados griegos contra el rey persa Jerjes en Termópilas, Platea y Micala. Persia había conquistado cerca de treinta naciones, pero Grecia y aquellos guerreros con capa roja la habían hecho retroceder.

Aquellos días aciagos se perdían en el pasado remoto, pero la sombra de su recuerdo era alargada. Ciro apartó la mirada mientras sus hombres formaban en una doble fila impecable, listos para recibir sus órdenes. Al final, los espartanos habían conseguido derrotar a Atenas y gobernar sobre toda Grecia, pero luchaban en su bando porque les pagaba... y porque Ciro entendía que eran honrados. Enviaban a su patria la plata y el oro que les entregaba para erigir templos, cuarteles y armerías. No se quedaban nada para ellos, y Ciro los admiraba más que a nadie, con la excepción de su padre y hermano.

—En marcha, viejo león —le dijo a Tisafernes—. Ya me he retrasado bastante. No permitiré que esto me desanime, aunque, incluso ahora, me cueste creer que no se trate de un error. Mi padre es demasiado fuerte para morir, ¿no crees?

Sonrió, pero su sonrisa no ocultaba el dolor que sentía. En respuesta, Tisafernes alargó la mano y lo agarró por el hombro, intentando confortarlo.

—Fui siervo de tu padre hace treinta años, antes de que nacieras. Entonces tenía el mundo en sus manos. Pero incluso los reyes disfrutaban solo de un breve tiempo bajo el sol. A todos nos llega nuestra hora, aunque tus amigos filósofos seguramente también pondrían eso en tela de juicio.

—Ojalá hubieras aprendido bastante griego para entenderlos.

Tisafernes emitió un sonido desdeñoso.

—El griego es la lengua de los pastores. ¿Qué interés podría tener yo en la lengua de los esclavos? Soy persa.

Hablaba al alcance de los oídos de los espartanos, que, no obstante, no dieron señas de haberlo oído. Ciro miró a su oficial llamado Anaxis. A este, que hablaba con fluidez ambas lenguas, no se le escapaba nada, pero hacía tiempo que había denostado a Tisafernes tildándolo de saco de viento persa. Por un instante infinitesimal, Anaxis buscó con los ojos a Ciro y le hizo un guiño.

Tisafernes vio la expresión de alivio del príncipe y dio vueltas en su montura, en un intento de averiguar qué había provocado su cambio de humor, quién había osado burlarse de su dignidad.

Pero lo único que vio fue a los espartanos listos para emprender la marcha de nuevo, y sacudió la cabeza, farfullando algo sobre granjeros y extranjeros.

Los espartanos llevaban sus escudos a la espalda durante las largas caminatas. Pese a que no existía peligro alguno, Ciro dio la orden de que cambiaran al paso de desfile. Para atravesar una de las tres capitales del Imperio persa llevarían los discos de bronce y madera en el brazo izquierdo y largas lanzas listas para el ataque en la mano derecha. También llevaban espadas cortas en la cadera y la infame espada kopis en la parte baja de la espalda. Sus enemigos consideraban antideportivas aquellos temibles cuchillos pesados y curvos, pero sus quejas causaban hilaridad a los espartanos.

Los cascos de bronce, que les cubrían la barba y las gruesas trenzas que les llegaban hasta los hombros, ocultaban tanto el agotamiento como la debilidad de los hombres y les imprimía la fría apariencia de estatuas. Mantener sus rasgos ensombrecidos era una de las cosas que los hacía tan temibles. Pero la reputación tenía más peso. Y portar las armas y el escudo de un padre o abuelo era aún más significativo.

Tras dejar el río atrás, Ciro y Tisafernes cabalgaron por las calles en sus monturas, con la muchedumbre abriéndoles paso. Se hizo un silencio estremecedor, tanto entre los lugareños como entre los hombres que atravesaban la ciudad.

–Sigo opinando que deberías haber dejado a mercenarios atrás, alteza –murmuró Tisafernes–. ¿Qué dirá tu hermano cuando vea que has elegido a los griegos frente a los persas?

–Soy príncipe y el comandante de los ejércitos de mi padre. Si mi hermano tiene algo que opinar, será que mi dignidad es el honor de nuestra casa. Los espartanos son los mejores guerreros del mundo. ¿Quién, si no, podría haber seguido nuestro ritmo estas últimas semanas? ¿Ves a algún Inmortal aquí? ¿A mis siervos? Uno de mis esclavos murió en el camino intentando permanecer a mi lado. El resto quedaron rezagados. No. Estos hombres se han ganado su lugar junto a mí caminando a mi lado.

Tisafernes agachó la cabeza en señal de conformidad, pero estaba enojado. Ciro trataba a los espartanos como hombres de verdad y no como los perros locos que eran. El general persa sabía sin necesidad de tener que volver la cabeza que algunos de ellos lo observaban mientras desfilaban. No confiaban en nadie que se encontrara cerca de su señor, tal como unos perros sarnosos gruñirían amenazantes. Pero ya no faltaba mucho. Los dos caballeros lideraron a los espartanos colina arriba, siguiendo la calzada que conducía a la gran escalinata que los llevaría aún más alto, hasta la meseta del rey persa.

Los escalones eran anchos y de poca altura para permitir que el rey ascendiera a caballo tras regresar de sus cacerías. Ciro y Tisafernes cabalgaron seguidos, entre tintineos, por los espartanos que avanzaban en filas. Ciro notó los ojos de los Inmortales de su padre clavados en él al aproximarse a la estrecha puerta de la muralla exterior. Su padre había invertido los tesoros de varias naciones en aquella meseta, tanto en profundizar el corte en la ladera de la montaña como en los indecibles lujos que contenía. Mas, pese a ser el jardín de un imperio, seguía siendo una fortaleza, protegida por una guardia permanente de dos mil hombres.

El último peldaño conducía hasta la misma puerta, lo cual impedía al enemigo congregarse y atacar. Ciro percibió el ligero cambio de luz cuando los oficiales persas bloquearon el sol sobre sus cabezas para contemplar a su comitiva, en particular a los espartanos que lo seguían en los escalones inferiores, y apreció que se erizaban al comprobar que cada uno de aquellos hombres

portaba cuatro armas. Con expresión indiferente, alzó la vista hacia las murallas, teñidas de dorado por el sol poniente.

—Soy el príncipe Ciro, hijo del rey Darío, hermano del príncipe Artajerjes y comandante de los ejércitos de Persia. En el nombre de mi padre, abrid esta puerta para que pueda verlo.

Lo hicieron aguardar un instante más de lo que preveía, cosa que hizo que Ciro empezara a sonrojarse. Su ira creciente amainó al escuchar cómo se descorrían cadenas y barras y ver las puertas abrirse. Tras ellas se extendía un largo patio. Tragó saliva, decidido a no mostrar temor. Y en ese sentido, tanto él como sus espartanos estaban a la par. Sin desmontar, Ciro y Tisafernes penetraron a lomos de sus caballos en el soleado patio. A aquella hora, la luz empezaba a ser más tenue y daba paso sutilmente a las sombras de un atardecer estival. Consciente de hallarse por fin en su hogar, Ciro sabía que debía relajarse y prepararse para ver a su padre. Sin embargo, no estaba seguro de cómo reaccionaría el anciano al verlo, ni tampoco de cómo reaccionaría él ante el Gran Rey. Se sentía inseguro de sí mismo ante la pérdida que se abatía precipitadamente sobre él. Ni toda la fuerza de las armas del mundo podría mantener a su padre con vida un día más cuando llegase su hora. Y era esa indefensión lo que hacía temblar a Ciro, no el campo de matanza en el que se internaba.

Las defensas de la meseta no se limitaban a los hombres apostados en las murallas exteriores, sino que también estaban los embudos a través de los cuales se obligaba a pasar a los atacantes. Si se las apañaban para llegar a la escalinata y atravesar las puertas, se adentraban en una fortaleza cuyas partes estaban separadas entre sí. Para reunirse, las tropas enemigas debían atravesar dos largos y angostos patios al aire libre. Sin vacilar, Ciro y Tisafernes cabalgaron a través de ellos hasta el final del campo de matanza. Cincuenta filas de seis espartanos los seguían en un orden impecable y descansaron las culatas de sus armas en el polvoriento suelo al hacer alto ante una puerta aún más magnífica que se alzaba ante ellos.

A su espalda, la puerta exterior se cerró y atrancó. Más de un espartano frunció el ceño por el hecho de quedar retenidos en un lugar donde no podían maniobrar. Estantes de piedra situados a la altura de dos hombres recorrían el patio a todo su alrededor. No estaba claro cuál era su finalidad y el oficial espartano Anaxis agarró con fuerza su lanza. Notaba las miradas hostiles de los guardas persas, más habituados a lucir elegantes en sus corazas de escamas brillantes que a la lucha cuerpo a cuerpo.

En la vanguardia, Ciro y Tisafernes intercambiaron una mirada y desmontaron. Anaxis intentó no alargar el cuello para divisar quién había salido a recibirlos, aunque los caballos le impedían ver el encuentro. Y no le gustaba. Su deber era proteger a Ciro, y quizá también al otro hombre, el individuo orondo de mayor edad. No obstante, no le habían ordenado que se mantuviera alerta ni vigilante ante posibles amenazas. Anaxis sabía que se encontraba en la ciudadela de un antiguo enemigo, pero era el guardia personal de uno de sus príncipes, un hombre al que admiraba por su honestidad y falta de afectación. Tratándose de persas, el príncipe era sin duda uno de los buenos. Ciro no había mostrado temor por su padre, si acaso preocupación. Aun así, Anaxis se descubrió mirando hacia los estantes de piedra que los rodeaban, parecidos a las largas gradas de un teatro ateniense. Los persas eran arqueros medio decentes, eso lo sabía. Y a los espartanos no les agradaba que los observaran desde arriba, no en aquel lugar.

Ninguno de aquellos pensamientos se reflejaba en su rostro, oculto a la sombra de su casco. Anaxis permaneció erguido cual estatua de bronce mientras Ciro y Tisafernes hablaban en voz baja delante de él. Aun así, se sintió aliviado cuando uno de los caballos se movió y le permitió divisar al príncipe.



Ciro se volvió hacia los espartanos que había a sus espaldas, con expresión tensa y severa.

–Mi hermano ha ordenado que entre en los jardines reales sin guardia –explicó.

Ciro parecía a punto de añadir algo, pero sacudió la cabeza. Fue una señal casi imperceptible, pero Anaxis notó que se le encogía el corazón.

–Quizá a tu hermano no le importe que yo te acompañe –propuso.

Ciro le sonrió.

–Amigo mío, si se produce un acto de felonía, un hombre más no marcará la diferencia.

–Yo siempre marco la diferencia –replicó Anaxis con tono serio.

–Es cierto, pero debo confiar en el honor de mi hermano. Él es el heredero al trono y no le he dado motivos para sospechar de mí.

–Aguardaremos aquí hasta tu retorno –dijo Anaxis, hincando una rodilla en el suelo.

Sus palabras sonaron a juramento y Ciro agachó la cabeza antes de ayudar al hombre a volverse a poner en pie.

–Gracias. Me honráis con vuestro servicio.

Al volver la mirada, Ciro vio a Tisafernes observando la escena con expresión despectiva y haciendo un ademán en dirección a la puerta que permitía internarse en el corazón de la meseta real. Allende aquel largo patio se extendían los primeros jardines, plantados en tierra traída de las llanuras y atendidos por miles de esclavos. Se habían plantado árboles formando avenidas umbrías en las que monos diminutos perseguían a los pájaros de rama en rama y un denso aroma a pino y jazmín impregnaba el aire.

Ciro hizo caso omiso del pequeño senescal que había acudido a recibirlo, sin saber si tomarse el bajo estatus de aquel hombre como un insulto. Por descontado, encontraría a su hermano Artajerjes junto a su padre. Era irrelevante que hubiera enviado a un mero siervo a acompañar a Ciro a través de los jardines.

Tisafernes pareció despojarse de las tribulaciones y pesadeces de su larga caminata mientras avanzaba y se llenaba los pulmones de las fragancias que tan bien conocía y enderezaba la espalda para caminar bien erguido. Conocía a Ciro desde su nacimiento y había sido su mentor y amigo durante gran parte de su vida. Sin embargo, discrepaban en su percepción del mundo. Ciro amaba a las personas, no había otro modo de describirlo. Eran su pasión y coleccionaba amigos tal como otros hombres hacían acopio de monedas. A diferencia del príncipe, a Tisafernes le costaba disimular su profundo desagrado por las multitudes y los soldados sudorosos.

Caminaron durante una hora a través de senderos con tantos recodos que un extraño se habría extraviado en ellos una docena de veces. Ciro los conocía desde la infancia y siguió al senescal sin apenas concentrarse. El pabellón de su padre se hallaba en el extremo opuesto de la meseta, rodeado de palmeras y esclavos, todos ellos a la espera de que exhalara su último aliento. Ciro notó un nudo en la garganta conforme caminaban y escuchaba las lamentaciones de las mujeres de su padre.

Anaxis alzó la vista al oír el primer roce de una sandalia en la piedra que se alzaba sobre sus cabezas. Los espartanos habían permanecido en silencio, formando filas, durante aproximadamente una hora, siguiendo su ejemplo. Anaxis farfulló una maldición al ver a la tropa de soldados persas salir de sus puestos y ocupar las cornisas a ambos lados. Portaban una armadura negra ornamentada y arcos con piedras preciosas engastadas, como la guardia de una obra de teatro o apostada a las puertas de un burdel. A sus ojos no eran más que niños que habían enloquecido con el tesoro de un rey.

El oficial persa llevaba penachos de plumas blancas y negras que se agitaban con el viento, mucho más vistosas que las que Anaxis había visto en Grecia. La piel del hombre resplandecía a causa del aceite y sus manos refulgían con el destello de las gemas. No portaba arco, solo una corta espada en una vaina de oro que debía de valer lo mismo que una ciudad pequeña. Anaxis enarcó las cejas al pensar en ello. Aquel lugar albergaba un buen botín. Había que tenerlo en mente.

—¡Alzad los escudos! —ordenó Anaxis con claridad.

Muchos de sus hombres se habían colocado el escudo a la espalda o lo tenían apoyado en las piernas. Volvieron a levantarlos, con expresión adusta ante la desagradable situación en la que se encontraban. No se sentían cómodos con los arqueros apostados en una posición ventajosa, mientras ellos se apelotonaban en un campo de matanza a sus pies.

Anaxis observó las murallas de piedra con otros ojos y tomó nota de su lisura. Sobre su cabeza se detuvieron a izquierda y derecha tres filas de arqueros integradas por un número de hombres similar al de quienes las observaban hoscamente desde abajo.

El oficial emplumado descendió por un estrecho sendero situado en un rincón y permaneció de pie con la sandalia asomándole sobre el canto de la piedra, ofreciendo a Anaxis la visión de la suela tachonada. Durante un rato nadie se movió y el aire se volvió cada vez más pesado, sin una brizna de brisa que les diera cierto alivio. Las sombras se habían alargado desde la partida del príncipe y Tisafernes, pero la luz vespertina parecía inmutable. Pese al calor, Anaxis notó que se le tensaba el escroto. Los hombres que observaban a los espartanos desde lo alto sonreían mientras toqueteaban sus armas. Habían tensado los arcos, según pudo apreciar Anaxis. Y aunque llevaban la armadura ceremonial en la corte real, formaban para perpetrar una masacre. Anaxis se rascó la barba.

—¿Crees que costaría mucho trepar a esa cornisa? —le preguntó a su amigo Cinnis.

En tiempos más normales, Cinnis era un hombre corpulento, orgulloso de su fortaleza, y con motivo. Pero tras catorce días de caminata a paso rápido por caminos polvorientos había perdido peso y estaba malhumorado. Se encogió de hombros.

—Si dos hombres mantienen un escudo plano, así —dijo, sosteniendo en alto el suyo a ras de la cornisa—, sería bastante fácil subir a un tercero. ¿Crees que van a atacarnos?

—Eso creo, sí —respondió Anaxis. Alzó la voz para que todos lo oyeran, sabiendo que era poco probable que ninguno de quienes se alzaban sobre ellos entendiera una palabra de griego—. Parece que alguien ha decidido liquidarnos. Así que, escudos a punto para elevarlos sobre la cabeza. Formad en tríos. No hagáis movimiento alguno a menos que nos ataquen, pero, si nos atacan, quiero que elevéis a hombres hasta ellos. Me gusta este lugar. Creo que podríamos ocuparlo hasta que regrese el príncipe Ciro.

—O luchar para abrirnos camino hasta el río y marcharnos —farfulló Cinnis.

Anaxis sacudió la cabeza, tal como su amigo sabía que sucedería. Había dado su palabra. No sufriría el deshonor de que Ciro regresara y descubriera que había abandonado su puesto. Cinnis se encogió de hombros furibundo al ver los primeros arcos curvarse.

Por encima de sus cabezas, el oficial persa respiró hondo antes de dar la orden. Cinnis alargó su escudo, cuyo borde exterior topó inmediatamente con otro. Sus miradas se encontraron, prendidas por la cólera de la traición.

El oficial emplumado gritó y los arcos persas se curvaron del todo. Sonó un ruido como un aleteo cuando las primeras flechas cayeron sobre ellos. Durante el ataque, Anaxis trepó a un escudo con una docena de hombres a todo lo largo del patio. Cada uno de aquellos hombres fue

alzado hacia la cornisa, colisionando con los sorprendidos arqueros. Anaxis llegó hasta ellos con su lanza y la letal kopis a punto para atacar, riendo al ver el pánico en sus enemigos.

## 2

Ciro hizo una pausa en un ancho sendero entre tilos. Tisafernes continuó unos cuantos pasos antes de regresar a su lado.

–¿Qué sucede? –preguntó.

–Me ha parecido... Ah, he estado lejos de mi hogar durante demasiado tiempo. Habrá sido el trino de los pájaros o el lamento de las esclavas. El imperio está de luto, viejo león. Mi corazón llora y me ha parecido escuchar su voz. Mi padre ha construido el mundo que lo rodea. ¡Observa este lugar! Es una maravilla caminar a tanta altura sobre la llanura, notar esta brisa y conocer la forma de estos árboles, sin olvidar que toda esta planicie se excavó en las laderas de una montaña. Los reyes pueden llegar más lejos que otros hombres, si son inteligentes.

–Tu padre siempre ha sido un hombre sabio –respondió Tisafernes–. Aunque no siempre tenía razón, cuando tomaba una decisión la llevaba hasta sus últimas consecuencias. A la mayoría de los hombres actuar así les resulta agotador, mientras que tu padre se volvía más fuerte y seguro cada año que pasaba.

–Y dudaba menos.

–Las dudas son para los niños y los ancianos. En esos momentos se despliegan ante nosotros muchas posibilidades y reducirlas a un solo hecho resulta más difícil. En cambio, cuando estamos en la flor de la vida, los hombres descartamos las opciones más débiles y agarramos la espada, la pala o a una mujer.

Ciro miró al hombre que conocía de toda la vida y lo vio perdido en sus recuerdos.

–Tú estabas presente cuando fue coronado rey, por supuesto –dijo con voz seca.

Tisafernes alzó los ojos hacia el cielo nocturno un instante.

–Te burlas de mí, por supuesto. Sí, te lo he explicado una docena de veces, pero incluso entonces pude ver la grandeza en él. Su hermano era el rey y vuestro padre lo aceptó y le juró lealtad. Se arrodilló en el suelo y todos los hombres sabían que cumpliría su palabra.

–Conozco la historia –dijo Ciro, súbitamente cansado.

Tisafernes continuó como si no lo hubiera oído:

–Sin embargo, uno de sus hermanos no era tan noble de espíritu. No, el príncipe Sogdiano fue incapaz de anteponer el honor a sus designios de gobernar. Transcurridas solo seis semanas de la coronación entró a hurtadillas en el dormitorio real armado con un cuchillo de cobre. Y se alzó ante la corte al amanecer, teñido de rojo y manchado de sangre real, tras haber dejado regueros y huellas a sus espaldas, como si hubiera disfrutado con ello. Se proclamó rey y no se oyó ni una sola queja. Fue entonces cuando vuestro padre salió de entre la multitud.

–Lo sé, viejo león. Era leal al primer hermano, pero se vengó del segundo. La corte lo aclamó por su valentía y aceptó su derecho. Se ganó el trono.

–Los amaba a ambos, pero era un hombre de una lealtad férrea –replicó Tisafernes asintiendo.

–Como yo.

–Como tú –convino Tisafernes al instante–. Tienes el corazón de tu padre, en mi opinión. Aunque él nunca fue tan tolerante con los griegos como tú.

Esta vez fue Ciro quien puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

–Me he ganado su lealtad.

–Has comprado su lealtad –lo corrigió Tisafernes con un bufido.

–No. No los conoces. No hay oro suficiente en el mundo para comprar el servicio de los espartanos si ellos deciden no dártelo.

Tisafernes emitió un ruido sibilante.

–Ciro, mi querido muchacho, en el mundo hay oro suficiente para comprar cualquier cosa.

El joven sacudió la cabeza, pero ambos habían vislumbrado ya un gran pabellón entre los árboles. Los guardias los observaban desde el margen del camino y guardaron silencio ante la perspectiva de reunirse con el rey moribundo.

Ciro notó una cierta distensión cuando su hermano Artajerjes salió a recibirlo. Pese a llevarse solo un año de diferencia y compartir la misma sangre, no podían ser más distintos entre sí. Artajerjes siempre había sido el erudito. Ambos se habían formado bajo la mirada severa de su padre, pero era él quien había tropezado con su propia lanza. Ciro, por su parte, era quien bailaba con los maestros armeros, saltando como un salmón entre gritos de alegría. El benjamín no entendía las miradas sombrías y el mal humor que en un principio había recibido. Incluso cuando fue lo bastante mayor para comprender el resentimiento de su hermano, a Ciro no pareció importarle. Sabía que era leal por naturaleza tanto como que nunca llegaría a ser rey. Todas las habilidades que había adquirido eran un mero reflejo de la gloria del trono de su padre. Incluso cuando el rey había escogido a Ciro para comandar sus ejércitos y lo había enviado a aprender a los pies de sus mejores generales, el joven príncipe había sabido que ello solo lo haría más útil y que aumentaría su valor para su padre.

Artajerjes se había visto espoleado por el éxito de su hermano y por sus propias ambiciones. Había continuado su aprendizaje con la espada, tal como atestiguaban su ancha espalda y la fuerza con la que abrazó a su hermano, a quien besó en ambas mejillas y en los labios. Artajerjes sostuvo la cabeza de Ciro entre sus manos y el centelleo de las lágrimas en los ojos del príncipe primogénito hizo que se anegaran también los de su hermano pequeño. Sobrecogido por el miedo, Ciro preguntó en un murmullo seco:

–¿Está...?

No pudo continuar. Preguntar si su padre seguía con vida equivalía a sugerir que podía no estarlo. Habría tenido el mismo sentido preguntar si las montañas se habían derrumbado y los ríos se habían secado.

–No, aunque su fin ya no está lejos. Te ha estado llamando, hermano. Pensaba que no llegarías nunca.

–Aparta entonces. Permíteme ir a verlo –dijo Ciro, mirando por encima del hombro de su hermano.

–¿Con este aspecto? Tus ropas están manchadas de sudor. ¿Osarías insultarlo así?

–¡Ordena que me traigan ropas limpias si es eso lo que te preocupa! Me he lavado en el río y estoy limpio. Y ahora, hermano, me gustaría entrar. No me obligues a pedírtelo de nuevo –dijo el joven príncipe con la voz marcada por un matiz férreo.

Artajerjes dudó, pero retrocedió y señaló la puerta abierta. Ciro lo dejó atrás sin preocuparse por qué haría Tisafernes.

El pabellón era enorme, se extendía centenares de pasos en todas las direcciones desde la entrada. En el interior había estanques y jardines, salas de banquetes y montones de esclavos de su

padre dedicados a atenderlo. Jóvenes silenciosos con túnicas impecables se ofrecieron a quitarle la capa a Ciro antes de haber dado el primer paso. Pero él no se detuvo. Volvía a ser un niño que corría hacia su padre.

A su espalda, en pie junto a la puerta del inmenso pabellón, Artajerjes extendió la mano cuando Tisafernes se acercó. El hombre se postró y agachó la cabeza en presencia del príncipe. Mientras se incorporaba, el heredero del imperio inclinó la cabeza hacia él y le susurró al oído:

–¿Ha hablado contra el trono o contra mí?

Una vez de pie Tisafernes negó con la cabeza.

–Ni una palabra, alteza. Lo juro por el honor de mi familia.

Artajerjes permaneció inmóvil, pensativo.

–Eras amigo de mi padre y has sido leal al rey de tu juventud. ¿Me serás leal a mí?

Tisafernes optó por postrarse una vez más, apoyando la frente y los labios en el suelo. Aguardó en aquella posición hasta que Artajerjes le acarició levemente la mejilla para otorgarle el permiso de alzarse. A causa del sudor, se le habían adherido piedrecitas a la piel.

–Mi lealtad es hacia tu familia, alteza –respondió Tisafernes–, hacia el trono de Persia y hacia tu linaje, desde Darío el Grande, pasando por Jerjes, hasta tu padre y ahora tú. Seré leal hasta la muerte y más allá. Llámame en el más allá y acudiré a servirte.

Artajerjes asintió, complacido. Nunca había recelado de la adulación que recibía. Esperaba de los demás que rindieran su honor a sus pies.

–¿Y mi hermano? También lo has conocido toda su vida.

Por primera vez, Tisafernes dudó.

–Ciro es un hombre admirable, alteza. Lo amo tanto como a mis propios hijos. Sin embargo, él no heredará el imperio que nos hace grandes. Y eso es lo que verdaderamente importa, más que mi vida o la suya.

Artajerjes se relajó un poco, conmovido por lo que acababa de escuchar.

–Entra entonces, viejo amigo. Báñate y cúbrete con sedas limpias. Mi padre duerme ahora gran parte del día, pero querrá saber que al fin estás aquí. Temía que llegaras demasiado tarde. Doy gracias por que no haya sido así.

–Tu hermano... ha traído una guardia de trescientos hombres con él –indicó Tisafernes–. Hombres de Esparta y guerreros excepcionales.

Artajerjes frunció el ceño y volvió la vista hacia el camino por el que Tisafernes había llegado.

–Los admira, lo sé.

–He oído decir que su leyenda es exagerada, alteza. No creo... que sea así. Son hombres diestros. Tu hermano insistió en traerlos hasta aquí pese a los problemas que ello podía ocasionar.

–Hizo una pausa para elegir bien sus palabras e imprimirles cierto énfasis atribulado por sus dudas–. Alteza, yo no les permitiría moverse con libertad en tus tierras.

Con una sonrisa tensa, Artajerjes lo agarró por el hombro.

–No lo harán. Me he asegurado de ello.

Anaxis corrió por el saliente más bajo, matando a cuantos encontraba a su paso. El espartano permanecía agazapado, inclinado hacia delante, pero tenía las piernas robustas y se movía en perfecto equilibrio. Con los ojos encendidos por la traición, avanzaba como un ángel de la muerte entre los persas, que seguían arrojando sus dardos tan rápido como podían. Anaxis empujó a media docena de hombres cornisa abajo en los primeros momentos, sabiendo que quienes los aguardaban a sus pies los rematarían antes que él pudiera hacerlo. Perdió su lanza en la axila de

uno de ellos, ya que tuvo que soltarla para no caer también él. El oficial espartano sonrió al siguiente persa aterrorizado que se cruzó en su camino, y le mostró la hoja de la kopis a la altura de los ojos tras arrancársela a un hombre apostado en la cornisa superior. Anaxis esquivó una arremetida desde lo alto, que utilizó para frenar el ataque de otro soldado. Le cortó el tobillo a un extraño que pretendía lanzarle una flecha al espartano insensato que había saltado por el aire hasta ellos. Anaxis no sentía pánico, aunque sí cierta contricción. Sabía que aquella batalla sería la última de sus días y estaba muy tranquilo. Los persas habían anticipado una masacre... y la tendrían, aunque no la disfrutarían tanto como preveían.

En el patio que se extendía debajo de ellos, los griegos sostenían los escudos sobre sus cabezas, atrapados e incapaces de maniobrar. Docenas de ellos habían lanzado sus lanzas o las habían utilizado para arponearles las pantorrillas a los arqueros y tirar de ellas para derribarlos. Cuerpos vestidos de paño oscuro formaban una gruesa alfombra en el suelo y aún había unos cuantos espartanos entre ellos. Los griegos se mantenían en formaciones cerradas, con sus escudos superpuestos y asomándose entre los huecos, pero no estaban encogidos por el miedo. Con sus miradas furtivas, Anaxis comprobó que Cinnis los mantenía en buen orden y les indicaba los objetivos que debían abatir.

Anaxis sonrió al fintar al soldado que tenía delante y hacer que se desequilibrara, un arquero gruñón con una barba inmensa y anchas espaldas. El hombre hizo un gesto hacia un lado para esquivar un puñetazo que no llegó y, en el momento de debilidad, Anaxis lo agarró con fuerza por la manga, lo empujó por el borde y fue a estrellarse sobre los espartanos. Sus hombres gritaron enojados a Anaxis que se fijara bien en lo que hacía. Anaxis soltó una carcajada en respuesta mientras daba tajos a uno y otro lado como un derviche salpicando sangre y escamas de armaduras persas a su paso.

Cayeron tantos arqueros en el largo patio que algunos griegos se hicieron con sus arcos y flechas. La mayoría habían cazado liebres de niños, de manera que los persas sin escudo situados a solo dos hombres de altura de distancia tenían pocas posibilidades. Entre seis y ocho de ellos empezaron a devolver las largas saetas. Los persas vacilaron al verse atacados con sus propias armas y retrocedieron formando pequeños grupos en lugar de continuar con la matanza.

Anaxis reunió a tres de sus hombres a su lado. Quienes se hallaban abajo les habían lanzado sus escudos y era un alivio protegerse tras ellos mientras las flechas repicaban en el bronce dorado y la madera. Anaxis comprobó que todos estaban heridos. Dos de ellos llevaban en el pecho los talones negros de las flechas que se habían arrancado. No daban muestras de agotamiento, aunque sí les costaba respirar y perdían sangre al tiempo que se les iban las fuerzas. En uno de los costados, a uno de sus hombres se le veían los blancos huesos de las costillas. Al ver que Anaxis le señalaba la herida, el hombre se encogió de hombros.

–Ya me la coserán luego –dijo.

–Yo te la coseré –replicó Anaxis–. Pero recuerda: no dejes que Cinnis se te acerque.

–Lo recordaré –respondió el hombre.

Eran viejos amigos y sobraban las palabras.

Anaxis gruñó de dolor cuando una flecha se abrió paso entre los escudos y se le clavó en el costado, atravesando los músculos acanalados de la zona. Veía las plumas, pero no se atrevió a arrancársela. La herida le provocó una oleada de náuseas y todo empezó a dar vueltas.

–Quiero que nos recuerden –dijo Anaxis–. Si ya habéis descansado, claro está.

–Pensaba que eras tú quien estaba descansando –replicó uno de los espartanos indignado.

Anaxis sonrió. La cuchilla de su kopis serró rápidamente el asta negra y gruñó al notar cómo

algo se retorció en su interior.

Al retroceder, presas del pánico, los arqueros habían dejado un espacio que les vino de fábula. Los persas intentaban desesperadamente que los pocos espartanos que habían llegado hasta los escalones no se acercaran más, y que otros siguieran trepando o saltando para unirse en las cornisas a sus compañeros de armas.

Anaxis y los suyos los atacaron, manteniendo en alto los escudos. Los persas siguieron abriendo fuego sobre el reducido grupo mientras los espartanos, aullando, arremetían de nuevo contra ellos. Los escudos servían de armas en el combate cuerpo a cuerpo, donde su borde era tan útil como una lanza para quienes sabían manejarlos. Cundió el pánico entre las filas persas, que retrocedían sin ningún control. Abajo, en el patio, los espartanos que seguían con vida empezaron a entonar el himno de la muerte en la batalla, el peán.

Anaxis logró alcanzar el peldaño más alto antes de que le arrebataran la kopis de la mano. Vio hileras de nuevos guerreros persas saliendo por puertas a ambos lados, una marea infinita de ellos, armados con arcos, espadas y lanzas. Las lanzas eran más eficaces para acabar con quienes no podían salir de la trampa, pensó. Esa habría sido la orden que él habría dado de haber sido un oficial persa. Una masacre con arcos era un insulto y no había motivo para tal mezquindad entre hombres. Notó que perdía la visión y le ofreció su alma a Hades y Hermes. Se alegró de ir a reunirse de nuevo con el rey Leónidas, que había resistido en Termópilas. El hombre conocía bien la traición persa. Anaxis esperaba brindar con una copa de buen vino tinto con él aquella noche, si cruzaba el río a tiempo.

En el patio, Cinnis vio a quienes habían sido enviados arriba hechos pedazos, uno tras otro, llevándose con ellos las últimas esperanzas. Ya no les quedaban lanzas y todas las aljabas estaban vacías, aunque había astas rotas por todos los sitios entre los caídos.

Los arqueros persas habían dejado las burlas. Montones de hombres vestidos de negro yacían muertos en el patio y la sangre de muchos otros manchaba las escaleras a un lado y a otro. Aun así, los espartanos habían perdido al menos a la mitad de sus soldados, y su mejor oportunidad de escapar había sido frustrada. Uno o dos de ellos intentaron aún levantar a sus compañeros, pero los arqueros ya conocían la maniobra. Concentraron sus flechas en tales intentos y los hombres caían hacia atrás, atravesados por las saetas.

Cinnis profirió órdenes de recoger las armas de los muertos y arrojarlas. Mientras las flechas los hacían caer de rodillas, los espartanos hicieron lo que se les ordenaba, apuntando con precisión. Las cuchillas de las kopis silbaban en el aire, tal como hacían las espadas cortas. Uno o dos escudos volaron dando vueltas tras ellas, y allá donde impactaron los hombres retrocedieron y chocaron unos con otros. Algunos de ellos cayeron en el foso y fueron despedazados al instante, pero la lluvia de flechas se intensificó.

Cinnis los mantuvo congregados en grupos cada vez más reducidos, utilizando los escudos juntos para arrastrarse por el campo, recoger las armas caídas y enviarlas volando por los aires con el fin de llevarse a unos cuantos más con ellos. En las escaleras, el regimiento persa continuaba saliendo, hombres frescos horrorizados al comprobar el número de caídos entre sus propias filas. Desenvainaban las espadas o tensaban los arcos y lo último que algunos de ellos veían era una kopis zumbando en su dirección.

Los espartanos continuaron luchando hasta que solo quedaron cuatro de ellos de pie, juntos. Estaban todos ensangrentados y malheridos y tan exhaustos que apenas podían sostener los escudos para protegerse de las flechas que seguían clavándose con golpes secos en ellos. A



aquellas alturas, las maltrechas superficies de bronce recordaban a la carne de las aves desplumadas, con marcas de viruela y tan gruesas que costaba quitarlas.

—¡Alto! —se ordenó desde arriba.

Algunos de los espartanos conocían las órdenes persas, pero aun así hicieron caso omiso de aquella. En cambio, los arqueros que se alzaban sobre ellos sí se detuvieron y retrocedieron, resollando. El primer oficial persa yacía muerto en el suelo. Su reemplazo se acercó al borde y se asomó a mirarlos, sacudiendo la cabeza con expresión de asombro al contemplar el salvajismo de la escena.

—Soy Hazar Zaosha —dijo en un griego titubeante—. Oficial de los... Zhayedan. ¿Me entendéis? Los Inmortales. No tenéis posibilidad de ganar. ¿Os rendís, hombres de Esparta? Sois pocos y nosotros muchos. Me pregunto...

Cinnis le lanzó una espada y el hombre dio un bandazo. Con un grito de horror, Zaosha dio un paso en el aire y se precipitó al patio. Al alzar la mirada, vio a los cuatro espartanos ensangrentados observándolo desde lo alto con sumo interés.

—¡Matadlos! —rugió Zaosha—. ¡Matad...!

Cinnis lo remató con un golpe seco con una kopis y luego cayó sobre él con un gruñido. Tenía varias flechas clavadas en la espalda. Cinnis exhaló su último aliento en el rostro del oficial persa mientras ambos morían, pero camufló su cólera bajo una sonrisa. Bastante malo era haber sido traicionados por unos enemigos ancestrales. Pero sería aún peor que nadie pudiera llevar la noticia a Esparta y hacer saber a los éforos que habían fallecido sin deshonra.

La brisa que descendía de la ladera al anochecer refrescaba el pabellón, un momento delicioso que disfrutaban el rey y su corte, miembros de alcurnia y esclavos por igual. Cuando el calor estival resultaba insoportable en las llanuras, aquel lugar era una bendición. Ciro notó que el sudor del rostro se le secaba y respiró. La pena empezaba a apoderarse de él. Le pareció percibir un olor a canela en el aire, aunque no atinó a determinarlo. Hacía años que no veía a su padre. Para él, la brisa era sinónimo de su infancia y de su hogar.

No le hizo falta preguntar dónde yacía su padre. El número de esclavos aumentaba conforme se internaba en el pabellón. Se apiñaban alrededor del lecho de su padre como un enjambre de abejas, dispuestos a satisfacer el menor de sus deseos. Guardias inmensos permanecían en pie, inmóviles, en cada uno de los puntos cardinales alrededor del rey moribundo, encarados hacia fuera para protegerlo de cualquier amenaza. Ciro entrevió a su padre, recostado sobre almohadones, mientras una mujer empapaba un paño en una palangana de agua con pétalos y le enjugaba la frente con él. Un dulzón perfume a rosas embriagó a Ciro mientras hincaba una rodilla.

El Gran Rey volvió la cabeza cuando uno de los esclavos le susurró algo. Darío buscó a su hijo y Ciro dio un paso al frente, si bien lo detuvo la mano extendida de un criado.

—Alteza, la espada, por favor.

Ciro se desabrochó el cinturón y se lo entregó. Entonces los guardias se apartaron y quedó al alcance de la mano del hombre que había controlado su vida desde su más tierna infancia.

Ciro sonrió, aunque con más dolor que placer. Algún azote había devorado al anciano. Sus brazos, que en el pasado habían esgrimido una espada real, presentaban una delgadez dolorosa y su piel, tensada sobre los huesos como un pellejo, dejaba a la vista moratones y manchas negras.

—Estoy aquí, padre —dijo Ciro, mientras tomaba asiento en una silla que le habían colocado al lado—. He acudido tan rápido como he podido.

—Te he esperado y esperado, Ciro —dijo su padre, con un hilo de voz que obligó al príncipe a

inclinarse hacia él para oírlo—. No podía morir hasta saber que habías venido. Al fin.

Ciro vio una extraña expresión velar el rostro de su padre, algo que podría haber sido rencor o triunfo, no supo determinarlo. El rey puso los ojos en blanco y cerró los párpados. Las arrugas de la frente se le suavizaron. Por impulso, Ciro agarró la mano que le había abofeteado un millar de veces cuando era un niño y notó su calidez. Le costaba encontrar las palabras.

—Gracias, padre, por todo. Quería que te sintieras orgulloso de mí.

No hubo respuesta y Ciro depositó la mano sobre la sábana, le acarició los nudillos una vez más y se recostó en la silla. La esclava con la palangana de agua de rosas se inclinó hacia delante y le enjugó de nuevo el rostro a su padre. La brisa recorrió aquella parte del pabellón, aunque se antojaba menos suave, más parecida a los vientos abrasadores del otoño, que soplaban aire tórrido de manera incesante y hacían enloquecer a los hombres buenos.

—¿Padre? —lo llamó Ciro con voz más altisonante.

Se puso en pie y observó indefenso cómo entraba un extraño y auscultaba la respiración y el corazón del monarca, asintiendo.

—La hora se acerca, alteza. Es posible que nos oiga. Podría despertarse de nuevo... o no. Te ha llamado muchas veces. Me alegro de que al final hayas llegado a tiempo.

Otra vez el dardo, el comentario mezquino, y procedente de alguien que en tiempos normales no se habría atrevido a pronunciarlo. En aquel pabellón se respiraba una suerte de animosidad hacia el hijo del rey. Ciro la percibía en todo a su alrededor.

Se hartó. Había recorrido docenas de parasangas al día durante catorce jornadas para llegar hasta el anciano. Solo los espartanos habían sido capaces de seguirle el ritmo, y lo habían pagado con lesiones y agotamiento. Se obligó a reconfortarse con la idea de que no había llegado demasiado tarde, pero era difícil hacerlo. No había recibido ni una palabra de agradecimiento o complacencia del anciano, solo una extraña nota de amargura, como si todos lo hubieran estado esperando.

Ciro se sintió extrañamente desanimado y perdido mientras se alejaba del lecho del moribundo. Había temido llegar demasiado tarde durante días y, preso de aquella impaciencia, había anticipado la sonrisa de su padre y el abrazo que nunca había recibido. Todo se volvió de hojalata, y le pareció que las joyas de su imaginación estaban hechas de vidrio. El anciano jamás se había sentido orgulloso de él. Por más logros que se hubiera anotado Ciro, el único que había importado a su padre era Artajerjes.

Ciro alargó la mano para que le devolvieran la espada. El criado que la sostenía se lo quedó mirando con los ojos como platos y abrazó con fuerza la vaina con joyas engastadas y el cincho contra su pecho.

—Mayordomo, devuélveme lo que es mío —ordenó Ciro despacio.

Le pareció que el día no podía enrarecerse más, pero entonces escuchó a su hermano acercarse, acompañado de Tisafernes. Ambos parecían relajados y refrescados, según pudo comprobar Ciro. Tisafernes se había cambiado la vestimenta por fluidas sedas y había sacado tiempo para darse un baño; aún tenía el pelo húmedo. Pero lo más sorprendente era la presencia de guardias armados con ellos, que se dispersaban conforme avanzaban por los jardines. Su intención era inconfundible y Ciro agachó la cabeza mientras sopesaba la situación.

Antes de que el mayordomo tuviera ocasión de reaccionar con algo más que un grito, le había arrebatado la espada de las manos y rápidamente se la había abrochado a la cintura.

—Así está mejor —dijo—. Dime, hermano. ¿Qué amenaza trae a espadachines a este pabellón en un momento como este?

–Tú –respondió Artajerjes. Sonrió mientras los guardias se acercaban y acorralaban al joven príncipe. Vio a Ciro plantearse ofrecerles resistencia, pero su padre se hallaba agonizante a escasos pasos y los acontecimientos habían hecho mella en él. Artajerjes vio a su hermano agachar la cabeza y mostró sus blancos dientes–. Estás arrestado, Ciro. Por orden de nuestro padre. Serás ejecutado.

Ciro había estado a punto de atacar. Había detectado al hombre a quien debería derribar para romper el cerco y se habría movido de no haber sido por aquellas palabras. En lugar de ello, se volvió presa del asombro. Comprobó que su padre lo observaba con expresión de paz en el rostro. Mientras Ciro asimilaba que el anciano estaba al corriente, este volvió a cerrar los ojos.

Lo agarraron por los brazos y le quitaron la espada. La guardia personal de su hermano lo escoltó a través del pabellón, hacia el paraíso de jardines y senderos. Artajerjes y Tisafernes caminaban detrás de él y Ciro alargaba el cuello para hablar, pero los guardias lo empujaban para que continuara andando.

–¿Por qué haces esto, hermano? Siempre he sido leal. No te he dado ni un solo motivo para dudar de mí. ¡Ni una sola vez en la vida!

Le pareció ver que Artajerjes fruncía los labios y apretaba la mandíbula en lugar de contestar. Cuando Ciro se volvió hacia Tisafernes, el hombre sacudió la cabeza y clavó los ojos en las piedras del camino, incapaz de sostenerle la mirada.

Ciro estaba sentado en el catre de un soldado y la puerta estaba cerrada con llave, pero se hallaba en el pequeño cuarto de un oficial de la guardia de su padre, muy distinto de una celda en prisión. Quienquiera que lo hubiera ocupado anteriormente tenía un amplio surtido de aceites y polvos, dos pares de tijeras egipcias, cepillos duros para las uñas y la barba y unas sondas de marfil bellamente talladas para limpiarse la nariz y las orejas, todo ello dispuesto junto a un aguamanil en un rincón.

Ciro escuchaba los ruidos del cuartel a su alrededor, órdenes a voz en grito y risas como ladridos. Clavó la mirada en la puerta y esperó. Seguía sin entender qué había sucedido, pero conocía demasiado bien a Artajerjes como para creer que lo sacarían de allí a rastras y lo decapitarían sin darle la oportunidad de hablar primero. Su hermano querría regocijarse o acusarlo..., algo. Ciro lo sabía con la certeza que da el haberse criado juntos. Conocía bien a Artajerjes. O, al menos, eso esperaba. Había pasado mucho tiempo alejado de su hogar.

Conforme fue cayendo la noche, la luna creciente ascendió en el cielo despejado, luminosa sobre la meseta. Ciro creyó que no conseguiría conciliar el sueño, pero aun así se volvió hacia la pared y cerró los ojos, con los pensamientos arremolinándosele en la mente.

Perdió la noción del tiempo. Se despertó de súbito. Saltó de la cama y se puso en pie al instante, pestañeando confuso bajo la luz matinal. Estaba exhausto por los días de camino, por la tensión de su arresto y por el pesar por su padre. Para su bochorno, había dormido como un niño y se había despertado refrescado y mucho más alerta. ¡Su vida pendía de un hilo! Se pasó una mano por la cara e hizo una mueca al notar los gruesos rizos. Prefería lucir la piel bien afeitada, pero para eso se requería oficio y las mejores cuchillas. No había ninguna navaja en el aguamanil del oficial. Seguramente el hombre debía de recortarse la barba con unas tijeras o bien se la trenzaba con hilos.

Ciro parpadeó al escuchar que descorrían los cerrojos de la puerta. Tisafernes entró por ella y permaneció de pie, incómodo, en aquella estancia diminuta que prácticamente llenaban entre los dos. Unos guardias se asomaron desde el exterior, pero no tenían modo de entrar con Tisafernes, ni siquiera para protegerlo. Fruncieron el ceño mientras Ciro aguardaba a que su amigo le explicara qué sucedía.

El anciano decidió sentarse en el catre, que crujió bajo su peso. Ciro permaneció apoyado en una pared y uno de los guardias se asomó por la puerta para observar.

Ciro se limitó a enarcar las cejas cuando Tisafernes lo miró. Consideraba que él era la parte perjudicada y que cedería su ventaja si hablaba primero. Transcurrida una eternidad, Tisafernes suspiró.

—Alteza, lamento haber llegado a esta situación. Habría apartado una espada empuñada por cualquier otra mano, por supuesto. Pero no por tu padre. —Tisafernes parecía exhausto, como si no hubiera pegado ojo—. Ciro, he venido a decirte que el aspecto mortal del rey ha llegado a su fin durante la noche. Lo lamento. Tu hermano se ha convertido esta mañana en el Gran Rey, el

emperador-dios de Persia, bendito sea por Mitra, Ahura Mazda y todos los buenos espíritus. Que sea bienvenido entre sus ancestros.

A pesar de la conmoción que le provocó la noticia, Ciro notó cómo su pecho se henchía de esperanza.

–Si estoy aquí por orden de mi padre, cualquiera que sea el motivo, Artajerjes me liberará – dijo aliviado–. Creía que un espíritu demoníaco se había apoderado de mi padre en su final, en sus momentos de mayor debilidad o de desvarío por el dolor. Al menos ahora él ya no se encuentra bajo su influencia. Puedo...

Tisafernes negó con la cabeza.

–Alteza, tu hermano confirmó la orden anoche. Por más dolor que me cause, serás ejecutado esta misma mañana. –El hombre que había sido su mentor durante la infancia se pasó la mano por la barba, acariciando el cono hasta la punta. Ciro percibió que estaba nervioso–. He... venido para conducirte a la plaza del cuartel, sin dilación. No habrá ceremonia ni testigos, más allá de unos cuantos guardias. Haz acopio de toda tu dignidad, hijo mío. Encomienda tu alma a Dios y prepárate para someterte a Su juicio.

Ciro se lo quedó mirando. No preguntó acerca de los espartanos que lo habían acompañado hasta allí. Conocer su destino no serviría de nada, pues no podía influir en él. No obstante, de ellos había aprendido a mantener la calma en los únicos momentos en los que verdaderamente importaba. Dejó que sus rasgos se serenaran mientras pensaba. No tenía armas, aunque podría arrebatarse una a un guardia. De ese modo, su vida finalizaría unos pasos antes que si entraba caminando en la plaza y se arrodillaba ante el verdugo. No percibió ninguna señal de apoyo por parte de Tisafernes, pero el viejo maestro no era su único aliado.

–Me gustaría ver a mi madre antes –alegó Ciro–. Para despedirme de ella. –Observaba con atención a Tisafernes y ocultó una sonrisa al verlo torcer el gesto–. ¿Acaso no se le ha comunicado? Al fin y al cabo, soy su hijo.

–Creo que tales cosas son asunto del Gran Rey –respondió Tisafernes con solemnidad.

Ambos alzaron la cabeza al escuchar un estrépito repentino y señales de alarma fuera de las celdas. Emociones distintas invadieron a ambos hombres al oír la voz de una mujer profiriendo órdenes con la certeza absoluta de que sería obedecida.

Ciro se despegó de la pared con los ojos centelleantes.

–No olvidaré el papel que has jugado en este asunto, Tisafernes –advirtió.

Como si tiraran de los hilos de una marioneta, Tisafernes se levantó de la cama.

–Alteza, me he limitado a obedecer a tu padre y a tu hermano –respondió con nerviosismo, intentando atisbar a la reina Parisátide.

–¡Apartaos de mi camino! –exclamó una voz por todos conocida como una tormenta precipitándose sobre ellos. Tisafernes se estremeció por la expectativa al escucharla nuevamente–. ¡Sacad a mi hijo de donde sea que lo tengáis escondido! ¿Ciro? ¿Dónde está mi hijo?

El guardia de la puerta se volvió para mirarla de frente. Ciro se planteó estrangularlo por detrás o quizá romperle el cuello a Tisafernes al ver que este intentaba hacer una reverencia en la pequeña estancia.

La reina Parisátide vestía de azul oscuro en señal de luto, si bien antes de lanzarse a los cuarteles había tenido tiempo de ponerse varios brazaletes de oro que tintineaban con sus movimientos. Llevaba el pelo recogido cerca de la nuca, sujetado con una red dorada. Seguía siendo bella a sus cuarenta y tantos años y se movía con la agilidad de una muchacha. Su perfume

la precedió, embriagando con esencia de rosas a los hombres, que permanecían inmóviles como becerros aturridos.

–¿Ciro? ¿Estás ahí dentro? ¿Es Tisafernes quien está contigo? Salid aquí conmigo, los dos. ¡No entraré en la habitación de un soldado sudoroso! ¡Sal, Ciró!

El príncipe se descubrió riendo aliviado tras el temor que había sentido. A Tisafernes parecían llevárselo los demonios al salir tras el guardia por la pequeña puerta al pasillo.

–Señora, tu hijo, el rey Artajerjes, ha ordenado... –empezó a decir Tisafernes.

La reina Parisátide se volvió hacia el guardia y, apoyando la mano en la piel desnuda de su brazo, dijo:

–Si este hombre vuelve a hablarme sin hacerme una reverencia primero, puedes cortarle la cabeza.

El guardia no dio muestras de haberla oído, pero Tisafernes optó por la precaución antes de exponerse a sufrir una muerte repentina. Rígido, hincó primero una rodilla y luego la otra, y finalmente se inclinó hacia delante hasta tocar el suelo con la frente. No estaba especialmente limpio, según pudo comprobar Ciró con cierto regocijo. Al enderezarse de nuevo, se le quedaron pegados en la frente unos excrementos de ratón.

–¿Os he dado permiso para alzaros? –preguntó la reina Parisátide con voz dulce.

Un tono más oscuro de humillación tiñó el rostro de Tisafernes. Nuevamente, prefirió no poner a prueba la autoridad de la dama en aquel lugar. Había vivido en la corte real los suficientes años para saber que algunos problemas se resolvían derramando sangre... y que las disculpas venían después. Volvió a pegar la frente en el suelo y permaneció allí inclinado, como si estuviera muerto.

–Ciró –saludó la reina a su hijo.

El príncipe la tomó de la mano y se arrodilló ante ella.

–Madre –dijo en respuesta–. Te estoy agradecido. Tisafernes parece creer que se ha ordenado mi muerte.

La reina hizo un ademán de desdén con la mano, como si sacudiera el polvo.

–Averiguaré lo sucedido, puedes estar seguro. Pero no aquí, en medio de estos plebeyos. No discutiremos asuntos privados con criados y soldados escuchando. Sígueme. Tienes la ropa manchada de sudor. Te han tenido como a un animal.

Antes de que Ciró tuviera oportunidad de responder, su madre estiró la pierna y enterró su pie en la espalda de Tisafernes, que gimió de dolor.

–Estos hombres han llegado demasiado lejos en su arrogancia. Pero lo remediaré. Yo me encargaré de corregirlo. Ven.

Dio media vuelta para marcharse y Ciró miró al capitán de la guardia. El rostro del hombre era un buen intento de obediencia ciega, pero sus ojos reflejaban temor. Sabía que su vida estaría en juego si el nuevo rey preguntaba por qué se había permitido salir a su prisionero. Sin embargo, la reina no aceptaba negativas; de hecho, se comportaba como si ni siquiera contemplara tal posibilidad. En los pocos instantes en los que el oficial podría haber objetado, la reina Parisátide pasó de largo con brío. Ciró la siguió, notando la voluntad del hombre palpar y desfallecer. Incluso entonces, mientras recorría el corredor y el cuartel, cruzándose con los Inmortales de su padre en diversos estadios de uniforme y asombro, Ciró temió que se diera la orden de arrestarlo.

Su madre andaba con decisión, aunque el vestido le impedía dar grandes zancadas. Caminaba apresurada, bamboleando las caderas por delante de su hijo. Muchos de los hombres que salieron

a comprobar qué ocurría la vieron y quedaron hipnotizados. Ciro sonrió al comprobar el efecto que su madre causaba aún en los hombres.

–No permitiré que retengan a mi hijo como a un delincuente –anunció su madre a los soldados con tono indignado, y algunos de quienes salieron al umbral de las puertas bajaron la vista, como si los hubieran sorprendido en un acto vergonzoso.

Ciro tuvo la sensación de que si Parisátide hubiera dudado o hubiera pedido permiso podría haberse roto el hechizo y uno de ellos, quizá uno de los oficiales de mayor rango, habría frenado su huida. Pero, como fuere, Parisátide mantuvo su autoridad hasta llegar a la puerta.

El cuartel se hallaba a cierta distancia de la linde de la meseta. Incluso con la reina a su lado, Ciro caminaba tenso, alerta ante la expectativa de oír un grito o de notar una mano cayendo sobre su hombro. Aguzó el oído para captar el tintineo de hombres con armadura corriendo y notó cómo un hilillo de sudor frío le bajaba por las costillas. Era un cordero entre lobos, y sabía que aún no había escapado. El tiempo que había pasado recluido le había permitido repasar todo cuanto había visto y oído. Y la conclusión era tan inevitable como dolorosa. No había habido error alguno en las órdenes.

Con la cabeza gacha, siguió a su madre a través de la puerta del cuartel de la guardia y se reunieron con la tropa de esclavos que Parisátide había dejado fuera. Permanecían tendidos en el suelo y Ciro supuso que no se habían movido desde la llegada de su madre. Se pusieron en pie de un brinco cuando la reina se subió a la litera abierta y dio unas palmaditas en los cojines que había a su lado. Entonces Ciro subió también, y con su peso hizo crujir los palos.

–Madre –empezó a decir.

La reina sacudió la cabeza.

–Ahora no, Ciro. Tu padre era un hombre testarudo y tendré que intercambiar unas palabras con tu hermano antes de dejar atrás este ridículo asunto. ¿Acaso somos egipcios que matamos a los nuestros? ¿Antes incluso de que Artajerjes tenga un heredero? Solo por eso, tu padre era un imprudente.

Ciro pestañeó despacio, aceptando el juicio de su madre.

–Nunca... creí que diera la orden de que me asesinaran –dijo.

Su madre alzó la cabeza y le tocó la rodilla mientras los esclavos se ponían en movimiento con una sacudida.

–Tu padre era un rey, Ciro. Y anteponía su imperio a todos nosotros. No espero que lo perdones por el momento, mientras la herida aún escuece, pero entenderás que era un hombre con un gran honor. Y era consciente de quién eras y de en quién te habías convertido. Tomó la decisión de eliminarte. A su modo, es casi un cumplido.

–Cometió un error –protestó Ciro–. Siempre he sido leal. Y aprecio la lealtad de mis hombres. Soy un príncipe que no será rey. Siempre lo he sabido. ¡Nunca he sido una amenaza para Artajerjes!

–Querido hijo, un rey elimina una amenaza antes de que esta sea consciente siquiera de que lo es. El imperio lleva paz y auxilio a millones de personas. ¿Qué es una vida comparada con esa mano firme? No excuso a tu padre, Ciro. No me arrebatará a mi amado hijo en los estertores de su muerte. Lo prohíbo. Y tú acabarás perdonándolo con el tiempo.

Ciro se sintió como un niño enfurruñado al escuchar las palabras de su madre, pero reprimió el apremio de discutir con la mujer que lo había rescatado de la muerte esa mañana. Mientras los portadores se abrían camino a través de la meseta, entre huertos regados por esclavos y protegidos del sol mediante redes, fue consciente de que, de no haber acudido su madre al cuartel,

en aquel momento ya estaría muerto. Su sangre habría empapado la arena del patio. Sintió un escalofrío al pensarlo. En cierto modo, aquella mañana era la primera de una nueva vida, marcaba una nueva dirección, con una decisión tomada. Guardó silencio durante largo rato, dejando que el apacible movimiento de la litera lo apaciguara.

–¿Dónde están mis hombres, madre? –preguntó al cabo de un rato.

–Todos muertos. Tu hermano ordenó matarlos.

Su madre lo observó con atención y percibió un destello de cólera que Ciro no fue capaz de disimular.

–¿Puedes culparlo por ello, Ciro? Trajiste espartanos al corazón de la capital de tu padre. ¿Debería haberlos enviado mansamente de regreso a su hogar? ¿Quién sabe lo que piensan esos salvajes? No, en ese aspecto, hizo lo correcto, pese al atroz coste. Tu hermano ni siquiera fue capaz de organizar eso sin..., bueno, ya no importa. Artajerjes es rey, aunque ha empezado con mal pie. Ordena tu muerte y fracasa. Envía arqueros a matar a tus hombres y estos masacran a la mitad de un regimiento, incluido un primo real y dos oficiales de alto rango.

Ciro sonrió con tristeza, sabedor de que los espartanos querrían que se supiera cómo habían muerto. Para ellos, su forma de morir era tan importante como su forma de vivir. Murmuró una breve oración a los dioses griegos en su nombre, solicitándoles que los acogieran en el Hades. Su madre se volvió para mirarlo.

–Si conozco a tu hermano, estará dispuesto a olvidar el día de ayer. Fue un mal día... ¿Quién puede decir que incluso ocurrió? Estamos vivos, y eso es lo que importa. Creo que podrás persuadirlo para cancelar la orden de tu ejecución y devolverte tu autoridad como comandante de los ejércitos. ¡Artajerjes te necesita, Ciro! ¿Quién ha sido más leal que tú? No hay nadie que entienda a nuestros ejércitos ni la mitad de bien. Nuestros enemigos huyen despavoridos gracias a ti. Sería un insensato si te perdiera, y así se lo haré saber.

Ciro salió de su ensimismamiento y comprobó que los esclavos les habían conducido a los cuarteles externos, donde había llegado con su caballo hacía solo un día. Se volvió hacia su madre con una ceja arqueada y ella suspiró.

–Déjame hablar por ti, Ciro. No quiero que tu hermano vuelva a sentirse fracasado en su primer día como rey. Si le obligo a tragarse el orgullo por tu causa, se molestará y pasará meses enojado. No me cabe duda de que Tisafernes ya habrá ido a cuchichearle al oído.

–Tisafernes le dirá que soy leal –le rebatió Ciro, consciente de que había perdido la fe en las palabras que pronunciaba.

Su madre negó con la cabeza.

–Tisafernes es su hombre, Ciro. Siempre lo ha sido. No es tu amigo.

Ciro hizo una mueca, notando la traición como el desgarrar de un músculo. Era un príncipe real. Se sintió ridículo por haber pensado que tenía amigos en la corte, en lugar de hombres que únicamente maquinaban para conseguir influencia y poder. Volvió a echar de menos a los espartanos. Anaxis había sido un amigo, y también Cinnis. Costaba creer que hubieran podido abatir a aquellos dos hombres, por no hablar del resto de los soldados. Sintió un arrebató de alegría al saber que se habían cobrado un alto precio por ello. Sus espartanos caminaban con una leyenda a hombros. Debieron de querer añadirle unas cuantas líneas. Más aún, entendían lo que era la lealtad. Y en ocasiones parecía que nadie más lo hacía.

Descendió de la litera y le tendió la mano a su madre antes de que los esclavos tuvieran tiempo de moverse. Parisátide lo tomó por los dedos y caminó con su hijo hasta la puerta. Ciro sabía que había dejado a Anaxis y a los espartanos en el patio que se abría tras ella. Cuando la luz se filtró



por una rendija, no sabía qué esperar. Dejó caer la mano de su madre al ver las paredes manchadas de sangre en una extensión de sesenta pasos de un lado a otro.

Se habían llevado los cuerpos, pero había aún muchas moscas y olía a muerte, cosa que hizo que a Ciro le escocieran los ojos. De niño había visitado con su padre mataderos para ver cómo sacrificaban al ganado y se desangraba. Notó un retortijón en el estómago al recordar aquella mezcla de sangre y vísceras.

–No proseguiré contigo, hijo mío –dijo su madre–. Déjame hablar con Artajerjes.

Parisátide había palidecido por el hedor que flotaba en aquel lugar. Ciro vio su mirada saltar de una mancha marrón a otra, sin posarse en ninguna, mientras se esforzaba por no imaginar la violencia que se había vivido en aquel lugar apenas unas horas antes.

–Dile que soy leal, madre, que siempre he sido leal. Nunca le he dado ningún motivo para recelar de mí. Y díselo también a Tisafernes.

–Lo haré, por supuesto. –Su madre le tendió los brazos y lo abrazó–. Él conoce tu valor, hijo mío. Le recordaré todo lo que has hecho. Ahora regresa a tu trabajo y no temas a los asesinos. Te escribiré cuando esté segura.

Ciro asintió, la besó en los labios y salió con paso decidido a la arena, que notó caliente bajo sus sandalias. Había entrado allí con una guardia de trescientos hombres, con Tisafernes a su lado y montado en su caballo preferido. Y se marchaba solo con su vida.

No volvió la vista para mirar a su madre, ni a los hombres que cerraban la puerta a su espalda mientras otros abrían la que le quedaba por delante. Su única esperanza era que la autoridad de su madre lo protegiera, aunque en cada uno de los pasos que dio al cruzar aquel patio que hedía a sangre temió que le clavarán una única flecha en la espalda. Puntas de flecha centelleaban en la arena, con esquivras de lanza y trozos de bronce que parecían monedas de oro. Lloró por quienes habían confiado en su palabra. Cuando por fin la puerta se abrió y contempló la magnífica escalinata de roca que conducía a los llanos que se extendían a sus pies, Ciro estuvo seguro de algo: había sido leal a su padre y a su hermano y, a cambio, lo habían atacado. Y aunque habían errado el tiro, quizá algo había muerto en él.

Empezó a descender de dos en dos los escalones que había subido tan fácilmente a lomos de su caballo. La ciudad de Persépolis ocupaba toda la llanura, pero el mundo entero se extendía más allá de ella. Ciro era conocido en todo el imperio como comandante de todos los ejércitos de su padre. Dejaría la capital del imperio durante un tiempo y visitaría regimientos remotos y a los oficiales que los comandaban y que se habían arrodillado ante él para prestar juramento.

Enseñó los dientes conforme bajaba por aquellas escaleras más y más rápido, dejando atrás las miradas de los guardias y el olor a sangre y traición. Regresaría. Se juró que volvería a ver a Tisafernes y a su querido hermano. Si tenía que reunir un ejército, lo haría. El emisario del rey lo alcanzó en Susa, punto de inicio del Camino Real, que conducía al oeste hacia Sardes. Lo que entonces le había parecido un fin podía ser fácilmente un principio. A pesar de todo, había amanecido una nueva mañana.

## 4

Ciro caminó tambaleándose hacia la fortaleza, apartada de la vía que conducía hacia el oeste. Estaba cubierto de polvo y tenía los ojos enrojecidos de tanto limpiarse la arenilla y a causa del sudor que le caía de la frente. Llevaba dos días de camino, sin comida y con solo un pequeño pellejo de agua. De los espartanos había aprendido a resistir y hasta dónde puede llevar la voluntad a un hombre determinado... y, aunque nadie se lo hubiera dicho, no pasaba nada por tumbarse y morir.

No había ríos en aquel paisaje de montañas marrones y tierra seca. La propia fortaleza estaba hecha de barro cocido.

La estructura parecía emerger de la tierra como un hueso viejo. Ciro pensó que podía ser uno de los lugares donde había descansado con los espartanos, pero no estaba seguro de ello.

Temió encontrarla abandonada, con el pozo interior seco y los soldados desaparecidos de nuevo entre sus tribus montañosas. Estuvo a punto de romper a llorar cuando divisó movimiento en la alta muralla junto a la puerta, pero ni siquiera le quedaba líquido en el cuerpo para derramar lágrimas.

–Abrid la puerta –dijo con la voz reducida a un susurro.

Recordó entonces que había guardado un trago de agua para cuando llegara aquel momento. Abrió el tapón y volcó la botella, pero estaba vacía. Se había bebido hasta la última gota en algún momento del trayecto.

Permaneció de pie, con la vista alzada hacia el rostro del soldado que lo fulminaba con la mirada.

–Lárgate, mendigo –dijo el hombre–. Si bajo ahí, te moleré a palos. No me obligues a moverme con este calor. ¡Márchate!

–Dame agua –graznó Ciro mirando hacia él.

El soldado miró hacia otro sitio, pero todos los hombres de aquel lugar conocían el dolor que provoca la sed y el valor que tiene el agua donde escasea. Los ríos eran venas de vida y todos los hombres vivían entre ellos. Si se secaban en la estación cálida, las cosechas se perdían, poblaciones enteras quedaban reducidas a huesos y piel polvorienta y sumidas en el silencio de la muerte. Sobre las murallas, el soldado tragó saliva y miró a su espalda. Sin intercambiar otra palabra, desapareció de la vista.

Momentos después se abrió de par en par una portezuela enmarcada en el gran portalón. El guardia salió por ella, con la espada desenvainada y ojos recelosos. Le lanzó a Ciro un odre medio lleno caliente como la sangre mientras observaba las montañas circundantes.

Ciro bebió con avidez, dejando que el bendito líquido le devolviera la vida y la determinación. Notó su voluntad revivir y pensó en flores que había visto renacer ante sus propios ojos al regarlas. El agua era la vida y él se sentía desesperadamente agradecido.

–Gracias –dijo–. Te recompensaré por tu amabilidad con un extraño.

–No es necesario –respondió el hombre, alargando la mano para recoger el pellejo de agua.

A Ciro le costaba desprenderse de él, pero no dio muestra de su lucha interna.

–Soy el príncipe Ciro de la Casa Aqueménida, hijo del rey Darío. Y sostengo que sí es necesario. Me has salvado la vida. ¿Cómo te llamas? ¿Qué función desempeñas aquí?

El hombre se quedó petrificado, con una expresión en el rostro que confirmaba su creencia en las palabras que estaba oyendo.

–Te... te he visto antes –respondió estupefacto–, cuando viniste con aquellos hombres corriendo cual perros de caza. ¡Te vi! –Se dejó caer sobre las rodillas y llevó la frente hacia el suelo de arena–. Mi señor y príncipe –añadió–. Perdóname. No te he reconocido.

–Álzate, proveedor de agua –dijo Ciro–. Aún no me has dicho tu nombre.

–Parviz, alteza. Pero ¿qué infortunio ha caído sobre ti para hallarte aquí solo? ¿Sin ni siquiera una espada? ¿Han sido acaso bandidos? Aquí solo somos cuarenta hombres y el comandante suele ausentarse en la ciudad. Alteza, ¿has venido a relevarlo de sus deberes? Es un loco holgazán y no sería una mala decisión.

Ciro rio al comprobar la rapidez con la que el hombre había aprovechado la ocasión para defender sus causas.

–Si sabes quién soy, sabrás que estás a mis órdenes, Parviz.

El hombre hizo ademán de arrodillarse de nuevo, pero Ciro lo tomó por el brazo y se enderezó temblando.

–Por supuesto, alteza.

–¿Tenéis caballos?

–Seis buenas monturas, señor, aunque una cojea. Si hubiéramos sabido que...

–Me llevaré las cinco que pueden cabalgar. Debo llegar a la ciudad de Susa, donde empieza el Camino Real, Parviz. Tu deber es ayudarme, ¿entiendes? ¿Conoces Susa?

El hombre negó con la cabeza y Ciro contuvo un suspiro. Estaba acostumbrado a volar durante la noche a lomos de caballos rápidos, pero casi todos los súbditos de su padre vivirían y morirían a menos de un día a pie de donde habían nacido. Colonias lejanas como India, Egipto y Tracia no eran más que nombres para ellos.

–Se encuentra al oeste, a una docena de días de distancia de aquí a caballo. Reúne y arma a tres de vuestros mejores hombres. Tú serás el cuarto y cabalgarás a mi lado. Búscame una espada y una lanza, Parviz.

–Señor, no tenemos nada que un príncipe pueda desear portar. Este es un lugar pobre.

–No necesito joyas –replicó Ciro–. Tráeme una lanza de cazador y una espada de soldado. Necesito poder cazar, cabalgar rápido y dejar este polvo a mis espaldas. Volveré a ver ríos y bosques verdes.

–Como ordenes, alteza –dijo Parviz.

Abrió la portezuela y la dejó batiendo mientras se alejaba corriendo. Ciro cerró los ojos y alzó el rostro hacia el sol.

En Susa, Ciro dejó a Parviz y sus guardias con los caballos mientras visitaba a un usurero de la legión en la calle de los reyes. A su alrededor había fuentes y patios construidos en honor a la gloria de su padre y su abuelo, cuyas imágenes talladas en piedra blanca lo observaban. Al prestamista le solicitó cien daricos de oro con su nombre y sello real y le lanzó la faltriquera que los contenía a Parviz. Su sirviente más reciente se quedó boquiabierto al verla y no pudo resistirse a mirar el contenido y acariciar las monedas. Mientras Parviz cambiaba la mitad de ellas por oro, Ciro se tomó un día para bañarse y hacerse masajear la musculatura. En un palacio real, los sastres le tomaron medidas para confeccionarle ropajes y el gobernador local le proporcionó las

mejores monturas disponibles. El príncipe comió bien y envió a sus hombres a aposentos cerca de las murallas de la ciudad. Una vez cumplidas todas sus responsabilidades con ellos, Ciro cabalgó hasta el cuartel y el campo de entrenamiento imperiales.

Engalanado en seda y oro, los oficiales a quien él mismo había ascendido y entrenado lo reconocieron al instante y se apresuraron a rendirle honores. El mendigo polvoriento de los caminos del desierto se había desvanecido, y Ciro dio gracias por ello. Con el transcurso de los años, Ciro había presumido de rara vez dormir dos noches seguidas en la misma cama y había visitado hasta al último comandante y oficial del imperio occidental, desde quienes vigilaban las murallas de la ciudad de Sardes hasta las tropas de montañas remotas que solo protegían un altar. Su rostro era conocido.

El cuartel de Susa se encontraba en los confines de la ciudad, donde antaño las tierras carecían de valor. El oro persa había creado una extensión de hierba verde y edificios blancos, regada y mantenidos por esclavos, donde miles de soldados se formaban de manera simultánea. Ciro los puso firmes y pasó revista, con Parviz a su lado.

Cuando se encontró a solas con los oficiales del regimiento, le sirvieron bebidas frías y lo abanicaron en la sombra. Todos los presentes charlaron tranquilamente durante la cena, si bien lo observaban y esperaban sus órdenes, preguntándose qué lo habría llevado hasta allí.

El príncipe mantuvo una expresión despreocupada mientras se enjuagaba la boca y se recostaba en la silla. Se volvió hacia el polemarcha, el comandante en jefe.

–Polemarcha Behrouz, necesitaré una guardia personal, por supuesto. A juzgar por lo que he visto, tus hombres me servirán perfectamente. Te felicito por su calidad. Seleccióname... a trescientos de los mejores para acompañarme mañana. –Se inclinó hacia delante mientras el hombre asentía sobre sus costillas de cordero–. Y, señor, alguien podría caer en la tentación de desprenderse de los soldados que le desagradan, de los vagos, los quejicas y los pusilánimes. Sabré si tal es el caso.

–De mí solo obtendrás a los mejores, alteza, te lo juro. Es lo menos que puedo hacer por el hijo de tu padre.

Ciro se lo quedó mirando fijamente, incapaz de determinar si la noticia de la muerte de su padre habría llegado ya a aquellos lares. Era poco probable, aunque iría expandiéndose a su paso. Una vez le habían contado la historia de un eclipse durante el cual una gran sombra había tapado el sol. El anciano que se la había explicado a los jóvenes príncipes era un astrólogo hecho venir desde centenares de kilómetros de distancia para instruirlos. El detalle que a Ciro se le había quedado grabado era el recuerdo pavoroso del hombre de una sombra que avanzaba desde el horizonte hacia él, corriendo más aprisa que un caballo al galope y cubriendo el mundo entero. La noticia del deceso de su padre era como aquella sombra. No podía detenerla ni ganarle la carrera. Los sobrepasaría a todos y dejaría un imperio distinto a su paso.

Al polemarcha Behrouz de los cuarteles reales pareció incomodarle el silencio en la mesa y continuó parlotando mientras Ciro daba un sorbo de vino tinto.

–Para serte sincero, alteza, pensaba que habías venido para tratar el asunto del espartano renegado. Te juro que lo echaremos del imperio en cuanto lleguen los refuerzos.

Ciro dio un largo trago antes de responder. Su padre siempre había preferido negociar durante la comida, porque permitía oportunidades de distracción.

–Cuéntame la que consideras la verdad –dijo al fin.

Behrouz se sonrojó, pero se acomodó para rendir cuentas a su superior.

–El hombre comanda a unos dos mil griegos, señor. Según me han informado, eran un ejército

de Esparta al que enviaron a proteger ciudades griegas en Tracia, al norte, de una rebelión insignificante. El susodicho general envió la orden a casa para que le asignaran aquellos hombres y estos marcharon para reunirse con él y se pusieron bajo su mando. Pero, alteza, por lo que he sabido ese espartano es un tirano despiadado. Hoy mismo he preparado cartas para solicitar refuerzos.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Ciro.

—Clearco, señor. Las gentes de Tracia enviaron sus propias misivas a Grecia preguntando por qué se entregaba a aquel hombre, que había masacrado una población sin causa, un ejército para cometer actos aún más atroces.

—He oído hablar de él —dijo Ciro.

Clearco había sido un célebre gobernador de Bizancio, designado mientras los Treinta gobernaban Atenas. Cuando estos habían caído, él también fue expulsado. Y era cierto que tenía fama de ser despiadado, en el sentido de que no conocía la misericordia ni la compasión. Ciro habría deseado contar con una docena de hombres como él en aquel momento. Sintió una emoción creciente en el pecho y el estómago, como si el vino fuera más fuerte de lo que había imaginado.

—¿Y dónde se encuentra ahora ese tirano de Esparta, Behrouz? ¿De regreso a casa?

—Alteza, creía que por eso habías venido hasta nosotros. Ha acampado en las montañas, a menos de tres días a pie desde esta ciudad. Estamos preparados para defender las murallas si viene hasta aquí, puedes estar seguro.

—¿Y cuenta con dos mil espartanos? —preguntó Ciro.

—Apresamos a uno de sus oteadores, alteza, rastreando las murallas de Susa. Dijo que contaban con un contingente más numeroso, pero los griegos siempre mienten.

Ciro se descubrió sonriendo.

—Sí. Nunca he conocido a gentes que se deleiten más en la mentira que ellos. ¿Sigue el oteador con vida?

El oficial asintió y Ciro se puso en pie y se secó la boca con una servilleta antes de arrojarla a la mesa.

—Bien. Indícame dónde está retenido y prepárame una montura.

Ciro respiró hondo y se obligó a serenarse, invocando los recuerdos de los espartanos a quienes había conocido e implorando tácitamente su bendición y su ayuda. Anaxis lo habría reprendido por el temblor de sus manos, pero lo cierto es que también respondía a la falta de sueño y a las preocupaciones.

En los días transcurridos mientras aguardaba en Susa a que el general espartano llegara cabalgando bajo tregua, Ciro se había envuelto en capas del imperio. Había orado en los templos, se había bañado dos veces al día y había hecho que le quemaran las puntas del pelo y lo perfumaran. Se había entrenado con la espada y el escudo como un soldado común, aunque había encontrado a pocos hombres capaces de batirse con él. Al resto o bien les imponía demasiado su título o bien desdeñaban el trabajo físico duro. El ejercicio constante y la disciplina que había conocido con los espartanos habían avinagrado su indulgencia hacia los soldados de Susa, que parecían pasar demasiado tiempo desfilando con sus elegantes uniformes y demasiado poco entrenándose en el manejo de las armas. Por las tardes, Ciro leía en la biblioteca del palacio, pero no conseguía relajarse. Dormía de manera irregular, y eso cuando lograba conciliar el sueño. Su padre estaba muerto y su hermano gobernaba el imperio. El mundo había cambiado. En ocasiones, Ciro tenía la sensación de ser el único que recordaba cómo era antes.

Había transcurrido tiempo suficiente para que la línea de la sombra del deceso de su padre alcanzara Susa. Ciro había visto llegar jinetes procedentes del desierto, la ciudad se había sumido en un período de duelo y todos los hombres le evitaban la mirada. Quizá su madre se hubiera impuesto a Artajerjes; Ciro no tenía modo de saberlo. Dormía con la empuñadura de perla de un cuchillo en la mano por si no había sido así, aunque dudaba que oyera a un asesino antes de que fuera demasiado tarde. Y la mera idea le provocaba tal ardor de estómago que acababa vomitando. Aquella noche se sentía incómodo, menos seguro de sí mismo de lo habitual en presencia del espartano.

El general Clearco se sentaba como si pudiera ponerse en pie de un brinco y luchar en cualquier momento. De ancho pectoral y con cicatrices en los brazos, lucía una capa roja sobre una coraza de bronce, una falda de pliegues de cuero y grebas. Llevaba los muslos al aire, unos muslos musculados, como los de un luchador. Se repanchingaba como un gato descansando al sol, soberanamente seguro de su propia fuerza. Clearco no había negociado los términos de la tregua, sino que se había limitado a entrar a caballo en Susa para reunirse con el príncipe acompañado de solo dos hombres, y los había dejado fuera. A fin de cuentas, no estaban en guerra.

Ciro sentía una tensión fastidiosa, quizá porque en algún rincón de su mente sabía que el general representaba una amenaza y no cerraría un ojo en su presencia. Sin embargo, se trataba de una amenaza franca. Y eso era algo que Ciro apreciaba en los soldados espartanos. Los atenienses discutían con todo el mundo porque sí. Parecían disfrutar de los embrollos enrevesados y las decisiones morales difíciles. Y los persas se les parecían más de lo que la mayoría de ellos admitía. Ciro había visto con sus propios ojos a mercaderes hacer caso omiso de una cola de compradores dispuestos a pagar el precio demandado para dedicarse a regatear con el único cliente que intentaba negociarlo.

En cambio, los espartanos eran manifiestamente orgullosos, aunque sus enemigos los considerasen arrogantes. Se decantaban por las cosas simples, y su honor personal les impedía mentir o engañar, ya fuera para no herir los sentimientos de sus amigos o para no alentar a los débiles. Si no se deseaba obtener una respuesta sincera de un espartano, lo mejor era no formularle la pregunta. Ciro se sorprendió sonriendo al pensarlo, pese a ser consciente de que estaban observando y juzgando su expresión.

–Pides mucho –dijo Clearco– para ser un hombre que ya ha perdido a trescientos de los míos.

Ciro notó un arrebató de ira al escuchar aquellas palabras, con las que su interlocutor parecía insinuar que era culpa suya. Aun así, se recostó en su silla y se obligó a relajarse.

–Ya te lo he explicado. También he enviado a los éforos de Esparta sus estipendios hasta el día en que fueron asesinados.

–Entonces considerabas a Anaxis un mercenario –apuntó Clearco en voz baja.

–Era un mercenario –respondió Ciro–. Si él me consideraba su amigo, o yo a él, era cosa nuestra. Yo he cumplido con mis responsabilidades, y te recuerdo, Clearco, que fueron el apoyo de mi padre y el oro de mi familia los que financiaron todas vuestras campañas. ¿Habría puesto Esparta al consejo de los Treinta a gobernar Atenas de no ser por mí?

–No hablo en nombre de Esparta, sobre todo este año, cuando los necios de mis compatriotas me tachan de tirano. No. Cada cosa a su tiempo –replicó Clearco–. Ahora mismo, los atenienses andarán jaleando en su ágora, reivindicando que nos han arrancado la democracia de nuestras reticentes manos. Generales leales estarán siendo asesinados por esclavos y hombres buenos perderán su honor, despojados de su autoridad por quienes nunca acataron órdenes. –Suspiró y se

frotó el puente de la nariz—. Si los atenienses vuelven a gobernar en Atenas, ¿entonces para qué luchamos? ¿Qué ha cambiado?

—Ese es un argumento para el inmovilismo —replicó Ciro, sospechando que su interlocutor lo estaba poniendo a prueba. Si quería franqueza, la tendría—. Todas las vidas son breves. ¿Por qué entonces no limitarnos a dormir bajo el sol? Todos acabamos en el mismo lugar. Sin embargo, si tenemos orgullo, combatimos hasta el último aliento. Te conozco demasiado bien, Clearco. Y tú a mí. Importa que las armas y las leyes espartanas gobernarán toda Grecia durante un tiempo. Dejemos que los perros pequeños ladren ahora y se convenzan de que la victoria es suya. Algunos de nosotros tenemos memoria histórica. Treinta espartanos gobernaron en Atenas y tres mil atenienses acataron vuestro mandato. Les permitisteis atisbar la grandeza. No lo olvidarán tan fácilmente.

Clearco se rio entre dientes mientras se recostaba en su silla.

—Veo que te sigue gustando discutir. Pareces griego. —Sonrió al ver el cambio de expresión del príncipe—. Créeme, era un cumplido. Entiéndeme, no pretendo negar nuestra deuda de honor, alteza. Has sido un amigo para mí, para Esparta y para Grecia. Solo pretendía asegurarme de que no has malgastado a los hombres que te acompañaron. Conocía bien a Anaxis y lamento su pérdida.

—Volverás a verlo —dijo Ciro.

El espartano asintió con la cabeza.

—Así es —dijo con absoluta certeza, con sus oscuros ojos resaltando en su bronceado rostro—. No se alejará del río, por mucho que lo haga esperar. Le diré que comunicaste las noticias a Esparta para que su nombre pudiera inscribirse en el muro blanco y que enviaste la paga por su muerte, que se destinará a criar y alimentar a hijas e hijos espartanos. Y, por supuesto, le diré que acudiste a mí para pedirme ayuda para vengarte... y que yo no te di la espalda.

—Tendré que mentir a muchos de los que vengan a luchar a mi lado —añadió Ciro en tono grave—. ¿Lo entiendes? Quería explicarte la verdad de lo que pretendo.

—Señal de juicio sensato. No habría perdonado que me mintieras, alteza —respondió Clearco—. Compras mis servicios y obtienes mi amistad. No te fallaré, pero tampoco mentiré en tu nombre. Si los otros oficiales me preguntan por qué estás congregando una docena de ejércitos pequeños para dirigirte a los desiertos del Imperio persa, les diré que te lo pregunten, que no soy más que un mero soldado que forma donde le ordenan que forme y mata cuando le ordenan que mate.

Ciro pestañeó al comprobar la intensidad del hombre que tenía sentado enfrente. Clearco era como un león con las garras enfundadas, pero sabía perfectamente que seguía siendo un león.

—Deberías permitirme comprarte un caballo —se ofreció Ciro, ganando tiempo para componer sus pensamientos—. No es propio de un general caminar junto a sus hombres.

—En Esparta sí lo es —replicó Clearco—. Caminaré —añadió, revolviéndose incómodo en la silla—. Si soy sincero, no me gustan los caballos. Se me quedan mirando fijamente.

—¿Tienes miedo de los caballos? —preguntó Ciro asombrado, sin pensar en lo que decía.

El general espartano permaneció inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido. Ciro tragó saliva.

—Yo no tengo miedo de nada —respondió Clearco—. No me gustan los caballos. Es muy distinto.

Ciro se dio cuenta de que había contenido el aliento y exhaló lentamente.

—Por supuesto. No es lo mismo.

Clearco lo observó durante un rato. Y pareció satisfecho con lo que vio.

—Tal vez deberíamos hablar de los honorarios —propuso.

Ciro alzó la vista.

—¿Me servirás?

—Por un darico de oro al mes por hombre o veintiséis dracmas de plata, sí. Elevado a un darico y medio en época de batalla o en períodos de servicio inusualmente arduo. Cuento con dos mil espartiatas, unos ochocientos siervos ilotas y unos cuantos periecos, guerreros de clase más baja. Sugiero abonar la mitad de la paga a los periecos. Los ilotas, por supuesto, solo necesitarán comida y material.

—Por supuesto —convino Ciro.

Los términos del acuerdo eran justos y el precio no superaba al que había pagado anteriormente, aunque Ciro tenía la sensación de que el general consideraba ese aspecto irrelevante.

—Pondré mi sello para que te entreguen diez mil daricos, general. ¿Bastará con eso?

Era una suma ingente y Clearco hizo lo que pudo para no atragantarse con el vino. Se enjugó la barbilla.

—Bastará, alteza, sí. Por esa cantidad se te honrará en nuestro hogar y serás temido por tus enemigos.

—Mencionas las únicas cosas con valor en el mundo, general —afirmó Ciro, sondeando a su interlocutor—. ¿Son tan importantes el oro y la plata en comparación?

Para sorpresa de Ciro, Clearco se rio entre dientes.

—Lo dice alguien que nunca ha tenido que dejar a un niño a la intemperie en invierno, cuando no había comida. Por supuesto que lo son. Tu oro pagará la formación de espartanos, la supervivencia de nuestro pueblo y la vida en paz en el valle de Eurotas. Ningún ejército extranjero se ha internado nunca en el territorio de Lacedemonia Hueco desde que descubrimos cómo acceder a él, hace ya seiscientos años. —Hizo una pausa para analizar a su público—. Los persas fueron quienes más se acercaron.

Ciro inclinó la cabeza, aceptando el cumplido tal como se pretendía.

—Pero yo hablo de ti. A eso es a lo que me refiero. ¿Sirves a cambio de oro?

Clearco se inclinó hacia delante y, con los antebrazos apoyados en las rodillas, contestó:

—Mis hombres tienen entre veinte y sesenta años. Marchamos y luchamos por Lacedemonia durante cuarenta años porque es... agua derramada sobre una piedra caliente, nuestro hogar. Es necesario renovarla incesantemente o se desvanecerá, como si nunca hubiera existido.

—Y cuando regresáis allí, después de luchar, ¿qué sucede?

—Cuando regresamos nos alimentan y nos permiten sentarnos tranquilos, aunque los muchachos jóvenes se burlan de los soldados viejos mientras duermen. Siempre ha sido así: los muchachos son unos necios. —Sonrió y se pasó una mano por el rostro—. Todavía no he encontrado un modo mejor de vivir que el nuestro, alteza. Tu oro compra mis servicios, sí, pero no solo eso: tendrás el placer de contemplar a los espartanos en batalla. Es un raro obsequio que no puede pagarse con monedas. Al fin y al cabo, la mayoría de los hombres solo lo ven una vez.

Se recostó y Ciro le devolvió la sonrisa, con el hechizo roto.

—Traed vino —ordenó Ciro a sus siervos—. Debemos alzar la copa para brindar por ese regalo tan infrecuente. —Mientras observaba al espartano, su expresión se volvió algo más seria—. Gracias, general. Cuando te oigo hablar, añoro aún más a Anaxis.

—Lucha bien y quizá un día puedas decírselo tú mismo —replicó Clearco.

—Soy un príncipe persa, aunque quizá mi estatus sea incierto este año.

—Hay príncipes en el Hades, señor. Yo mismo he enviado allí a un par de ellos.



–Te estás divirtiendo a mi costa –dijo Ciro.

–En efecto, alteza. –El espartano bebió de su copa y chasqueó los labios en señal de aprobación–. Conozco este vino. Es de casa.

Ciro sonrió, complacido por que su gesto no hubiera pasado desapercibido.

–Elaborado por el sol, la tierra y la vid. –Alzó la copa, y el espartano imitó su gesto.

–Por los que se fueron antes. Y por reencontrarnos con ellos –brindó Clearco.

Sin mediar más palabra, brindaron y apuraron sus copas de un trago.

**E**l joven Jenofonte abrió la puerta de la calle, entró y la cerró con la espalda. Tenía el rostro sonrojado y aspecto de estar enojado. Su quitón y capa mostraban manchas oscuras. Mientras respiraba con dificultad, algo húmedo y fétido se deslizó desde el dobladillo y fue a aterrizar en el suelo de piedra.

El ateniense propietario de la diminuta vivienda alzó la vista de la mesa en la que había dispuestos una docena de tallos y hojas verdes, así como una serie de caballas que estaba desespinando con un cuchillo. Era un hombre bajito y fornido, con el cabello cano y la piel de la calva bronceada y moteada como cuero viejo. Pese a su edad, transmitía la impresión de ser fuerte, gracias a sus musculosos brazos y pectorales y a sus piernas ligeramente arqueadas, que se apreciaban desnudas bajo la mesa.

—¡Jenofonte! —gritó Sócrates entusiasmado, mientras sorteaba la mesa y se limpiaba las manos en el delantal antes de abrir los brazos para darle la bienvenida—. ¿Has venido a cenar con nosotros? Estoy preparando una receta cretense con hojas de albahaca... e higos maduros de postre.

Antes de que el joven tuviera tiempo de responder, Sócrates lo abrazó con tal entusiasmo que casi lo levantó del suelo. A su pesar, Jenofonte notó que empezaba a cambiarle el humor.

—¡Jantipa! —gritó Sócrates por encima de su hombro—. ¡Otro que se queda a cenar! —Permaneció quieto un momento, a la escucha—. ¿Dónde se ha metido esa mujer? ¿Acaso es pedir demasiado que salga a recibir a mis invitados? Estoy hasta los codos de pescado. Tienes la capa mojada. ¿Llueve acaso? No, lo habría oído. Y lo habría notado: volvemos a tener goteras, de las cuales también se me acusa. Así que no llueve. Veo que sonríes mientras indago en tus secretos, pero no sonreías cuando has entrado. Es por esas pandillas de políticos, por esos niños, por supuesto.

—No son niños, Sócrates. Se vuelven más osados y crueles cada vez que me ven en la calle. Viven y se reproducen como ratas.

—Es mejor que lancen fruta que piedras, viejo amigo.

—Pero lanzan ambas cosas —replicó Jenofonte. Apretó el puño y se apartó la capa manchada para dejar a la vista una kopis espartana que llevaba en la cadera.

Sócrates silbó bajito.

—Esa no es arma para caminar por las calles de Atenas. Si sacas un cuchillo espartano a la sombra de la Acrópolis, ¿qué harás con él?

—¡Son una turba violenta! Me vigilan, hacen correr la voz y se reúnen allá donde voy. Escucho sus pisadas repiqueteando en los callejones ¡y luego aparecen, increpándome y mostrándome sus rojas bocas! ¡Me escupen! ¿Acaso quieres que camine desarmado entre piedras voladoras e insultos? —preguntó Jenofonte. Agachó la cabeza. De nuevo malhumorado, volvía a parecer testarudo y nervioso—. Cuando estaba en el consejo, tenía derecho a portar armas. Y me han arrebatado muchas cosas, pero no ese derecho. ¿Preferirías que no pudiera defenderme?

Sin mediar palabra, Sócrates lo agarró por el brazo y lo condujo hacia el interior de la sencilla

estancia que constituía el corazón de la vivienda, desde donde unas desvencijadas escaleras conducían a un único dormitorio en la planta superior.

Jenofonte agachó la cabeza justo a tiempo para esquivar una viga baja en la que se había golpeado muchas veces anteriormente. Frunció el ceño y su amigo rio entre dientes.

–¿Ves como es mejor ser bajito?

–No tenía este problema en tu antigua casa –dijo Jenofonte–. Al menos allí podía permanecer de pie.

–¡Pero el alquiler...! La anciana propietaria me exprimió como una naranja.

Sócrates agarró un par de higos de la mesa y los apretó, cosa que hizo a Jenofonte poner una mueca de dolor. Sócrates suspiró.

–Cuando era albañil, comía y dormía como un rey. Y también cuando era soldado. Entonces, cuando era fuerte y diestro con la espada, tú no me conocías. Tres campañas, Jenofonte. Tres veces salí a la pista de baile de Ares en nombre de mis señores... ¡y le salvé la vida a Alcibíades!

–¿De verdad? No me lo habíais contado... –replicó Jenofonte en tono cortante.

Sócrates lo agarró del hombro con tanto ímpetu que lo hizo tambalearse.

–He explicado esa anécdota demasiadas veces, lo sé, pero una buena historia es una obra de arte, parecida a una estatua. Importa tanto el pulido como la piedra.

–Las mentiras.

–No, no es lo mismo. El pulido. Pero volvamos a tus problemas, amigo mío. Cada día soportas esas befas y esas afrentas a tu honor. Y aseguras que van a peor. Me muestras una kopis espartana dando a entender que la usarías, aunque tus enemigos son demasiado jóvenes para atacarlos con honor. ¿Te abalanzarás sobre ellos y matarás a niños?

–No son niños –respondió Jenofonte.

–Entonces, ¿son hombres? ¿Con barba y entrenados? ¿Armados para la guerra?

Jenofonte sacudió la cabeza, recordando a la panda andrajosa que le había lanzado objetos. Vio que Sócrates le exigía una respuesta en voz alta y suspiró.

–No, no son hombres.

Sócrates asintió con la cabeza, manteniendo un dedo en el aire para destacar su observación.

–Amenazar con un cuchillo que no utilizarás es el acto de un hombre débil, y, amigo mío, tú no eres un hombre débil. ¿Es eso lo que pretendes, blandir un trozo de hierro afilado ante ellos y hacer que se tapen los ojos y se inclinen ante ti?

–No –contestó Jenofonte reticente–. Aunque se me ha ocurrido...

–Es conveniente reflexionar bien las cosas antes de que te arresten por herida u homicidio. Al menos, yo siempre lo he creído así. Ven, trocéame esto por favor, tan fino como puedas. Las hojas de albahaca no, son solo una hierba. ¡La verdura es la sal de la vida! ¡Nada mejor que el vigor de la acedera y la ortiga, del amaranto y la arveja, de la achicoria y la belladona!

–¿La última no es venenosa? –preguntó Jenofonte mientras agarraba un cuchillo y empezaba a picar.

–¿La belladona? No, si se recoge madura y se hierve, como he hecho yo. ¿Acaso pondría yo en riesgo las vidas de mis muchachos? ¿De mi noble invitado? No. El mundo entero es una despensa para un hombre con los ojos curtidos y unas manos capaces de diferenciar las hojas buenas de la simple hierba. Pregúntame cuánto cuesta esta comida, Jenofonte, esta comida que alimentará a mi esposa, a mis hijos y a mi invitado y que colmará mi propio apetito, que con excesiva frecuencia es mi amo y nunca mi esclavo.

Jenofonte echó un vistazo a las caballas dispuestas sobre la encimera, más de una docena de ellas. Sin embargo, conocía al filósofo demasiado bien.

–Ni una sola moneda –respondió.

–¡Ni una sola moneda! –exclamó Sócrates haciéndose eco de sus palabras–. ¡Eres un oráculo! El viejo Anatoli, del muelle, me regaló el pescado a cambio de ayudarlo a remendar su red. Los nudos son muy interesantes y he aprendido una nueva habilidad, lo cual vale más que unos cuantos pescados. Anatoli pensaba que me pagaba por mi trabajo. –Se inclinó hacia delante y bajó la voz para murmurar en tono conspirativo–: En realidad, tendría que haberle pagado yo a él, ¿no crees?

Preso del júbilo, dio un manotazo en la mesa de madera con su imponente mano y la estancia entera tembló.

Jenofonte alzó la vista al oír un estrépito sobre sus cabezas. Le habría gustado que su viejo maestro aceptara un obsequio o incluso un préstamo para vivir en un barrio mejor de Atenas, pero Sócrates no quería ni oír hablar del tema. Unos vecinos empezaron a discutir a gritos al otro lado de la pared. Sócrates continuó como si oyera llover:

–Con tanto hablar de hierbas y de pescadores me estás distraendo, Jenofonte. Retomemos tu problema. No me gusta verte enfadado. Así que... si no vas a atacar a esos jóvenes imberbes, si no vas a amenazarlos como una anciana, ¿por qué no los reúnes a tu alrededor y les explicas por qué no deberían mofarse de ti y arrojarte piedras?

–No tengo ninguna intención de hacer algo así. Mi dignidad caería por los suelos.

–Es cierto. Los niños pueden ser groseros, según recuerdo. Son capaces de burlarse incluso de quien les tiende la mano. Y, sin embargo, tampoco serás duro con ellos. ¿Utilizarás una vara para pegarles? Sería mejor que una kopis, a mi modo de ver.

–Podría hacerlo –respondió Jenofonte con satisfacción, imaginándoselo.

Troceó las hierbas mientras hablaba, con movimientos rápidos y seguros, y fue echando cada puñado en una enorme fuente para toda la familia.

–¿Has traído vino? –preguntó Sócrates.

Jenofonte negó con la cabeza, avergonzado. El filósofo se encogió de hombros, metió la mano bajo la mesa, extrajo un viejo odre y lo destapó.

–No importa. Aquí queda un poco. Los hombres de palabras no pueden hablar con la boca seca. ¿Acaso soy yo un asno o una cabra para beber agua? No, un hombre bebe vino, para templarse la sangre, para salir de sí mismo y contemplar la realidad desde la perspectiva de otro. Ese «éxtasis», esa desconexión, es el secreto para una buena vida, amigo mío. No siempre podemos ser nosotros. Es agotador.

Jenofonte se descubrió sonriendo mientras el anciano colocaba dos toscos vasos delante de él y los llenaba.

–Mi querida Jantipa no aprecia el valor del odre, al menos no tanto como yo. Ella... –Sócrates se contuvo de añadir lo que fuera que pretendía decir cuando su mujer bajó por las escaleras–. Queridísima flor, Jenofonte ha aceptado unírseos para cenar esta noche. ¿No me has oído llamarte?

–Sí te he oído –respondió Jantipa secamente. Parecía irritada, y Jenofonte miró hacia otro lado para concederles intimidad–. Los niños se han vuelto a encaramar al tejado del vecino, ¿lo sabías?

–Amada mía, tenemos un invitado. Y los niños trepan. Es su naturaleza.

–Hum. Cuando los alientan a hacerlo tal vez sí. Por cierto, eres bienvenido en nuestro hogar, consejero –dijo Jantipa.

Jenofonte se inclinó hacia ella y ambos se rozaron las mejillas aunque él tenía las manos llenas de hilos y rizos verdes.

–Gracias –respondió–, aunque, por desgracia, ya no existe el consejo. Tu marido me estaba ayudando a resolver un problema.

–Ya veo. Se le da muy bien resolver los problemas de los demás –apostilló ella.

–Mi querido capullo de alelí, he abierto la última botella de vino –dijo Sócrates–. ¿Me traerás un par más del pequeño comercio del viejo Delios?

–Lo haré si tienes la moneda para pagarlas –respondió ella.

–Es un amigo, amor mío. Dile que le pagaré la semana que viene.

–Dijo que hasta que no pagaras la cuenta del mes pasado no volvería a fiarte.

–Aun así –insistió Sócrates–. Dile que un viejo amigo ha venido a cenar. Lo entenderá.

Jenofonte se llevó la mano al monedero, pero lo agarraron del brazo unos dedos que habían trabajado con el mazo y el cincel en sus tiempos jóvenes.

–Eres mi invitado –le dijo Sócrates en voz baja–. No saques tus monedas en esta casa.

–Debería haber recordado traerlo yo.

–Eso ya no puede resolverse –replicó Sócrates con un encogimiento de hombros–. Pero no me arrebatas mi orgullo ni mi estúpida vanidad. La semana pasada recibí tres nuevos alumnos.

–Deberías enseñarles a cincelar la piedra –intervino Jantipa–. Al menos, por eso te pagarían. O a usar una lanza y un escudo. No todas esas preguntas. No te pagan por lo que les enseñas tan alegremente.

–¿Puedes ir a buscar el vino, granada mía? –insistió Sócrates, con la voz algo endurecida.

Jantipa decidió que ya lo había presionado suficiente, salió a la calle y cerró de un portazo.

–Es una mujer... de armas tomar –dijo Sócrates. Miró con adoración hacia la puerta–. No me la merezco.

–¿Tan poco da de verdad la filosofía? –preguntó Jenofonte–. Puedo pagarte como alumno, si me lo permites. Te lo propuse cuando os mudasteis de vuestra antigua casa.

–Soy un hombre orgulloso –respondió Sócrates–. Todos los atenienses lo somos. No me gusta ir por ahí con los brazos abiertos diciéndoles a otros hombres: «Dadme de comer», «Dadme de vestir». No. Yo hago las cosas a mi modo. Vivo de mi inteligencia. Alimento a los niños y a mi esposa y, si hay deudas y meses difíciles, ¿qué importa? ¡La vida es muy corta, Jenofonte! ¿Qué sentido tiene desperdiciar los días preocupándose? Esta noche, mientras duermo, podría morir de una corriente de aire, sin más. Mi querida Jantipa podría hallarme frío por la mañana y quedar despojada de todo mientras llora mi muerte, y mis hijos podrían verse forzados a ser esclavos o a morir de hambre. Ahora bien, si muriera mientras duermo siendo albañil, el resultado sería el mismo. Podría morir en el campo de batalla y sufrirían el mismo destino. Así que, en lugar de ello, me dedico a formular preguntas y, en ocasiones, algunos hombres ven verdades que no apreciaban antes. Y eso puede ser una recompensa en sí mismo, Jenofonte...

–Pregúntame a mí entonces –le invitó Jenofonte en tono grave.

–Tú ya conoces la verdad. Lo único que deseo es sonsacártela, ponértela ante los ojos y conseguir que la veas. Algunos hombres no soportan esa luz y, extrañamente, se enojan al contemplarla. Critias era uno de ellos, y su cólera acabó siendo su perdición. Que en paz descansa su alma.

Jenofonte agachó la cabeza para honrar su memoria. Sócrates asintió con la cabeza como si conviniera consigo mismo.

–Pero creo que tú estás hecho de mejor pasta que él. Así que, veamos.

Los dos hombres, sentados cara a cara a la mesa, se habían olvidado del pescado y de las hortalizas troceadas.

–¿Por qué esos jóvenes de la calle te arrojan piedras y fruta podrida? –preguntó Sócrates.

–Porque se les permite comportarse como unos salvajes. Porque esta no es una zona adinerada de la ciudad. Aquí no existe el orden.

–¿Tiran piedras a todo aquel que transita por esta calle?

Se produjo un silencio, hasta que Jenofonte negó con la cabeza.

–Entonces, ¿por qué a ti sí, amigo mío?

–Sabes perfectamente por qué.

–Aun así, quiero oírte decir a ti.

–Me han visto muchas veces en este lugar. Conocen mi nombre.

–Entonces, ¿lo que odian es tu nombre? Seguramente deben de arrojarle piedras a eso.

–Me consideran un traidor –murmuró Jenofonte, sonrojándose.

–Entonces, ¿no desprecian tu nombre, sino tus actos?

–Yo no he hecho nada malo. ¡Nada!

–¿Y por qué entonces te consideran un traidor?

Jenofonte levantó las manos en el aire.

–He venido a verte como amigo, no como pupilo. No estoy de humor para esto esta noche. ¿Por qué no servimos el vino que queda y me permites comprar más? Podemos hablar de otra cosa. Permíteme que deje esto en la calle, en las alcantarillas.

Sócrates apiló las verduras troceadas y el pescado, y los echó en la fuente con un taco de queso blanco. Vertió aceite de oliva hasta que todo quedó resplandeciente y luego desmenuzó pizcas generosas de sal entre sus dedos.

–Es mejor que haga esto mientras mi amada se ausenta de casa. Dice que echo mucha sal, y es cierto, pero ¿qué es la vida sin sal? Y permíteme que te diga, amigo mío, que hace un mes que no vienes a verme, pese a la conmoción que se respira en toda la ciudad. Hoy has venido en busca de respuestas, de consejo quizá. De manera que, como los vendedores de caracoles con sus pequeños palillos de hueso, busquemos la carne en el interior.

Volvió a abrirse la puerta y entró la esposa del filósofo. Clavó la vista en la enorme fuente y en los dos hombres mientras depositaba dos ánforas de arcilla llenas de vino en la mesa, entre ambos.

–Delios dice que hay que pagarle o no habrá más, que no es ningún prestamista. Y ha añadido que lo arruinarías bebiendo si te permitiera hacerlo.

–Es un buen amigo, un héroe –replicó Sócrates con satisfacción. Quitó los dos tapones de arcilla y piel y los olisqueó con placer–. Son vinos nuevos, puros y jóvenes, amor mío. ¡Son las primeras semanas de un matrimonio, nuevas amistades, nuevos amores, nuevos triunfos!

Su mujer aspiró, pero no opuso resistencia cuando Sócrates la tomó entre sus brazos. A Jenofonte nunca le había gustado su modo de tratar a Sócrates. Jantipa parecía encontrar a su marido exasperante y bochornoso, pese a lo cual habían criado a tres hijos juntos. Mas, aunque había una chispa de amargura real en sus modales, la apagaba el amor que sentía por el hombre fornido que la besó sonoramente en aquella cocina.

–Llama a los niños, querida –dijo Sócrates–. El consejero me estaba explicando a qué se debe su enfado.

–Han desmantelado el consejo –aclaró Jenofonte receloso–. Ahora no ocupo ningún cargo.

Estaba familiarizado con las preguntas directas, pero seguía sin querer ahondar en el tema, por

más que Sócrates parecía haber olvidado su objeción.

–Entonces, ¿una ciudad no necesita un consejo? ¿No quedan hombres buenos en Atenas para hacerse cargo de la función pública?

Sócrates le pasó un vaso del nuevo vino y Jenofonte le dio un trago y se sentó a la mesa mientras Jantipa llamaba a sus hijos y colocaba escudillas, cucharas y cuchillos para todos. Prendió una lámpara de aceite y un fulgor dorado iluminó la estancia.

–¿Por qué debo decir lo que ya sabes? –inquirió Jenofonte.

–¿Y por qué resistirte? ¿Eres consciente de estar haciéndolo?

Jenofonte apretó la mandíbula. Su humor se oscureció al tiempo que la estancia se iluminaba.

–De acuerdo. El consejo se desmanteló al derrocar a los espartanos. ¿Es eso lo que querías oír? Apresaron a los Treinta y la mayoría de ellos fueron asesinados en las calles por la turba. Tu propio pupilo espartano, Critias, murió en la soga. Por eso ya no existe el consejo.

–¿Y tú, amigo mío? –preguntó Sócrates con voz queda.

Mientras hablaba, sus tres hijos bajaron con gran estrépito por las escaleras, riendo y arrastrando los pies, pero tomaron asiento en silencio cuando vieron a su padre y a su invitado.

–¿Qué pasa conmigo?

–¿A qué se debe que sigas con vida? ¿Cómo sobreviviste a la rebelión que arrancó los estandartes espartanos?

–Me indultaron, junto a otros tres mil hombres.

Jenofonte apretó el puño mientras hablaba y Sócrates alargó el brazo y dio unas palmaditas a la mano temblorosa que descansaba sobre su mesa. Se sirvió la comida y Jantipa dio las gracias a la diosa Deméter y a las ninfas del mar por los alimentos que les habían proveído.

Dos de los muchachos eran altos y delgados como varas, mientras que el último bien podía ser una versión joven de su padre, con una densa mata de cabello moreno. Los tres se abalanzaron sobre la comida cual perros hambrientos y rebañaron hasta la última gota de aceite con cortezas de pan duro.

–Si te indultaron, ¿por qué te increpan en la calle? –preguntó Sócrates–. ¿Por qué te lanzan piedras y fruta?

Jenofonte agachó la cabeza.

–Los padres de algunos de ellos murieron por orden de los Treinta. Y nos culpan a quienes los ayudamos a hacer su trabajo, aunque lo único que nosotros queríamos era establecer el orden y vivir del mejor modo posible. ¿Qué nos aportó la democracia, más allá de la destrucción? ¿Cuántos hombres atenienses perdimos en Siracusa? ¿Cuántos más se pudrieron en sus cárceles cavernosas? En tres ocasiones Esparta acudió a nosotros y nos planteó: «Todos somos griegos. Pongamos fin a la guerra entre nosotros». Y en tres ocasiones el voto de Atenas menospreció ese noble gesto. Incluso cuando íbamos perdiendo, vinieron y nos ofrecieron la paz..., y nosotros la rechazamos.

–¿Y tú te enojaste con ellos? ¿Considerabas acaso que los espartanos eran más nobles?

–En efecto, porque lo fueron. Y no es una opinión. Atenas dio voz al populacho, ¿y a qué aspira el populacho sino a vivir sin trabajar, tumbarse al sol y percibir lo que no se gana con el sudor de su frente? Por supuesto que ayudé a los Treinta a desempeñar su función. E hice lo correcto.

–¿Y ahora? ¿Te ha perdonado el pueblo ateniense?

–No. Me atormentan. Después de todo lo que hice por ellos, ¡me ven como un enemigo! Ostentamos el poder un solo año en la larga historia de Atenas, Sócrates. Y, en ese tiempo, hubo pan y se interpretaron grandes obras. Durante meses no se produjeron disturbios en la ciudad. ¡No

se permitió a los delincuentes elegir su forma de morir! Quienes amenazaban la paz fueron asesinados... y a resultas de ello se impuso la paz.

–¿Desapareció entonces la violencia? –preguntó Sócrates, casi en un susurro–. ¿Cuando se ejecutó a esos criminales?

Jenofonte espiró y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Incluso los niños habían dejado de comer para escucharlos.

–Se agravó. Día a día y mes a mes. Creímos que, si acabábamos con los cabecillas, el resto se serenaría y acataría la ley, pero no dejaron de aparecer. Al principio fueron los hijos y los tíos de los agitadores y luego parecieron multiplicarse como las cabezas de la Hidra. En cada calle, hombres a quienes no conocíamos pronunciaban sermones ante las multitudes. Les exhortamos a dispersarse... y no fuimos amables. Impusimos el toque de queda en toda la ciudad por la noche y colgamos a un número creciente de ellos.

–¿Y al final se impuso la paz? –preguntó Sócrates.

–No. Se sublevaron, con antorchas y hierro, en todas las calles. Mataron a los Treinta en sus lechos, asesinaron, saquearon y... –Se agitó para ahuyentar sus recuerdos.

–Pero ¿te han perdonado desde entonces? Ha transcurrido... ¿Cuánto?... ¿Casi otro año? Deben de haber dejado atrás aquellos días aciagos. Seguramente habrán reconstruido las murallas que derribaron los espartanos para exponer nuestra sumisión a toda Grecia...

Jenofonte miró a su alrededor, a la mujer de mirada severa y a los tres hijos que lo observaban fascinados mientras limpiaban con un dedo las escudillas vacías para no dejar ni un bocado. Negó con la cabeza.

–Las murallas han permanecido hechas escombros y con sus piedras se han construido nuevas casas. Y no, no me han perdonado. Hay oradores que ahora exigen nuevos castigos para quienes ayudaron a los Treinta, que conminan a condenar al ostracismo a todos los indultados. Afirman que fueron demasiado benévolos en el pasado.

Nadie interrumpió el silencio que siguió hasta que Jenofonte volvió a tomar la palabra.

–No sé qué hacer. No puedo huir, pero, si me quedo aquí, creo que no acabará bien.

–No tienes esposa ni hijos, Jenofonte. Eres dueño de tu vida. ¿Qué edad tienes? ¿Treinta?

–¡Veintiséis! –exclamó.

Sócrates rio.

–Un día deberíamos hablar acerca de la vanidad, amigo mío. Hasta entonces, piensa en tu vida actual. ¿Qué harás? ¿Seguirás como hasta ahora? ¿Qué cambio puedes incorporar?

Jenofonte enderezó la espalda y aceptó otro vaso de vino, aunque tenía los sentidos nublados. Intentó salirse de sí mismo y contemplar sus días como si los observara un extraño. El poder del vino era justo lo que Sócrates pretendía aprovechar, de tal modo que a quienes tenían la templanza de responder con sinceridad tuvieran grandes revelaciones.

–Debo marcharme de Atenas –respondió–. Aunque es mi hogar, debo abandonarlo.

Pronunció aquellas palabras casi en medio de una neblina. Sócrates le sonrió y le agarró el antebrazo desde el otro lado de la mesa.

–No para siempre. Incluso los atenienses olvidan y perdonan al final. Eres un hombre joven, Jenofonte, y caminas por la vida con el peso de la preocupación y el miedo sobre los hombros. ¡Déjalos de lado! Sal a ver mundo. Cuando sea la hora, ya regresarás. Y toda esta agitación habrá caído en el olvido, te lo prometo. Así son los hombres. Vete lejos y prospera. Y regresa con anécdotas para entretener a mi amada esposa.

Jenofonte se puso en pie y abrazó al anciano.



–Lo único que he querido en esta vida es aprender a vivir de la mejor manera posible –dijo–. Siempre has sabido lo que yo solo soy capaz de atisbar. Deberías ser su guía, Sócrates. Entonces Atenas sería grande.

–¡Ah, muchacho, ya es grande ahora! Ojalá pudieras verlo. Si confías en mi juicio, tal vez valores un poco más la voz del pueblo. Lo mismo sucedía con Critias. Y mañana enseño a un joven que me dice que un hombre necesita guardianes, como las ovejas necesitan pastores. ¿Cómo es posible que mis mejores pupilos no otorguen valor a las discusiones de los atenienses, a nuestros interrogantes? El resto del mundo está plagado de tiranos y guardianes de los pueblos. Los reyes son como abejas, ¡hay un enjambre de ellos! Solo en Atenas damos voz a los jóvenes, a los pobres y a los inteligentes. Y a un hombre poco agraciado como yo, sin riqueza ni mecenas. Muchacho mío, lo que tenemos aquí es una flor bajo el sol del mediodía, más frágil que el vidrio.

–Los dioses nos aconsejan y nos gobiernan –respondió Jenofonte en tono serio–, como un padre instruye a sus hijos. Los reyes y los líderes no son más que la réplica de ese orden en la naturaleza del hombre. ¿O verías autoridad en quienes gritan más alto? ¿Permitirías que una mayoría de voces acallaran a los sabios y lo sagrado?

–He desafiado a los dioses a que me fulminen en el pasado –apuntó Sócrates–. Y...

Su mujer alargó el brazo hacia él para recoger las escudillas, de tal manera que su esposo quedó oculto de la visión de Jenofonte, quien escuchó las palabras sibilantes que se deslizaron entre ellos pero fingió no hacerlo. Algunas cosas no eran adecuadas para los oídos de niños, ni para los árbitros de la moralidad pública. No todo el mundo en Atenas estaba preparado para apreciar el deseo de Sócrates de discutir y cuestionarlo todo, incluso su propia destrucción. Era una idea peregrina y Jenofonte reflexionó sobre ella mientras le servían más vino y depositaban en la mesa una bandeja de quesos, pan y uvas. Los niños pidieron permiso para marcharse y salieron a toda prisa en cuanto se lo concedieron.

–¿Sabes, Sócrates? Fuiste maestro de Critias, el espartano, quien se sumó a los Treinta y gobernó Atenas antes de que la muchedumbre fuera a por él. ¿Cómo puede ser que a mí me persigan por las calles y me amenacen por el papel que desempeñé y nadie te moleste a ti?

–Me quieren demasiado –respondió Sócrates. Su mujer resopló mientras limpiaba las escudillas y Sócrates le sonrió–. A decir verdad, saben que los amo. Entienden que no me considero mejor que los hombres corrientes. ¡Sería una locura hacerlo! Soy un hombre de Atenas. Soy un griego. Soy un albañil, un soldado y un curioso. Camino descalzo entre ellos y ven a los jóvenes congregarse para escucharme. No represento una amenaza para ellos.

–Te consideran el hombre más sabio de Atenas –apuntó Jenofonte con tono seco.

–¿Qué he hecho yo para merecer algo más que una copa de buen vino tinto? Cuando tallaba piedra, creaba algo, algo nuevo en el mundo. Y cuando permanecía en pie con mis amigos formando una fila y conocí el dolor y vi sangre, fui temido. Lo único que hago ahora es formular preguntas en la plaza del mercado.

–Alcibíades aseguraba que le hiciste entender que su vida entera era la de un esclavo –respondió Jenofonte en voz baja–. Hay quien no aprecia ese tipo de evaluaciones.

–Es un gran hombre. Me alegro de haberle salvado la vida, aunque después no volviera a ir a la guerra. En cuanto al resto, tengo casi setenta años. Cuando paseo por los mercados, llevo una túnica remendada y el cayado de un pastor. Nadie me teme. En cambio a ti, Jenofonte, sí. No te haces ningún favor mirándolos con gesto interrogativo y adoptando los modales de tu padre, de quienes creen estar en posesión de la verdad.

Jenofonte guardó silencio durante un rato. Vaciaron la primera ánfora y empezaron la segunda.

Al final, el joven asintió con la cabeza.

–Meditaré sobre tus palabras. Iré al mercado a escuchar a los reclutadores. Lo haré mientras tu vino corre por mis venas. Y dejaré que los dioses escojan mi camino.

–Eres un buen hombre, hijo de Atenas –dijo Sócrates–. Si todavía fuera joven, iría contigo. – Volvió la vista atrás, hacia donde su mujer esperaba–. Pero mi juventud es cosa del pasado y estoy casado, y no siempre soy dueño de mi tiempo. Te deseo suerte.

Se abrazaron una vez más y Jenofonte salió por la puerta, algo inestable, pero con la mirada fija en un punto lejano. Cuando Sócrates regresó a la mesa, encontró una faltriquera llena de monedas de plata que Jenofonte había dejado bajo una escudilla invertida. Jugó con ellas un rato, sumido en sus pensamientos, luego se encogió de hombros y envió en busca de más vino para celebrar su inesperada buena suerte.

## 6

La ciudad de Sardes se extendía en el confín occidental del imperio, al sur de Bizancio. En Sardes, los hombres creían que la lejana Susa era la capital persa. La ciudad de Persépolis, donde se había tallado una montaña hasta convertirla en una meseta, ni siquiera era un lugar mitológico.

Griegos adinerados caminaban por los mercados de Sardes protegidos por sus guardias, seleccionando artículos y especias para los compradores de sus lugares de procedencia o por puro placer. En la ciudad era posible adquirir esclavos rubios procedentes de la Galia o seda de la China por grandes sumas, aunque la verdadera riqueza no era para los ojos vulgares. Altas murallas ocultaban las haciendas de príncipes y reyes, para que nadie que pasara junto a ellas supiera que al otro lado se extendían jardines tan vastos como los que existían en Occidente.

En el corazón de la ciudad, el palacio y los terrenos imperiales se mantenían siempre impecables, aunque ningún miembro de la familia real hubiera puesto los pies en ellos desde hacía una docena de años. Aun así, un ejército de criados y esclavos barrían, pintaban y podaban los setos. Mantenían las distancias con el príncipe real, de tal modo que este y sus acompañantes parecían pasear por jardines desiertos. Como todo lo demás, la privacidad era una mera ilusión.

Ciro vestía ropas ligeras bajo el calor, con una espada curva con empuñadura de rubíes en la cadera. Un solo anillo de oro adornaba su mano izquierda, el único signo de riqueza y poder. Clearco, el espartano, caminaba a su lado, con las piernas al aire y su capa roja aleteando en la brisa mientras escuchaba.

—Creía conocer esa parte de Anatolia, señor —dijo uno de los hombres.

El general Próximo no se atrevería a llamar embustero al príncipe real en aquel lugar, pero tenía la duda escrita en sus pronunciados rasgos. Todos los oficiales griegos estaban en forma y bronceados a causa de su profesión. En cierto sentido, Próximo de Beocia parecía estar tallado en hueso. Su frente proyectaba sombra sobre sus ojos y una gran nariz cortaba el aire antes que él como la proa de un barco. A Clearco le caía bien, pero el espartano entendía que era testigo del juego de reyes, en el que la honestidad podía hacer que a un hombre lo asesinaran antes de que hubiera tenido tiempo de convertirse en una amenaza.

—¿Pretendes decirme que conoces a las tribus de todas las montañas, Próximo? —preguntó Clearco, dándole una palmadita en la espalda—. Toda Anatolia forma parte del imperio de mi hermano, incluso el sur rebelde, y yo comando sus ejércitos. ¿Debería acaso enviar a unos cuantos miles de persas del este a esas montañas? ¿Hombres que nunca han caminado por esas tierras? No, creo que necesito soldados griegos para esta misión. Clearco te recomendó, y he escuchado hablar de ti como de un líder destacado.

—Me halagas, señor —respondió Próximo, hincando una rodilla antes de ponerse en pie.

—No más de lo que mereces. Entonces, ¿estás dispuesto, Próximo? ¿Puedes encontrarme a dos mil hoplitas de buena calidad? ¿Hombres entrenados y experimentados que no huirán de las tribus salvajes?

—Creo que puedo, sí. Conozco a una docena de capitanes y habrán guardado registros de los

hombres a quienes han entrenado. Algunos estarán en campaña, por supuesto, o retirados. Pero dos mil no es una cifra excesiva.

El general griego miró al príncipe primero y luego al otro lado, hacia Clearco. Había algo raro, pero Próxeno no atinaba a saber de qué se trataba. Los soldados griegos estaban bien valorados en todo el mundo por su destreza. Se contrataban como mercenarios y se pagaban por ellos los precios más elevados. Aun así, Próxeno tenía la sensación de que alguna pieza no encajaba. El instinto le decía que rechazase el encargo, pero, por otro lado, el príncipe le había ofrecido una fortuna.

—Entonces, ¿quieres a mis hombres solo durante un año? ¿Para ir a las montañas y despejarlas de las tribus que las pueblan?

—Para hacerlas desaparecer como si no hubieran existido —apuntó Ciro.

Clearco apreció que hablaba con los ojos abiertos de par en par. El príncipe parecía ansiar que el hombre aceptara su palabra. Ambos observaron mientras Próxeno se frotaba la barba incipiente de su afilada barbilla.

—Deberé pagarles una parte por adelantado como señal de buena fe, por supuesto.

—Como desees —respondió Ciro con un encogimiento de hombros—. Te presentaré a mi edecán, Parviz. Él dispondrá el primer pago y todo lo que necesites. Concentra a tus hombres, general. Tráelos tan cerca que puedan afeitarme el vello de mi antebrazo y te estaré agradecido.

—¿Y luego marcharemos contra esos pisidas? ¿En el sur? —inquirió Próxeno.

—¡Y luego hazme saber que estáis listos! Es posible que desee ver a tus hombres desfilar antes de enviarlos a recorrer a pie mil seiscientos kilómetros.

—Entiendo. Me honras, alteza, por la confianza depositada en mí. Y me honra que Clearco me recomendara, pese a no haberme visto en los diez últimos años. No os defraudaré a ninguno de los dos. A partir de este momento sirvo al trono de Persia.

—Sirves al príncipe Ciro —apuntó Clearco.

El general griego hizo una pausa en el momento de hincarse sobre una rodilla.

—¿Acaso no es lo mismo? —quiso saber.

Ciro rio, reprimiendo sus ganas de estrangular al espartano.

—¡Mi hermano es el emperador! —exclamó—. Hace ocho años que comando el servicio y la lealtad de todos los hombres de armas, desde Sardes hasta la India. Por supuesto que es lo mismo.

Observó al hombre agacharse aún más y ponerse en pie antes de que Ciro le diera permiso para ello. Ciro frunció el ceño. Los griegos no sabían hacer una reverencia como era debido, tumbándose sobre sus barrigas ante él. Entendía que era su forma de proceder, pero a alguien criado en los palacios de Persia le producía una cierta incomodidad.

Cuando Próxeno se hubo ido, Ciro se volvió hacia el otro hombre, que no había pronunciado palabra y se había limitado a observar mientras caminaban por los jardines.

—Estoy cansado —anunció Ciro al aire.

Apenas había pronunciado la última palabra cuando apareció una columna de criados portando una mesa y sillas donde habían colocado delicadas copas azules. Se añadieron platillos de comida para aliviar las punzadas de hambre. Ciro echó mano de unas olivas y ajo tostado mientras se sentaba, sin darse cuenta siquiera del siervo que le colocaba la silla debajo.

Soféneto de Estinfalia no pudo evitar mirar hacia atrás para comprobar si un criado esperaba allí para acomodarlo también. Le colocaron una copa en la mano y sorbió el zumo frío que contenía.

—Señor, no estoy acostumbrado a estas cosas —dijo Soféneto.

–Tal vez te acostumbres a ellas, Neto, si sirves bien –intervino Clearco antes de que el príncipe tuviera tiempo de responder.

–Eres el general Neto, ¿no es cierto? –preguntó Ciro.

El hombre inclinó la cabeza en señal de respuesta, sin más remedio que aceptar aquella familiaridad impuesta.

–Ya has oído lo que le he explicado a Próximo –continuó Ciro–. Imagino que sabrás que me he reunido con muchos hombres como él a lo largo de las pasadas semanas.

–Debes de odiar a esos pisadas con una pasión desmedida –aventuró Neto.

Oteó la distancia mientras bebía su vino, disfrutando de la brisa que soplaba en el jardín. Imaginó que a Clearco le corroería tal despliegue de comodidad. El espartano estaría buscando una parcela de ortigas o un espino para recuperar su acostumbrada amargura, sin duda alguna. Soféneto nunca había entendido ese planteamiento de la vida, no cuando el mundo era un lugar de aires agradables y cumbres, de carne delicada y ojos centelleantes. Observó a ambos hombres con detenimiento, pero en particular al príncipe. En la ciudad se decía que Ciro apenas dormía por su trabajo y que había convocado a todos los soldados en mil estadios a la redonda. Por sus manos el oro fluía como un río, como si no significara nada para él.

Soféneto aguardó una respuesta, pero ninguno de los dos hombres contestó. Notó que el rostro del espartano se había vuelto inexpresivo, y que tenía los ojos clavados en la lejanía. Suspiró.

–Alteza, he luchado con espartanos, corintios, tebanos y atenienses durante veinte años. Me abrí camino hasta una posición de autoridad y confianza, en el ejercicio de la cual los hombres esperaban de mí órdenes que significarían que ese día vivirían o conocerían la muerte. He librado tres grandes campañas y creo que una docena de acciones pequeñas y he sobrevivido a todas ellas sin un rasguño o herida seria. En mi cuarenta aniversario, un caballo me pisó el pie y me rompió la mitad de los huesos. No pude trabajar durante seis meses y..., bueno, escasean los fondos. No puedo afirmar que no me importen las monedas ni los estipendios que ofreces. Compras mis servicios... y mi obediencia. Si me dices: «Neto, no deseo discutir mi verdadero propósito», lo aceptaré sin remilgos. Conozco a unos mil doscientos hombres que saltarían de sus lechos matrimoniales para partir de Corinto por una buena paga. Tu nombre infunde respeto y los hombres hablan bien de ti. Puedo reunir a mil doscientos hombres equiparables a cualquier espartano.

Clearco soltó un bufido y Soféneto lo miró con ironía.

–Hace media vida que conozco a Clearco. Lo suficiente para afirmar que no es un hombre de falacias o medias verdades, alteza. Y tampoco creo que lo seas tú. Imagino que ambos tenéis vuestro cometido y yo no tengo intención de discutirlo. Sin embargo, todos somos veteranos, ¿no es así? Dejemos de hablar de tribus montañosas peligrosas, al menos entre nosotros. –Rio entre dientes y sorbió su zumo de frutas–. Clearco tiene un par de miles de espartanos a sus órdenes, según tengo entendido. Y aunque es incapaz de distinguir el buen vino del vinagre, no existe tribu salvaje en el mundo que pudiera ocasionarle demasiados problemas, al margen de cómo se hayan criado y de la altura de sus peñascos.

Soféneto miró de reojo al príncipe para comprobar si estaba entendiendo el sentido de sus palabras. El de Estinfalia pestañeó al ver a Ciro reír, con los ojos resplandecientes.

–¿Acaso te divierto? –preguntó Soféneto.

–En absoluto, general –respondió Ciro–. Clearco me advirtió que no te creerías la historia que acordamos contarte. Como bien dices, tengo otros motivos para congregar a un ejército. Pero, si

dichos motivos se vuelven habladurías de mercado, podría tener problemas. –Sorbió su bebida, evaluando al hombre que tenía ante sí mientras el general Soféneto inclinaba la cabeza.

–Lo entiendo, por supuesto. Tal como he dicho, tu oro compra mis servicios. No soy más que una humilde herramienta. El hacha del leñador no pregunta qué árbol debe talar.

Clearco soltó una risotada parecida a un ladrido y ambos hombres se volvieron hacia él.

–Soféneto no es un hombre humilde, alteza. Pero tampoco he oído decir nunca que sea un chismoso.

Soféneto dibujó una sonrisa tensa.

–Quizá esta hacha humilde podría preguntar si se enfrentará a jinetes o a honderos. O si luchará en el mar o en tierra. La elección es tuya, alteza, por supuesto.

El príncipe se volvió hacia atrás, con expresión súbitamente seria. Miró a su alrededor, consciente de los ojos y quizá de los oídos de los criados que había cerca. Hizo un ademán al de Estinfalia y el general Soféneto se inclinó hacia delante hasta que el príncipe pudo notar su aliento en la oreja. Clearco se recostó para poder observar el cambio de expresión en el hombre.

Soféneto supo mantener la compostura, sin revelar apenas nada cuando el príncipe volvió a separarse de él.

–Entiendo. Entonces se trata de los pisidas. Admiro a un hombre capaz de seguir su propio consejo.

Se pusieron en pie simultáneamente y Clearco dio unas palmadas en la espalda al general de Estinfalia, como si fuera un viejo amigo. Al ver tal gesto, los criados acudieron a acompañar al griego a la puerta y Ciro y Clearco se quedaron a solas.

–¿Se lo has explicado? –preguntó Clearco, por una vez sin conocer la respuesta.

–Sí –respondió Ciro–. Debo tener a los mejores hombres en mi bando, general, si quiero albergar alguna esperanza. Y si tengo algún talento, es el de encontrar a esos hombres.

–Me honra saber que el cumplido también va dirigido a mí, alteza –dijo Clearco.

–Así es.

Jenofonte se estremeció al oír que lo llamaban por su nombre en la concurrida calle. Atenas había sido la ciudad más rica de Grecia durante siglos. Hombres pobres habían acudido siempre allí para hacer fortuna, mientras que otros trabajaban en los buques de guerra de la flota ateniense y se gastaban el sueldo en las tabernas de los muelles. Los había que preferían robar, arriesgándose con ello a que los flagelaran en público o al destierro. A Jenofonte le disgustaba ver a jóvenes que podían haberse unido a cualquier tropa mercenaria desperdiciando sus vidas ganduleando, ebrios de vino barato e incluso alargando la mano hacia los transeúntes para pedir limosna.

Había acabado por conocer a algunos de ellos mientras deambulaba por las calles conversando con Sócrates. La imagen del poco agraciado hombre caminando descalzo y vestido con una túnica tan recosida y gris como la del mendigo más pobre había llamado la atención, por supuesto. Jenofonte recordaba la primera vez que se había sentado a los pies del filósofo en el ágora descubierta, cuando Sócrates había invitado a un joven llamado Hefesto a sentarse a su lado. El muchacho era el cabecilla de una pandilla local. Se había acercado con aire altanero, mientras sus amigos gritaban que el viejo verde lo utilizaría como a una mujer. A Jenofonte le habían incomodado, pero Sócrates había formulado a Hefesto una batería de preguntas, una tras otra. El anciano había excavado bajo las primeras bromas y respuestas toscas en busca del verdadero yo del muchacho. Y mientras lo hacía algo había cobrado vida en el pandillero. Uno de sus amigos se había inclinado hacia delante para hacer algún comentario burlón y Hefesto le había propinado un

bofetón tan fuerte que el muchacho había caído al suelo y se había marchado a toda prisa, humillado.

Jenofonte había presenciado situaciones parecidas un centenar de veces desde entonces. Pese a ello, Sócrates seguía afirmando no saber nada y sostenía que lo único que hacía era formular preguntas, hasta que los hombres entendían qué creían realmente. Para algunos, era una revelación como el sol alzándose sobre las montañas. A otros, tal conocimiento los abrumaba y se odiaban a sí mismos o, con más frecuencia, acababan odiando al hombre que los había hecho entender quiénes eran en verdad y en qué creían.

Jenofonte volvió la vista atrás y apretó los puños al ver la cabeza rapada de Hefesto moviéndose entre la masa de gente. El joven era un ladronzuelo, además de un abusón, y la muchedumbre allí concentrada salía del teatro de Dionisio. Caminaban comentando la obra que acababan de ver en el interior, perdidos en una especie de aturdimiento, mientras hombres como Hefesto se movían entre ellos, robando cadenas de oro, monederos y todo cuanto pudieran encontrar. Las pandillas se cebaban con quienes eran demasiado débiles para defenderse, y Jenofonte detestaba tanto a unos como a otros. Quizá aquella aversión fuera lo que Hefesto había percibido en él. Aunque aquella rata callejera seguía a Sócrates como un guardaespaldas siempre que salía a la calle, Hefesto había desarrollado una extraña antipatía hacia Jenofonte. Con apenas dieciocho años, tenía más hueso que carne, y no estaba tan loco como para desafiar a Jenofonte abiertamente. En lugar de ello, Hefesto había alentado a sus esqueléticos hermanos a arrojar piedras, huevos y fruta al noble ateniense cada vez que lo veían.

Al principio, a Jenofonte la ira le había servido de armadura y había corrido hacia ellos cuando se le acercaban demasiado o cuando alguna asquerosidad le impactaba en el rostro o en el cuello. Entonces ellos le abucheaban y chillaban, y luego se dispersaban mientras le proferían insultos. Cuando Jenofonte caminaba junto a Sócrates, se limitaban a observarlo y sonreírle, pero cuando iba solo se burlaban del «noble» a voz en grito.

Aquel día gritaban su nombre por mera costumbre, pues tenían a presas más ricas entre la multitud. Jenofonte caminaba por los alrededores del gran teatro de la ciudad, donde miles de espectadores acudían cada año al festival dramático, atraídos por tragedias y comedias. Incluso Sócrates había sido objeto de mofa en sátiras interpretadas allí, si bien el anciano se había reído a carcajadas tan estridentes al ver al actor que lo encarnaba que había conseguido arruinar la intención de la obra.

Jenofonte cayó en la cuenta de que sus pasos lo habían alejado de los establos públicos donde aguardaba su caballo. La hacienda de su familia se hallaba a las afueras de la ciudad y en aquellos tiempos intentaba visitarla lo menos posible. No tenía esposa ni nadie que lo necesitara. Sus padres le habían dejado una riqueza suficiente para no tener que buscar trabajo en su vida, pero tal perspectiva hacía que los años se dilataran ante él sin unas expectativas demasiado halagüeñas. Miró hacia la fila de reclutadores ubicados ante él, hacia los toldos a cuya sombra habían dispuesto jarras de agua fría y vino. Aquellos hombres percibieron su interés como halcones y volvieron sus ojos refulgentes hacia él, viendo a un joven alto y fuerte en la flor de la vida.

Jenofonte sopesó la situación durante un rato, sin responder a sus miradas suplicantes, mientras la multitud del teatro se alejaba y Hefesto y sus mugrientos descuidados desaparecían con ella o se dirigían a hacer alguna otra maldad. Nada lo retenía en Atenas, al menos no aquel año. Jenofonte había conocido el poder como uno de los administradores a las órdenes de los Treinta. Los llamaban los Treinta Tiranos, pero él los había conocido como hombres decentes e implacables. ¡Desde luego que no habían permitido que las bandas callejeras proliferaran sin control! Sin

embargo, algunas de las ejecuciones públicas habían encendido una mecha bajo la ciudad, una mecha que se había propagado en una gran noche de violencia. A resultas de ello, su vida había cambiado y no sabía cómo encontrar la paz de nuevo.

Jenofonte se dirigió hacia el primer reclutador, un espartano a juzgar por su vestimenta. El hombre lo repasó de arriba abajo y asintió con la cabeza en ademán de satisfacción. Él había visto aquella misma expresión muchas veces con anterioridad.

–Pon tu marca aquí, hijo –le invitó–, y a cambio haremos de ti un hombre. Ni tu propia madre te reconocerá cuando regreses a casa... y las muchachas se adornarán con flores el cabello al verte. Adoran a los soldados, hijo.

–De acuerdo –dijo Jenofonte y, consciente de la sorpresa del hombre, escribió su nombre en la pizarra en lugar de poner solo una inicial o un sello de lacra.

–¿Alguna habilidad especial además de la escritura?

–Los caballos –respondió Jenofonte. Se sintió aturdido, como si fuera la vivencia de otra persona–. Sé montar a caballo.

El espartano arqueó las cejas.

–Eres un noble ateniense, ¿no es cierto? ¿Acaso huyes del padre de alguna muchacha? ¿O de las deudas?

–Yo... serví con los Treinta –respondió Jenofonte–. Necesito empezar de cero.

Al oficial se le destensó el rostro; sus ojos revelaron algo parecido a la compasión. Como espartano, conocía bien el resentimiento de los atenienses.

–Ah –respondió–. Entonces debo agradecerte tus servicios, hijo. Siempre olvidan que les dimos tres oportunidades para hacer las paces. Y rechazaron cada una de ellas. Por eso derribamos sus murallas.

–Así lo he argumentado –admitió Jenofonte. Sintió que se le despejaba el pensamiento y que sus viejas preocupaciones se desvanecían mientras contemplaba su nuevo futuro–. ¿Adónde me enviarán? –quiso saber.

–La mayoría de los hombres preguntan por el salario primero, pero tú eres un noble, así que supongo que no vas corto de dinero. Nos dirigimos al sur de Anatolia, muchacho, a luchar contra los pisidas, unos bastardos brutos y desagradables armados con lanzas. Les enseñaremos lo que significa el adiestramiento griego, traeremos de vuelta la cabeza de algunos salvajes, nos entretendremos con sus mujeres y estaremos de regreso la primavera que viene. Tendrás un par de cicatrices para las mujeres y buenas anécdotas para contarles a tus hijos. Sinceramente, si lo pienso bien, eres tú quien debería pagarme a mí.

Le entregó a Jenofonte una ficha de piedra y señaló una fila formada ante un escribano sentado a una mesa, con una docena de hombres de pie a su alrededor.

–¿Ves a aquel hombrecillo de allí? ¿El escribano? Él anotará tu nombre y tus datos, y recibirás tu paga a partir de hoy, aunque aún no somos suficientes.

–¿Cuánto tardaremos en partir? –preguntó Jenofonte.

–¡Así me gusta! ¡Un muchacho entusiasta! Bien. En uno o dos días a lo sumo. Nos embarcaremos hacia el este para congregarnos en Sardes. Has tomado la decisión correcta, hijo. Zarparás siendo un niño y volverás hecho un hombre, te lo garantizo.

Otro recluta potencial se había acercado a escuchar y Jenofonte vio que el espartano desviaba la atención hacia el recién llegado. Le costaba creer lo que acababa de hacer, pero se sentía bien. Conocía a los caballos tanto como a los hombres. Y lo que no supiera, seguramente lo aprendería durante el trayecto hasta Sardes. Se sintió más ligero mientras caminaba en dirección a la ciudad,



hacia la cuadra en la que había dejado su montura. Era la decisión acertada. Solo se preguntaba si le convendría pagar unas cuantas lecciones para aprender a manejar la espada antes de marcharse.

**E**n el Salón de los Reyes de Persépolis, Tisafernes se postró en el suelo de mármol negro. Había aprendido a no alzarse antes de que pronunciaran su nombre, fe de lo cual daban los recientes latigazos en su espalda. Artajerjes no perdonaba ningún menosprecio, ningún agravio. El joven monarca, sentado en su trono, aceptaba tributos de gobernantes y vasallos por igual, como si para él todos los hombres fueran esclavos. Tisafernes había visto las miradas adustas en los nobles cuando abandonaban la presencia real, obligados a dejar su dignidad tras ellos. Las veintiocho naciones del imperio habían enviado a súbditos y altos funcionarios al funeral de Darío. Durante cuarenta días, el imperio había llorado su pérdida, con miles de esclavos entonando oraciones a Ahura Mazda cada hora para acelerar la llegada de su alma al cielo.

La magnífica tumba estaba revestida de un oro que no se estropearía, con guardias escogidos tanto por su belleza como su destreza en las artes marciales. Cada uno de ellos se había prestado a morir de un solo golpe en el pecho. Sus cadáveres se habían dispuesto en tronos de oro encarados hacia la puerta exterior para proteger el reino de los difuntos. Sus nombres quedarían grabados junto al del rey y sus familias ascenderían un peldaño en la escalera del honor.

Aquel último día en el mausoleo, Tisafernes recordó haber tenido la sensación de que las montañas se aquietaban a su alrededor y solo el fuego de las antorchas se agitaba a uno y otro lado. Artajerjes había traspasado la puerta exterior para estar en contacto con su padre y, entre llantos, había susurrado secretos al oído de su cadáver. A medida que abandonaban el lugar, las escaleras de madera utilizadas por los albañiles y obreros se habían derribado. Después de aquello, la tumba resultaría inaccesible, en lo alto del escarpe de los acantilados reales, como una ventana excavada en la piedra.

Tisafernes notó un doloroso tirón muscular en la espalda mientras esperaba a que su antiguo discípulo reconociera su presencia. Tenía más de sesenta años y la posición le resultaba incómoda, si bien entendía la necesidad del joven de imponer su autoridad en la corte. Los criados se movían con pies de plomo, o eso se decía, conscientes de que la desaprobación de Artajerjes podía significar que sus cabezas rodaran por el suelo pulido. El nuevo monarca permanecía atento para detectar la holgazanería entre sus siervos... y escarmentaba toda transgresión, por leve que fuera, sin dilación.

Tisafernes alzó la vista al notar que lo tocaban. Aceptó el brazo del siervo que lo ayudó a ponerse en pie y luego lo siguió hasta la otra punta del salón del trono. Los guardias se alineaban en una avenida tan amplia como una calle de la ciudad, con columnas de granito pulido traídas de Egipto por mar un siglo antes. El capitel y la base de las columnas estaban recubiertos de oro, la riqueza de un imperio consumida en los palacios y templos de sus reyes.

En el extremo opuesto, Artajerjes, tumbado, bebía en un cuenco dorado algo que había hecho que sus ojos se agrandaran y se volvieran vidriosos. Inclino el cuenco con un movimiento brusco y el líquido le dejó marcas en las comisuras de los labios. Mientras Tisafernes se aproximaba y empezaba a inclinarse de nuevo, el rey le entregó el cuenco a una esclava y se puso en pie. Dos

esclavas se movieron aprisa para apartarse de su camino. Tisafernes vio que una pellizcaba a la otra enfadada, pero Artajerjes no se dio cuenta.

Con la frente agachada, Tisafernes las repasó con la apreciación de un experto. Cuando se escogía a dos muchachas jóvenes de entre la multitud y se las formaba y alimentaba para complacer a un emperador, como era predecible solían tener una belleza arrebatadora. La que había pellizcado a la otra era morena y llevaba el cabello corto, de tal modo que la nuca le quedaba descubierta. Le atrajo en particular, porque tenía un rostro vivaracho y muy expresivo. La otra recordaba más a una muñeca de una perfección insulsa.

—Viejo amigo —lo saludó Artajerjes en tono afectuoso—. Tal vez deberías rendirme pleitesía con una reverencia. Quizá debería concederte el derecho a hacer una reverencia cuando acudas a mis órdenes, como señal de mi respeto hacia tu edad y experiencia.

A Tisafernes le encantó la idea, pero la costumbre dictó su respuesta.

—Si puedo honrarte, majestad, mi edad no importa.

Artajerjes frunció el ceño, pensativo, y luego retrocedió y dejó caer su mano abierta.

—De acuerdo, viejo amigo. Entonces continuarás postrándote. La tradición nos tiene encadenados, creo. Incluso a mí.

—Por supuesto, majestad —dijo Tisafernes, dejándose caer al instante al suelo. Al menos estaba limpio.

Al ponerse en pie, vio a la esclava enfurruñada observándolo. Apreció que tenía los labios oscuros y gruesos. Sabía que arriesgaba algo más que la vida si lo sorprendían mirándola, así que apartó la vista. Al ponerse en pie, se percató de que la esclava había desviado su atención hacia un colgante que llevaba puesto. Tisafernes la apartó de su pensamiento. Artajerjes volvió a tomar asiento y, una vez más, pareció calcar la mirada severa de su padre, aunque con menos autoridad.

—Majestad, tengo informes de tu hermano Ciro. No me los explico.

Tisafernes hizo una pausa. Conocía al rey lo bastante bien para lanzar el anzuelo al agua y esperar a que se lo zampara entero. Y, como había previsto, el aire lánguido se desvaneció al escuchar el nombre de Ciro. Artajerjes no había hablado de su hermano desde la humillante injerencia de su madre. Durante un tiempo, pareció como si Ciro no hubiera regresado. El imperio continuó su curso y se recibieron informes de las veintiocho naciones. Al oeste, en los confines de Grecia, se reportaban los movimientos habituales de Ciro, sin ningún énfasis particular. La superficie del lago parecía haberse quietado, pero Tisafernes conocía a los hijos de Darío demasiado bien para creer que aquella tranquilidad fuera cierta.

—¿Qué te inquieta exactamente? —quiso saber Artajerjes. Miró incómodo a la cantidad de esclavos y siervos que escucharían asuntos familiares privados, pero, a fin de cuentas, era el rey y estaba en el salón del trono de su ciudad capital. Hizo un ademán con la mano para ahuyentar tales pensamientos triviales.

—Majestad, sabes que fui tutor de Ciro de niño. Estas manos lo abofetearon cuando dejó una cobra negra en mi habitación.

—Y un avestruz —respondió Artajerjes riendo—. Sí, lo recuerdo.

Tisafernes no compartía la diversión del rey por aquel recuerdo.

—Lo conozco bien, majestad, lo bastante bien para sospechar que no perdonará a la ligera la pérdida de sus guardias espartanos ni lo cerca que estuvo de perder la cabeza. De no haber sido por la intrusión de vuestra madre...

—Sí —respondió el rey—. Aunque su muerte nos habría debilitado. Las naciones nos consideran un gobierno estable, Tisafernes. Ciro conoce nuestros ejércitos mejor que ningún hombre con vida.

Quizá con el tiempo lo reemplace, pero, tal como observó mi madre, hacerlo tan poco después del deceso de nuestro padre podría haber suscitado el caos. –Admitirlo pareció estrangularle la voz cuando añadió–: Perdonarle la vida a mi hermano fue una decisión sabia.

Artajerjes se inclinó hacia delante. La esclava había acercado su muslo a su pierna desnuda. Tisafernes creyó oír el susurro de la piel de la muchacha rozando la del rey. No se atrevió a mirar, no mientras Artajerjes lo observaba tan fijamente como la cobra que ambos niños habían dejado en su dormitorio tantos años atrás. A Tisafernes siempre le habían aterrado las serpientes y, al verla, chilló como una mujer, hasta que oyó a los dos príncipes casi ahogándose de la risa colgados el uno del otro, con la cara roja de tanto reír.

–A menos que tengas nueva información, Tisafernes... ¿Qué dicen tus espías? ¿Mi hermano sigue siendo leal?

–¿Quién sabe lo que alberga en su corazón, majestad? Sin embargo, me han llegado informes de inmensas sumas retiradas del tesoro real. Sesenta, ochenta mil daricos, más incluso.

–¿Y qué hay de malo en eso? Quizá esté construyendo nuevos cuarteles o entrenando a más hombres. El ejército es el brazo derecho del imperio, Tisafernes. Desconoces los gastos que comporta. Casi la mitad de mi tesoro se destina a alimentar a los soldados cada año, más incluso. Los caballos, las armaduras, ¡solo las flechas! Recuerdo el orgullo que sentía mi padre por el gran número de hombres que era capaz de sacar al campo de batalla. ¿Lo entiendes? Mi padre no se quejaba del coste. ¡Al contrario, lo complacía! ¿Quién más podía permitirse tal hueste de huestes además de mi familia? Tisafernes, si eso es todo lo que tienes, me has decepcionado.

Tisafernes asintió con la cabeza. El rey lo escuchaba con atención, completamente ajeno a las esclavas. Había llegado el momento de aflojar el anzuelo y tirar de él con rapidez.

–Tal vez tengas razón, majestad, aunque las sumas que exige el príncipe duplican las del año anterior. Y también me preocupa la cantidad de soldados griegos que ha contratado.

–¿A modo de auxiliares? Conocemos su inclinación por esos mercenarios, sobre todo por los espartanos. ¿Qué problema hay? Unos pocos miles aquí o allá para entrenar e inspirar a nuestros Inmortales. Tisafernes, mi hermano administra los ejércitos desde hace años. Por muy en... desacuerdo que hayamos podido estar en determinados aspectos, no pondría en riesgo el imperio, ni por un millón de espartanos.

–Majestad, me llegan informes de muchos miles. Los envía al norte y al este. Entrena a algunos en Tracia y a otros en Creta. Sin embargo, todos están a su alcance. Un hombre receloso podría afirmar que está empezando a congregarse un ejército conquistador, majestad. No sé cuántos griegos ha incorporado, pero ha puesto a treinta o cuarenta mil soldados persas bajo su mando directo en todas las ciudades occidentales, tal vez más a estas alturas.

Artajerjes empezó a contestar, pero se lo pensó dos veces y se sumió en sus pensamientos. Tisafernes no lo interrumpió, pero esperó con las cejas arqueadas. Aún se guardaba un as en la manga.

–Majestad, sabes que no te traería acusaciones insensatas, meras habladurías. Con el paso de los años he mantenido algunos ojos avizores y unos cuantos escribas en ejercicio repartidos por todo el imperio. Algunos de ellos son hombres próximos a Ciro. Nunca he escuchado una palabra de duda acerca de sus motivos, ni una sola vez.

–¿Y ahora es distinto? –preguntó Artajerjes, con la expresión endurecida.

–No, majestad. Ahora no dicen nada de nada. Han dejado de llegarme aves mensajeras y me pregunto qué podría estar sucediendo en la frontera oeste.

Artajerjes acarició el cabello de la esclava sentada sobre sus rodillas, como podría haber

hecho con su perro favorito. Tisafernes se arriesgó a mirarla furtivamente y tropezó con una mirada de reproche, provocadora, casi con una expresión de desprecio. Se sonrojó y apartó la mirada.

–De acuerdo, Tisafernes. Te conozco lo bastante como para respetar tu instinto. Si dices que el río suena, sería un insensato ignorándote. Viaja tú mismo hacia el sur. Llévate a unos pocos hombres, pero reúnete con mi hermano y juzga tú si sigue siendo leal.

Tisafernes se removió incómodo, pensando en los meses de travesía que tendría que sufrir.

–Majestad, la última vez que vi a tu hermano fue para escoltarlo a su ejecución. No me recibirá con amabilidad, al margen de cuáles sean sus otras lealtades. Quizá podría...

–Haz lo que te he ordenado –lo atajó Artajerjes–. He permitido a mi hermano retomar sus antiguos títulos y autoridad. He aparcado órdenes que di presa del dolor tras la muerte de mi padre. Si te mata, sabré que sigue enojado. ¿Lo entiendes? –Artajerjes sonrió, exhibiendo su blanca dentadura–. Incluso en la muerte puedes serme de utilidad.

Tisafernes sabía bien que no debía seguir discutiendo. Se postró a los pies del monarca.

–Me honras, majestad. Iré y regresaré ante ti con la verdad. O moriré. En cualquier caso, sirvo al imperio.

De pie bajo el sol, Jenofonte observó cómo un furioso marinero griego medía sus fuerzas con un caballo asustado. El hombre había parecido lo bastante competente en el mar, pero, mientras el resto de los reclutas se alineaban en los muelles, Jenofonte no pudo evitar quedarse mirando atónito cómo, entre relinchos, intentaba intimidar al animal. Con los ojos abiertos como platos, el marinero blasfemaba y lo azotaba con un látigo de cuero, como si la ira y el dolor fueran a conseguir que el caballo avanzara hacia él. El animal había clavado las patas en la pasarela que conducía desde la cubierta del barco hasta el muelle y, echando todo el peso atrás, se resistía a descender por ella. Y con un único marinero furibundo tirando en dirección opuesta de las riendas, todo apuntaba a que el caballo podía permanecer allí hasta el anochecer.

Doscientos jóvenes de las ciudades griegas seguían descendiendo pesadamente por una segunda pasarela hasta los muelles, y unas cuantas docenas más aguardaban en aquel puerto extranjero a que alguien les dijera qué hacer. Jenofonte apretó la mandíbula mientras buscaba con la vista a los oficiales que deberían haber estado allí. Por desgracia, no eran de la misma calaña que el que lo había alistado. Le había desilusionado no haber vuelto a ver a aquel hombre. En lugar de ello, lo habían puesto bajo la tutela de un par de viejos borrachos con treinta años bajo sus cinturones y mapas de sus viajes en las venas de sus mejillas y narices. En cuanto se había amarrado el barco al muelle, ambos habían desembarcado sin volver la vista atrás, sin duda para encaminarse a su taberna preferida, y habían dejado que los jóvenes griegos que habían acudido para luchar por el príncipe Ciro se las apañaran solos.

Jenofonte comprobó que los muelles eran un hervidero de barcos que cargaban y descargaban. Allí de pie, se llevó la mano bajo su nueva coraza de cuero para intentar rascarse. Había visto que algunos hombres frotaban la capa interior con piedras y, al darse cuenta de que el picor lo distraía, había entendido el porqué. Los hombres experimentados sabían dónde extender una mancha de aceite o cómo eliminar las pulgas de sus abrigo con humo, así como la importancia de llevar siempre encima una buena petaca de agua. Jenofonte desconocía las mil nimiedades que marcaban la diferencia entre el suplicio y la comodidad. Aprendía tan rápido como podía, pero... Blasfemó entre dientes.

El marinero había perdido los nervios y andaba vociferándole a la montura, con el rostro como

la grana por el bochorno mientras empezaba a aglomerarse una multitud a su alrededor. Jenofonte se dirigió con paso decidido hacia él y llegó a tiempo para ver al caballo sacudir con fuerza la cabeza y zarandear al hombre en el aire como si fuera una pluma. En cuanto el marinero volvió a poner los pies en el suelo, levantó de nuevo el látigo.

Jenofonte se lo arrancó de la mano con un gesto rápido y lo tiró a un lado.

–Estás asustando a un animal más fuerte que tú. ¿Quieres que acabe rompiéndose una pata en este muelle?

El hombre estaba tan enfurecido que se planteó golpear al joven que tenía delante. Jenofonte le vio las intenciones en los ojos, pero comprobó que el impulso se desvanecía. El marinero no tenía ni idea de quién era, pero sabía bien que el castigo por golpear o insultar a uno de los oficiales sería terrible. Y eso bastó para que se detuviera, mientras Jenofonte tomaba las riendas de sus manos sin hallar resistencia.

–Vamos a intentar calmarlo, ¿de acuerdo? –propuso Jenofonte en tono amable, en beneficio tanto del caballo como del marinero.

El hombre farfulló alguna grosería, pero Jenofonte hizo oídos sordos. En realidad, el marinero se sintió aliviado de que lo apartaran a un lado, aunque prefirió no alejarse demasiado y se quedó con los brazos cruzados y cara de desprecio. Jenofonte entendió que su intención era juzgar sus esfuerzos después de que los suyos se hubieran puesto en tela de juicio. La diferencia entre ambos radicaba en que a Jenofonte no le importaba en absoluto lo que aquel hombre pensara de él.

El caballo había observado el cambio de manos de sus riendas con ojos desorbitados. Jenofonte se había preguntado muchas veces cuánto entendían los animales. Sospechaba que los caballos eran lo bastante inteligentes como para ser rencorosos, o para montar un espectáculo.

–Ven. Vamos a echarte un vistazo, ¿de acuerdo? –preguntó–. Qué pelaje tan bonito.

Sostuvo las riendas agarradas con firmeza, pero sin tirar de ellas ni arrojar su peso contra un semental que podría haber arrastrado a un hombre varios kilómetros. Mientras hablaba, se colocó de lado, como si estuviera a punto de marcharse.

El caballo permaneció en la pasarela, como si hubiera echado raíces en ella. Por el rabillo del ojo, Jenofonte vio al marinero sonreír. El hombre se inclinó para decirle algo a la persona que tenía al lado. Jenofonte miró hacia ellos y frunció el ceño al reconocer a Hefesto allí plantado.

El joven se había alistado el mismo día que él, con el mismo reclutador. Sin duda, el espartano se había anotado un tanto. Jenofonte había divisado a Hefesto en los muelles de Atenas mientras se reunían y no acababa de tener clara su presencia allí. No eran amigos, de eso estaba seguro. No habían intercambiado una palabra durante toda la travesía, aunque ambos eran conscientes de la presencia del otro.

Jenofonte se preguntaba si Sócrates habría persuadido a Hefesto para que se alistara en lugar de malograr su vida en las calles. Pero el pensamiento que más le atribulaba era que el anciano pudiera haberlo enviado a él para cuidar de Hefesto. La vida de Sócrates como soldado había sido relativamente feliz, o eso acostumbraba a decir, y no habría tenido reparos en recomendar unas cuantas estaciones de marcha y lucha para poner el resto de sus vidas, y de sus problemas, en perspectiva.

–Venga, Hipos –dijo Jenofonte, hablándole al caballo–. No querrás pasarte ahí todo el día, ¿no? Hay otros esperando detrás, ¿sabes?

Jenofonte estaba concentrado en el caballo cuando Hefesto se le acercó.

–Dime qué debo hacer –le preguntó el joven.

Jenofonte arqueó las cejas sorprendido, pero asintió con la cabeza.

–De acuerdo. Vamos a hablarle con calma un rato para hacerle saber que no corre ningún peligro. Creo que aún está un poco mareado por la travesía. Los caballos no vomitan, Hefesto. Simplemente se marean y, en ocasiones, se enfadan. Ve y dale unas palmaditas en el cuello, pero estate alerta por si intenta morderte. Por sus ojos diría que aún es un poco salvaje.

Jenofonte observó mientras el joven ateniense rapado se acercaba y tocaba un caballo por primera vez en su vida. El cuello del animal tembló, como si se hubieran posado moscas, pero el semental no se apartó de él. Hefesto empezó a reírse, deleitado por el tacto de su piel.

–Le veo las venas –comentó maravillado.

Jenofonte sonrió.

–Sí, aunque creo que su gran corazón está empezando a calmarse. Reaccionan al tacto. No dejes de acariciarlo. Venga, viejo amigo. Creo que ya puedes bajar por esta vieja pasarela, ¿no es cierto? Te debe de haber parecido una locura descender por ella mientras te agitabas y rebotabas, ¿verdad? Supongo que sí. Venga.

Jenofonte le dio la espalda de nuevo y el animal lo siguió, sin apenas rastro del pánico que había mostrado antes. Lo hizo caminar de un lado para el otro en el muelle, con Hefesto a su lado todo el tiempo, dándole palmaditas o simplemente posando una mano en el lomo de la montura. Grandes sacudidas recorrieron su piel bajo su tacto, pero Jenofonte comprobó que el animal se iba sosegando y agachaba la cabeza.

–Se te dan bien –dijo.

Hefesto lo miró sorprendido, completamente vulnerable en ese momento, y luego apartó la mirada.

–Gracias –respondió–. Ojalá supiera montar. Siempre he querido aprender.

El marinero, que seguía observándolos, hizo un ademán de desdén con la mano y volvió a ascender por la pasarela para ir a buscar otro caballo. Al otro lado de los muelles, los dos oficiales regresaban ya, refrescados y lubricados, listos para volver a asumir el mando. Vieron a Jenofonte y a Hefesto de pie junto al caballo y los llamaron para que se acercaran.

–Entonces, ¿tú eres el que sabe de caballos? –preguntó el de más edad.

Jenofonte afirmó con la cabeza. No tenía ni idea de qué habían anotado junto a su nombre, pero sabía que los caballos podían asustar a quienes no habían crecido rodeados de ellos.

–Así es. Mi padre los criaba.

–Bien. Un par de muchachos que sepan lo que hacen pueden venirnos muy bien ahí fuera, créeme. Estamos a ciento sesenta kilómetros de Sardes, cuatro o cinco días de marcha bajo el calor. Si vosotros dos os cuidáis de las monturas, obtendréis mejores raciones. Y en Sardes nos aguarda una caballería como es debido, por si os lo preguntáis. Caballos buenos, no como estos jamelgos huesudos.

Jenofonte vio que Hefesto le tapaba los oídos al caballo que seguía sujetando, como si quisiera protegerlo de aquel comentario. Era un gesto tan absurdo que le hizo sonreír. Sócrates le había prometido nuevas vivencias. El anciano que afirmaba no saber nada era más sabio de lo que creía.

**E**l viento soplaba incesante bajo el sol, aunque Ciro apenas lo notaba mientras trotaba a lomos de un buen semental por la linde de una llanura que se extendía a la derecha hasta unas distantes montañas azules. Había estado observando los entrenamientos desde el alba, con Parviz a su lado. El hombre que había sido el primero en dar agua al príncipe se había convertido en su leal sirviente y le costaba dar crédito a su buena fortuna y ascenso de posición. Parviz rara vez se ausentaba de su presencia. A Ciro le agradaban la actitud enérgica y el desdén por los problemas que demostraba. Todas las murallas podían treparse, decía Parviz, lo que no dejaba de ser un lema inquietante para el guardián de una fortaleza.

En la planicie junto a Sardes, seiscientos hoplitas corintios marchaban y se detenían, separados en filas que Ciro no atinaba a discernir, y luego se atacaban entre sí en una suerte de barahúnda ritualizada. Era una especie de guerra teatralizada. Ciro había oído que los griegos disfrutaban del espectáculo de las grandes tragedias interpretadas en los escenarios, que lloraban y reían y, en cierto sentido, salían de ellas renovados. Él no sentía interés por tales cosas, pero se preguntaba si desempeñaban algún papel en la formación.

Cuando no había enemigos presentes, le costaba apreciar las diferencias entre las fuerzas de las ciudades griegas y las legiones de su hogar. Los persas también desfilaban, daban media vuelta y se desplegaban en varias formaciones. Sin embargo, cuando sonaban los cuernos, cuando se desenvainaban las espadas en anticipación a la sangre y el salvajismo, los griegos se abrían paso entre las filas persas como una magnífica hoz de hierro, segándolas implacables. Era un misterio. Ni siquiera los regimientos de Inmortales salían bien parados, sobre todo frente a los espartanos. Ciro sabía que los griegos daban suma importancia a blandir el escudo de su padre, la espada de un hermano o el yelmo de bronce de un tío. En ocasiones llevaban el honor de toda una familia a la batalla. Y aunque podían caer, nada los hacía retroceder, porque luchaban bajo la atenta mirada de las almas de hombres más valientes.

El general Soféneto de Estinfalia era tan bueno como aseguraban, según pudo comprobar Ciro. Había entrenado a nuevos soldados y había diseminado a otros más experimentados entre ellos, creando así un magnífico ejército de mil doscientos hombres. Al igual que los espartanos, sus hombres se levantaban una hora antes del amanecer y corrían por las montañas que rodeaban la llanura durante horas antes de regresar para desayunar e iniciar el adiestramiento con las armas. Costaba no compararlos con los oficiales persas, que vivían como los nobles que eran, se levantaban tarde, recibían las atenciones de esclavos y rara vez sudaban. Soféneto, Clearco, Próxeno y el resto corrían con sus hombres, y no se avergonzaban de ello. Había mucho que aprender de estos griegos.

Al otro lado de la llanura vio a dos jinetes aproximarse cabalgando a una velocidad peligrosa. Ciro se estremeció con aquella visión. No había necesidad de que arriesgaran sus vidas e, incluso desde lejos, apreció que los caballos eran de buena raza. Aunque corrían en llano, siempre podía haber alguna piedra suelta o un hoyo en el que quedara atrapada una pezuña galopante. Ambos hombres habían colocado pieles de leopardo sobre los lomos de los caballos y los montaban



bastante arriba, agarrados con las rodillas a los flancos de los animales mientras galopaban. Uno de ellos cabalgaba con suma elegancia, equilibrado como un volatinero, o como un niño corriendo por una pared. El otro no era en absoluto habilidoso. Al príncipe se le antojó que montaba rígido, agarrado a las crines como si temiera caerse.

Ciro adoraba a los caballos y aquella imagen se le antojó extraña, a la par que insensata. Vio que los animales galopaban directos hacia las filas de los hoplitas que desfilaban. Ellos también los habían visto acercarse y se habían detenido, acatando las órdenes vociferadas. Los hombres se organizaron en hileras densas y levantaron sus escudos formando una especie de pared que refulgía como el oro bajo el sol. Las lanzas se alzaban cual barrotes oscuros tras ellos. Ejecutaron la maniobra de manera impecable, pero los dos jinetes no aminoraron la marcha. Se abalanzaron sobre las filas como una flecha cortando el aire.

Ante la mirada atónita de los hoplitas, uno de los jinetes azotó y tiró con fuerza de su caballo para dirigirlo hacia el frente y luego se inclinó formando tal ángulo que pareció claro que iba a caerse. Ciro vio al joven agacharse por debajo del caballo para asir las riendas que revoloteaban sueltas. Entonces entendió que el caballo de delante se había desbocado y huía, ante la indefensión absoluta de su jinete, que era incapaz de agarrar las riendas.

Con las correas de cuero enrolladas a la mano, el joven que había tomado la delantera hizo girar ambas monturas de manera limpia y consiguió detenerlas. Ciro avanzó al trote hacia ellos a lomos de su propio corcel con la intención de exclamar por lo que acababa de presenciar. No obstante, su presencia no pasó desapercibida. El general Soféneto puso firme a toda la tropa de seiscientos soldados, como si fuera a pasar revista. Se juntaron un paso y permanecieron formando hombro con hombro.

El joven jinete había desmontado para comprobar las patas de ambos caballos. Alzó la vista cuando Soféneto llamó al orden a los soldados, pero cuando su compañero intentó ponerle una mano en el hombro, Ciro vio que se la apartaba enojado. Ambos hombres se volvieron hacia el príncipe cuando se acercó y desmontó de un salto. Sus expresiones pasaron de la cólera y la vergüenza a la sorpresa y el pasmo al reconocerlo. El joven cuyo caballo se había desbocado se limitó a hacer una reverencia. El que había asido las riendas hincó una rodilla en el suelo. Al príncipe le llamó la atención.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al hombre arrodillado.

—Jenofonte, alteza.

—Has actuado con valentía, Jenofonte. Has arriesgado tu vida para salvar a este hombre.

—Para salvar al caballo, majestad. Es una de nuestras mejores monturas. Este hombre, Hefesto, no debería haber intentado montarla hasta ser mejor jinete.

—Entiendo. Por favor, levántate. He conocido a muchos griegos que solo me hacen una reverencia o montan un número al arrodillarse y se levantan al instante, como si el suelo ardiera. ¿A ti no te molesta rendir pleitesía?

Jenofonte se puso en pie, con la espalda muy erguida. Sudaba y tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo. Se encogió de hombros.

—No creo que rendir honores a otro hombre me desmerezca, alteza. Honrarte no me deshonor. Al fin y al cabo, yo espero obediencia de hombres como Hefesto. Espero que respete mi experiencia y mi posición. Es evidente que no lo ha hecho, pero aun así se lo exige.

Ciro pestañeó mirando a la pareja y vio cómo el otro hombre sacudía levemente la cabeza, como si se resistiera a la descripción que daban de él.

—Los griegos no dejáis de asombrarme. Parecéis tenerlo todo pensado. ¿Nunca actuáis sin más,

sin pensar vuestros movimientos como si fueran piezas de un rompecabezas?

–Me alisté para luchar contra los pisidas, alteza –respondió Jenofonte–. Imaginaba camaradería y pruebas de valor. Quería ponerme a prueba a mí mismo, no sé si me explico. Y, en lugar de ello, aquí estoy, mes tras mes, formando a otros hombres en lugar de recibiendo adiestramiento. Quizá debería haber meditado mejor mi decisión.

Ciro encontró divertido el visible mal genio del joven, combinado con el humor macabro que percibía en su tono jocoso.

–Imagino que con tu forma de hablar no tendrás muchos amigos, Jenofonte –apuntó.

La mandíbula del griego se desplazó hacia delante, reflejo de su testarudez. Alzó la cabeza en gesto de desafío y Ciro rompió a reír, con las manos en el aire.

–Por favor, no pretendía ofenderte, sino que entendieras la situación. En las ciudades de mi padre... –Dudó, y una oscura sombra veló su rostro–. En las ciudades de mi hermano, los hombres saben exactamente qué lugar ocupan. Lo saben por la familia a la que pertenecen y por su linaje, por la experiencia, por sus ascensos, por sus aliados y por sus relaciones, pero no saben exactamente en qué punto de la balanza se alzan. No malgastamos nuestras vidas en este fervor de posibilidades, en esa incertidumbre. Un hombre sabe que debe postrarse ante un príncipe y exigir servilismo a sus inferiores.

–Suená... tranquilizador –respondió Jenofonte. Su honestidad lo hizo continuar–: Aunque, para ser sincero, se me ocurre que... –Dejó la frase en puntos suspensivos, inseguro.

Ciro lo invitó a seguir haciendo un ademán con la mano abierta.

–Mientras estés a mi servicio, te juro que nada de lo que puedas decir me ofenderá. Solo deseo oír la verdad.

Jenofonte se permitió una sonrisita. Le gustaba el príncipe de Persia que había congregado a medio mundo en Sardes para entrenarse.

–Alteza, cuando describes un sistema de amos y siervos, lo admiro, porque inmediatamente me imagino siendo un amo. Y, como amo, aplaudiría un sistema que me beneficia, por supuesto. En cambio, si me veo como un hombre obligado a trabajar bajo el sol, tal vez para un hombre que considero que no merece ser superior a mí..., entonces lo que sentiría sería resentimiento. Si me arrodillo ante ti es porque honro la tradición y considero que los hombres deben conocer su posición en la vida. Y añadiré que me has hablado con amabilidad. De haberte burlado de mí o haberme maltratado, no habría estado tan dispuesto a hincar la rodilla. En cualquier caso, soy un griego libre, alteza, un ateniense. He jurado servirte y he aceptado tu plata. Mi juramento me obliga, pero cuando me alce ante los dioses, podré decir que la elección fue mía.

Ciro se rio, divertido por el joven a quien no parecía importarle contradecirle así. No notó ninguna comezón de ira por la respuesta, no más de lo que habría notado si un cachorro le mordisqueara los dedos. Era un desafío sin dientes afilados, y no se sintió herido. Con todo, se preguntó si no llevaría demasiado tiempo relacionándose con griegos.

En lugar de rebatirle el argumento, Ciro acarició la pata del magnífico semental puro que Jenofonte había cabalgado.

–Un animal fantástico –observó–, equiparable a mi Pasacas, según puedo ver.

Jenofonte lanzó una mirada profesional a la montura del príncipe y asintió con un gesto.

–Tu Pasacas le saca un palmo de alto, alteza, pero sí. Mi padre crío caballos durante cuarenta años. Pagó fortunas por ejemplares persas, eso lo recuerdo.

–Los mejores del mundo –respondió Ciro como si tal cosa, sabedor de que era cierto.

Jenofonte le respondió con una sonrisa. El sofoco había desaparecido y Ciro cayó en la cuenta

de que debía despedir a los dos jóvenes para que retomaran sus tareas. Buscó una manera de retener la conversación, consciente de que se la reproduciría al general espartano aquella noche, cuando se sentaran a cenar.

—Eres un ateniense que piensa como un persa, Jenofonte. Y yo a veces soy un persa que piensa como un ateniense.

Jenofonte se rio entre dientes mientras recogía las riendas de ambos caballos. Hizo caso omiso del abatido Hefesto, que aguardaba sin ni siquiera agachar la cabeza, mirando a uno y a otro. Jenofonte seguía preguntándose si Sócrates era el causante de que ambos se hubieran alistado el mismo día. Aquella idea lo hizo ponerse de mejor humor.

—Ojalá mi amigo Sócrates pudiera oírte, majestad —suspiró—. Si alguna vez tienes oportunidad de hacerlo, deberías buscarlo en Atenas y explicárselo. Le encantará.

Ciro sacudió la cabeza a uno y otro lado.

—No creo que regrese a Grecia, al menos no por un tiempo. Mis misiones me llevan al este, a los desiertos lejanos.

—Lamento escucharlo. Ha sido un honor, alteza —se despidió Jenofonte.

Hincó de nuevo una rodilla, si bien sonrió mientras lo hacía. Como por impulso, Ciro se inclinó hacia él y ambos sonrieron al volver a enderezarse. Jenofonte unió ambos caballos en una larga trailla, mientras el desacreditado Hefesto corría tras él, en medio de la polvareda.

Ciro los observó marcharse con la sonrisa desdibujada. Había transcurrido casi un año desde la muerte de su padre. Había retomado su vida como comandante de los ejércitos persas, como si nada hubiera cambiado, pero en realidad todo había cambiado. Había conducido a los griegos hasta el campo de batalla y luego había marchado y los había entrenado a la perfección bajo los mejores generales. Contaba con unos doce mil hoplitas en total, pero no bastaba. Su hermano podía poner a seiscientos mil hombres en el campo, Ciro conocía los números mejor que nadie. Y sabía que necesitaba más regimientos persas. No ganaría con solo doce mil griegos, ¡no contra tantos hombres! Sin embargo, cuantas más tropas persas moviera en el tablero, ubicándolas dentro del radio de Sardes, mayor sería el peligro. Algunos de los generales griegos ya habían advertido el engaño. Pocos enemigos en el mundo requerían una hueste de tales dimensiones. A medida que fuera aumentando, mes tras mes, se haría evidente que, en realidad, solo había un rival posible.

Ciro se mordió el labio y mascó un trozo de piel agrietada mientras la brisa lo acariciaba. Había congregado un ejército, pero la sección persa había acudido a su llamada porque era un príncipe y el comandante de los soldados imperiales. Había escogido a los oficiales con esmero, hombres a quienes él mismo había ascendido, hombres que confiaban en él y lo admiraban. Pero llegaría un momento en que esos regimientos caerían en la cuenta de hacia dónde avanzaban. Si se amotinaban, estaría perdido.

Tal maniobra habría resultado inconcebible contra su padre, una empresa condenada al fracaso desde buen principio. En cambio, contra su hermano Artajerjes, Ciro albergaba alguna esperanza. Para los regimientos de Persia, él era su príncipe, la mano derecha del nuevo rey. Quizá lo secundarían. Había apostado su vida y todo el imperio a que, cuando llegara el momento, así sería.

Pensó en los jóvenes atenienses que habían cabalgado como el viento. Era evidente que no eran amigos y, sin embargo, uno de ellos, Jenofonte, había arriesgado su vida para salvar al otro. Costaba no admirar a hombres de aquella calaña. Ciro siempre había sido consciente de la posición que ocupaba entre las estirpes y en la corte de Persia. No obstante, en aquel momento cayó en la cuenta de que eso también podía ser una especie de muerte, una vida sin vivir. Había

escogido arrojar los dados al aire. Triunfaría o fracasaría, pero ningún hombre podría decir que sabía qué lugar le correspondía. Sonrió para sus adentros. Era un pensamiento reconfortante.

Ciro se alzaba junto a Próxeno de Beocia, el corpulento general griego, que parecía abatido bajo la lluvia. Clearco había cruzado los brazos y se había envuelto en su capa espartana, pero estaba empapado. Ciro había oído a Próxeno sorberse la nariz y toser toda la noche en su tienda de campaña. Tal como había previsto, el general no les había comentado nada a ninguno de los dos. Ciro había constatado que los griegos procuraban no quejarse cuando había espartanos cerca; les imponían un extraño respeto. Clearco parecía ajeno a ello, por descontado, si bien el príncipe estaba convencido de que se congratulaba para sus adentros.

Las montañas del norte de Frigia estaban densamente arboladas, cosa que permitía entrenar a ejércitos enteros en ellas, protegidos de miradas indiscretas y del enemigo. Una marcha de seis días al norte de Sardes garantizaba privacidad suficiente para reunir a varios regimientos griegos y persas por vez primera. Clearco había insistido en ello. Una de las ironías de la posición de Ciro era que sus oficiales persas todavía no conocían la inmensidad de la hueste que se había congregado, mientras que los espartanos sí estaban al corriente, y al menos algunos de los otros comandantes griegos también sospechaban que no iban tras las tribus montañosas.

Clearco había solicitado comprobar la calidad de los regimientos persas que comandaría en batalla. Y era mero sentido común acceder a su petición, por más que Ciro se arrepintiera ahora, tras casi seis semanas de guerra ficticia y entrenamiento físico. Aquella misma mañana había presenciado cómo unos corintios armados solo con bastones y cachiporras perseguían a un regimiento persa por entre los árboles y lo aplastaban. El polemarcha persa había esperado junto a su caballo a una docena de pasos, alargando el cuello para detectar un gesto del príncipe que lo invitara a acercarse a él.

A Ciro le hervía la sangre. Consideraba lamentable que soldados griegos quebraran las filas persas una y otra vez. Hombres como Próxeno y Clearco parecían capaces de improvisar nuevos planes de la nada y conseguir que sus hoplitas los pusieran en práctica de manera fácil y rápida. A resultas de ello, los regimientos persas se antojaban torpes y lentos en sus reacciones. En más de una ocasión habían seguido avanzando en cumplimiento de una orden previa cuando el «enemigo» griego designado se había desviado a un lado, desde donde los contemplaba y abucheaba. Con toda seguridad, tales situaciones se remediarían con el tiempo y con los oficiales adecuados, o eso esperaba Ciro. Miró a su izquierda y suspiró al ver al persa de ojos vivos. Prefirió no dilatar más la espera y le hizo un gesto. El hombre se acercó al instante abriéndose paso a través de la guardia exterior, con el pecho henchido como un gallito.

Clearco y Próxeno observaron cómo el persa se tumbaba del todo sobre el suelo fangoso. Al menos en ese aspecto sus modales eran impecables. Ciro habría apreciado más el gesto si el polemarcha Eraz de Tirazis no hubiera supervisado la completa derrota de sus hombres tres veces aquella mañana.

–Alteza, me haces un gran honor –saludó el oficial de forma envarada–. No merezco ser recibido en tu presencia. Concédeme solo un momento de tu día y me sentiré mil veces bendecido más allá de mi valía.

Ciro echó de menos el estilo directo de los griegos.

–Has pedido audiencia, polemarca. Si mi tiempo es tan valioso, quizá deberías desperdiciarlo menos o hablar con apremio.

–Por supuesto, alteza. Solo quería comunicarte lo decepcionado que estoy con la actuación de los hombres esta mañana.

–¿De los hombres? –repitió Ciro enarcando una ceja.

–Alteza, debes entender que el regimiento al mando del cual se me ha puesto está integrado por campesinos, la mayoría de ellos medos. No son hombres con cultura, no sé si me explico. Caminan con paso pesado, como ganado, hacia delante y hacia atrás. Se detienen cuando se les ordena, pero se limitan a permanecer de pie, sin reflexionar. He hecho azotar a centenares de ellos por su insolencia, pero lo único que consigo es que se vuelvan más hoscos y estúpidos cada día que pasa.

–¿Qué deseas, polemarca Eraz? ¿Regresar a casa? Eso puedo disponerlo.

–¡No, alteza! –El persa parecía genuinamente ofendido–. Lo único que solicito es que se me entregue uno de los grupos de guerra persas. Quizá mis medos estarían más felices con alguien que hable un poco mejor su idioma.

–¿Los medos no te entienden? –preguntó Ciro como si tal cosa.

El persa negó con la cabeza, enojado por el recuerdo.

–Son unos campesinos y unos necios, alteza. Aldeanos. Yo me formé en Persépolis, junto a oficiales imperiales. Mi familia se remonta a cuarenta y tres generaciones. ¿Acaso soy yo un pastor para ocuparme de tales hombres? –Río entre dientes de su propia broma–. Supongo que me entiendes, alteza.

–Así es –respondió Ciro–, aunque entender un problema no es lo mismo que saber cómo solucionarlo. Podría hacer que te azotaran. Podría hacer que te cortaran las orejas o que te marcaran la mano derecha en señal de fracaso. Podría enviarte de regreso a casa o, simplemente, darte una soga y ordenarte que te ahorques tú mismo. Sin embargo, tengo a centenares de oficiales iguales que tú, oficiales que no reflexionan acerca de sus errores cuando quiebran sus filas de soldados y estos huyen despavoridos una y otra vez. –Ciro pronunció las últimas palabras con un bramido, acercándose a Eraz de Tirazis, que volvió a arrojarse al suelo y se cubrió la cabeza con ambas manos–. ¡Guardias! Llevaos a este insensato y azotadlo. Dadle cuarenta latigazos en la espalda delante de sus hombres.

El polemarca gritó horrorizado y confuso al entender lo que sucedía.

–Alteza, ¿por qué merezco este castigo? ¡Te lo suplico! Deja que me ahorque antes de soportar tal deshonor. ¿Qué he hecho yo? Por favor, no lo entiendo...

Se lo llevaron a rastras, entre lamentos y súplicas.

Tras él, Ciro alzó la cabeza hacia la lluvia, que parecía resbalarle como dedos fríos cuello abajo. Próximo estornudó sonoramente y Ciro se volvió con brusquedad hacia él, aún furioso a causa de su propia indefensión. El general griego levantó sus manos en gesto de rendición, demasiado decaído para hacer algo más que sonarse la nariz en un pañuelo.

Por su parte, el espartano carraspeó y Ciro miró en su dirección.

–¿Tienes algo que añadir, Clearco?

–Si puedo hacerlo sin que ordenes que me fustiguen, es posible que sí.

A Ciro le costó dominarse. Inclinó la cabeza, con la boca fruncida hacia una de las comisuras.

–Por favor. No azotaría a un griego ni aunque me diera motivos para hacerlo. Lo sabes tan bien como yo: tú no eres mi súbdito. Debes entender que mis oficiales persas esperan ese tipo de

gestos de mí. Cuando los demás sepan que Eraz de Tirazis ha sido flagelado frente a sus hombres, entenderán que es, al menos, en parte responsable del patético espectáculo de esta mañana. Nuestros doctores cuidarán de él unos días. Si tiene la sensatez de entender su azotaina, es posible que sus hombres acaben incluso respetándolo más de lo que lo respetan ahora. Quizá le envíe a un tutor para que le enseñe a dar órdenes en el idioma de los medos mientras se recupera. Sí, merece la pena hacerlo.

Clearco asintió con la cabeza, pero no le pasó desapercibido que el príncipe apretaba y aflojaba el puño derecho mientras hablaba.

—Me alegra saber que no pronunciarías tal orden. Es raro encontrar a un príncipe que conoce sus límites.

Ciro miró de soslayo al hombre que le estaba diciendo que no aceptaría castigos, un hombre a su servicio. El príncipe notó que la cólera se apoderaba de él y se ruborizaba.

Por su parte, Clearco observó con cierto interés el intento del príncipe por controlar su ira.

—General —dijo Ciro—, excusa mis modales. Hoy solo veo problemas. Tus hombres son... soberbios. Creía conocer la leyenda de los espartanos, pero veros entrenar en tales condiciones, incluso cuando se avecina la batalla..., ciertamente es extraordinario. Cada espartiatá parece pensar como un general y, sin embargo, acata las órdenes como un soldado. ¿Cómo se consigue eso, Clearco? Si tuviera diez mil hombres como esos, no necesitaría al resto. Podría conquistar el mundo solo con ellos.

—Nos educan para pensar por nosotros mismos —respondió Clearco—. Sin embargo, la libertad sin juicio carece de sentido. Alteza, todos mis hombres se han entrenado y han combatido juntos durante años, desde su infancia en los cuarteles de nuestra patria. Acatan las órdenes, por supuesto, pero si ven que se abre una brecha o detectan un punto débil, pueden optar por romper la formación y atacar. Ningún oficial ve la globalidad de la batalla, ni ningún soldado. Por eso tú te sientas sobre un caballo alto y nosotros enviamos exploradores por delante y a puntos en los flancos. No obstante, por bien que nos preparemos, llegará un momento en el que un soldado hoplita caminará por encima de dos hombres más débiles y se hallará por delante del resto, ante una muralla derribada o un general enemigo. Si espera a recibir órdenes entonces, la oportunidad se desvanece. Si se abalanza sin pensar, sus propias filas podrían caer y ser pasto de la destrucción. De hecho, el asunto requiere mucha reflexión. Cuando toma la decisión correcta, ascendemos a esos hombres en nuestras filas. Los nombramos oficiales. Los coronamos e incluso les regalamos propiedades. En cambio, si provocan la destrucción de sus filas, todos los hombres escupen cuando oyen hablar de aquel día y no se bautiza a ningún niño con un nombre que se deja marchitar en la vida para la eternidad. —El general se encogió de hombros—. Como digo, se trata de hallar un equilibrio.

Clearco dejó vagar la mirada un instante, mientras reflexionaba sobre sus palabras. Ciro lo observó y le hizo un gesto invitándolo a continuar.

—Ese oficial a quien has ordenado azotar es, en mi opinión, demasiado estúpido para ser un líder. No quiere a sus hombres, no aprecia sus habilidades ni su valentía. He visto a sus medos: son hombres robustos, no es fácil romperlos. ¡Claro que no les gusta subir y bajar la montaña con los espartanos y los corintios aullando como lobos en sus flancos! Tienen frío, están empapados, cansados y hartos de la vida. ¡Y que encima te arengue un hombre como ese...! Sinceramente, me sorprende que no lo hayan matado. Deben de tener la moral por los suelos.

—¿Qué harían los espartanos con un hombre así? —preguntó Ciro desesperado—. Tengo varias docenas que no son mejores que él. Y unos cuantos que son sensiblemente peores.

–Empezaríamos por hablar con él con discreción –respondió Clearco–. Cinco o seis de nosotros le explicaríamos lo que ha estado haciendo mal, por si no es consciente de ello. Nos aseguraríamos de que lo entendiera. Y cuando volviera a caminar, lo observaríamos para comprobar si ha aprendido la lección. A algunos hombres, la experiencia los desmonta. Otros, en cambio, la consideran como un rito de paso y se hacen más fuertes. De no ser así, me temo que lo dejaríamos atrás como pasto para los lobos. Nosotros no consentimos debilidades, príncipe Ciro, pero... nuestro modo de proceder no es apto para todo el mundo. De hecho, podría desmontar uno de vuestros regimientos, de la misma manera que azotar a un caballo o a un perro cada día lo haría tímido o salvaje, pero no mejor que antes.

Ciro blasfemó y le dio un puñetazo a su abrigo con tanta fuerza que le sangraron los nudillos. Clearco se lo quedó mirando con tranquilidad.

–Si me permites decirte algo, alteza, a veces pareces un hombre consumido por la rabia. Cuesta tiempo entrenar a cualquier ejército. He visto turbas y muchedumbres convertidas en buenos regimientos. Los persas no están menos preparados ni son más indisciplinados que otros pueblos a quienes he conocido. Pareces cada vez más tenso, como el rizo de una crin. ¿Acaso es esto lo único que existe para ti?

Ciro respondió con amargura:

–¿Acaso el trono de mi padre es una baratija? ¿Acaso no merece pelear por él a tus ojos?

–¡En absoluto! No se me ocurre mayor recompensa en el mundo que la que tú pretendes. –El general espartano se removió incómodo, mirando de reojo a Próximo, que se había acercado a escuchar–. Pero... una vida reducida a la guerra no es una vida feliz. Cuando un hombre no piensa en nada más durante meses o años, pierde algo vital. Y creo que lo mismo sucede con la venganza, si se le permite convertirse en un gran horno. Un hombre puede acabar destruido por su propia ira, alteza. He sido testigo de ello en el pasado. Su juicio puede nublarse, si no le sobreviene un fuerte ataque y le estalla el corazón o le queda el rostro flácido como cera derretida. Creo que, si mi esposa, mis hijos e hijas no me aguardaran en casa, no me esforzaría tanto. Cuando regreso a mi hogar, me ocupo de una pequeña parcela de tierra en paz. Cultivo olivos y cebollas. Cuando el fragor del metal y el olor a muerte me ensordecen y ciegan, es en ese pequeño huerto en lo que pienso.

El general vio a Próximo observarlo sorprendido y se sonrojó. Clearco no era un hombre dado a los largos discursos y, sin embargo, le había dirigido uno al príncipe. Ciro parecía un hombre que despertaba simpatías. Clearco aparcó ese pensamiento. Aunque lideraba filas y ejércitos, no era inmune al deseo que se agitaba y susurraba en todos ellos: seguir a un hombre digno. Clearco sabía que sus hombres caminarían sobre ascuas por el príncipe adecuado. Él mismo estaba dispuesto a hacerlo.

–Alteza, en ocasiones... me cuesta pensar en el estado de Esparta. Le he entregado mi vida, mi sangre, mi sudor y toda mi juventud, pero me cuesta tenerla en el pensamiento bajo la lluvia, cuando noto el roce de las cinchas y estoy exhausto. Me es más fácil pensar en mi esposa Calandra.

–He tenido un gran amor –admitió Ciro–. Solo uno. Pero se desposó con otro.

–Quizá cambiaría de opinión si triunfaras en esta empresa –conjeturó Clearco.

Próximo resopló y ambos hombres se volvieron para mirarlo y lo vieron sofocando una risita bajo el pañuelo, mientras se sonaba la nariz.

–Yo pediría a un espartano consejo sobre la guerra, alteza, pero no sobre el amor. Escogen a sus mujeres entre quienes ganan carreras.



–No es cierto –le rebatió Clearco.

Ciro lo miró con ojos interrogantes.

Clearco se encogió de hombros y aclaró:

–En ocasiones sí es así. Las mujeres rápidas crían hijos fuertes.

–Mujeres rápidas con delicados mostachos sedosos –apostilló Próximo.

Clearco lo miró sin perder la compostura y Próximo se repensó sus palabras, clavando la vista en el suelo. Entonces el espartano soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro al general congestionado, lo bastante fuerte para hacerlo tambalearse.

–Príncipe Ciro –dijo Clearco–, has reunido a buenos hombres. Si me concedes un año, formaré con ellos un ejército capaz de hacer temblar el mundo. No puedo convertir en espartanos a vuestros regimientos persas, pero sí puedo convertirlos en corintios o en atenienses. Posiblemente incluso en beocios. Con eso debería bastar.

Próximo le asestó un golpe y Clearco se ladeó, riéndose entre dientes. La lluvia arreció, pero el ambiente se había aligerado bajo el aguacero. Los tres se hallaban relajados cuando volvieron la vista hacia un mensajero que patinaba por el suelo fangoso mientras ascendía corriendo por la ladera. El muchacho, persa, desenrolló una estera, se tumbó en ella y extendió la mano en la que sujetaba un portapergaminos de piedra pulida. Ciro frunció el ceño mientras rompía el sello y extraía el pergamino enrollado. La lluvia lo martilleó como si de la piel de un tambor se tratara, haciendo que la tinta se corriera y se desdibujaran las letras. Ciro arrugó los labios, tenso.

–No creo que mis ejércitos dispongan del año que reclamas, general –dijo Ciro–. Al parecer, mi hermano ha enviado a un viejo amigo a inspeccionar los ejércitos del oeste. Tisafernes ha llegado a Sardes y exige que me reúna con él de inmediato.

Ciro enrolló el documento, pero estaba demasiado empapado como para volverlo a meter en el portapergaminos. Rompió el tubo sobre su rodilla y silbó para solicitar que le trajeran su caballo, al cual se subió de un salto, lanzando una pierna al aire, sin necesidad de silla de montura. Mientras asía las riendas, Próximo y Clearco se llevaron la mano derecha al hombro izquierdo e inclinaron la cabeza.

–General Clearco, general Próximo, me iría bien contar con vuestro consejo en Sardes. Me interesaría conocer vuestras impresiones sobre este señor persa. ¿Solicito que os ensillen los caballos?

Sin dar tiempo al espartano a oponerse, Próximo se adelantó a hablar:

–Si así lo ordenas, alteza, que así sea. A fin de cuentas, juramos estar a tu servicio.

Clearco lanzó una mirada feroz al beocio, por haber perdido la oportunidad de decir que prefería ir caminando. Ciro ni se lo planteó, ante la perspectiva de reunirse con un hombre a quien preferiría ver muerto que caminando en libertad.

–Será más rápido, Clearco.

–Puedes cabalgar detrás de mí, si lo deseas, general –lo invitó Próximo.

–No, no lo haré –respondió Clearco. Agachó la cabeza y se llevó de nuevo la mano derecha al hombro izquierdo–. Como ordenes, alteza, por supuesto.

Tisafernes llevaba una semana en el palacio de Sardes cuando Ciro entró a caballo con tan solo cuarenta hombres. Una guardia personal de seiscientos soldados acompañaba al señor persa. Ciro supuso que habría tenido que reunir cierto valor, después de lo que había sucedido entre ambos en la meseta. Al entrar a lomos de su montura en el patio abierto y descender de un salto, el príncipe se halló frente a filas silenciosas de soldados Inmortales vestidos con uniformes negros impolutos.

No pudo evitar preguntarse si alguno de ellos habría estado en Persépolis cuando su vida había perdido de un hilo.

Los jinetes que acompañaban a Ciro levantaron una polvareda al descabalar también y entregar las riendas a muchachos esclavos. El polvo viajó en dirección a las fuerzas armadas de Tisafernes, como una mancha en el aire.

Ciro notó que el corazón le latía con fuerza. Desconocía si su hermano habría dado la orden de matarlo. Se había planteado acudir acompañado de miles de soldados, pero tal despliegue le habría delatado. Tenía que actuar como si el perdón imperase entre ellos, fingir que no consideraba a Tisafernes y Artajerjes sus enemigos. Aunque le costara la vida, tenía que interpretar su papel.

En consecuencia, avanzó con paso decidido y no dio indicios de notar la creciente tensión entre las filas de Inmortales. Con una sonrisa y los brazos abiertos, Ciro abrazó al anciano y lo besó en ambas mejillas y los labios, como dictaban las formalidades. Mientras lo hacía, el príncipe recordó una vieja leyenda griega de un hombre que había hallado una víbora congelada en la nieve. El hombre se apiadó del animal moribundo y lo abrazó contra su pecho para darle calor. Al revivir, la serpiente le clavó los colmillos y le arrebató la vida. Ciro había abrazado a una víbora contra su pecho al contemplar a Tisafernes como un amigo. No volvería a cometer el mismo error.

Además de Próxeno y Clearco, el general Soféneto de Estinfalia acompañaba al príncipe. También él dio un paso al frente para saludar al persa, aunque Tisafernes arrugó la nariz al percibir el hedor a sudor y caballos que desprendían los hombres cuando se congregaron a su alrededor para proceder con las presentaciones. Uno de sus guardias personales alargó el brazo para impedir que el general griego se le acercara demasiado y, con gesto rápido, Soféneto le retorció los dedos y lo hizo chillar por la sorpresa. Tisafernes lanzó a su oficial una mirada envenenada.

–Quizá deberías ir a comprobar si está todo dispuesto en la cocina para recibirnos, capitán – sugirió Tisafernes.

El hombre se puso rojo de ira y miró con ojos centelleantes al de Estinfalia. Soféneto no parecía ser consciente de lo que había hecho, pero Ciro estaba encantado de haber arruinado el espectáculo que Tisafernes había organizado. Si reunirse con un enemigo ya era de por sí lamentable, ser recibido en un palacio real como si él fuera el huésped y Tisafernes el anfitrión le resultaba mortificante.

El príncipe sonrió y apoyó el brazo en los hombros de Tisafernes para darle media vuelta. Sabía mejor que nadie que al hombre le desagradaba el contacto físico y lo agarró con fuerza mientras entraban en el palacio.

–Me alegro tanto de ver un rostro familiar por estos lares, viejo león. Te he echado de menos. Pensaba que seguías enfadado conmigo por... –hizo un ademán con la mano en el aire–, por todo lo sucedido en Persépolis. Tal vez fueran imaginaciones mías, pero consideré más adecuado mantener las distancias, alejarme hacia el oeste, al menos durante unos años, mientras mi hermano se establece como el Gran Rey y el dios emperador.

–Entiendo –respondió Tisafernes. Miró dubitativo a los tres generales que caminaban tras ellos, preguntándose si alguno hablaría la lengua regia–. Aunque veo que sigues asociándote con griegos, alteza.

Para sorpresa de Tisafernes, Ciro meneó el dedo en su dirección, como si regañara a un niño travieso.

–Bueno, me costaste mi guardia de espartanos, viejo león. Tuve que ofrecer algunas disculpas

al regresar a esta parte del mundo. ¡Y algunos pagos a sus familias! Aquel día me costaste el oro suficiente para aprovisionar a todo un regimiento..., ¿y para qué? Siempre he sido leal, tú mismo lo dijiste. He servido al trono y a mi padre toda mi vida... y estoy dispuesto a pasar mi vida al servicio de mi querido hermano. Me conoces bien, viejo amigo. He olvidado nuestras antiguas desavenencias. Lo único que puedo hacer es disculparme. El pasado, pasado está. ¿Qué más puede decirse?

Tisafernes se relajó al escuchar aquel torrente de palabras, todas ellas acompañadas por la presión del brazo de su antiguo pupilo alrededor de sus hombros. Aun así, no pudo resistirse a hacer de anfitrión mientras se internaban por los pasillos del palacio y dejaban fuera el calor del sol.

Además de a sus guardias, Tisafernes había traído consigo a todo un séquito de sirvientes, incluidos asesinos, cocineros, envenenadores, talabarteros y todo aquel a quien considerara que podía necesitar. Se llevaron a los acompañantes de Ciro para darles un baño y frotarlos bien antes de sentarse al ágape que les había preparado Tisafernes. Este no apreció señal de resentimiento en el príncipe, ni un leve destello.

–La cena se servirá al caer el sol, alteza –informó Tisafernes–. Mi chef lleva varios días ocupado preparándola.

Aunque a Tisafernes le costase admitirlo, todo apuntaba a que debería portar buenas noticias al rey Artajerjes. Tisafernes no había desperdiciado la semana en la ciudad. Sus tres mejores espías habían salido en busca de toda la información disponible. La ciudad contaba con una extensa red real que informaba a los jefes de espías imperiales. Era cuestión de tiempo que Tisafernes conociera con detalle cada paso que Ciro había dado durante los últimos seis meses, cada conversación mantenida, cada acción y cada decisión. Los espías lo estaban anotando todo a medida que llegaban los informes, componiendo un panorama que él mismo tendría ocasión de interpretar. Y lo que era más importante, cenaría con el príncipe y pasaría días observándolo. Tisafernes conocía a Ciro desde su más tierna infancia, y si este pretendía engañarlo, seguramente se percataría de ello. El viejo tutor notó que se le cuadraban los hombros y se le hinchía el pecho de orgullo al pensar en la confianza depositada en él. Su juicio era, literalmente, un asunto de vida o muerte, con ejércitos enteros a la espera de su palabra.

Tisafernes hizo un gesto a dos esclavos para que lo acompañaran. Le encantaba que lo bañaran y se sentía expansivo y animado. Al fin y al cabo, era la mano derecha de un gran rey, la daga de la Casa Real. La idea le complació.

La cena de aquella noche era una reunión íntima. Aunque Tisafernes había llevado a hombres suficientes para montar guardia hasta el último rincón y pasillo del palacio, solo permitió a seis de ellos acceder al salón de banquetes y los distribuyó a lo largo de las paredes. Tisafernes iba vestido con paño dorado oscuro, unas túnicas amplias que lo mantenían fresco, pese a haber echado algunas lorzcas desde la última vez que Ciro lo había visto.

Las ventanas de la estancia estaban situadas a una altura elevada. En aquel salón, el rey Darío había entretenido en una ocasión a un sátrapa de la India escondiendo rubíes en un cuenco de ciruelas y entregándoselos a sus hijos como caramelos. En el interior de la estancia soplaba una brisa fresca, canalizada por el diseño del tejado exterior, un milagro de la ingeniería concebida por el arquitecto original.

El tablero de la mesa era de mármol verde oscuro, tan pulido que se reflejaban en él las vigas del techo que se alzaba sobre los platos y los rostros de los criados al inclinarse para servir a los

comensales. El príncipe Ciro presidía la mesa, con Tisafernes a su derecha. Clearco estaba sentado a su izquierda y Próxeno y Soféneto de Estinfalia algo más alejados.

Tisafernes continuó ejerciendo el papel de anfitrión, recomendando platos concretos. Observó a Ciro para comprobar si recelaba de alguna de aquellas viandas, pero si el príncipe temía ser envenenado, no dio muestras de ello. La ausencia de sospecha era una buena señal, tuvo que admitir Tisafernes. Un hombre culpable de traición puede esperarla de otros. Sin embargo, Ciro rompía el pan con los dedos y bebía vino tinto relajado, disfrutando del momento.

–Estos amigos griegos, alteza, ¿hablan nuestra lengua? –quiso saber Tisafernes.

Para su sorpresa, tanto Próxeno como el espartano Clearco asintieron con la cabeza, aunque Próxeno alzó la mano e indicó con un gesto que no a la perfección. El general Soféneto contempló la escena en ascuas, mirando al resto de los comensales como si fueran perros ladrándose entre sí. Tisafernes comprobó que tal grosería no era fingida. El griego no consideraba aquellos sonidos un idioma real, de manera que los trataba como el gorjeo de los pájaros, un sonido que podía ignorarse o por encima del cual incluso podía hablarse.

–Como ves, viejo león, el persa es tanto el idioma de los negocios como de la guerra, al menos entre quienes hacen de la guerra su negocio. –Ciro hablaba con ligereza, como si siguieran siendo amigos.

–Entiendo. Entonces me cuidaré de no ser indiscreto, alteza, aunque tu hermano me solicitó que me formara una impresión de la preparación de nuestros ejércitos en este territorio. Mi misión consiste en averiguar cuántos hombres en armas tenemos a nuestro servicio. ¿Dispones de dicha cifra?

–Por supuesto –respondió Ciro mientras extendía una cucharada de diminutos huevecillos blancos sobre una rebanada de pan con pescado–. Haré que el senescal te facilite tales números. Fuiste tú quien me enseñó a hacer cálculos, Tisafernes. Me avergonzaría que encontraras errores en ellos ahora.

Tisafernes rio mientras apuraba su vino y dejaba que le rellenaran la copa. Lo invadió una cálida sensación de bienestar y sonrió al príncipe. Quizá el hijo menor de Darío fuera un alma más grande e indulgente de lo que creía.

–La comida es excelente –comentó Clearco en griego.

Tisafernes frunció el ceño ante los malos modales del hombre, pero Ciro tuvo a bien traducírselo enseguida. Soféneto se animó al escuchar las primeras palabras que entendía.

–Oh. Me he hecho acompañar de mi cocinero –respondió Tisafernes–. Si soy sincero, a mi edad no sería capaz de viajar sin él. Todo lo que no esté preparado por su mano me sienta mal. –Se dio unas palmaditas en el estómago con tristeza–. Cuidate de los ácidos de la vejez, Ciro.

Por un instante, Ciro sonrió como si siguieran siendo los viejos amigos que habían sido. Pero se recordó que el hombre con quien compartía mesa había estado dispuesto a ver cómo le separaban la cabeza de los hombros. No había ni un ápice de amistad ni amabilidad en el viejo y gordo tutor que mascaba aquella pasta de carne y naranjas. Bastaba con echar un vistazo a los guardias que flanqueaban las paredes para comprobar que estaban prestos a defender a su amo. Contemplaban a Ciro como a un enemigo, lo cual le recordó que, en efecto, lo era. Aun así, fue un buen banquete y Próxeno gruñó cuando se pusieron en pie. Habían permanecido sentados mientras daban cuenta de una docena de platos y vinos, todos ellos comentados con fruición por Tisafernes, que se dedicó a cantar las alabanzas de su cocinero hasta que a Ciro le dieron ganas de estrangularlo. Los griegos comían poco, según pudo comprobar, aunque tal vez siguieran el ejemplo de Clearco, que se

limitó a catar cada plato como si quisiera comprobar si estaba envenenado. Y probablemente fuera eso lo que hacía.

Al anochecer, tras una larga jornada, costaba reprimir los bostezos. Ciro echó la cabeza hacia atrás y se dio unas palmaditas en la boca abierta.

–Mañana, viejo león, haré que algunos de nuestros mejores regimientos desfilen para ti. He invertido fortunas en ellos, pero creo que convendrás en que no se han despilfarrado.

–Espero que no, alteza –respondió Tisafernes con una nota de advertencia en la voz.

Se hizo un silencio y Tisafernes vio al joven príncipe enarcar una ceja. Entendió que Ciro esperaba que se postrara ante él. No le parecía correcto hacerlo, no ante el hombre a quien había venido a juzgar. Tisafernes, tenso, hizo una reverencia desde la cintura. Al enderezarse se ruborizó al encontrar a Ciro mirándolo de hito en hito.

Tisafernes soltó una risita frágil.

–Es una nueva era, alteza...

Para su sorpresa, vio que el rostro de Ciro se endurecía.

–No, Tisafernes. Soy el hijo de mi padre. Soy el hermano del Gran Rey, Artajerjes. ¿Acaso pretendes ser irrespetuoso con mi familia, la Casa Real?

Tal vez fuera una nimiedad, pero Ciro había soportado una velada con un hombre a quien detestaba, calibrando cada palabra pronunciada por lo que podía revelar de él. Y decidió aprovechar el momento y aferrarse a él. Le sostuvo la mirada a Tisafernes hasta que este, rojo como la grana, se agachó, hincando una rodilla primero y luego la otra, y acabó tumbado en el suelo.

–Es importante recordar quién de los dos es el anfitrión y quién, el huésped –observó Ciro bajito. Entonces forzó un cambio en su tono de voz, aligerándolo al tender la mano a Tisafernes para ayudarlo a ponerse en pie–. Bien. Estos griegos no parecen entender la importancia que tiene rendir pleitesía a un príncipe. Me pone nostálgico, Tisafernes, verte hacerlo tan bien.

–Gracias, alteza. Me honras –replicó Tisafernes, pese a que su voz traslucía una tensión que hizo que Próximo soltara una carcajada y se sonara la nariz para disimular su regocijo.

**E**ra imposible definir la función exacta de Tisafernes como anfitrión. No le corría ni una gota de sangre aristocrática por las venas, pero portaba sellos estatales que lo autorizaban a actuar en nombre del rey, y era evidente que había acudido a supervisar la parte occidental del imperio.

Sus modales mientras permanecía sobre su montura en la plaza de armas de Sardes distaban mucho de los de un suplicante. El gobernador local se había hecho invitar al evento,

al igual que habían hecho todas las familias acaudaladas del lugar capaces de conseguir una invitación mediante tratos, adulaciones o amenazas.

Bajo el sol que calentaba el amplio y verde campo de adiestramiento, Tisafernes contempló a los regimientos desfilar y girar ante sus ojos. Esclavos con unos cuadrados de bambú

y lino blanco tejidos los abanicaban a él y al príncipe para aliviarles del calor. Ciro intentó relajarse y disfrutar del espectáculo, pero la idea de que se informaría de todo ello a su hermano lo amargaba.

En tiempos más placenteros, Ciro habría disfrutado exhibiendo a sus mejores soldados y desplegando las maniobras más difíciles ante su antiguo maestro. Entonces incluso habría anhelado que la noticia de sus éxitos llegara a oídos de su padre en Persépolis. Y aquella tarde no podía hacer menos, sobre todo habida cuenta de que había reunido a hordas de hombres y los había entrenado durante meses. Miles de griegos y otros cuantos regimientos persas desfilaron por el campo dibujando patrones complejos, interpretando fintas y pequeños enfrentamientos entre destacamentos reducidos. Ciro había planeado un clímax consistente en un ataque coreografiado para impresionar a Tisafernes, tal como bien podría haber hecho en el pasado. Pero ahora pensar en ello lo superaba. Sudaba mientras sonreía y pedía bebidas frías.

El príncipe y Tisafernes eran los dos únicos montados a caballo en aquel inmenso campo, mientras que el resto de los invitados y visitantes se habían acomodado en bancos curvos blancos dispuestos a su alrededor, como el público de un teatro griego. En un ambiente distendido, mercaderes y nobles disfrutaban del sol. Bastantes de ellos se habían hecho acompañar de sus hijas solteras e intentaban llamar la atención de un príncipe real que parecía menospreciar las fiestas y los bailes y rara vez se dejaba ver en público.

Ciro se preguntó si algún chismorreó no lograría abrirse camino hasta los oídos de Tisafernes y, a través de este, llegar a su hermano. Lo dudaba. Hasta que Artajerjes tuviera un heredero, Ciro se hallaba en línea directa para heredar el trono. Sus asuntos amorosos, o la ausencia de estos, preocupaban mucho a la corona. Se maldijo por no haberse forjado una coartada mejor durante los meses que le habían concedido. Se había volcado en la misión de congregar a una inmensa hueste, regimiento tras regimiento. No se le había ocurrido que su hermano pudiera enviar a un hombre a preguntar, con aparente inocencia, si el príncipe había visitado los teatros o había cortejado a alguna de las mujeres de las familias de la alta nobleza. Sus dos concubinas griegas no contaban.

Ciro notó que una gota de sudor le bajaba por la mejilla y supo que se estaba enredando solo.

Detestaba mentir y el peso del disimulo lo estaba agotando. Recordó que su madre le había explicado una vez la anécdota de un hombre santo célebre tanto por su temperamento como por su capacidad para controlarlo, lo que le permitió que nadie lo viera nunca enfadado. A su muerte, se sospechó que lo habían envenenado y abrieron su cuerpo para averiguar la causa de su deceso. Y descubrieron que tenía los músculos enmarañados y llenos de nudos, tras años y años de contener la ira con todas sus fuerzas y no permitir que nadie la viera.

Ciro se sentía como aquel santo ermitaño cada vez que Tisafernes se volvía hacia él para elogiar algún aspecto del espectáculo. Lo único que podía hacer era inclinar la cabeza y sonreír bajo el sol, mientras sus temores no hacían sino acrecentarse. Su padre tenía diseminados a espías por todo el imperio, era algo por todos sabido, y ni siquiera los propios espías conocían el alcance de su red. Ciro se había esmerado por proceder como si lo estuvieran observando, como si cada palabra pronunciada pudiera llegar a oídos de su peor enemigo. No le quedaba más alternativa cuando no sabía en quién confiar. Sin embargo, era fácil olvidarse de las precauciones en las noches cálidas, con buena comida, buen vino y entre amigos. Unas pocas palabras podían lanzar toda una vida por la borda.

La muchedumbre se enderezó cuando cuatrocientos espartanos entraron a grandes zancadas en el campo a través de una puerta y se dirigieron raudos a interceptar un regimiento persa que permanecía en pie al otro lado. Las mujeres se abanicaron al ver a aquellos hombres trotar en filas perfectas, con sus capas rojas aleteando al viento. Entre los propios espartanos había distintas escuelas de pensamiento con relación a las capas. Algunos comandantes ordenaban quitárselas antes de la batalla, pues, pese a considerarlas una prenda adecuada para las noches invernales y los desfiles, creían que al enemigo le resultaba fácil agarrarlas y tirar de ellas en la batalla. Otros, como Clearco, la usaban para atrapar la espada de un adversario o para cegarlos lanzándola al vuelo y luego hincarle la espada a través de ella. Se trataba de una cuestión de elección personal para hombres cuyas vidas dependían de sus artes marciales, pero Ciro no tenía más remedio que admitir que lucían elegantes en aquella plaza de armas. La batalla ficticia que Clearco y él habían planificado haría las delicias de los espectadores persas, y quizá también de los griegos. Por su parte, los espartanos se habían limitado a encogerse de hombros cuando habían ensayado la maniobra. Sabían que eran los mejores, independientemente de lo que un príncipe persa quisiera mostrarle a su antiguo tutor.

A poco menos de cuarenta pasos de donde Tisafernes y Ciro se hallaban sentados sobre sus monturas, los espartanos agarraron los escudos que portaban a la espalda y se ajustaron las correas a los antebrazos. Al mismo tiempo, bajaron lentamente las largas lanzas puntiagudas, sujetándolas como armas, en lugar de como meros bastones. Estuvieron listos para atacar en un pálpito y Ciro se descubrió tragando saliva ante la idea de enfrentarse a tales hombres en el campo. El resto de las filas se habían detenido para observar esta última acción. Incluso las aves y el público contuvieron el aliento.

Ciro rezó en silencio suplicando que el regimiento persa no rompiera filas y se echara a correr por la plaza de armas. Había dispuesto a ochocientos arqueros entre ellos, cuidándose mucho de que solo portaran flechas sin punta. Pero no había podido despuntar las lanzas espartanas, pues de lo contrario habrían quedado inservibles. Clearco se había negado a destruir las armas de sus padres para una mera exhibición. Soportarían la lluvia de flechas y se abstendrían de hacer picadillo a los persas en respuesta.

Ambas tropas se aproximaron en lo que se antojó un trote lento. Ciro apretó el puño cuando las filas persas se detuvieron a doscientos pasos de distancia. Los arqueros cargaron y dispararon con

suavidad, con un repiqueteo que recordaba al aleteo de las palomas. Primero llegó el ruido de las cuerdas de los arcos, los gritos de los arqueros y las órdenes vociferadas entre los espartanos. Los escudos se alzaron y se solaparon, formando una magnífica cúpula dorada de bronce, madera y cuero, y luego se oyó un martilleo cuando miles y miles de flechas impactaron en ellos. Cada uno de los ochocientos arqueros llevaba una aljaba con doce flechas, de manera que lanzaron unas diez mil saetas contra los escudos. Desde la distancia, el espectáculo ofrecido era magnífico y permitía apreciar las horas de práctica de tiro en el destacamento. Pocas flechas volaron desviadas y Ciro vio el interés en Tisafernes. El anciano golpeó con la mano el flanco de suave piel de su silla, aplaudiendo el ataque.

En el campo, los espartanos se alzaron despacio de su posición agazapada. Allá donde se habían oído risas y comentarios complacientes entre la multitud expectante volvió a imponerse el silencio. Los espectadores percibieron la mirada torva que los espartanos dedicaron al regimiento persa. Los cascos de bronce giraron lentamente y permanecieron fijos en los arqueros persas que habían roto a reír. Ciro vio a los espartanos alargar las manos para arrancar flechas de sus escudos. Tragó saliva al entender que las puntas habían perforado la lámina de bronce y que algunas flechas no eran seguras. El príncipe desconocía si se trataba de uno de los errores estúpidos que aquejaban a sus regimientos o si se debía a la animadversión de alguno de sus oficiales persas, que quizá había esperado causar algunos muertos entre los griegos en el campo de entrenamiento. Ciro vio a los espartanos debatir el ataque entre sí. Lo único que podía hacer era observarlos y esperar que no decidieran tomar represalias. Los capos rojas permanecieron en pie en actitud desafiante, incitando al enemigo, inclinándose hacia delante como perros de caza sujetados con correa. Parecían no haber sufrido heridas. Sin embargo, todas sus miradas sombrías estaban posadas en los arqueros. Ciro recordó las palabras atribuidas al rey Leónidas en la batalla de Termópilas. Cuando los persas de sus tiempos le habían informado de que apagarían el sol con flechas si no se rendía, Leónidas se había encogido de hombros y les había dicho que lucharía en la penumbra.

Tisafernes soltó una carcajada ante lo que creía estar presenciando, mientras los oficiales espartanos ponían firmes a sus hoscos soldados. Las puntas de las largas lanzas se elevaron y los escudos se amarraron de nuevo a las espaldas a la orden de marchar. Al otro lado del campo, frente a ellos, los arqueros persas seguían dándose palmaditas en la espalda unos a otros, en formación desordenada, como si estuvieran en una boda o en un festival. Ciro se enfureció al verlos. Si no lo hubiera avergonzado a ojos de Tisafernes, incluso habría deseado que los espartanos cargasen contra ellos para enseñarles que nunca debían bajar la guardia. Pero habría sido como dejar libres a zorros entre gallinas, pensó. Incluso como lección, se habría derramado sangre.

Tisafernes parecía ajeno a la insensatez de los arqueros persas. Cuando los desfiles hubieron concluido, Ciro y él desmontaron a la par y dejaron sus caballos al cuidado de los criados. Tisafernes se desperezó y bostezó, sonriendo con picardía al príncipe. Chasqueó los dedos para solicitar otra bebida helada, la cuarta, sin pensar que cada una de ellas costaba el salario de un mes: un darico de oro. El hielo se traía en grandes bloques desde los lagos de las cimas de las montañas y se almacenaba bajo tierra durante los meses estivales. En una sola copa de vidrio azul se condensaba la esencia de la riqueza y de la civilización. Tisafernes era adicto a los zumos dulces llenos de astillas de hielo. Más aún, era adicto a la opulencia y la autoridad que le confería sujetarlos en la mano.

—Un desfile magnífico —señaló, dando un sorbo al zumo y suspirando deleitado—. A esos



forasteros les conviene conocer la derrota, sobre todo frente a soldados persas. No me gustaría tener que informar a tu hermano de que tus griegos creen estar por encima del lugar que les corresponde. –Escudriñó las hileras formadas con el ceño fruncido–. No veo espaldas azotadas entre los espartanos. Me pregunto si eres lo suficientemente severo con ellos.

Dejó la pregunta en el aire y Ciro tuvo que morderse el labio para no responderle lo que pensaba. El príncipe era el comandante en jefe de todos los ejércitos de Persia. Sin duda alguna, Tisafernes sabía que Ciro tenía muchísima más experiencia que él en tales asuntos. Pero el anciano parecía decidido a pincharle y dejarle claro que había ascendido de posición desde su último encuentro y que ahora era portador de la aprobación y la confianza del rey Artajerjes. Era imposible saber la verdad. Ciro no podía preguntársela sin ambages ni enviar un heraldo a su hermano. A resultas de ello, tenía que soportar sus mordaces provocaciones y bravatas veladas sin mostrar ni un ápice de animosidad. Intuía que a Tisafernes lo habían enviado para ponerlo a prueba, y eso era exactamente lo que estaba haciendo.

–Por lo general, prefiero que sean sus propios oficiales quienes disciplinen a los espartanos – explicó Ciro–. Si uno de sus hombres es un holgazán, por ejemplo, o come en exceso, lo castigan con una crueldad pasmosa, alegando que pone en riesgo las vidas de todos. Se toman esas cuestiones muy en serio, como una afrenta a su honor y al honor y la reputación de su ciudad natal.

–¡Menudas pretensiones! –exclamó Tisafernes con aire petulante–. Como si esos hombres conocieran el honor o entendieran siquiera el concepto. Estoy seguro de que a tu hermano no le agradaría conocer la admiración que sientes por ellos. ¿O acaso lo niegas?

Ciro volvió a notar un arrebató de cólera y tuvo que comedirse mucho para responder con voz templada, sin ira.

–No lo niego, viejo león. Del mismo modo que tampoco niego que el cielo es azul. Admiro a los buenos soldados. Y los espartanos no tienen parangón.

–Entonces, ¿son mejores que nuestros Inmortales? –lo presionó Tisafernes.

–Termópilas nos revela que sí. Y Platea. Mi cometido es mantener sólidas las fronteras de mi hermano y para ello necesito disponer de los mejores hombres para entrenar a nuestros regimientos.

Tisafernes se atiesó, pero remoloneó un momento toqueteando su bebida antes de responder.

–Hay quien preferiría no mencionar Platea, alteza, donde los espartanos dispersaron a nuestra infantería y luego masacraron a quienes permanecieron en el campo. Fue un día aciago. Y, sin embargo, aquí estás tú, alabando a los hijos y nietos de aquellos salvajes canallas. ¡Míralos bien! ¡Observa cómo nos miran! ¡Si fueses un buen señor, ordenarías flagelar a uno de sus oficiales por la insolencia de sus hombres! Me pregunto qué dirá tu hermano...

–Artajerjes sabrá que la paz reina en el imperio –lo interrumpió Ciro– y que la paz se consigue con unas fronteras fuertes y con ejércitos entrenados listos para emprender la marcha en cualquier momento. He congregado a los mejores hombres para mejorar a nuestros regimientos persas, para ser la piedra de amolar que los mantiene afilados. Eso es todo cuanto le importa. –Ciro prefirió morderse el labio a dejar que sus respuestas siguieran destilando su irritación. Desconocía si a Tisafernes le ofendía de verdad la arrogancia de los espartanos o si lo que pretendía era espolearle hasta que revelara algo que pudiera destruirlo–. En cualquier caso, es asunto mío.

Tisafernes se volvió hacia uno de los oficiales que había traído consigo.

–Polemarca Behkas, ¿ves a aquel oficial espartano? El que lleva la piel de leopardo sobre los hombros. Sí, el del casco con plumas. Tráelo ante mí.

Ciro se quedó boquiabierto por la sorpresa, pero se abstuvo de revocar la orden porque sabía

que su dignidad no sobreviviría a ello. Tisafernes había traído a aquel oficial, quien debía lealtad a un solo señor.

—¿Crees que puedes dar órdenes en mis cuarteles? —optó por preguntar Ciro, con el pensamiento hecho un torbellino.

Tisafernes se volvió ligeramente para mirarlo. Para su asombro, Ciro vio que tenía la mano apoyada muy cerca de la daga que portaba bajo la faja, como si estuviera ponderando si debía desenvainarla. De súbito, el día se había girado y el rencor de aquel hombre había salido a la luz. Ciro se halló debatiéndose mientras el general Clearco se acercaba corriendo, se detenía y se quitaba el casco con un movimiento ágil. El espartano permaneció de pie con las piernas abiertas a la anchura de los hombros y apariencia relajada. A lo sumo, parecía esperar un elogio. Alzó las cejas cuando Tisafernes lo señaló con gesto de disgusto.

—La arrogancia de este hombre me desagrada —anunció Tisafernes al aire—. Como representante y plenipotenciario real del rey Artajerjes, bendito sea su nombre y larga su vida, deseo que se lo fustigue para dar ejemplo al resto. Polemarca Behkas, destaca a uno de tus hombres más fuertes para asir el látigo. Desnuda a este espartano de cintura para arriba y azótalo. Yo contaré en voz alta.

—No lo harás —espetó Ciro cuando su asombro cedió paso a la ira—. No ostentas tal autoridad aquí. —Hizo un gesto brusco al oficial que, aun así, continuaba avanzando para apresar al general Clearco—. Apártate de ese hombre. ¡Y póstrate inmediatamente!

Pronunció las últimas palabras como un bramido y el polemarca obedeció. Para conmoción de Ciro, Tisafernes permaneció en pie, aunque empalideció y le temblaba el cuerpo.

—Alteza —dijo Tisafernes con voz tensa—, tu hermano, el rey, quiso despejar toda confusión. Hablo en su nombre, que es el de la autoridad del trono, al menos en este nido de ratas tan alejado del mundo real. Si ordenas que me traigan mis sacas, te mostraré que en su interior llevo su sello personal, su palabra sagrada en oro. Estoy seguro de que no querrás desobedecer una orden directa del mismo trono.

—Tú no eres el trono... y no das órdenes aquí, Tisafernes —replicó Ciro con la voz teñida de desprecio—. Yo comando los ejércitos del imperio. Yo solo. ¿Qué sabes tú de la guerra? ¿Ves a esos espartanos ahí en el campo, con lanzas, espadas cortas y sus kopis en el hueco de la espalda? Si le pones la mano encima a su general, no se quedarán de brazos cruzados. Si le desgarras la piel, no podré salvarte de su ira, ni a ti ni a ninguno de tus hombres.

—Entiendo —dijo Tisafernes, con los labios blanquecinos a causa de la tensión acumulada y sin el aire previo de paciencia divertida—. ¡Entonces lo que te asusta es su salvajismo! ¡Qué interesante! Me pregunto quién es el amo y señor aquí, si tus perros salvajes escapan tan fácilmente de tu trailla.

—Si me permitís —los interrumpió Clearco para sorpresa de ambos—. Perdóname, alteza, príncipe Ciro, pero tus observaciones son incorrectas. Mis espartanos no interferirán, no si yo no doy la orden de hacerlo.

Hablaba con fluidez y precisión, en un persa cortesano excelente y con acento de Susa. Tisafernes lo miró irritado, pero el espartano lo ignoró y le hizo una reverencia al príncipe Ciro.

—Alteza, si mis hombres han desagradado al representante de tu hermano, soportaré el látigo, por supuesto. No se hable más. Y mis hombres no pelearán por ello. Los espartanos entendemos la disciplina, y la justicia también. Creo que sería una excelente lección para ellos.

Clearco aguardó, mirando sin pestañear a Ciro mientras el príncipe reflexionaba sobre sus

palabras. Bajo la atenta mirada de Tisafernes, ambos tenían que adivinar las intenciones del otro sin revelar la más mínima señal de colaboración entre ellos.

Tras un largo silencio, Ciro asintió.

—Muy bien. Es cierto que a Tisafernes, aquí presente, le han ofendido los modales de tus hombres. Quítate la coraza y la capa, y serás flagelado para dar ejemplo.

Ciro exhaló cuando el espartano hincó una rodilla ante él y agachó la cabeza antes de ponerse en pie y despojarse de sus prendas. Sabía que Clearco prefería inclinarse a clavar la rodilla en el barro. Era una señal de que había tomado la decisión correcta. Ciro intentó no mostrar su alivio. Hacía apenas unos días que Clearco le había dicho que no tenía autoridad para ordenar que lo fustigaran y, sin embargo, allí estaban.

Contra toda lógica, cuando Clearco se quedó solo con la falda de cuero y las sandalias se antojó aún más corpulento. Parecía que lo hubieran esculpido a partir de magníficas planchas de madera oscura. Los músculos marcados en el metal de su coraza eran menos impresionantes que los que esta protegía.

En el campo, los cascos de los espartanos seguían ocultando sus facciones, lo que les permitió contemplar la escena con frialdad, sin moverse. Todos los allí presentes habían visto a Clearco desnudarse hasta la cintura. El general no hizo ninguna señal pese a saber que lo observaban dirigirse con paso decidido hacia los bancos de visitantes y apoyar ambas manos en un poste pintado de blanco, una encima de la otra. Tisafernes admiró con amargura los espectaculares músculos del espartano, pero apretó los labios e hizo un ademán a su hombre para que fuera en busca de un látigo, decidido a llevar la situación hasta sus últimas consecuencias. Tuvo la sensación de que se había perdido el clímax que pretendía provocar, pero aun así quería ver al griego gritar de dolor. La idea de hacer chillar o sollozar a un espartano compensaría una jornada, por lo demás, poco inspiradora.

Mientras el oficial desenrollaba las cuerdas, Ciro observó a los espartanos ponerse firmes. Clearco alzó la mirada al cielo y murmuró algo, pero Ciro no estaba lo bastante cerca para oírlo. Sí que oyó el zumbido de las cuerdas al cortar el aire, cada una de ellas rematada con una bolita de plomo. El primer azote abrió cicatrices antiguas y dejó a la vista unas líneas rojas con gotas de sangre aguada cuando el oficial se retiró.

—Uno —dijo Tisafernes, con una sonrisa dibujada en la comisura de los labios.

Notó que a él también le dolía la espalda, tras pasar tanto tiempo de pie. Mientras el látigo golpeaba una segunda vez, Tisafernes le susurró algo a un criado y aceptó la silla que le trajeron con un suspiro de agradecimiento.

—Dos —gritó—. ¿O era tres? ¿Deberíamos comenzar de nuevo?

—Dos —corroboró Ciro—. Yo llevaré la cuenta hasta cuarenta. Por favor, disfruta de otro zumo helado.

Se las apañó para que su última sugerencia sonara a ofensa y Tisafernes se ruborizó. Ciro se preguntó cómo era posible que no hubiera detectado el rencor en aquel individuo antes. ¿Siempre había sido así o había aflorado con el cambio de ocupante en el trono? Ciro lo había considerado su amigo durante una docena de años, pero quizá eso fuera cuando él era príncipe y Tisafernes, un pobre oficial del ejército y maestro. Con el ascenso de uno y la caída del otro parecía haberse revelado una amargura en aquel hombre, o una debilidad que quizá siempre estuvo latente.

Ciro observó mientras Clearco soportaba azote tras azote. El látigo debía de tener unas doce cuerdas. Cada azote le rasgaba la piel en líneas que se entrecruzaban formando rombos desollados que dejaban a la vista la carne blanca de debajo. El espartano apoyaba las manos en el poste y

Ciro percibió el momento en el que se dio cuenta de que lo estaba agarrando con demasiada fuerza. Clearco soltó el aire y aflojó su agarre, manteniéndose en pie con las piernas ligeramente flexionadas.

Costaba hallar un ritmo a la flagelación. Si el látigo golpeaba mientras Clearco inhalaba, le hacía soltar el aire. Ciro vio que intentaba acompañar la respiración para que los golpes cayeran entre una y otra, pero el persa que azotaba el látigo no era un experto y su ritmo era irregular. En más de una ocasión, el hombre hizo una pausa eterna para pasar los dedos entre las cuerdas y separarlas.

Al llegar a los treinta, Ciro vio que el espartano sudaba y que los músculos de los costados le brillaban. Las cuerdas del látigo habían hecho que las salpicaduras de sangre formaran un halo de manchas rojas. Más de una de las fascinadas familias habían notado el tacto de las gotas en la piel. Una muchacha joven levantó una en la yema del dedo con gesto de horror y deleite.

En otras dos ocasiones, Clearco tuvo que hacer un esfuerzo para soltar las manos del poste, y cada vez le costó más que la anterior. No emitió ningún sonido de dolor, más allá de un gruñido cuando se le escapaba el aire. Cuando el azote número cuarenta cayó sobre su carne desgarrada, la muchedumbre lo observó asombrada. Aquel día aprendieron algo de Esparta y Ciro detectó por el ceño fruncido de Tisafernes que no había sido de su agrado.

Clearco se volvió hacia el príncipe con una leve sonrisa en el rostro.

–Espero que mi sangre sirva para pagar la deshonra, alteza. Gracias por confiar en mí y en mis hombres. Nos honras.

–Queda olvidado –respondió Ciro, aunque ambos sabían que no era así–. Regresa junto a tus hombres. Diles que tu valentía me ha impresionado.

El general espartano hincó una rodilla en el suelo. Clearco se movió con rigidez y aceptó sus prendas y casco de manos del pasmado oficial persa que los sostenía. Regresó junto a sus hombres y marcharon por el campo sin mediar palabra.

Tisafernes los observó alejarse con expresión de amargura.

–Me pregunto si valen el río de oro que habéis invertido en ellos –dijo.

–Diría que sí –respondió Ciro, sacudiendo la cabeza incrédulo ante lo que había presenciado.

–Hum. Estoy agotado tras pasar tanto rato bajo el sol. Tengo algunos asuntos comerciales que atender en la ciudad, obsequios de tu hermano para recompensarme por mis años de servicio. Me ocuparé de ellos mañana, antes de regresar junto a él.

–Como un viejo perro de caza de la familia –apuntó Ciro–, sin dientes, ciego y crujiendo por las articulaciones, pero aun así con vida.

–Ciego no, alteza –lo corrigió Tisafernes sonrojándose–. Ciego en absoluto.

Con una cortesía elaborada, el hombre se postró completamente en el suelo y aguardó inmóvil hasta que Ciro le ordenó que se levantara. Ninguno de los dos parecía satisfecho con el intercambio al separarse, mientras el público se dispersaba entre susurros.

Mientras el sol se alzaba en un cielo azul despejado, Tisafernes y su séquito entraron a caballo en el corazón de la ciudad. El persa iba acompañado de tantos cuernos, tambores y estandartes ondeantes que parecía una visita real. Barrios enteros de Sardes se detuvieron para contemplar al gran señor de Oriente que se había dignado a mezclarse con ellos.

Al oír el griterío, Ciro se asomó al balcón elevado de sus aposentos en palacio. En la distancia, divisó momentáneamente a Tisafernes antes de que quedara fuera de su vista. El persa montaba un caballo gris y había ordenado a sus esclavos que arrojaran monedas de plata a la multitud, mientras soldados Inmortales marchaban con uniformes sin vestigio alguno de lucha o esfuerzo. Ciro apretó

la mandíbula y notó que le crujían los dientes mientras apoyaba las manos en la piedra y respiraba el aire fresco.

Para entonces ya no le cabía la menor duda de que había espías observándolo, pero descendió con su criado Parviz a los establos, donde el sonido de la ciudad y la entusiasta bienvenida quedaban amortiguados. Una vez se hubo acomodado en su montura, se alegró de girar hacia la izquierda tras salir por las puertas de los establos y alejarse de Tisafernes en dirección a los cuarteles emplazados en la otra punta de la ciudad.

En aquel rincón de Sardes se respiraba un ambiente muy distinto. Los guardias que protegían la puerta retrocedieron para dejarle paso con las cabezas gachas y Ciro entró en un recinto casi en silencio. Solo se veía a unos pocos guerreros jóvenes, quienes detuvieron sus ejercicios en la plaza de armas para observarlo desmontar. Parviz percibió la sensación de amenaza en el aire, pero había prometido proteger a Ciro y, pese a su baja estatura, se los quedó mirando fijamente, con aire gallito, pese a que cualquiera de ellos podría haberle arrebatado la espada sin problemas.

Ciro mantuvo la cabeza erguida bajo su hostil escrutinio. Por más que lo desafiaran con sus posturas y miradas de odio, recordó lo que Clearco había dicho, que todos los jóvenes son unos insensatos. Si eran afortunados, quizá vivirían hasta la cuarentena o la cincuenta, y entonces desearían poder cambiar toda su sabiduría y experiencia por revivir solo un día de aquella gloriosa y temeraria juventud.

Al entrar en el interior en penumbra, Ciro hizo una pausa para permitir que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Las paredes se habían pintado de color lima para imprimir cierta luminosidad al cuartel. Estaba limpio y olía a paja y a algunos de los ungüentos de masaje que Ciro sabía que los griegos utilizaban para tratar los moratones y las heridas. Escuchó un gruñido en la habitación de enfrente y saludó con la cabeza a los dos espartanos que había sentados a una mesa de piedra. Cada uno de ellos tenía un pequeño cubilete en una mano y vio unos dados tirados sobre la superficie, así como pilas de monedas de cobre. Ninguno de los dos hizo ademán de ponerse en pie en su presencia. Se limitaron a observarlo. Ciro notó que se le cerraba el puño derecho. Algún impulso le hizo detenerse y encararse a ellos, inclinándose sobre la mesa.

—¿Acaso ya no rendís honores a vuestros oficiales? ¿Qué diría el general Clearco si viera tal

insolencia?

Los dos hombres intercambiaron una mirada rápida y se pusieron en pie, olvidándose de la partida. Ciro pasó rozándolos mientras empezaban a hacerle una reverencia profunda.

Se detuvo en el umbral de la estancia de enfrente, desde donde vio a una joven tirando de un hilo en la espalda del general, a resultas de lo cual la piel se le arrugó como un paño. Ya había suturado una docena de finas líneas negras que recorrían como gusanos su carne.

Clearco se volvió para verlo. El movimiento le hizo sisear entre dientes.

–Pensaba que los espartanos no sentíais dolor –comentó Ciro al internarse en la habitación.

Clearco gruñó y se rascó la barba incipiente de la mejilla.

–¿Quién ha dicho eso? ¿Acaso estamos hechos de piedra? ¡Por supuesto que sentimos dolor! ¡Pero no lo demostramos! Al menos, no delante de nuestros enemigos.

A Ciro le complació comprobar que no se lo consideraba como tal. Sonrió y Clearco rio entre dientes, aunque cerró los ojos al hacerlo, con aspecto cansado.

–Panica lleva toda la noche zurciéndome. Espero que tu amigo quedara satisfecho.

–Tisafernes no es mi amigo –replicó Ciro en tono grave–. Dudo que lo haya sido alguna vez. He venido a darte las gracias. Desconozco si simplemente quería hacerme daño o demostrarme su nuevo estatus. Antes no era más que el maestro de unos príncipes. Ahora se ha convertido en un asesor de confianza del Gran Rey. Y, en paralelo, yo soy un descastado a quien se le permite conservar la vida y el trabajo, pero nada más. Tisafernes quería hacerme entender que la balanza se inclina contra mí. Si te hubieras negado...

Ciro observó a la muchacha, que guardaba silencio, concentrada.

Clearco lo vio mirarla y negó con la cabeza.

–Panica es sorda, alteza. No te oye. Sin embargo, es muy habilidosa con la aguja y el hilo.

–Creo que aun así le cortaré el pescuezo –dijo Ciro, al tiempo que sacaba su cuchillo.

Al ver que la joven no reaccionaba, volvió a guardarlo. Clearco arqueó las cejas y el príncipe suspiró, se acercó a la puerta que había tras él y agarró una silla.

–Me has concedido unos días de margen, general. Sin embargo, si te soy sincero, no creo que dispongamos del año que me pedías. Tisafernes parte mañana y desconozco qué informes portará.

–Haz que se precipite por el balcón –propuso Clearco.

–Ya ha enviado informes con pájaros que trajo desde Persépolis. Desde tanta distancia, es imposible saber si llegarán a su destino, pero tampoco tengo modo de saber que no lo harán. En cualquier caso, no sabré cómo reaccionará mi hermano hasta que Tisafernes llegue junto a él. Por motivos personales, me encantaría ver a ese viejo insensato caer desde una gran altura, pero necesito al menos los tres meses que tardará en regresar a... –Se sorprendió incurriendo en una vieja costumbre. El corazón del imperio no se conocía en Occidente y le costaba nombrar la capital de su hermano delante de un extraño–. A Persépolis. Debería dar las gracias por que no sea un jovencuelo. Avanzará despacio por el Camino Real.

La mujer le dio una palmadita en el hombro a Clearco y le indicó con gestos que se tumbara boca abajo. Bajo la mirada de Ciro, vertió vino tinto sobre los puntos y limpió la sangre seca de su obra. Tomó un retal de tela cuadrado y lo presionó sobre las líneas negras, mientras le daba al general las palmaditas que se dan al perro favorito. Clearco le sonrió y Ciro se preguntó si serían amantes. Sabía que los espartanos eran abiertos en tales asuntos y reconocían media docena de tipos de amor. En ese sentido, se diferenciaban mucho de los persas, con todos los tabús que Ciro había mamado con la leche de su madre.

Ciro volvió a mirar al general espartano mientras este se ponía en pie y comprobaba el margen

de movimiento de sus brazos, tras lo cual hizo un gesto de asentimiento a Paniea y le entregó un darico de oro.

–Buen trabajo –la felicitó.

La muchacha pareció encantada y le hizo una reverencia profunda. Tanto Ciro como Clearco aprovecharon la oportunidad para mirarle los pechos, que quedaron a la vista con el movimiento.

Al quedarse a solas, Ciro se puso en pie.

–Tisafernes es mi enemigo –explicó–. Si no estaba del todo seguro, ahora sí lo estoy. Al margen de lo que crea que estoy haciendo aquí, incluso aunque no sospeche nada de mi plan, susurrará a oídos de mi hermano para que me reemplace, tal vez por él mismo o por uno de sus favoritos.

–Entonces la elección es muy fácil –replicó Clearco–. Puedes abandonar esta empresa y aceptar una vida más sencilla, en Atenas o en Creta, por ejemplo, o en algún lugar lejos de la influencia persa, o bien puedes convocar a los regimientos que tienes preparados y partir antes de lo previsto. Si estás en lo cierto acerca de Tisafernes y quieres que el plan llegue a su fin, deberás apretar a los hombres. Tu hermano comanda un ejército inmenso, Ciro. Y aunque creo que estamos en disposición de derrotarlo, preferiría que no supiera que vamos a por ellos. La sorpresa vale diez mil hombres.

Ciro guardó silencio un rato, pensativo. Al alzar los ojos de nuevo, su mirada era salvaje. A Clearco no le hizo falta preguntar a qué lado había preferido saltar.

–Mi padre no era el primogénito, ¿te lo he explicado alguna vez?

–Creo que lo has mencionado, sí. Tres veces, que yo recuerde.

–Ni siquiera era el segundo hijo. El segundo asesinó al primero y luego mi padre salió de entre la multitud con una espada de bronce en la mano clamando venganza. Eso es todo lo que pido, general. Justicia y venganza. Y el trono. No creo que sea demasiado.

–De acuerdo, alteza. Daré orden a todos los arqueros y halconeros distribuidos alrededor de Sardes para que derriben cualquier ave mensajera que Tisafernes haya dejado atrás para recibir los mensajes de sus espías. Ordenaré que se registre hasta la última habitación de la ciudad para encontrar sus jaulas. Y, entre tanto, haremos venir a los ejércitos que hemos congregado en tu nombre, tanto griegos como persas, procedentes de todas las ciudades de Grecia, Lidia y Egipto. Se embarcarán en las naves para reunirse contigo.

Entonces el general hizo una pausa y una sombra veló su rostro.

–¿Qué sucede? –le preguntó Ciro.

Clearco sacudió la cabeza.

–Te creo cuando afirmas que estos hombres confían en ti, que te conocen de antiguo. He visto suficiente para estar seguro de que estás en lo cierto. Entregarán sus vidas por ti porque así se lo pides, pero también por quién eres. Comandas las tropas, en parte, porque eres un príncipe persa, un vástago fiel de tu estirpe. –Hizo una pausa para respirar hondo–. Cuando solicites a esos hombres que se alcen contra el propio trono, algunos de ellos se amotinarán. No lo dudes. Puedo trabajar para afrontar ese momento. Puedo infiltrar en los regimientos a oficiales de mi confianza que te hayan prestado juramento personalmente. Incluso puedo difundir la historia de cómo tu padre le arrebató el trono a su hermano mayor. Pero llegará un día en que entenderán que no hay tales pisidas ni tribus montañosas, al menos ninguna que nos importe, y que el enemigo es el trono persa y el mismísimo rey Artajerjes, comandante de una gran hueste formada por sus compatriotas. Podríamos perderlo todo antes de lanzarse la primera flecha y desenfundarse la primera espada. Esas son las apuestas, alteza. Quizá deberías meditar mejor la idea de retirarte a una buena

hacienda para criar caballos e hijos. Dicho así, no suena tan terrible. Muchos hombres aceptarían una senda hacia la paz con los ojos cerrados.

Ciro sonrió con cierta tristeza. El ambiente en aquella estancia de paredes blancas, que al principio parecía agradable con la puerta cerrada, se había vuelto sofocante.

—Yo no soy un hombre cualquiera, general. Soy un príncipe de la estirpe de los aqueménidas. Y lo que es más importante, considero que mi erudito y traidor hermano es inadecuado para ocupar el trono. Le he sido leal toda mi vida. Pero ya no. Lo destronaré. Soy el rey legítimo. Esa es mi decisión.

—Que así sea, alteza —dijo Clearco—. Entonces reuniré a tus ejércitos.

Tisafernes se acomodó en una silla del despacho privado del prestamista más rico de Sardes. Dos enormes soldados imperiales lo flanqueaban mientras se arreglaba la túnica a la altura de la rodilla, hasta formar un pliegue perfecto.

El hombre que tenía delante era un primo lejano de la Casa Real, emparentado con ella mediante matrimonio. Tisafernes no conocía a Yamshid en persona, pero creía saber de qué pie calzaba. El hombre había utilizado su relación con el trono para edificar un imperio comercial que se extendía desde la India hasta Egipto. Yamshid, que contaba con la confianza de la corona, había amasado una inmensa fortuna gracias, principalmente, a las comisiones por contratos gubernamentales. Fuera barcos, cereal o incluso monedas de oro, parte del contrato siempre acababa en sus manos. Recién entrado en la sesentena, Yamshid rara vez realizaba negocios en persona. Solía delegarlos en uno de sus seis hijos y sobrinos, pero le había llegado la noticia de la visita de Tisafernes a la oficina y se había apresurado a atravesar la ciudad para complacer a un hombre que hablaba por boca del rey.

El sello real descansaba en la mesa entre ellos y era tal su atractivo para el ojo y la luz que parecía resplandecer. El símbolo era una combinación de un noble a caballo y el águila de la Casa Real. Por si quedaba alguna duda, la presencia de soldados Inmortales de Persépolis era prueba irrefutable del favor real. A Yamshid le costaba disimular su emoción ante la idea de qué trato podía requerir su presencia personal. Tuvo que aguardar hasta que sus criados trajeron vino para Tisafernes y una taza de vidrio humeante para él cuya fragancia impregnó la oficina.

Tisafernes aceptó un cáliz lleno de vino tinto, que entregó a uno de sus acompañantes para que lo sorbiera. El mercader fingió no darse cuenta, si bien notó una punzada ante tal afrenta. Sabía bien que aquel era el hombre que había ordenado azotar a un general espartano. La noticia se había propagado como la pólvora por la ciudad. Al parecer, el persa era un mal bicho.

Para disimular su incomodidad, Yamshid señaló hacia su humeante taza.

—Hierbas para la digestión, que me está jugando malas pasadas últimamente. He recibido un fardo de hojas medicinales de la provincia china de Yunnan, junto con cuarenta rollos de seda apropiada para el mismísimo emperador.

—¡Qué gesto tan generoso por tu parte, Yamshid! —dijo Tisafernes sin complicaciones, y sonrió al comprobar que el mercader era incapaz de ocultar su consternación ante su error—. Su majestad, el rey Artajerjes, estará encantado de recibir tal obsequio.

—Por supuesto —respondió Yamshid.

Un mal bicho, sin duda alguna, y con un buen agujijón... El mercader sorbió de su taza y sopló al descubrir que aún estaba muy caliente. Observó a Tisafernes apurar el vino y pedir que le rellenaran el cáliz de la misma jarra. Ambos se recostaron en sus asientos y sonrieron, observándose con detenimiento.



–En los mercados se rumorea que regresas a Oriente mañana –comentó Yamshid.

Tisafernes inclinó la cabeza.

–Los mercados son sabios... Rara vez se equivocan.

–Esperaba que honraras mi establecimiento con tu visita antes de hoy, señor Tisafernes. Permíteme decir que ha sido una delicia tratar con los comisionados del rey Artajerjes. Las cuentas son correctas hasta la última moneda, y las deudas e intereses se saldan con exacta perfección. El mundo vuelve a la normalidad tras la tragedia del deceso de su amado padre, que reine en los cielos por mil años.

–Esas deudas... –dijo Tisafernes frotándose el pliegue de grasa bajo la barbilla con un dedo–. Imagino que habrás entregado oro y plata al príncipe Ciro en los últimos meses, ¿no es así? Cuesta encontrar un comercio o un prestamista que no lo haya hecho.

Tisafernes observó cómo el rostro del mercader empalidecía con su taimada confianza. A un hombre como aquel le bastaba una insinuación para huir corriendo a las montañas con todos sus esclavos y sacas de dinero.

–Señor, si tienes noticias que yo deba saber, te ruego que hables sin tapujos, por favor –lo invitó Yamshid atropelladamente–. He entregado a su alteza, el príncipe Ciro, más de noventa mil daricos de mi... de mi fortuna personal. De haberse tratado de cualquier otra persona, habría sido impensable, pero el príncipe es el comandante en jefe del ejército persa. Su crédito nunca ha tenido límite. Todos sus documentos se han validado en el pasado, ¡todos sin excepción! Dime, ¿has escuchado algo? Obtendrás la gratitud de mi casa y de todos los prestamistas de Sardes.

Tisafernes se repantingó en su silla y dio un sorbo al vino.

–La Casa Aqueménida saldará sus deudas históricas, por supuesto –respondió–. Sin embargo, las estaciones cambian y tocan a su fin. Las carreras de los hombres, quizá incluso también de los príncipes, suben y bajan. Es algo natural, tal como los días se alargan y los jóvenes envejecen. –Apreció la expresión confusa en el rostro de Yamshid y suspiró de forma elaborada–. Si he de ser franco, hay quien opina que el príncipe Ciro confía en exceso en los mercenarios griegos, a expensas de sus propios soldados persas. El monarca no pagará esas riquezas directamente a los cofres de las ciudades griegas. ¿Acaso son nuestros esclavos o estados satélite? No. Entonces, ¿por qué deberíamos llenar sus bocas de oro? Mi consejo para ti, Yamshid, y para tus hermanos mercaderes es que no vayáis por encima de vuestras posibilidades. Ya está. He hablado demasiado.

El mercader lo miró y pestañeó. Lentamente, Yamshid se puso en pie y se inclinó sobre la mesa, apoyando la frente en la madera pulida. Tisafernes vio que le temblaba el cuerpo.

–Te doy las gracias, señor. Esta casa te considera un amigo por habernos prevenido. Un millón de gracias.

–Has sido un leal partidario de la corona, Yamshid –respondió Tisafernes, al tiempo que barría el sello real de la mesa–. En pago por tus servicios, y por tu silencio, puedes crear un duplicado de este sello en yeso y colocarlo sobre tu puerta. Todos los hombres sabrán así que el rey Artajerjes es tu patrón y que cuentas con la bendición de la Casa Real.

Tisafernes dejó al hombre y a su personal postrados, llorando y golpeando el suelo encantados. Visitó a otro prestamista de la ciudad, uno a quien se decía que Yamshid no advertiría, porque se odiaban. Hasta el último usurero y comerciante conocería la noticia antes de que se pusiera el sol. Lo único que Tisafernes lamentaba era no estar allí para ver las primeras solicitudes de pago rechazadas y los primeros carros de comida negándose a salir de sus patios. A los mercenarios había que pagarles. El príncipe Ciro no tardaría mucho tiempo en tener que despedir a sus griegos.

Tisafernes rio para sus adentros mientras montaba con la ayuda de un criado, que gruñó a sus pies al cargar con todo el peso de una cadera. Su solución al problema del príncipe Ciro había sido un golpe maestro. Una señal de reprobación sin declarar un conflicto. Cuando Ciro averiguase que no podía acceder al oro del tesoro persa tendría que regresar a la corte de su hermano para conocer su nueva situación. Ya no habría más espectáculos arrogantes ni comentarios desdeñosos del hijo menor. Tisafernes sonrió sentado en su montura mientras observaba a los guardias imperiales formar a su alrededor. Los repasó con mucha atención. Representaban al trono, al igual que él.

—Llévame a casa —les ordenó, sacudiendo la cabeza complacido mientras se imaginaba narrando las aventuras de su viaje al rey.

Había más de un modo de hacer obedecer a un perro.

La noche después de la partida de Tisafernes, al entrar en el salón de banquetes de jade del palacio, Ciro encontró a un abatido grupo esperándolo. Conocía bien a Próxeno y al general Soféneto de Estinfalia. Clearco también estaba presente, junto con el criado personal de Ciro, Parviz, que tenía agarrado un envoltorio de piel contra el pecho y se mecía adelante y atrás en su silla. Menón de Tesalia era uno de los hombres a quienes Ciro había reclutado en los meses previos, un hombre que no parecía necesitar formular demasiadas preguntas. Aun así, había aportado mil hoplitas griegos y ochenta lanceros peltastas. Sin más armadura que un pequeño escudo, los lanzadores de jabalina eran jóvenes, musculosos y rápidos como el rayo. Ciro estaba encantado con ellos, sabedor de que una buena unidad de peltastas podía desbaratar un ataque armado.

Hasta donde Ciro sabía, ni Menón ni Sosias de Siracusa, que estaba sentado a su lado, conocían su verdadero propósito. Se habían congregado y habían entrenado a sus hombres a cambio de plata y oro. Ciro estaba convencido de tener a los generales y oficiales más experimentados de Grecia bajo su mando aquel año.

Posó la mirada en los dos persas que había sentados a la mesa, ambos visiblemente incómodos por la conversación que sin duda habían mantenido en griego antes de la aparición del príncipe. Orontas era el general de más alto rango de la facción persa que Ciro había puesto en forma durante los meses previos. Pese a ser más oscuro que el resto y el de constitución más esbelta, si lo importante hubieran sido los números, Orontas debería ser el general con más autoridad, pues comandaba a muchos más hombres que los griegos. Sin embargo, la realidad era algo distinta, según pudo apreciar Ciro. Orontas estaba sentado apartado del resto, de tal manera que era el espartano, Clearco, quien presidía sutilmente la mesa.

El otro persa, Arieo, era una figura llamativa. Ciro lo conocía por su reputación en el manejo del caballo, que le precedía. El segundo al mando de las fuerzas persas era un general de pleno derecho. Ciro habría preferido tratar con Arieo en lugar de con el adusto Orontas. Arieo, con el cabello por los hombros, era físicamente equiparable a cualquiera de los espartanos, con anchas espaldas e imponentes piernas. Se decía que disfrutaba de la compañía de muchachos jóvenes y que escribía poemas a su belleza por las noches. Los griegos lo preferían a Orontas, de eso no cabía ninguna duda. No obstante, con sus treinta años, no solo era más joven, sino que procedía de una familia un peldaño inferior a la de Orontas. Independientemente de las preferencias del príncipe, Orontas era el oficial persa de mayor rango.

Todos se pusieron en pie al entrar Ciro. Los griegos le hicieron una reverencia. Y Arieo los imitó, como si no hubiera nada extraño en ello. Orontas divisó el movimiento de su colega por el

raballo del ojo mientras apoyaba una mano en la mesa en preparación para postrarse en el suelo. Ciro observó resignado cómo Orontas dudaba y acababa por hacerle una reverencia algo más profunda que el resto antes de ponerse firme de nuevo en cuanto les hizo el gesto de que se sentaran. Los modales griegos se contagiaban como una enfermedad entre las filas persas. Sin embargo, Ciro pensó que, si el valor también era contagioso, el canje merecía la pena.

Llegó la comida, una serie de platos humeantes portados por una fila de criados que aparecieron en los extremos de la estancia. Todos estaban hambrientos, pero Ciro comprobó que se intercambiaban miradas mientras cada uno de ellos sopesaba la mejor manera de notificarle algo que le desagradaría oír. Su criado Parviz parecía a punto de romper a llorar.

—¡Ya basta de silencio y de miradas veladas! —ordenó Ciro—. ¿Qué sucede? ¡Que alguien me lo explique!

—Al parecer, Tisafernes te dejó un obsequio de despedida, alteza —aclaró Clearco—. Tu línea de crédito se ha cancelado. En este momento no podemos solicitar ni un mísero dracma de plata en Sardes. Y no es necesario que te recuerde que tienes a doce mil mercenarios a quienes hay que pagar el primer día de cada mes, o sea dentro de ocho días.

—Tampoco disponemos de avituallamiento suficiente para el resto —añadió Parviz, sosteniendo en alto su paquete de cuero como si Ciro alcanzara a ver las columnas de cifras desde el lado opuesto de la mesa—. Tenemos fondos para continuar como estamos durante, a lo sumo, otra semana, pero sin pago los contratos con los mercenarios quedan invalidados y sin comida los hombres se mueren de hambre. El general Orontas ha presentado la cuenta del grano y la carne necesarios para alimentar a ochenta mil hombres activos en formación. Es... inviable. Alteza, no podemos pagar las facturas. Se ha difundido el rumor y ningún ganadero ni frutero de Sardes está dispuesto a ampliar nuestro crédito un solo día más.

Ciro había agarrado un cuchillo con el que iba pinchando los bocados que aparecían en su plato. Lo arrojó sobre la mesa y se puso en pie.

—Tisafernes se ha marchado esta mañana. Quizá los prestamistas de Sardes hayan echado el cierre, pero ¿tan rápido viajan las noticias? ¿No podemos adelantarnos? Hay oro en Bizancio, a cuatro días a caballo al norte. Mi nombre y mi sello seguirán aceptándose allí. ¿Cuánto necesitamos?

Los hombres sentados a la mesa lo miraron boquiabiertos. Su propio oficial, Orontas, fue el primero en hablar.

—Alteza, si contraes nuevas deudas en nombre de la corona, no se saldarán. No solo arruinarás a los prestamistas de Bizancio, sino que dañarás la reputación de la Casa Real. ¡Por favor! Tiene que haber otra manera.

Ciro entornó los ojos mientras escuchaba. Sacudió la cabeza y se recordó que Orontas desconocía su verdadera meta y no entendía las amenazas que afrontaba. Aun así, costaba ser cortés con aquel hombre.

—General Orontas, Tisafernes se ha excedido en la confianza que mi hermano, el rey Artajerjes, ha depositado en él. Al margen de mis aciertos o desaciertos, debo disponer de oro para pagar a los soldados. El mayor deshonor sería liberar a un ejército de mercenarios que portaran la noticia de que Persia no paga sus deudas. No. Necesito... —hizo una pausa para pensar— otros noventa mil daricos para lo que tengo en mente. El doble, si puedo conseguirlo. Esa cantidad me daría aire para respirar y el tiempo necesario para apelar a mi hermano y solucionar este asunto. ¿Lo entiendes?

El persa se repensó su decisión previa de hacerle una reverencia y se apartó de la mesa para

arrojarse a los pies de Ciro. Su colega, Arieo, lo observó con un destello de diversión.

–No lo había visto así, señor. Lo lamento. Te entiendo y estoy a tu servicio.

–Y yo doy gracias por ello –replicó Ciro con ironía, consciente de que los griegos los observaban–. ¿Clearco? Necesitaré una guardia oficial. No puedo entrar en casa de un mercader de Bizancio solo. Con tu espalda en ese estado no puedo pedirte...

–Sanará mientras cabalgo, alteza –dijo Clearco sin titubeos–. No me lo perdería por nada del mundo.

–Bien. Reúne a una docena de tus hombres. ¿Parviz? Tú también. Corre a los establos del palacio y ordena que apresten los caballos. Si hay un mensaje en el camino que tenemos por delante, debemos darle alcance... o lo perderemos todo.

–¿Alteza? ¿Puedo acompañarte? –preguntó Orontas con la voz apagada.

Ciro miró al suelo y negó con la cabeza.

–No. Me llevaré al general Arieo. Prepara a tus hombres para marchar en cuanto yo regrese.

Arieo sonrió al escuchar tal decisión. Lanzó una mirada compasiva a Orontas que a Ciro no se le escapó. La dejó pasar, por más que en aquel momento recelaba de sus propios oficiales. Algunos de ellos estaban más preocupados por sus pequeñas rivalidades que por el servicio que le prestaban a él.

Cuatro días de cabalgata sin descanso les habían pasado factura a todos, pero sobre todo a Clearco. Pese a la legendaria resistencia de los espartanos, los puntos le habían empezado a supurar tras montar unos pocos kilómetros a lomos de un animal que le desagradaba y que apenas sabía controlar. La jornada concluía cuando Ciro ordenaba que hombres y caballos reposaran en una taberna del camino, donde esperaban a que Clearco les diera alcance en la madrugada. Por orgullo y responsabilidad personal, Ciro no abandonaba la fonda hasta que Clearco había llegado. Cada día parecía tardar más, el espartano estaba más pálido y la sangre teñía su espalda a través de los vendajes, si bien no emitía queja alguna, ni siquiera por las mañanas, cuando el dolor era más acusado.

La reducida comitiva no había tenido problemas ni con salteadores de caminos ni con los guardias de la ciudad de Bizancio. Ciro, cada vez más irritado por las horas perdidas, se habría dirigido derecho al prestamista más rico de la polis. Le había sorprendido que un tembloroso Parviz alargara la mano y tomara las riendas de su amo en el interior de las murallas, obligando al animal a detenerse. Ante la mirada perpleja del príncipe, Parviz soltó las riendas e hizo tal reverencia sobre la silla que podría haberse caído de cabeza al camino. Aun así, dijo lo que tenía que decir:

—Alteza, estás cubierto de polvo y sudor. Perdóname, pero... llevas la desesperación escrita en el rostro, a la vista de cualquiera. Discúlpame por mi brusquedad, pero has conseguido llegar hasta aquí y no permitiré que lo eches todo a perder ahora con un comportamiento imprudente. Por favor, señor. Tu padre posee... poseía una buena heredad en esta ciudad. Puedes bañarte y vestirte con ropas más acordes a tus títulos y linaje.

—¿Y si me adelantan las noticias procedentes de Sardes mientras me baño? —murmuró Ciro—. Entonces el viaje habrá sido en vano.

Su criado personal se limitó a inclinar la cabeza mientras Ciro recogía las riendas y repasaba con el pulgar las costuras ornamentales.

—Discúlpame, Parviz. Tienes razón, por supuesto. Aun así, que sea rápido.

Apenas dos horas después, el príncipe descabalgó con ligereza frente al hogar del mercader Shaster, vestido con un elegante abrigo de ricos retales y una túnica de seda, sin rastro del polvo del camino en la piel. Mientras se acicalaba para estar presentable, Ciro había enviado a Parviz a anunciar su presencia, para encontrar las puertas abiertas ante él. Interiormente, el príncipe se alegró de haberse tomado tiempo para cambiarse. Caminaba con la espalda erguida y una vaina con joyas engastadas en la cadera por la que habrían dado cinco mil daricos. La tarjeta de presentación era importante.

No conocía en persona a Shaster, pero Ciro había escuchado su nombre una docena de veces a lo largo de los años. De todos los comerciantes y prestamistas de Bizancio, Shaster era el más capaz de sobrevivir a la pérdida que sufriría... cuando la corona no pagara el préstamo. Se decía que era tan rico como Cresos, el viejo rey de Lidia.

Ciro sonrió de oreja a oreja y abrió los brazos al ver al señor de la casa y dio un paso al frente

para interrumpir el intento del hombre de postrarse antes de que hubiera hincado la segunda rodilla en las baldosas.

–Por favor, maese Shaster, soy un invitado. Vengo por un asunto urgente del trono. Y doy las gracias por haberte encontrado en la ciudad a mi paso. Bizancio es la perla de Occidente. No me habría gustado tener que ocuparme de mis negocios en Sardes.

Ciro lo observó con atención al dejar caer el nombre de la ciudad. Él y el general Clearco habían acordado pronunciar aquella frase para comprobar la reacción del hombre. Pero el mercader se limitó a besarle la mano, presionando los labios contra los nudillos del príncipe. Ciro dudó que se hubiera recortado la barba alguna vez en su vida. Le cubría el rostro por entero, salvo la nariz, la frente y los ojos. La llevaba adornada a todo lo largo con dijes y piedras preciosas que tintineaban con cada movimiento.

–Es un honor, alteza. Hace muchos muchos años que aguardo el momento de conocerte. Mi esposa estará encantada cuando le diga que has venido a verme, a vernos, anteponiéndonos a todos los demás.

Ciro sintió una punzada de culpa al recordar las palabras de Orontas. Costaba mirar a un hombre a los ojos y arruinarlo, pero se forzó a sonreír aún más. Perseguía una causa justa. Cuando fuera rey, subsanaría la situación. Ciro se aferró a esa idea para lidiar con la vocecilla de remordimiento que gruñía en su corazón.

–Lamento no poderme quedar para conocer a tu familia, pero he tenido noticia de una gran rebelión en Tracia. Tengo a doce mil mercenarios a mis órdenes, los mejores de Grecia. Y a esos hombres hay que pagarles. Mi hermano, el rey Artajerjes, saldará sus deudas, por descontado. Sellaré la petición con mi anillo. ¿Tienes noventa mil daricos aquí? He traído a hombres para cargar con los arcones.

Para su alarma, el mercader Shaster se enroscó un rizo de la barba entre las manos, visiblemente afligido. Se habría desmayado si Ciro no hubiera alargado la mano para sujetarlo.

–¡Alteza, lo lamento, pero es una suma elevadísima! Tengo treinta mil en oro en mis arcas personales. Si me concedes dos días más, haré que te lleven el resto a tu alojamiento, o incluso que lo escolten hasta tus tropas mientras marchan. Señor, lo lamento. Si me hubieras avisado con un poco de antelación, podría haberlo tenido preparado.

Ciro se esforzó por no reflejar su frustración. Le dio unas palmaditas en la espalda al hombre.

–No importa. Treinta mil servirán. Tráeme cera y un estilo. Marcaré tu libro mayor para que quede constancia.

–Sí, alteza, por supuesto. Lo lamento mucho...

–No puedo demorarme aquí –le recordó Ciro.

El mercader abandonó la estancia como si le hubieran prendido fuego, ajeno a que acababa de salvarse de la bancarrota.

Para cargar las treinta mil monedas se precisaron dos carros, que abandonaron la ciudad mientras la luna se alzaba, rodeados por espartanos a caballo. Otros cuatro quedaron abandonados en el camino, por innecesarios. El reducido grupo se contagió del humor de Ciro, que ardía de ira. Desconocía si se debía a que se había visto obligado a mentir o a incurrir en una deuda incobrable, o tal vez al hecho de que haciéndolo solo había obtenido un tercio de lo necesario.

La mañana siguiente, cuando despuntaba el sol, un jinete se acercó al trote por el camino procedente de Sardes. Aunque en aquella parte del imperio reinaba la paz, el hombre se mostró receloso al ver a una comitiva tan bien armada. Los divisó desde bastante lejos y puso tierra de

por medio. Por su parte, Clearco y los espartanos distinguieron el morral de cuero del hombre y se preguntaron cuál sería su contenido.

–¿Quieres que lo apresemos? –preguntó Clearco al príncipe.

–No. Dejadlo ir –respondió Ciro volviendo la vista atrás–. Lleve lo que lleve, ya no importa. Mi rumbo está fijado.

En el transcurso de los días siguientes, los ejércitos empezaron a reunirse en Sardes, persas y griegos por igual. Las llanuras que rodeaban la ciudad quedaron marcadas por zanjas para letrinas, tiendas de campaña y hogueras por miles. Los campos de trigo verde y cebada quedaron arrasados y las cosechas del año, arruinadas. Los hoplitas griegos arribaron a la costa en enormes naves de remos, mientras que la infantería persa recién reclutada lo hizo desde sus destacamentos en el desierto. Sus comandantes saludaron a Ciro con admiración y deleite. Su goce al contemplar con sus propios ojos al comandante y primer soldado del imperio no solía durar demasiado, pues enseguida se sumaban a la hueste congregada. Ciro había mantenido su círculo cercano lo más reducido posible, pero, tal como Clearco le había advertido, era imposible ocultar el objetivo de aquel mar de filas armadas. Cualquiera con ojos en la cara entendería que ninguna tribu montañesa del mundo era digna de semejante ejército. Contingentes menos numerosos que el que se extendía alrededor de Sardes conquistaban o perdían naciones enteras.

Ciro dormía unas pocas horas cada noche, cuando la extenuación lo hacía desplomarse sobre un catre con jergón, del que volvía a levantarse cuando Parviz le tocaba el hombro. Por las noches, el príncipe entretenía a sus oficiales persas en grupos de una docena, convocándolos para tantear el terreno. Clearco, Próxeno y Soféneto de Estinfalia siempre estaban presentes y observaban a sus colegas persas con una atención desconcertante. Había preguntas ineludibles y Ciro se volvía más impaciente conforme se las iban formulando. No, no invadirían las ciudades griegas libres. No, no nombraría al enemigo a quien debían enfrentarse hasta que llegara el momento oportuno.

Clearco se había curado de sus heridas, aplicándose grasa de ganso y pan húmedo a una parte del hombro que se le había infectado hasta que dejó de supurarle veneno. Se ofreció a mostrarles las cicatrices a algunos de los persas, pero estos se negaron, incómodos por la franqueza de los extraños generales griegos. Era Clearco el último en irse cada noche, cuando todos los demás invitados se habían excusado ya. Si eran de los que no se marchan hasta que sus anfitriones se han retirado a dormir, Ciro se reunía de nuevo con sus pocos hombres de confianza en una segunda estancia en cuanto el palacio quedaba en silencio y los criados dormían.

–¿Está con nosotros o no? –preguntaba Ciro cada noche.

Si los griegos se sentían halagados por que su opinión se tuviera tan en cuenta, no lo demostraban. Se limitaban a mirarse entre sí con aire sombrío antes de contestar.

–Tu invitado de esta noche no te ha mirado a los ojos ni una sola vez –comentó Clearco–. Y también me ha apartado la mirada a mí cuando he intentado darle conversación. Supongo que no lo nombraste tú, ¿me equivoco?

–Estás en lo cierto –respondió Ciro–. Lo designaron antes de mi tiempo. Fue mi padre quien lo colocó en su puesto. Por desgracia, es un oficial competente y lo necesito. ¿Y tú, Próxeno? ¿Qué opinas?

–No me ha gustado, y confío en mi instinto. No le permitiría ir más allá de donde alcance mi escupitajo. –El griego huesudo acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros que pareció el movimiento de unas montañas–. No se parece al hombrecillo alegre de anoche. Eres un héroe para mucha de tu gente, alteza, pero no para todos. Creo que al polemarca de esta noche, a

ese tal Arras, Araz o como se llame, habría que dejarlo atrás o enviarlo a alguna misión. No creo que te sea leal.

–No puedo desprenderme de todos los hombres que se nos antojen taciturnos o desleales –replicó Ciro, tenso–. Si quiero triunfar, necesito saber que puedo depender de ellos, de su experiencia y conocimientos. –Sacudió la cabeza como movido por una punzada de irritación–. No venceré si no confío en mis oficiales, pero hasta el último de ellos vendrá solo porque hablo por boca del rey. Decidme entonces, ¿cómo puedo arrastrarlos a la batalla contra mi hermano? ¿Es factible?

El príncipe miró a su alrededor, a los hombres congregados en su nombre. La verdad era que confiaba en los griegos a quienes pagaba mensualmente mucho más que en los persas que habían acudido a su llamada como soldados profesionales del imperio. Los griegos anhelaban la victoria, y eso era importante. Es más, parecían sentir una animosidad personal hacia Tisafernes y todo lo que representaba. Desde que el persa había hecho azotar a uno de los suyos, por bien que hubiera encajado Clearco la humillación, parecían actuar con un entusiasmo que traspasaba lo profesional.

Soféneto de Estinfalia carraspeó. En aquella última etapa, Ciro había aceptado que los griegos conocieran el plan. Por más que al príncipe le doliera ocultárselo a su gente, al menos podía debatir los problemas con sus mercenarios de más confianza sin andarse con juegos o mentirles. Miró a Soféneto, recordando su paseo juntos por los jardines de Sardes, donde habían discutido sobre la terrible amenaza que suponían los pisidas. El hombre había sabido desde el principio que eran cuentos chinos, lo que al menos revelaba su buen juicio.

–Alteza, hace un tiempo que reflexiono sobre este asunto. Y se me ha ocurrido que no tienes derecho a ocupar ese trono en lugar de tu hermano.

–Ten cuidado con lo que dices, Soféneto –murmuró Clearco sin alzar la vista.

–Lo que quiero decir es que tus regimientos persas no querrán alzarse contra el verdadero rey, y no lo harían por nadie, salvo por ti. Al fin y al cabo, eres heredero al trono. Si atraemos al rey Artajerjes a la batalla y cae, si, por ejemplo, su caballo tropieza y se parte el cuello, ¿estoy en lo correcto si afirmo que serás coronado rey en el mismo instante en el que él fallezca?

–Así es –respondió Ciro.

Soféneto asintió.

–Entonces quizá tienes el derecho a desafiarlo. En lugar de llevar a un ejército a invadir y destruir, estás tomando una represalia personal contra tu hermano por el daño que te ha ocasionado. El único objetivo de tu ejército es forzarlo a aceptar ese desafío y protegerte mientras impartes la justicia que se te ha denegado antes. Según tengo entendido, asesinaron a tu guardia personal, te encarcelaron y planeaban ejecutarte. Eres el hijo agraviado, alteza. Si tus persas se resisten, si hacen amago de amotinarse, así se lo explicaré.

Se produjo un largo silencio en la estancia cuando el de Estinfalia calló. Clearco había levantado tanto las cejas que amenazaban con desaparecer en el nacimiento de su pelo.

–Eres un viejo zorro, Soféneto –dijo Próximo–. Así es exactamente como debe plantearse. Tus comandantes lo entenderán como un asunto personal, alteza, un asunto de honor familiar y recompensa. Podría funcionar.

–Algunos se mostrarán reacios, alteza, estoy convencido de ello –prosiguió Soféneto–, pero podemos manejar la situación llegado el caso. Quizá podríamos eliminar a los más llorones y quejicas antes de reuniros en el campo de batalla. –El enjuto griego sonrió al imaginarlo y se rio entre dientes cuando Clearco le dio un golpe en la espalda.

–Muy bien –dijo Ciro–. No tengo intención de esperar a los pocos que aún no han llegado. Ya



hemos perdido varias semanas reuniendo a los ejércitos aquí. Tisafernes aún estará en camino, pero nos saca ventaja. Debemos partir sin demora, si queremos tener alguna oportunidad. –Miró a su alrededor y vio que los generales intercambiaban miradas–. ¿Algo más?

–Está el asunto de pagar a los hombres, alteza –explicó Clearco–. Ya no queda nada de los treinta mil daricos que conseguimos en Bizancio. Se han invertido en comprar carros y vituallas suficientes para alimentar al ejército durante un mes en el camino, o seis semanas con raciones de dos tercios. No... será suficiente.

Para sorpresa de los presentes, Ciro sacudió la mano, dando muestra de una seguridad y una despreocupación que no veían desde hacía casi un año.

–He reflexionado un poco sobre ese asunto, señores, y he enviado mensajes a uno o dos de mis aliados más antiguos y adinerados. Para cuando estemos caminando sobre polvo de trigo y agua de manantial, creo que tendremos todo lo que necesitamos. No puedo afirmar que no pasaremos penurias, pero ¿qué campaña puede prometerlo? Solo hay una certeza. Os prometo que, si me hacéis rey sobre el cadáver de mi hermano, nunca volveréis a pasar necesidades. ¿Os basta eso? Lo juro por mi honor y os estrecharé la mano a todos y cada uno de vosotros para sellar mi juramento si así lo deseáis.

Uno por uno, los griegos se le acercaron y le estrecharon la mano, apretándosela con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, como si pretendieran poner a prueba su determinación. Los ojos del príncipe no reflejaban duda alguna, aunque, habida cuenta de aquello a lo que se enfrentaban, Clearco no estaba seguro de si era una buena o una mala señal.

El verano estaba ya muy avanzado cuando la gran columna formó para emprender la marcha hacia Sardes. El contingente griego se habría perdido en medio de la hueste de infantería persa de no haber insistido Clearco en que sus espartanos se situaran en la vanguardia. El general alegó que avanzarían más rápido si sus hombres marcaban el ritmo, pero los otros griegos se quejaron de que volviera a situarse por encima de ellos.

Las tropas persas ascendieron a poco más de cien mil infantes cuando se incorporaron los últimos. Andaban cortos de arqueros y honderos, con solo unos pocos miles de los primeros. También escaseaba la caballería, aunque Ciro había visto que el ateniense, Jenofonte, cuidaba de los animales de los que disponían y los mantenía en buen estado. El joven griego se había encontrado en el papel de maestro de caballería y parecía satisfecho cuando Ciro pasó a galope sostenido junto a él. En general, no era el ejército que Ciro había pretendido alzar contra su hermano y los inmensos recursos del Imperio persa. No podía escapar a la sensación de que habían procedido con demasiado apremio. Congregar a una hueste con la mínima posibilidad de derrotar al rey persa había sido una empresa casi imposible desde el principio. Los hombres no se habían entrenado tan bien como a él le habría gustado, aunque Clearco prometía continuar su trabajo durante la expedición, y su forma física sin duda mejoraría día tras día. Ciento doce mil soldados avanzarían hacia el sudeste y se internarían en los desiertos, lejos del Camino Real y de los ojos avizores. Ciro se sintió absoluta y rotundamente orgulloso de todos ellos.

Los primeros exploradores y escaramuzadores peltastas se adelantaban un día al contingente principal, y destacamentos de una docena de soldados se alejaban al trote cada seis horas después de ellos. Para la columna principal devino un juego dar alcance a aquellos hombres escasamente armados. Los oficiales sabían que jugar insuflaba ánimos durante las largas caminatas a través de tierras monótonas y no lo prohibieron. La perspectiva de divisar a un grupo de exploradores los

mantenía más alerta y alimentaba un dinámico juego de apuestas entre los regimientos y, por descontado, también entre los propios exploradores.

Ciro no les había comunicado su destino al realizar la inspección final, pero había hecho circular que no se entretendrían. Y aunque acortarían distancias tomando una ruta a través de tierras más inhóspitas que aquellas por las que viajaba Tisafernes, su destino era el lugar donde pudiera obligar a Artajerjes a salir al campo de batalla. La idea de recorrer tales distancias era desalentadora, sobre todo porque tenían que llevar con ellos toda la impedimenta.

Ciro se sorprendió apretando las mandíbulas irritado por el impresionante número de seguidores del campamento. Había convertido Sardes en su base durante cerca de ocho meses, en los cuales había pagado a sus mercenarios en oro, mientras que los persas recibían sus estipendios en plata de manos de los intendentes de los regimientos. Durante todo aquel tiempo, la ciudad de Sardes había acogido a miles de soldados con dinero para gastar. El negocio había florecido, tanto para los herreros como para los teatros, los curtidores, los fabricantes de armas de alta calidad y los armeros, como, por supuesto, para los compañeros de cama, tanto hombres como mujeres, que habían aparecido en gran número y se ganaban la vida a costa de hombres de camino a la guerra que se sentían solos. Algunos de aquellos parásitos habían estrechado lazos con individuos de Grecia o Persia. Otros preferían acuerdos más temporales o se conformaban con lo que les dieran. El resultado eran otras cerca de doce mil personas que no participarían en las batallas que les aguardaban pero a las cuales había que alimentar, vestir y proteger en el camino.

El príncipe se frotó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice y maldijo el nombre de Tisafernes en un susurro. No tenía previsto ponerse en movimiento aquel verano, cuando el calor podía matar a hombres activos. Y lo que era aún peor, despojarlo de su capacidad para afrontar pagos había sido un duro golpe, por más que Ciro estuviera convencido de que no respondía tanto a las dudas que Tisafernes albergara acerca de su lealtad como a su mezquino afán de venganza. Ciro nunca había tenido que enfrentarse a las dificultades de organizar una campaña sin la riqueza ilimitada del tesoro real para respaldarlo. Era como buscar un océano y descubrir que se había secado, como si hubieran puesto el mundo al revés. Por primera vez había tenido que aprender a regatear con los proveedores, desplegando en las negociaciones una agudeza alimentada por la rabia que lo había sorprendido tanto a él como a los demás. Había descubierto que disfrutaba obligando a rebajar los precios. Era un ejercicio de poder que antes no había entendido, un conflicto sin derramamiento de sangre. Era un pensamiento inusitado para un príncipe real. Ciro sabía que el ejército que marchaba en columna era más suyo de lo que lo habría sido sin el apremio del tiempo y el dinero. Se sentía orgulloso de todos y cada uno de ellos, incluso de las prostitutas y de los hombres que creía que lo traicionarían al final.

Habían acudido a su reclamo, movidos por motivos nobles o de otra índole. La combinación de su pueblo con los griegos había hecho aflorar un océano propio sobre la árida tierra, una columna que se extendería tantos kilómetros que quienes avanzaban en el frente sacarían todo un día de ventaja a la retaguardia. Aquella idea arremolinó sus pensamientos y notó la amenazadora sombra de un dolor sordo tras los ojos.

Cuando estuvieron listos, centenares de oficiales de pentecónteros\* dieron la orden de guardar silencio a sus vastos cuadros de cincuenta remeros cada uno, a la espera de formar filas unos tras otros. Ciro cabalgó con Clearco hasta la cabecera de la columna, donde se habían atado dos toros blancos a postes de hierro clavados en la tierra. El espartano había accedido a rezagarse para esperar a los últimos grupos de hoplitas procedentes de toda Creta. Clearco había rechazado la

oferta de un caballo, alegando que ya había tenido suficiente la última vez. Aun así, había jurado solemnemente llevar a aquellos hombres a luchar por Ciro.

Ciro respiró hondo y percibió el aroma a limón y menta en el aire, mezclado con el humo del carbón. Sus adivinos estaban listos para observar e interpretar las salpicaduras de sangre, y todos sus oficiales, conscientes de que aquella noche se enviaría un grueso filete de vacuno a sus hogueras, contemplaban expectantes el forcejeo de los animales. Ciro alzó la mano y se hizo un silencio sepulcral por un instante, durante el cual solo la brisa agitó los ropajes cual alas.

Al bajar las manos, los hechiceros hicieron sendos tajos en los musculosos cuellos de los toros, de los cuales manó una gran mancha de sangre. Todos caminarían sobre los charcos que se formaron a continuación y dejarían huellas rojas a lo largo de un kilómetro o algo más. Pero no importaba. La sangre era precisamente el motivo que los había llevado allí. Nadie congregaba una hueste como aquella en nombre de la paz.

Sonaron los cuernos, que retumbaron rasgando la mañana. A todo lo largo de la columna y los escuadrones formados se alzaron estandartes, que se agitaron azotados por el virulento viento. Los tamborileros de los regimientos, que caminaban con su instrumento colgado de un hombro, empezaron a tocar con golpes acompasados para establecer el ritmo de la marcha.

Ciro envió una oración al azul cielo, implorando buena suerte y que cayera una corona de oro en su mano. El río Meandro se hallaba a tres días de distancia a través de las verdes tierras de Lidia, y la ciudad de Colosas a un día de marcha más. Aguardaría allí a que Clearco llevara a los rezagados.

El príncipe persa observó desde el margen del camino cómo los espartanos echaban a andar en silencio, con sus armas balanceándose. Aquellos primeros días harían aflorar puntos débiles, estaba seguro de ello: errores de planificación y la miríada de cosas que habían caído en el olvido o se habían desatendido. Sin embargo, también les mostraría a qué se enfrentaban, y quienes llegaran al lugar de reposo en Colosas en buen orden habrían comprendido que estaban a la altura de las circunstancias. Ciro sabía que podía convertir a aquella multitud turbulenta de origen variado en una sola espada, paso a paso. Sonrió al tensar las riendas para dar media vuelta a su caballo y clavarle las espuelas. Solo el general espartano y una docena de guardias permanecieron atrás. Ciro vio a Clearco protegerse los ojos del sol con la mano y le pareció notar la mirada del hombre clavada en él. Inclino la cabeza en gesto de reconocimiento y vio que Clearco le respondía de igual modo. El camino se abría ante ellos, los llevara a donde los llevase.

La imponente columna llegó al río Meandro a buen ritmo. Al principio había sido un poco caótico, pues los hombres no estaban acostumbrados a mantenerse en fila durante seis o siete horas y tropezaban entre sí y descomponían las líneas de atrás. No obstante, en aquellos inicios de la larga expedición, los hombres no habían sufrido excesivamente.

Cada noche había ampollas que vendar, pero la mayoría de quienes las padecían aceptaron el consejo de los espartanos de que era mejor dejar que la piel se endureciera al aire que arriesgarse a que la carne se humedeciera y se ulcerase.

Atravesaron el río por un pontón improvisado hecho con siete barcas pesqueras amarradas, causando gran regocijo entre los hombres. Pocos persas sabían nadar y se aferraban al casco de cada embarcación con tanta fuerza que los dedos les quedaban exangües y tenían que hacer acopio de valor para soltarse y trepar a la siguiente. Los espartanos estaban en su medio en el agua y algunos de ellos se dedicaron a chapotear o pescar mientras esperaban para mantenerse frescos bajo el sol.

Para cuando concluyeron otra larga jornada de caminata, los hombres empezaban a dar muestras de endurecimiento.

Cierto era que se habían producido media docena de toceduras y lesiones, pues era imposible desplazar personas y armamento campo a través sin que se torciera alguna que otra rodilla o se cayera alguna espada que provocara heridas alarmantes. Sin embargo, los hombres se habían dedicado a intercambiar experiencias. Ciro esperaba construir a su ejército a partir de esa historia compartida, para que cuando sus regimientos persas vieran al enemigo eligieran al príncipe y comandante de las fuerzas armadas frente a un rey erudito y desconocido, para que se decantaran por un hombre a quien conocían en persona, un hombre que había afrontado vicisitudes y había cabalgado junto a ellos durante meses, frente a un mero extraño.

El inicio no podría haber sido más plácido. Ciro concedió siete días de descanso a los hombres en Colosas, durante los cuales él se dedicó a cazar en los parques reales. Clearco no hizo acto de presencia, pero Menón de Tesalia sí le dio alcance con otros cuatrocientos hombres y la noticia de que Clearco se reuniría con ellos en Celenas y no hacía falta esperarlo. Ciro se llevó una docena de caballos de carreras de los establos imperiales para su propio uso y se los entregó a Jenofonte. Seguían siendo muy pocos, pero el príncipe no podía sacarse una caballería adiestrada de la manga y carecía de los fondos para plantearse adquirir más ejemplares. Aparte de su propia guardia montada, integrada por seiscientos hombres, conocía las ventajas de contar con mensajeros veloces. Habría enviado a caballo a todos los exploradores que corrían por delante de ellos de haber tenido animales para hacerlo. Sin ellos, no podía evitar contemplar aquel colosal ejército como una mole lenta y pesada, vulnerable a ataques repentinos y emboscadas.

Cuando abandonaron Colosas, las ampollas habían sanado y los músculos desencajados se habían hecho más fuertes. Reanudaron la marcha con brío, mientras el estruendo de los cuernos hacía relinchar a los caballos que cabalgaban en los flancos. Sus guardias ofrecían una bella imagen, el jinete separado del animal por la piel de un leopardo o una gacela.

Ciro descubrió que disfrutaba cabalgando varias horas al día junto a sus soldados. Cuando encontraban un camino o un sendero, lo tomaban, si bien la mayoría de las jornadas avanzaban por campos y valles hacia puntos emblemáticos distantes que no perdían de vista al margen de lo que encontrarán a su paso.

Notó que también él se ponía en forma, aunque se preocupó cuando incluso su inmensa columna quedó empequeñecida por las montañas a las que se acercaban o engullida por un bosque de pinos. Envío a hombres de regreso en busca de Clearco, pero seguía sin haber rastro de él. Lejos de Sardes, el príncipe constató cuánto había llegado a confiar y depender del espartano. Sin su sólida presencia, sin su certeza, todo parecía repentinamente vacío, como si su único papel fuera portar la corona.

De todos los hombres congregados allí, Ciro conocía los ejércitos orientales de su hermano mejor que nadie, incluso mejor que el propio Artajerjes. Si su hermano consideraba a Ciro una verdadera amenaza y convocaba a todos los regimientos bajo su mando, podía poner a más de medio millón de hombres en el campo de batalla. Y tal cifra desvelaba a Ciro en plena madrugada. Lo peor de todo, no obstante, era que su hermano dispondría de la riqueza de las veintiocho naciones súbditas y del tesoro real para respaldar sus acciones. El Gran Rey no pasaría escaseces de alimento o leña a las cuales no pudiera poner remedio. Artajerjes bebería vino en lugar de agua cada noche, mientras que él marchaba con soldados tan iguales a él como todas las estrellas del cielo.

La ciudadela de Celenas se hallaba a solo tres días de marcha de Colosas, a orillas del río Marsias. Ciro esperó allí a que Clearco les diera alcance con los rezagados, lamentando haber accedido a dejar atrás al general. Cada día, al caer la noche, el príncipe veía las miradas desconcertadas de los demás, en particular de los persas. No entendían la necesidad de esperar a un único espartano, por alto que fuera su rango. Sin embargo, el príncipe seguía paralizado y los días avanzaban arrastrándose, en contraste con la urgencia anterior. La sensación de emoción del inicio fue apagándose lentamente mientras los hombres se habituaban a la vida en el campamento y buscaban entretenimiento en la población más cercana. No llegaron a oídos de Ciro las noticias de aquellos a quienes hubo que colgar, ni la impresionante reyerta entre el contingente de Estinfalia y un regimiento de imperiales. Tales cosas se le ocultaban mientras aguardaba.

Clearco llegó transcurridos catorce días, tranquilo como una brisa primaveral. Llevaba con él a ochocientos hoplitas de diversas ciudades, doscientos peltastas con sus jabalinas y cuarenta arqueros cretenses. Ciro le perdonó la tardanza al verlos, si bien ello no impidió que Clearco se disculpara e hincara una rodilla ante él delante de los recién llegados.

—Son los últimos que quedan, alteza, y tuvieron la fortuna de sobrevivir cuando su nave se fue a pique en el trayecto desde Creta. Tienen un sinfín de anécdotas que explicar y no dudo de que las escucharás todas mientras avanzamos. A partir de aquí, estamos solos. No queda nadie detrás.

El espartano oteó la distancia como un perro cazador olisqueando a su presa, ensanchando las narinas.

—He llegado a pensar que no vendrías —le dijo Ciro.

Clearco lo miró impasible.

—Te di mi palabra, alteza. Tendrían que matarme para arrancarme de tu lado. —Al ver la sonrisa del príncipe, Clearco añadió—: Aunque podrían hacerlo perfectamente, por supuesto.

Una sensación renovada casi de vacación invadió a los hombres cuando los regimientos reemprendieron la marcha. Avanzaron durante un tiempo por una satrapía de caminos

pavimentados. Los hombres agradecieron andar sobre piedras planas y, aunque en el horizonte se perfilaba una batalla, quedaba aún tan lejana que era un problema que podían ignorar.

Sus comandantes no compartían el buen humor general. Clearco se descubrió respondiendo con ladridos a comentarios desenfadados. Se tomaba su oficio en serio y al menos él sí notaba el paulatino aumento de la tensión ante las duras pruebas que los aguardaban. Ciro también se retiró a su propia compañía y pasaba días enteros en silencio mientras caminaban o cabalgaban por las venas del imperio. No podía evitar pensar en Tisafernes en el Camino Real y se preguntaba si habrían adelantado al anciano o si seguiría aventajándolos. Aquellas mismas piedras habían conducido al primer rey Darío a invadir Grecia. Y ese magnífico camino había conducido a su hijo Jerjes al oeste, ajeno a que vería a su ejército masacrado y su flota desperdigada a los cuatro vientos. En cambio, Ciro se había visto obligado a tomar una ruta al sur de la calzada, lejos de los heraldos reales que cabalgarían aprisa a anunciar su llegada al divisar a los primeros de sus hombres.

Tales pensamientos parecían acecharlo durante las largas horas que pasaba sudando bajo el sol. Dejó de contemplar a sus hombres como una magra fuerza de combate cuando comprobó que se tardaba medio día solo en alimentarlos con una única comida. Eran una ciudad en movimiento y, en la pausa del mediodía, lo que parecía una población entera se abalanzaba sobre los carros. Las cacerolas tintineaban y se iba en busca de leña. Se instauraba entonces la sensación de un festival de verano, hasta el punto de instalar tiendas de campaña en las que los hombres hacían cola para gastarse el dinero en unos manoseos. Tardaban una eternidad y Ciro no podía sino preocuparse y contemplar el sol, protegiéndose los ojos de su resplandor con la mano.

Los soldados descendían como langostas sobre las tabernas que encontraban a su paso, por pequeñas o ruinosas que fueran. Ciro sabía que, en el Camino Real, tales establecimientos se construían siguiendo un mismo diseño decretado por orden imperial. Todos los placeres de la civilización aguardaban a los exhaustos viajeros como eslabones de una cadena hasta el destino final en Susa.

Privado de tales lujos, el ejército de Ciro dejaba las poblaciones despojadas de todo aquello que no lograban ocultar a los hambrientos soldados. Las tropas se habrían muerto de hambre de no ser por esas raciones extra, pero Ciro era consciente de que sus últimos daricos estaban desapareciendo. Parecían desvanecerse mientras contaba monedas. Cuando pudo agarrar todos sus fondos en una sola mano, condujo a la columna cien kilómetros campo a través, hasta la ciudad de Tirio, en el pequeño reino de Cilicia. Allí descansó en una hacienda que había conocido bien en su infancia.

Transcurridos dos días, tal como había previsto, los demás escogieron a Clearco para hablar con él. No se había pagado a ningún regimiento griego ni persa y no quedaba nada para llenar los cofres. El príncipe se sentó a una mesa en una terraza, bajo el sol vespertino, y dio buena cuenta de unos dátiles y queso tierno de la región.

—Ah, general. Esperaba que te enviaran. Siéntate y come, por favor. Son los mejores que probarás nunca.

Clearco estaba exactamente igual que la primera vez que se habían visto, como si el tiempo no hubiera hecho mella en él. Por su parte, el general vio ante sí a un joven exhausto por la carga de una responsabilidad excesiva.

—Gracias, alteza —respondió. Tomó un dátil dulce, lo masticó y escupió el carozo afilado en la palma de su mano—. Excelente.

El silencio cayó entre ambos y Ciro aguardó, divertido por la idea de poner a prueba su

determinación frente a la de un espartano. Terminaron la bandeja de dátiles y un criado trajo otra de finas lonchas de carne y dientes de ajo asados, colocados sobre la madera como huevecillos blancos. A Clearco le encantaba el ajo y se llevó un puñado a la boca.

–Alteza... –empezó a decir, transcurrida una eternidad.

Ciro rio entre dientes, interrumpiéndolo.

–Eres un buen hombre, Clearco. Por más que detestes este tipo de cosas, te has ofrecido voluntario para ser quien me pida que pague a los hombres. Te expliqué que había enviado mensajeros, ¿no es cierto? Por eso he hecho que nos desviemos tanto de nuestra ruta. Hay alguien en Cilicia que nos ayudará.

–¿Conoces al rey? –preguntó Clearco, cubriéndose con el puño la boca para eructar.

Alzó la copa de vino hacia los dioses y le dio un trago largo para quitarse el regusto a ajo. Mientras lo hacía, percibió una expresión apesadumbrada en Ciro.

–No, el rey y yo... no somos amigos. Lo conocí cuando éramos aún muy jóvenes, pero nos distanciamos y desde entonces no hemos tenido buena relación.

–¿Te la arrebató él o se la arrebataste tú? –inquirió Clearco.

Ciro tosió en la copa de vino y derramó unas gotas sobre el mantel.

–¿Es que siempre tienes que ser tan... espartano, general? ¿Tan directo?

Clearco se encogió de hombros.

–Pienso que estas cosas suelen ser más sencillas de lo que creemos –contestó.

–Pues bien, en este caso, ambos amábamos a la misma mujer. Y ella me amaba a mí, ¡pero se casó con él! ¿Te parece eso sencillo? ¡Y no me vengas con cuentos fantásticos de jóvenes amantes, espartano! Escogió al hombre equivocado. –El príncipe suspiró al recordarlo, con los ojos oscuros bajo el sol vespertino–. Todavía la echo de menos.

Clearco se enderezó más en su silla, pero apuró de nuevo su vino y casi ni se dio cuenta de que un criado se le acercaba para rellenarle la copa.

–Algunos hombres pueden ser mezquinos e insignificantes, incluso en la victoria. Aun así, has traído a un ejército a su territorio, un ejército que supongo que él no podría igualar. ¿Qué pretendes? ¿Conquistar? ¿Lo matarás acaso?

Ciro miró largamente al general, mientras meditaba su respuesta. Se frotó con una mano la palma de la otra, notando los callos que se habían formado bajo las riendas cada día.

–Si pudiera hacer que lo derribara un caballo y muriera, lo haría –respondió despacio–. Pero ella lo quiere y le ha dado dos hijos. Sé que me ama a mí, pero lo escogió a él. No se puede deshacer el pasado, Clearco. Nunca.

–Mujeres –replicó Clearco alzando su vino–. Nos maravillan a todos.

Brindaron y apuraron las copas. Para entonces, el vino les había hecho efecto a ambos.

–La amo –confesó Ciro–. Siempre la he amado. –Soltó todo el aire que tenía dentro y añadió–: Estamos a las afueras de Cilicia, prácticamente en la frontera. He enviado mensajes anunciando mi presencia y ella me ha contestado. No sé si me ayudará, general, pero no tengo a nadie más.

–¿Vendrá ella a verte? ¿O debería pedir que preparen caballos?

–Vendrá ella, o eso dijo el heraldo. Mañana. Por la tarde.

–¿Y ha mencionado a su esposo..., aunque sea de pasada? –quiso saber Clearco Ciro negó con la cabeza y el general arqueó las cejas.

–Bueno... Suenan prometedor.

–No. Nos amaba a ambos, pero lo escogió a él –sentenció Ciro con tristeza, y dio otro trago a la copa.

Tenía los dientes teñidos de carmesí a causa del vino y los ojos vidriosos.

De repente, Clearco dio un manotazo en la mesa que sacó al príncipe de su ensimismamiento.

—¡Entonces le demostraremos a qué renunció, alteza! Haré que los hombres monten un bonito espectáculo. Dejémosle ver al gallardo y joven príncipe, al caudillo de guerra. ¿Su esposo es un tirano? ¿Cruel, viejo, feo y bajito?

—No —respondió Ciro con un ademán de la mano—. Es solo un hombre, como cualquier otro. Yo no atino a verle las virtudes, pero, tal como he dicho, ella...

—Lo escuchó a él, sí —remató Clearco—. Déjame a mí, alteza. Y no bebas más o no nos servirás de nada mañana. Con tu permiso, regresaré junto a los hombres.

Ciro se despidió de él con la mano y se recostó en su silla, al tiempo que alzaba la copa para que volvieran a llenársela, aunque sus ojos permanecían cerrados.

Clearco se rio entre dientes, preguntándose si alguna vez la bebida le habría sentado tan mal como al príncipe. Se dijo que no. El general se internó a grandes zancadas en la oscuridad y echó a correr al pensar en todo lo que quedaba por hacer.

Ciro se despertó al alba y vomitó grandes flujos de ácido amarillento. Había un lago en los terrenos de la hacienda y estuvo nadando en sus aguas, tras lo cual comió huevos con queso para asentar el estómago. Para cuando consiguió vestirse y sus criados lo ayudaron a subirse al caballo con auxilio de un bloque de montar, la mañana estaba ya bien avanzada y el sol relucía en una bóveda azul despejada; el calor acumulado hizo que Ciro sintiera un punzante dolor de cabeza. Halló cierto consuelo manteniendo el ojo izquierdo cerrado mientras se aproximaba al campamento y le daban el alto. Los guardias retrocedieron con respeto una vez completado el ritual, por más que a aquellas alturas todos lo conocieran de vista. Ciro escuchó a uno de ellos hacer un comentario grosero acerca de las resacas, pero no tenía ni el ánimo ni el estómago para una reprimenda.

Al cobrar conciencia del bullicio que hervía a su alrededor, supuso que el general espartano no habría dormido. Los regimientos trajinaban con betún y cepillos, con negro humo y aceite, embadurnándose con un lustre poco natural y acicalándose en la medida de lo posible. Ciro permaneció sentado en su montura, confuso. ¿Había ordenado organizar un desfile de exhibición? No lo recordaba. Algunos detalles de la víspera se le habían perdido o le volvían a modo de destellos que lo hacían estremecerse de vergüenza, con los ojos abiertos como platos. ¡Le había hablado de amor a un general espartano! Ciro se tapó la cara con una mano.

—¿Alteza? —dijo una voz.

Al descender la vista, Ciro encontró al joven maestro de caballería, el ateniense. Al ver que el príncipe lo miraba amodorrado, Jenofonte continuó, con un aspecto saludable y alegre que a Ciro se le antojó desagradable:

—Alteza, si desmontaras un momento, podría cepillar a Pasacas aquí mismo, trenzarle las crines y la cola y dejarlo listo para pasar inspección.

—¿Qué inspección? —preguntó Ciro lentamente.

Notó un hilo de memoria volviéndole al pensamiento y un reguero de sudor descendiéndole por la espalda. Alzó la vista hacia el sol y tragó saliva al comprobar lo tarde que era. Se había pasado la mañana tan perjudicado que poco había podido hacer, salvo sudar y gruñir. Pero entonces lo recordó todo, se llevó la mano a la barbilla y se maldijo en voz baja al notarse la barba.

—Jenofonte, necesito a Parviz, mi ayudante. —Desmontó, deslizándose de su caballo como si



hubiera perdido el uso de las piernas y, tambaleándose, tropezó con el ateniense—. Necesito que me afeiten y ropas nuevas. Busca a Parviz. Ve tan rápido como puedas.

Jenofonte se alejó corriendo con las riendas colgando tras él, forzando al caballo de guerra a seguirlo. Ciro entornó los ojos para mirar al sol. Juró que no volvería a beber nunca más. El precio era demasiado alto.

—¡Alteza, aquí estás! —exclamó la voz de Parviz.

El hombre que en el pasado había vigilado una fortaleza en el desierto desempeñaba su nueva función con orgullo y energía. Ciro vio a Parviz cargando con una silla plegable y se dejó caer en ella agradecido. A su alrededor se agolparon criados portando boles, un paño y aceite. Parviz afiló una cuchilla en un trozo de cuero primero, luego en un retal de paño áspero y finalmente con el propio viento, hasta convertirla en una brisa. No permitía que nadie más afeitara al príncipe; el afeitado se había convertido en una suerte de ritual para ambos. Ciro cerró los ojos.

—¡Sombra aquí! —le gritó Parviz al oído—. Buscad una sombra para el príncipe. Y ropas limpias. Necesitamos privacidad, ¿o acaso es esto un mercado? Traed esos biombos y colocadlos alrededor de su alteza.

Fue un alivio dejar a Parviz hacerse cargo de la situación. Ciro abrió los ojos al notar un vaso en la mano. Al ver que se trataba solo de deliciosa y dulce leche, sonrió aliviado.

—Gracias. Un poco más, por favor, Parviz. Haz que traigan una vaca entera si es menester.

Cuando el sol inició la larga y lenta deriva a través de la tarde, los regimientos formaban en cuadros, con sus filas perfectamente alineadas. Los hombres aguardaban erguidos con los pies ligeramente separados, a la espera de que una reina les pasara revista. Algunos seguidores del campamento habían acudido en calidad de camilleros, conscientes de que los soldados que permanecen en pie bajo el sol pueden desmayarse. De hecho, unos cuantos lo hicieron, y al caer como árboles, sin apoyar las manos, a veces se hacían heridas espantosas. Al resto del campamento se lo había obligado a retroceder cinco kilómetros para no estropearle a la reina la imagen con la visión de ramerías y golfillos.

A Ciro le costaba permanecer quieto. A lomos de su caballo recorrió una y otra vez las primeras filas mientras esperaba a que la reina apareciera. Hacía seis años que no veía a Epiaxa. En aquel tiempo, Ciro se había convertido en un hombre; ya no era el joven de antaño convencido de que ella lo elegiría y demasiado pagado de sí mismo. Se le había asentado el estómago y prácticamente le había desaparecido el dolor de cabeza, por lo cual dio gracias al cielo.

—¡Ahí está! ¡Ahí viene! —exclamó Parviz a su lado.

Al alzar la mirada, Ciro vio un carruaje tirado por un par de corceles negros y rodeado por soldados con petos oscuros y faldas de piel que corrían a su lado. Unos ochenta hombres trotaban junto a su señora, imagen que volvió a recordarle que era la esposa de otro hombre y una reina. Apoyó las manos en el pomo de la silla y esperó mientras el carruaje se acercaba, preguntándose si Epiaxa tendría el mismo aspecto y qué vería al posar los ojos en él.

Sonaron los cuernos a lo largo de las filas de soldados, aunque eran heraldos que daban la bienvenida, y no toques de guerra. El carruaje se dirigió hacia el príncipe, que aguardaba montado en un caballo de guerra en la avanzadilla, describiendo un gran círculo, de tal modo que prácticamente quedó encarada hacia el lugar por el que había llegado.

La reina Epiaxa de Cilicia le tendió la mano a su auriga y salió. Ciro notó un dolor en el pecho que no tenía nada que ver con la cantidad de vino que había bebido la noche anterior. Epiaxa llevaba la negra melena trenzada en una especie de cuerda que se movía como la cola de un gato

por su espalda y osciló cuando descendió al suelo. Seguía siendo la misma, el tiempo no había pasado por ella. El príncipe desmontó y la miró mientras ella hincaba una rodilla ante él. Al bajar la vista hacia su nuca, Ciro se preguntó si los griegos entenderían el significado de su gesto. El imperio abarcaba veintiocho naciones, y los reyes y las reinas de esos estados hacían una reverencia o se arrodillaban ante los miembros de la familia imperial. Cuando los griegos procedían de aquel modo, más que postrarse como era debido parecían imbuirse de los aires de las casas reales.

Ciro pestañeó al darse cuenta de que no le había dado permiso para ponerse en pie. Apreció un ligero rubor en el cuello de Epiaxa, una sutil mancha de color. Creía que seguía enfadado con ella.

–Ponte en pie, Epiaxa, por favor. Me ha sorprendido comprobar lo poco que has cambiado. Me ha dado la sensación de ser el mismo joven que te esperó aquí.

La agarró del brazo mientras hablaba, pero dejó caer la mano al ver que el auriga se agitaba incómodo. Los guardias de la reina no estaban acostumbrados a que nadie la tocara.

–¡Oh! –exclamó ella con una sonrisa–. El príncipe Ciro es un viejo amigo. No corro ningún peligro. Capitán Raoush, me has traído sana y salva. Ya puedes marcharte. Te enviaré a un mensajero cuando esté lista.

El capitán se postró en el polvo de inmediato, eligiendo un ángulo que honraba un poco más a su señora que a Ciro, aunque los incluía a ambos. El auriga volvió a trepar al asiento saliente y asió las riendas. Ciro miró con envidia el vehículo y habló antes de que el hombre tuviera tiempo de desplegar su largo látigo.

–Señora, lo he dispuesto todo para que pases revista a estos pocos soldados míos. Si ordenas a tu auriga que regrese con el resto, sería un honor para mí ocupar su puesto.

La reina inclinó la cabeza y el auriga soltó el látigo y las riendas sin una palabra de protesta, aunque fulminó con la mirada a Ciro la ver que los agarraba. Epiaxa abrió una portezuela para acceder al banco acolchado de la parte posterior, pero, en lugar de sentarse, se apoyó en él. El sol caía inclemente y la brisa resultaba demasiado agradable en la piel para perdersela.

Con una sonrisa, Ciro chasqueó las riendas y el carruaje arrancó dando un bandazo, obligando a los guardias de la reina a dispersarse para no ser atropellados.

–Excusadme, aún no estoy acostumbrado... –les gritó Ciro a modo de disculpa por encima del hombro.

Su pasajera pensó con acierto que lo había hecho a propósito. Ciro chasqueó las riendas de nuevo y ambos caballos se lanzaron al galope. La reina lo oyó alentarlos a correr más y más rápido mientras describían una curva y se alejaban del ejército que había congregado para impresionarla. La velocidad era aterradora a la par que estimulante, y le evocó el recuerdo de Ciro y su amigo haciendo carreras a caballo a orillas de un gran río. Aún conservaba aquel ímpetu, pensó. Mientras avanzaban, confiando en la destreza y en la fortaleza de Ciro, Epiaxa contempló su espalda y su equilibrio y recordó el movimiento de la musculatura de sus brazos cuando la abrazaba. Notó que se le anegaban los ojos de lágrimas y no fue capaz de determinar si era por el recuerdo de la juventud perdida, del amor perdido, o simplemente a causa del viento y el polvo.

**T**ras acceder a devolverla tras aquella vuelta salvaje por campo abierto, Ciro condujo el carruaje a una velocidad más apacible a lo largo de los regimientos formados. Incluso se detuvo a intervalos para que la joven reina pudiera descender y hablar con los oficiales de alto rango.

Epiaxa parecía entretenerse tanto en presencia de los griegos como de los persas. Ciro observó a Clearco asumir un rol casi paternal; el ancho torso del espartano se expandió aún más al contestar a las preguntas de la reina. El general Orontas se sonrojó como un adolescente cuando ella le tomó la mano.

Epiaxa les dio palmaditas, les sonrió y consiguió que ambos hombres se relajaran. A su lado, el príncipe se alzaba como si la hubiera inventado, deleitado con un día que había empezado tan mal y que había acabado tan bien. No podía evitar pensar en lo distinta que habría sido su vida si ella hubiera acudido a él aquella última vez, cuando la esperó en la arboleda de cipreses. Había sido la noche más larga de su vida, y cuando despuntó el alba, montó en su caballo y se marchó.

Permanecieron a pleno sol durante lo que se antojó una eternidad. Algunos hombres se desvanecieron, fueron recogidos con discreción y los tumbaron fuera de la vista para que se recobraran. Tanto Ciro como la reina se sentían extrañamente agotados cuando regresaron a un pabellón que Parviz había erigido para la cena. Se ordenó a los regimientos que rompieran filas y retrocedieran cinco kilómetros hasta el campamento. Allí comerían y descansarían tras pasar la jornada bajo el sol. Los hombres tenían calor y sudaban, pero sonreían al ver la evidente adoración que el príncipe sentía por la joven que lo acompañaba. Muchos de ellos realizaron gestos groseros con las manos al pasar junto a ellos, pero nunca en presencia de un oficial vigilante que hubiera ordenado que se las cortaran.

Orontas, Arieo y Clearco se unieron a los demás generales en un larga mesa montada con pernos y vigas aquel mismo día. Ciro y Epiaxa la presidían a ambos extremos, el uno fuera del alcance del otro. Clearco notó que el príncipe posaba la mano derecha en el mantel entre los platos, con la palma hacia arriba, en gesto de súplica. Clearco no podía decir si Epiaxa respondía de manera deliberada, pero sí la vio apoyar el antebrazo izquierdo en la mesa. Es posible que le tendiera una mano, y el espartano sonrió para sus adentros.

Orontas aguardaba la comida con visible interés. Ciro había dispuesto lo mejor de lo mejor para su invitada, y los persas, en particular, suspiraron al ver los platos condimentados con azafrán, cardamomo y pétalos de rosa, hierbas demasiado caras para aromatizar la carne corriente y el pan que se daba a los soldados.

Alrededor de la mesa se había autorizado a los otros generales griegos a acompañar al príncipe y su invitada. Próximo estaba presente, protegiendo una jarra de vino que parecía considerar suya, por más que los criados revoloteaban de un lado para otro cual colibríes sirviendo. Soféneto de Estinfalia rio a carcajadas con Menón, el tesaliense, y pareció desconcertado al descubrir que se habían convertido en el centro de atención. El vino fluía y los dolores y las quemaduras solares del día se desvanecían, aunque la mitad de los hombres allí presentes notaban el calor que les

desprendía la piel, como si parte de la luz se hubiera quedado atrapada en su interior. Todos eran hombres experimentados y Clearco no fue el único en apreciar la colocación informal de las manos sobre aquella mesa. A resultas de ello, entablaron una conversación ligera, pero comieron con rapidez y rehusaron repetir. Uno tras otro, los oficiales apuraron su copa por educación, limpiaron su cuchillo en el mantel y tras levantarse se despidieron con sendas reverencias al príncipe Ciro y a la reina.

El príncipe no había bebido vino aquella noche, alegando que su estómago no soportaría un segundo intento de destrucción. Cuando el último de sus generales se marchó, entraron músicos con babuchas acolchadas para amenizar la velada con una melódica canción y las notas de una lira. En un impulso, Ciro se puso en pie y se dirigió al extremo opuesto de la mesa para sentarse junto a Epiaxa.

–Mejor así –dijo–. Con esta música no te oíría bien. Gracias por acudir a verme. Ha sido un día perfecto, una joya en un tiempo de vicisitudes. Has visto el ejército, a los soldados. Son una compañía tosca en ocasiones. En cambio, esto... esto me hace añorar las conversaciones que manteníamos. ¿Te acuerdas?

–Por supuesto –respondió ella.

Ciro le agarró la mano que había apoyado en el mantel y notó que temblaba. Aquel gesto repentino de intimidación le dio pie a hablar de asuntos más importantes.

–Esperé toda la noche hasta convencerme de que no vendrías. Durante mucho tiempo me dije que todavía estaba oscuro, hasta que pude ver toda la arboleda a mi alrededor y las verdes colinas en la distancia.

–Debería haber enviado a alguien a avisarte –dijo ella con voz queda–. Lo lamento.

–No, hiciste tu elección. Era mejor para mí marcharme y continuar con mi vida.

–No te has casado –dijo ella, acercándose a él.

Ciro se encogió de hombros, aunque aquellas palabras se le clavaron como un cuchillo. Se obligó a soltar una carcajada.

–No encontré a nadie... comparable a ti. ¿No es ridículo?

–No –respondió ella–. Muchas veces me he preguntado...

La vio dudar.

–¿Qué te has preguntado? Nadie nos escucha aquí, Epiaxa.

–Me he preguntado cómo habría sido mi vida si hubiera acudido junto a ti aquella noche. –Giró la mano en la palma de él, como un pajarillo haciendo un nido. Pero no se alejó–. Siénesis es un hombre frío. No lo reconocerías. Pasa días sin decirme ni una palabra, en ocasiones semanas. Sin embargo, si no hubiera acudido junto a él en lugar de junto a ti, no tendría a mis hijos. Es confuso. De no ser por ellos, creo que...

Sacudió la cabeza, cerró los ojos y una lágrima resbaló por debajo de sus pestañas oscurecidas con kohl y le manchó la mejilla.

Lentamente, Ciro se llevó su mano a los labios y la besó. Notó el escalofrío que recorrió a Epiaxa.

–He pensado en ti todas las noches, cuando el sol se pone –le confesó.

–Por favor. No hablemos más. Despacha a los criados –susurró ella.

La mañana siguiente, Clearco recorrió a pie los cinco kilómetros que separaban el campamento del pabellón, donde halló a Ciro y Epiaxa disfrutando de un desayuno al aire libre, bajo el sol matinal. Era un día frío y el suelo estaba cubierto de rocío, pero se secaría con el sol.

–¡General! Espero que te apetezca unirte a nosotros –lo invitó Ciro.

Clearco les hizo una reverencia a ambos y saludó a la reina con cortesía mientras tomaba asiento y le servían unas tajadas de melón, higos y queso ligero. En tal compañía, Clearco no mencionaría bajo ningún concepto los cofres vacíos ni sus sospechas acerca de lo que sucedía entre ellos. Comió en silencio un rato, observando las miradas que intercambiaba la pareja.

–Si me llevas a casa, Ciro, te enviaré el carruaje y carros más tarde, esta misma mañana –dijo Epiaxa–, tal como hemos... acordado.

El príncipe alargó la mano y acarició la de la mujer, como si fuera la cosa más natural del mundo. Epiaxa se ruborizó en presencia del espartano, pero Clearco encontró su plato fascinante justo en aquel momento.

Ciro se puso en pie y le tendió la mano a Epiaxa. Tenía los ojos oscuros por las conversaciones de la noche anterior que Clearco no había escuchado.

–Ven, amor mío. Te llevaré de regreso con tu esposo y tus hijos.

Los ojos de Epiaxa refulgieron con lo que podían ser lágrimas al ponerse en pie. Clearco los observó marcharse mientras masticaba pensativo una piel de melón. Esperaba que aquellas palabras significaran que la reina les entregaría las monedas que precisaban. Le gustaba Ciro, pero un caudillo tenía que pagar a sus mercenarios, o prescindir de ellos. Uno o dos meses sin rastro de plata podían tolerarse, pero más allá de eso los contratos quedarían anulados y los hombres desertarían. Los griegos eran conscientes de su valía y los persas también estaban acostumbrados a que les pagaran puntualmente cada mes. Ciro era responsable de todos ellos. Clearco pensó en lo que habría tenido que hacer para conseguirlo, por más que el príncipe parecía bastante feliz. Sin duda, estaba más relajado de lo que el espartano recordaba haberlo visto antes. Era interesante pensar en las dos concubinas de las que Ciro se había hecho acompañar y que viajaban a Oriente con el campamento. Por lo que Clearco recordaba, una de ellas guardaba un gran parecido con la reina de Cilicia.

Clearco se acordó de su mujer y sus hijos. El suyo no había sido un matrimonio por amor, al menos al principio, si bien sentía un gran afecto por Calandra. A los espartanos se les exigía engendrar hijos antes de internarse por la senda de los mercenarios. Era algo de sentido común, habida cuenta de los peligros de su oficio. Suspiró. Había conocido el amor una o dos veces en todos los años de campaña. Ya no parecía tan importante como en el pasado. Sin embargo, sí recordaba lo que se sentía y envidió a la joven pareja, a pesar del dolor y la pérdida que resplandecían en sus ojos.

Ciro regresó acompañado por media docena de carros y el mismo auriga del día anterior. Clearco y Próxeno echaron una carrera a Orontas para asomarse a los arcones que había en ellos. Los tres hombres acariciaron las monedas de oro y plata riendo aliviados. Con aquello bastaba. De los tres, es posible que solo Orontas desconociera su destino, pero el persa no era ningún necio. Entendía perfectamente que tenía que haber pasado algo muy grave para que al príncipe se le negara usar la red de prestamistas. Las monedas equivalían a comida, reparaciones y armadura, pero también servían para pagar meses en el campo de batalla que de otro modo no habrían existido. Las monedas equivalían a guerra, a tiempo para desplegar al impresionante ejército que el príncipe había reunido.

Para Clearco y Próxeno, aquellas arcas representaban la posibilidad de convertir a un príncipe en rey. Gran parte de su contenido se entregaría a banqueros de las ciudades persas a lo largo del Camino Real. Con sus pagarés, enviados al oeste mediante emisarios asegurados, los griegos

podrían retirar fondos en los confines del imperio. Aquellas monedas ayudarían a mantener Esparta fuerte y segura y permitirían a Atenas construir naves, escribir obras teatrales y discutir en el consejo. Fuera cual fuese la noble causa, la realidad siempre se compraba con oro y plata.

Mientras la gigantesca columna retomaba la marcha dos días después, Ciro tenía un aire melancólico. Partían de la frontera con Cilicia, rumbo al este. El príncipe pasó horas limitándose a observar las filas que marchaban por delante de él, como si la marea de hombres no fuera a arrastrarlo consigo. Caminaban con la espalda erguida, orgullosos de su aspecto, pero Ciro tenía la mirada perdida y los pensamientos en los brazos de una mujer que le había regalado una sola noche. No había sido suficiente. De habérselo pedido ella, Ciro habría movilizó a su ejército para salvarla, habría colgado a su esposo de las murallas de su propia ciudad y se habría alejado cabalgando sin mirar atrás. Pero no se lo había pedido. Pensó que Epiaxa amaba a sus hijos y quizá también al hombre con quien se había desposado. El corazón de una mujer era algo complejo, pensó. Epiaxa le había dado una noche, pero no parecía un final.

—Regresaré —murmuró para sí—. Cuando haya cumplido con mis compromisos. Volveré a verte.

El ejército del príncipe recorrió ciento cinco kilómetros en las tres jornadas siguientes. Pese a ser una marcha fácil, acompañada por días despejados, Clearco insistió en rellenar hasta el último barril y petaca de agua cada vez que llegaron a un río. Ello significaba perder tardes enteras cuando encontraban un puente que salvaba un torrente, pero el calor del verano era una amenaza constante y los soldados bebían para reponer el sudor que perdían. Ciro compraba sal en todas las ciudades y mercados que hallaban a su paso. El sudor reseco de los hombres tenía un aspecto blanquecino y los soldados más experimentados sabían que, sin sal, se sentirían débiles y aturdidos, incapaces de mantener el ritmo.

Era un alivio disponer de las arcas que Epiaxa le había entregado. Ciro no había preguntado si a su esposo le importaría que sacara aquella fortuna de su tesoro y se la entregara a un antiguo pretendiente. El príncipe se dijo que saldaría todas sus deudas una vez se hubiera enfrentado a su hermano. La justicia debería esperar a la venganza.

Cabalgando junto a Clearco y Próximo, o junto a Orontas y Arieo para concederles también el honor, Ciro agachaba la cabeza cada vez que le llegaban efluvios a jazmín, como si Epiaxa viajara con él. Antes de detenerse en Cilicia, el recuerdo de ella se había convertido en un dolor lejano y medio olvidado. Y aunque la había dejado atrás y la había enviado de nuevo al baúl de los recuerdos, en aquel momento le costaba más aparcar aquel dolor punzante.

En Persépolis, Tisafernes se había dado un baño y había recibido un masaje de manos de esclavas imperiales antes del alba. A la luz de lámparas, había disfrutado de los beneficios de la civilización que gran parte del mundo desconocía. Cuando por fin ascendió por el paso de caballos que conducía hasta la garita de la meseta, se sentía fresco y renovado. Con el sol alzándose tras las murallas, Tisafernes permaneció a la sombra mientras un fulgor dorado iluminaba el mundo que se extendía tras ellas. Tisafernes se giró sobre la silla del caballo al llegar a la cima. Recordó el momento en que había permanecido en aquel último escalón con trescientos espartanos y un joven príncipe a su lado, con Darío en su lecho de muerte en el paraíso que aquellas murallas albergaban en su interior. La brisa del amanecer le acarició y sonrió al pensar en los cambios acontecidos. Al ascender aquellos peldaños había ascendido también en otro sentido, en estatus y en influencia. Ahora se sentaba a la mano derecha del Gran Rey. Incluso el príncipe Ciro había percibido su recién adquirida autoridad y se había sentido apabullado.

Unos soldados abrieron la puerta y se postraron ante él. Tisafernes apreció el gesto, por más

que su situación formal fuera incierta. Sus propios criados y esclavos le llamaban «señor Tisafernes», por supuesto, pero un hombre podía elegir el nombre que le placiera en su casa.

Tisafernes era perfectamente consciente de que solo era un miembro de confianza de la corte, un acompañante. La ausencia de un título oficial le molestaba como una espina clavada bajo la piel y esperaba que Artajerjes corrigiera la situación en cuanto le expusiera su informe. Había permanecido lejos de la corte y sus comodidades durante seis meses. Sin duda, tal prueba de resistencia merecía una recompensa.

Los jardines lucían impecables, como siempre, gracias a los esclavos destinados a recoger las hojas caídas y podar los arbustos con líneas tan perfectas que parecían artificiales. Tisafernes vestía anchas ropas de seda y sandalias descubiertas. Siguió a un senescal por los senderos a la sombra, pero no desviaron sus pasos hacia el pabellón en el que había fallecido el viejo rey, puesto que este había sido derruido y en su lugar se habían plantado semillas y se había regado hasta que el solar había quedado recubierto de hierba nueva. Incluso se habían renovado las piedras del sendero, observó. Todo ello le infundió una gran satisfacción. La sensación de perfección era tan exquisita que casi dolía. Gran parte del mundo pasaba sus vidas escarbando el suelo en busca de alimentos para sobrevivir. Era un placer contemplar lo que podía conseguirse con libertad y una riqueza ilimitada. Tisafernes no imaginaba una existencia mejor que la de la corte persa. Los miembros de la familia real eran considerados dioses por las gentes corrientes. Al pensarlo cayó en la cuenta, complacido, de que eso lo convertía en un compañero de dioses.

Más allá, el rey Artajerjes aguardaba de pie al borde de un campo, con un arco de asta negra en las manos. Rematado en dorado, aquel artilugio se antojaba siniestro y letal. Tisafernes posó la vista en él al acercarse. Extendió una esterilla en el suelo para no estropear las limpias sedas, se postró sobre ella y se llevó las manos a la cabeza en gesto de obediencia. Artajerjes podría haberlo interrumpido, pero se limitó a repasar el asta de una flecha hasta que hubo concluido. El hijo también había ascendido con la muerte del padre. Artajerjes seguía exigiendo los rituales de obediencia, aunque sin duda lo hacía por la dignidad del trono y no por propio deleite.

Cuando Tisafernes se puso en pie de nuevo, el rey había tensado la flecha en el arco y apuntaba, al otro lado del campo, hacia seis esclavas que caminaban de un lado a otro portando escudos espartanos sobre sus cabezas. Tisafernes vio que eran muchachas hermosas, vestidas con túnicas que dejaban sus piernas desnudas hasta medio muslo. Abrió los ojos de par en par ante tal espectáculo, pero el rey era un hombre joven y aún no se había cansado de aquella caza particular. Corría el rumor de que se hacía traer muchachas de todo el imperio, elegidas por su belleza. Algunas se las quedaba para él y otras se las entregaba a sus guardias a modo de obsequio.

Tisafernes recordó que las encargadas de portar los escudos para las prácticas de tiro con arco del rey eran las que habían perdido su favor. No era exactamente un castigo, pero, sin duda, sí una señal de desagrado, una advertencia. Tisafernes suspiró. Su señor era duro con las mujeres, pero se volvería más amable con el tiempo, como hacían todos los hombres.

—Observa esto, Tisafernes —anunció el rey por encima del hombro.

Tensó la cuerda y la soltó con suavidad, enviando la flecha en arco hasta el escudo más alejado. Impactó con tal fuerza que hizo que la joven que lo cargaba cayera al suelo y agitara las piernas en el aire. El rey gruñó satisfecho. Alargó la mano sin mirar siquiera y un esclavo le colocó en ella otra flecha perfecta. No pronunció ni una palabra más durante otros tres lanzamientos, todos los cuales hicieron diana. No cayó nadie más, aunque todas se tambalearon por el impacto.

—Un buen arco, majestad. Tus habilidades no han hecho sino mejorar. Eres un maestro indiscutible con esta arma.

Tisafernes sabía que era una alabanza evidente, pero Artajerjes había practicado cada día y la merecía. La mayoría de los hombres seguían considerándolo el menos marcial de ambos príncipes. Lo cierto era que se había hecho fuerte sin que nadie lo supiera. Tisafernes sabía que el rey se desenvolvía con dignidad con la espada y con la lanza de guerra, además de con el arco. Algunos hombres eran guerreros natos. Era algo por todos sabido. Había hombres que destacaban por su bravura, por su velocidad y su agilidad. Sus habilidades se antojaban pura magia a los no entrenados. Sin embargo, había otra manera de convertirse en un buen guerrero, aunque era más lenta y menos vistosa. Se trataba de entrenar cada día. Y Artajerjes era la prueba de ello. Si un hombre tenía disciplina, los huesos se le endurecían, sus músculos se volvían como cuerdas y adquiría una forma física extraordinaria. Podía entrenar su cuerpo para reaccionar a una velocidad increíble. Artajerjes pasaba las mañanas sudando la gota gorda por el esfuerzo. Además de a sus esclavas, ordenaba llamar a maestros de armas para que lo entrenaran en la corte. El príncipe Ciro era un guerrero nato, o eso se decía. Artajerjes era un guerrero hecho a sí mismo. Tisafernes lo apreciaba en los movimientos del monarca. El hombre formado como un erudito se había convertido en un leopardo con un abrigo de retales.

Tras otra docena de disparos, el rey se frotó un antebrazo contra otro e hizo una mueca de dolor al notar los músculos moverse. Le entregó el arco de aspecto asesino a un esclavo y miró de frente a Tisafernes.

–Bien, Tisafernes. Infórmame. Explícame cómo se lame las heridas mi querido hermano en poniente.

El rey echó a andar mientras hablaba, lo que obligó a Tisafernes a apresurarse para caminar a su lado. Dejaron atrás a los esclavos y pasaron por el campo verde, hasta el punto en el que la linde de la meseta separaba el cielo de la tierra que se extendía más allá. Artajerjes les hizo un gesto con la mano a las sirvientas de los escudos, que retrocedieron con la cabeza gacha para no molestar al rey. Tisafernes no pudo evitar mirar a un par de ellas cuando pasaron a su lado con los escudos dorados apoyados en los hombros y sus largas piernas bronceadas resplandeciendo bajo el sol. Al fin y al cabo, tenía sesenta y dos años, no ochenta.

Artajerjes caminó hasta el borde mismo de la meseta y apoyó el pie derecho de tal modo que la mitad sobresalía sobre el escarpado precipicio y el vacío. Las aves volaban describiendo perezosos círculos junto a la ladera, por debajo de ellos. La primera capital se extendía a los pies de Artajerjes, componiendo un laberinto de caminos y jardines verdes que parecían hilos de una telaraña argéntea desde aquella altura. El humo de los fuegos de las cocinas y las panaderías se elevaba en finas volutas, formando una especie de neblina. Tisafernes sintió una mezcla de temor y embeleso al contemplar la escena. Era una larga caída, tan larga que la mente no conseguía asimilarla plenamente. Parte de él sabía el peligro que entrañaba encontrarse a tal altura e hizo que se le hiciera un nudo en la garganta.

–Majestad, me reuní con el príncipe Ciro en los confines occidentales del imperio, donde sigue viviendo en compañía de griegos y otros mercenarios. Permanecí doce días en Sardes y tuve múltiples oportunidades de observarlo tanto a él como a quienes lo rodean.

–¿Y qué viste, Tisafernes? Te envié a ti porque eres quien mejor lo conoce. ¿Sigue siendo leal?

Tisafernes respiró hondo. Había leído sus propios apuntes y los informes que habían llegado a sus manos muchas veces a lo largo del camino. Había batallado con la respuesta a esa pregunta concreta durante la última etapa del inacabable viaje de regreso a casa. Los meses de trayecto que separaban occidente del corazón del imperio implicaban que se habrían producido muchos



cambios cuando él emitiera su veredicto. Sin embargo, había tenido oportunidad de contemplar muchas cosas con sus propios ojos.

–Majestad, no creo que lo sea –respondió Tisafernes.

Artajerjes se volvió de súbito para mirarlo de frente, olvidándose de las vistas mientras el rostro se le endurecía y adoptaba una mirada de halcón que al anciano le recordó a su padre.

–¿Estás seguro? Mide bien tus palabras, Tisafernes. La guerra depende de lo que digas.

Tisafernes tragó saliva y continuó:

–Majestad, hablé con tres espías en Sardes. Los tres me indicaron que el príncipe ha reunido a una ingente cantidad de soldados, un número inusitado de ellos, señor. En sí, eso no sería sorprendente, pues se habla mucho de unas tribus montañosas y de rebeliones.

–No obstante, ¿crees que se ha vuelto contra mí, contra su propia estirpe?

Tisafernes agachó la cabeza lentamente.

–Ha reunido a una docena de generales griegos, además de a los nuestros. Los griegos son la clave en este asunto, majestad, esa es la conclusión que he extraído. Los persas desfilan formando grandes cuadros, pero los griegos están esparcidos por todo occidente. He recibido informes de Creta, de Atenas, de Lidia y de Chipre. Entrenan en esos lugares, pero responden ante tu hermano y reciben oro persa.

–¿Cuántos hay? –inquirió Artajerjes.

No parecía desconcertado por la noticia. De hecho, Tisafernes tuvo la sensación de que parecía más bien complacido.

–Nadie lo sabe con certeza, señor. Un hombre me dijo que había treinta mil griegos y otro que había solo ocho mil. El motivo de mis sospechas es justo ese. Si tu hermano comanda fuerzas de la corona, ¿por qué mantenerlas separadas?

–¿Cuál es tu conclusión entonces, Tisafernes?

–Creo que está reuniendo un ejército para venir aquí, para hacerse con el trono y el imperio.

Para sorpresa del anciano, Artajerjes dejó caer la cabeza hacia atrás y rio, enjugándose los ojos.

–Lo daría todo..., todo por que mi padre estuviera aquí para oírte. Lo predijo, ¿te lo he contado alguna vez? Disfrutaré poniendo en conocimiento de mi madre lo que su innmerceda misericordia ha ocasionado, a qué gusano mantuvo con vida, poniéndonos en peligro a todos. –Su voz se recrudenció a medida que hablaba y el humor se evaporaba–. Bien, Tisafernes. Te agradezco tu trabajo. Has demostrado tu valía y te estoy agradecido por ello. Es posible que me hayas salvado la vida, de manera que te otorgo el título de «Pir». Eres un anciano sabio y todos los hombres de menor rango se dirigirán a ti como «señor» o «Pir Tisafernes». Mi senescal modificará los registros y te entregaré una copia.

Tisafernes se arrojó al suelo todo lo largo que era sin desenrollar su esterilla. La arenilla hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas, lo cual no era malo dadas las circunstancias.

–Majestad, me abrumas con tamaño honor.

–En absoluto, Tisafernes. ¿Acaso no debería recompensar las buenas noticias?

–¿Buenas noticias, señor?

–¡Por supuesto! Mi labor es llevar al ejército imperial al terreno de batalla, como los reyes de antaño. Tú me acompañarás, Tisafernes. Siempre has hablado de tus valientes tiempos en el ejército. Disfrutaré viéndote recordar los años dorados de tu juventud.

Tisafernes solo pudo balbucear su eterna fruición ante tal perspectiva, aunque la idea de pasar más meses a lomo de un caballo le hizo sentir ganas de llorar de frustración.

El rey miró hacia la ciudad que soñaba a los pies de ambos.

–Si mi hermano quiere enfrentarse a mí en batalla, tal vez lo sorprenda. –Despacio, Artajerjes apretó el puño como si hiciera un juramento y lo elevara hacia el sol–. Mi padre nos contemplará a ambos, no lo dudo. Cuando dos príncipes se enfrentan en el campo de batalla, Pir Tisafernes, solo puede quedar uno. El otro alimentará a los milanos y los cuervos. Así está escrito.

Ciro detuvo a los hombres en Tápsaco, tras cinco jornadas de dura expedición. Tápsaco era una ciudad rica y antigua, y él ansiaba disfrutar de un baño y de la privacidad de la riqueza y el poder. Un magnífico arco blanco se cernía sobre la ciudad y el río Éufrates discurría cerca de sus murallas. Tápsaco había crecido junto al gran lecho de aquel río ancestral, que en un principio había servido como abrevadero para los animales y como lugar de intercambio de artículos comerciales. En el transcurso de incontables generaciones, la ciudad se había convertido en uno de los mayores centros de la región. Los mercados de especias y esclavos se disputaban el espacio y había riqueza suficiente para mantener calles, parques y un palacio del gobernador. Era la

última ciudad de poniente, el último refugio civilizado antes de adentrarse en el tremendo calor de los desiertos y las montañas que se extendían más allá.

Ciro condujo a su columna hasta la ciudad, donde buscó

alojamiento para tantos hombres como fue posible. Los mercaderes vendían noticias, además de azafrán, azúcar, marfil y clavos de hierro. En menos de una hora, Ciro había averiguado que Tisafernes había llegado a Susa un mes antes y solo había reposado allí un día antes de proseguir su camino. La columna había acortado distancias con el persa y, por ende, había reducido su ventaja. La idea le satisfizo.

A primera hora de la noche, además de los sótanos, comercios y viviendas, hasta el último establo de la ciudad estaba ocupado por hombres. Ciro también llenó de soldados el parque real, permitiendo a sus regimientos descansar en jardines diseñados por su abuelo. Pero seguían quedando demasiados.

Fuera de las murallas, los trabajadores del campamento montaron las tiendas de campaña, dispusieron los carros en círculo y organizaron forjas y talleres, cocinas, tiendas y letrinas. En los meses estivales no había demasiadas necesidades de hospedaje. Y aunque las ráfagas de viento podían levantar polvo, la mayoría de quienes conformaban la columna durmieron bajo las estrellas, tapados con una manta fina o el abrigo.

Cuando el sol tiñó el horizonte de manchas rojas y lilas, los oficiales de más alto rango atravesaron los terrenos del pequeño palacio real para reunirse con el príncipe Ciro, apabullados por el esplendor circundante. Había cuencos dorados llenos de ondulante aceite y gruesas velas de sebo en cada nicho. La luz en sí era ya un símbolo de riqueza y poder que imprimía a cada noche la sensación de un jolgorio privado o de un ritual secreto.

En el salón de banquetes, Ciro aguardaba en pie a un lado, en lugar de recibir de frente a todos cuantos entraban. Parecía conversar ociosamente con Clearco mientras se reunían, aunque en realidad observaba y juzgaba a los recién llegados. El salón era uno de los pocos lugares de Tápsaco donde podía dirigirse a todos sus generales. No había teatros en las ciudades persas, aunque pensó que ordenaría construirlos cuando hubiera acabado con su hermano. Si un rey podía rehacer una montaña, sin duda su hijo podía rehacer un imperio.

En los sesenta días de trayecto, Ciro se había aprendido los nombres de todos los oficiales a

sus órdenes y también de muchos de los soldados de rangos inferiores. Vistos en retrospectiva, aquellos dos meses se antojaban un sueño apacible, un viaje juntos sin gran urgencia, con pocas distracciones y escasos peligros. No había podido ampliar el número de hombres una vez habían iniciado la larga marcha hacia el levante. Y tampoco había sido posible forzar el ritmo más allá de un brío razonable. Avanzaban cual flecha disparada con un arco: era imposible dar marcha atrás.

Tal como Clearco había prometido, los entrenamientos básicos habían continuado en los días de descanso y las noches, pero, en general, se habían limitado a caminar y caminar. Era difícil que dos hombres siguieran siendo unos desconocidos tras sesenta días de periplo juntos. Ciro notaba los lazos como argollas de hierro que se habían formado entre ellos. Había acabado por saber con cuáles de sus oficiales prefería tratar y a cuáles evitar. Recibió como amigos y colegas a hombres como Próxeno y Soféneto de Estinfalia. En cambio, sentía un vínculo más débil con sus compatriotas, por más que compartieran idioma y una cultura que los griegos desconocían. Hombres como Orontas y Arieo parecían pertenecer al pasado, al mundo que anhelaba derrocar. Ciro sintió una punzada de desagrado cuando entraron en el salón, pero aun así les sonrió. Había quien sostenía que la lealtad no podía imponerse, pero Clearco tenía una teoría que Ciro consideraba atinada. Al margen de lo que un comandante opinara realmente de sus hombres, costaba muy poco darles un recuerdo dorado que atesorarían durante el resto de sus vidas. La figura de un príncipe real tenía tal relevancia para sus generales que una sola palabra de su boca podía clavárseles en el corazón como una daga entre las costillas. Si jugaba bien sus cartas, Ciro conseguiría que entregaran la vida por él después de aquella velada. Ese había sido el consejo del espartano y Ciro no había tenido inconveniente en ponerlo a prueba.

El príncipe se obligó a saludar con un asentimiento de cabeza a Orontas y Arieo mientras observaba cómo ambos se postraban simultáneamente bajo la mirada curiosa de los griegos. Arieo saludó a algunos de los presentes cuando quedó libre, tomó una gran copa de vino y se dedicó a departir con los conocidos de su agrado. Orontas carecía de don de gentes y se limitó a sorber un zumo de fruta. Desde buen principio, Ciro había detectado solo una fría obediencia en él. No notaba ninguna argolla de hierro nueva con Orontas, ninguna fraternidad recién forjada. Además de Arieo, había media docena de oficiales persas que admiraron a Ciro como si los cegara el sol. Este suspiró para sus adentros. El problema era que su oficial de mayor rango era un hombre de una frialdad extrema. Si aquella noche Orontas se partiera el pescuezo cayendo de la muralla de la ciudad, Ciro sabía que soportaría su pérdida con dignidad. Por desgracia, el hombre no bebía vino. Orontas era el paradigma de un persa abstemio. Después de cenar probablemente pasaría la noche orando a Ahura Mazda en un templo. Ciro sacudió la cabeza mientras bebía de su copa. Algunos hombres no conocerían nunca la grandeza, esa era la pura y simple verdad. Orontas era competente y reflexivo, pero no había hilo dorado ni ningún pozo oscuro en su interior. O, de existir, había optado por no compartirlo con su príncipe.

Entró entonces Menón de Tesalia, que se quedó admirando maravillado los techos abovedados. A su lado caminaba Sosias de Siracusa. Ciro también les sonrió, aunque fue en parte por el recuerdo de un joven espartano a quien le costaba pronunciar la «s». Clearco se lo había prestado a Sosias como edecán por un día, para que anunciara la presencia del oficial sénior allá donde fuera el general de Siracusa. Y Sosias lloraba de la risa, colgado del joven espartano, a quien el asunto divertía menos y enfriaba más a cada hora que pasaba.

Conforme los hombres iban entrando, los criados los conducían a su lugar en la mesa y hacían desaparecer sus capas y abrigos. Algunos permanecían de pie, conversando en corrillos de

amigos. Otros tomaban asiento de inmediato y colocaban su cuchillo junto a los otros que ya habían dispuesto para ellos. Ciro divisó a uno de los griegos observando con curiosidad un cuchillo de melón de forma extraña y comprobando el filo con el pulgar. Al príncipe le pareció divertido, aunque lo cierto era que cada vez admiraba más a los griegos. Preferían las obras de teatro a la poesía, la disciplina a la obediencia y las palabras a la música. Había aprendido cuanto había podido sobre ellos a lo largo de los años y, tras meses de expedición, había establecido una relación de cercanía con ellos desconocida para él. Había tenido ocasión de comprobar que la vida codo con codo con los soldados ofrece una perspectiva extraordinaria. Había descubierto que gran parte del éxito de los griegos en el campo de batalla dependía del orgullo personal y de su convicción absoluta de que eran los mejores del mundo y de que Grecia no tenía parangón ni en la guerra ni en las artes. Ciro se estremeció al recordar la velada de música persa que había ofrecido a sus generales. Se habían oído muchas risas, empeoradas por los esfuerzos de reprimirlas.

Ciro pensaba que, a título personal, tal vez Orontas fuera su general menos agresivo, por más que los comentarios de los otros lo hicieran escupir rabia. De hecho, hubo que disuadirlo de retar a Próximo a un duelo de honor, aunque con toda probabilidad el griego se lo habría comido vivo.

En cierto modo los griegos de quienes se había rodeado eran unos bárbaros, se confesó Ciro interiormente. Sin embargo, luchaban como demonios de Ahrimán... y no se rendirían. Aquella era la clave de su éxito, había determinado. Por más que la batalla se volviese en su contra y el desastre y la muerte los contemplaran directamente a los ojos, no huirían. Todos los ejércitos persas que había conocido aceptaban que había tres ocasiones en las que la única opción sensata era replegarse corriendo en las montañas: cuando la batalla estaba claramente perdida, cuando los oficiales habían muerto y cuando el enemigo embestía rugiendo. Era una creencia consolidada en la cultura imperial. Orgullo en la victoria y lealtad a los oficiales..., pero, en caso de fracaso, el guion cambiaba. Si aplastaban y superaban a tu propio bando, era imposible invertir la situación. El fracaso era el final.

Ciro susurró una bendición a Ahura Mazda mientras bebía y se dirigió hacia su puesto en la cabecera de la mesa. Todos los comensales se pusieron firmes, unos permaneciendo en pie tras sus sillas y otros levantándose de sus asientos. El príncipe repasó el salón en toda su longitud, comprobando cómo se habían colocado los generales por instinto. Sacudió la cabeza, súbitamente irritado con todos ellos.

Empezó a hablar en griego y luego repitió sus palabras en persa. Las lecciones de idiomas habían formado parte de su larga marcha, y sus progresos habían sido mucho más lentos de lo previsto.

—Señores, ¿apreciáis que un lado de mi mesa es griego y el otro persa? Por favor, no sois enemigos. Desde hace meses os veo comer y entrenar juntos. Por favor, alzaos de nuevo, buscad a vuestro opuesto y cambiad de lado.

Se oyeron risas mientras lo hacían. Ciro no acabó de lograr su propósito, puesto que muchos acabaron enfrentados de nuevo, pero al menos destensó el ambiente, cosa que agradeció.

—Gracias —dijo.

Hizo una señal al senescal real y todos los criados salieron en tropel, dejando que fueran los comensales quienes se sirvieran el vino de las jarras depositadas en la mesa. Ciro vio que algunos lo hacían de inmediato.

—Cuando os veo sentados como amigos —añadió—, albergo esperanza para nuestros pueblos... y para el futuro. Utilizamos monedas distintas, pero todos valoramos el oro y la plata, al margen de

cómo se hayan estampado. El metal es lo verdaderamente importante. Quienes estáis sentados a esta mesa podéis hablar idiomas distintos, pero todos somos guerreros, soldados. Entendemos la injusticia. Y entendemos la deshonra.

Las sonrisas se marchitaron al notar que su voz se endurecía. Todos los ojos se posaron en él. Ciro hablaba en voz baja, pero no había ningún otro sonido en toda la sala y escucharon todas y cada una de sus palabras en ambos idiomas.

Ciro miró a Clearco y vio que el espartano agachaba la cabeza, solo una fracción. Era el momento que habían planeado y preparado juntos. Y aunque Ciro notaba que el corazón le latía a la velocidad del de un pájaro, había convenido en que no podían aguardar a avistar el ejército imperial de Persia en el campo de batalla. Tenía que revelar a sus hombres su verdadero cometido o arriesgarse a perderlos en el peor momento posible.

—Señores, he cabalgado y caminado a vuestro lado desde Sardes. Al margen de lo que suceda, habéis marchado conmigo a través de las tierras de Babilonia. Habéis contemplado el magnífico Éufrates, la arteria del imperio. Teneros aquí me llena el corazón de orgullo. No obstante, para algunos de vosotros quizá el viaje concluya esta noche. —Respiró hondo, a medida que aquella acción tan sencilla parecía convertirse en algo que requería meditación y control consciente. Poco a poco, Ciro se puso en pie y se apoyó en sus nudillos mientras clavaba la mirada en ellos—. Mi intención no es ni nunca ha sido ir al encuentro de las tribus montañosas de los pisidas. No podía revelar mis intenciones mientras había oídos ajenos a la escucha en Sardes. Espero que me perdonéis las mentiras necesarias. Incluso hoy habrá espías que escucharán e informarán. Pero aun así os he hecho venir. —Hizo una pausa para darle un trago al vino.

Clearco clavó la vista en la mesa que tenía delante, deseando que el joven hallara las palabras pertinentes.

—Mi padre, el rey Darío, no era el primogénito. Destronó a su hermano, a quien consideraba incapacitado para ser rey. Le arrebató una corona manchada de sangre y se la colocó sobre su propia cabeza. Señores... —Se inclinó más hacia delante y en ese momento, con todos ellos conteniendo el aliento, le pareció estar mirando una pintura. La idea le hizo sonreír—. Señores, considero que mi hermano Artajerjes no está preparado para ocupar el trono de Persia. Os he congregado, entrenado y traído a este lugar, pero no como un final, sino como el principio de un nuevo reinado.

Los generales persas intercambiaron miradas y susurros, presas de una conmoción evidente. Los griegos fingieron sorpresa. Fue una actuación pésima y Ciro se preguntó si quedaba alguien entre ellos que no conociera el verdadero propósito de conducir a aquel ejército hacia oriente.

—Soy comandante en jefe de los ejércitos de Persia —presionó Ciro—. Soy el hijo de mi padre, descendiente directo por línea sanguínea de la dinastía aqueménida. Soy el heredero al trono en este momento. Si Artajerjes sufriera una fiebre mientras duerme y falleciera esta noche, mañana sería rey. Quiero que me entendáis bien. No soy ningún usurpador ni traidor al trono. Yo soy el trono, el rey a la espera, como mi padre antes de mí. Y desafío a mi hermano en el campo de batalla por derecho ancestral.

Clearco asintió y carraspeó, tal como hicieron muchos de los generales griegos. Frotaron los nudillos en el mantel, apoyando a Ciro, ayudándolo con sus voces y sus modales, e intentando influir en quienes estaban sentados entre ellos. Ciro vio al general Arieo proceder de igual modo, alentando en murmullos a escuchar al príncipe mientras se rellenaba la copa. Pero no le sorprendió demasiado. Era difícil no dejarse arrastrar por la marea que azotaba la sala, pensó. Rogó que lo hiciera.

El príncipe no se atrevió a mirar a Orontas mientras hablaba, aunque todos sus músculos bregaban por girarse aunque fuera un poco y comprobar cómo estaba encajando sus palabras. Orontas podía arrastrar consigo al resto de los persas, por el hecho de ser el oficial de mayor rango. Y por lo mismo, si rechazaba unírsele, podía sembrar una semilla que se convirtiera en una vid y los estrangulara a todos.

—¿Me negaréis ese derecho al desafío? —les preguntó Ciro.

Los griegos que hablaban ambos idiomas gritaron en dos ocasiones que no lo harían, convirtiendo sus voces en un coro de apoyo. Y cada vez eran más los persas que se les unían, según pudo comprobar Clearco. Al fin Ciro se armó de valor para mirar a Orontas y vio que también muchos otros observaban al general persa, a la espera de su respuesta antes de decidirse a dar el salto. Pese a su complexión menuda y a no ser un agitador, en aquel momento Ciro entendió que Orontas era un auténtico líder. Lo miraban como miraban a Clearco, aunque era imposible determinar lo que ambos tenían en común más allá de ese hecho.

Orontas lo observaba con ojos desorbitados y la boca entreabierta. Al parecer, él no había recelado de cuál era la auténtica misión de aquella gran expedición. Ciro notó que su exaltación se desvanecía al comprobar que no se había ganado a la mesa, y que no lo haría mientras aquel hombre se le resistiera. Pero el príncipe no era ningún cobarde y respondió con un ataque frontal, llamándolo por su nombre por encima del alboroto.

—¡General Orontas! La mano de mi padre te otorgó el rango que ocupas. Le hiciste un juramento a él... y a mí, como comandante del ejército.

—Y a tu hermano —replicó Orontas.

Sus palabras prácticamente se perdieron entre el parloteo, pero Ciro las atrapó al vuelo. Frunció el ceño y notó que su rostro se enrojecía y oscurecía. Clearco y Próximo habían debatido qué había que hacer con cualquiera que desatase su orden.

Ciro no quería ver a Orontas abandonado en un charco de su propia sangre, pero apretó la mandíbula y juró que lo haría si no le quedaba más remedio. A aquellas alturas, ya no había marcha atrás. Repondría las cosas cuando fuera rey. Si tenía que hacerlo, pagaría una compensación por su muerte a la familia. Sería otra deuda más que añadir a su nombre, otro mal que subsanar.

—¿Me negarás mi derecho a desafiarlo, general? —preguntó Ciro con voz queda.

Parte del ruido se fue apagando y Ciro vio a Orontas juzgar a quienes lo rodeaban antes de negar con la cabeza, con unos ojos sombríos más por el pesar que por el júbilo.

—No lo haré, alteza —respondió.

La mesa estalló en vítores y Ciro fue zarandeado por hombres que se le acercaron saltando desde ambos bandos. Durante todo ese tiempo, vio a Orontas pasarse una mano por la frente para enjugarse el sudor. Orontas permaneció sentado, con la mirada clavada en la mesa y la copa de vino intacta. No se había opuesto a su príncipe. Ciro casi habría preferido que lo hiciera, para poder zanjar aquel asunto de manera limpia y rápida, hincando una espada afilada. En lugar de ello, el persa abandonaría aquella mesa vivo, mas sin la confianza plena del príncipe. Era una nota amarga para contrarrestar el alborozo de los demás. Con una sonrisa apenada, Ciro alzó la copa para brindar por los hombres que había reunido en aquel lugar aquella noche. Orontas tomó una copa de agua y juntos brindaron por la Casa Real Aqueménida y por el desafío a un príncipe de la realeza. Los tenía. Por la gracia del vino o del agua, o por la gracia de Dios, pero los tenía.

El rey Artajerjes cabalgó a lomos de su caballo frente a los regimientos que se extendían en la

distancia, más lejos de lo que podía ver en la neblina. Notó el pecho henchido de orgullo ante la idea de desplegar a tantos soldados a sus órdenes, tal como un halcón vuela desde el guante del cetrero. Con una palabra suya, aquellos hombres sembrarían la destrucción. Era el único poder real en el mundo y descubrió que le embriagaba, como si hubiera bebido un vino dulce que llevara demasiado tiempo en el pellejo.

El ejército que se había congregado por orden del rey se dividía en cuatro partes, cada una de ellas del tamaño de una ciudad. Más que una marcha de regimientos, parecía una migración de naciones. Artajerjes había enviado mensajeros al norte, al sur y al este, pero no al oeste. No había querido alertar a su hermano antes de lo debido. En lugar de ello, la Casa Real Aqueménida había reunido a una hueste comparable a los granos de arena de los desiertos. Arrasaban con la comida de la faz del imperio en su avance, aumentando más y más su número conforme llegaban nuevos hombres.

El rey vio a Tisafernes acercarse a caballo. Lo rondaba como un moscardón, pero las impenetrables filas de guardias imperiales le impedían aproximarse a él. Artajerjes lamentaba haberle concedido un título y la autoridad que conllevaba. Había sido un pequeño capricho que se había dado. Sabía bien que su viejo tutor prefería la vida cómoda de la corte a la de campaña. Al rey le había divertido volverlo a enviar a la batalla, y al pobre diablo no le había quedado más remedio que fingir que se alegraba. Pero lo cierto es que Tisafernes había asumido su papel con un entusiasmo que le había sorprendido. Tisafernes comandaba su flanco del ejército con mirada firme, señalando los errores de colocación y estructura. Media docena de oficiales se habían quejado por ello y Artajerjes había ordenado azotarlos; tres de ellos habían fallecido y las quejas habían cesado de manera abrupta.

Artajerjes descubrió cuánto fatigaba aprovisionar de comida, bebida y material a tantos hombres, por no hablar ya del ganado, la caballería, las fraguas, las cuadrigas y las tiendas de campaña... Cerró los ojos. Si más no, su hermano le había costado ya sumas inimaginables de oro. Sin embargo, nada de eso era asunto suyo. Él era el halconero. Y ellos el ave que se inclina en el viento.

—¿Majestad?—lo llamó Tisafernes, asomándose entre los hombros que le impedían ver al rey—. Uno de mis mensajeros ha regresado esta mañana. Un pájaro, majestad.

Artajerjes le hizo caso omiso, anhelante de escuchar solo el silencio. Percibía cierta turbulencia en el corazón de su antiguo tutor. El rey se preguntó cómo era posible que no la hubiera notado antes. Algunos hombres tienen un alma plácida y dan paz a quienes los rodean. Tisafernes conseguía justo lo contrario: dejaba olas y enojo tras él. El rey sabía que en cualquier momento podía hacerlo asesinar por uno de sus guardias. Solo tenía que ordenarlo. Le arrancarían la lengua o la cabeza sin titubear. Sin embargo, pensó que debía refrenarse. No era un niño que estallara por capricho. No, sus respuestas debían ser meditadas, y mucho más terribles precisamente por eso.

—Majestad..., la paloma traía noticias de tu hermano—insistió Tisafernes.

Finalmente, el rey miró hacia él, y vio al gordo hombre sonrojado y sudoroso bajo el sol. Artajerjes hizo un gesto impaciente y se permitió el paso a Tisafernes, que se estiró las túnicas para ocultar las manchas de sudor.

El rey aguardó mientras los criados ayudaban al anciano a desmontar y postrarse, y lo presionó con fuerza hacia abajo cuando intentó no rozarse con el polvoriento suelo.

—Infórmame, pues, Pir Tisafernes. Háblame de Ciro.

—Majestad, la corona mantiene pajareras en Susa, Larisa y Mespila. Tu padre tuvo la fortuna y



la previsión de hacerlo. Su sabiduría nos sigue protegiendo, alteza. Por supuesto, los palomares están en Persépolis, de manera que cuando las aves regresaron hubo que traer el mensaje hasta aquí, hasta el desierto. Qué buen juicio demostró tener...

—¿Tisafernes? Háblame de mi hermano. Me apetece descansar y darme un baño, no escucharte.

—Por supuesto, majestad. Solo uno de mis pájaros logró llegar, pero habla de un gran ejército liderado por el príncipe Ciro, tal como predije, majestad. Vienen de occidente, de Sardes.

—¿Y qué más? —inquirió Artajerjes.

Tisafernes dejó caer la cabeza como respuesta.

—Nada más, majestad. Los pergaminos atados a los pájaros son diminutos. De otro modo, no podrían volar. Es un milagro que una de las palomas consiguiera llegar a Persépolis, sorteando los halcones, las tormentas y la extraña magia de los desiertos.

El hombre vio que la mirada del rey se endurecía y zanjó la conversación, consciente de que estaba parloteando de nuevo.

—Nada más, majestad.

—Muy bien. Es suficiente. Ya sabemos dónde estaba... ¿hace cuánto? ¿Unas pocas semanas?

Tisafernes asintió con la cabeza.

—Bien. He reunido a un océano, Tisafernes. Es posible que no vuelva a hacerlo, y me siento agradecido por ello. En esta ocasión he convocado a toda la fuerza armada de Persia... con excepción de los hombres del oeste.

Artajerjes repasó a los regimientos que marchaban a través de la cuenca del desierto, con los ojos entornados para protegerse del polvo y de la brisa.

—Debería agradecerle a mi hermano que me haya permitido vivir esta experiencia. Intento grabármela en la memoria, Tisafernes, para poderla recordar el resto de mi vida, cuando mi ánimo esté bajo. Es... una imagen gloriosa, digna de un rey.

Tisafernes levantó la cabeza para observar el desfile del ejército expedicionario. No compartía la vena romántica que parecían haber heredado los hijos de Darío, pero sí apreció el poder bruto de aquella hueste. No había una milicia tan populosa y variada en todo el mundo. Y él cabalgaba junto al legítimo rey para destruir a los traidores. Costaba imaginar una misión más elevada o gratificante.

A cien kilómetros de Tápsaco, el terreno se convertía en desierto en un solo día. El liquen de los arbustos y la hierba desaparecían ante extensiones cada vez más vastas de arena tras las cuales se desplegaban auténticas dunas refulgentes bajo el calor. No pasaban por ningún río sin rellenar hasta la última barrica, pellejo y botella que tenían. Los mapas que portaban mostraban los cursos ribereños como hilos oscuros, pero no eran tan precisos como a Ciro le habría gustado, al menos no cuando la supervivencia dependía de ellos. El verano tocaba a su fin en Babilonia y el calor parecía algo vivo, una lengua de fuego que titilaba y empujaba a los soldados en marcha.

Clearco había percibido el deterioro en el estado de ánimo de las tropas tras su paso por Tápsaco. Lo había notado en los murmullos de los soldados y las miradas ladinas a Ciro. La noticia se había propagado por fin. Ninguno de aquellos hombres, ni griegos ni persas, había firmado y aceptado un salario por enfrentarse a los ejércitos ilimitados del Gran Rey.

La sensación de fraternidad que se había desarrollado en el transcurso de los meses de entrenamiento y marcha juntos parecía deshilacharse como tela podrida. Por supuesto, siempre habían estallado reyertas en los campamentos al anochecer. La combinación de hombres, monedas, vino y armas era peligrosa. Pero era mucho menos habitual que se produjera una trifulca en marcha, y sobre todo que derivara en un disturbio entre centenares que se saldó con dos persas y cuatro griegos muertos en el suelo. Y lo que era aún peor, los hombres se negaban a denunciar quién había iniciado la algarada. Clearco ni siquiera estaba seguro de que lo supieran. Estaban enfadados y se enojaban más a cada día que pasaba, esa era la cuestión. Advirtió a sus oficiales de nuevo acerca del calor y de su efecto en los nervios. Aleccionó a regimiento tras regimiento acerca de la necesidad de lavarse para desprenderse del sudor y no sufrir ampollas ni quemaduras en la piel. Pronunció un millar de órdenes e intentó concentrar el resentimiento de los hombres en él, para limar asperezas entre ellos. Aun así, el ambiente siguió ensombreciéndose.

Transcurrieron otras diez jornadas durante las cuales avanzaron hacia el sur y el este, adentrándose en los desiertos y dejando atrás los últimos signos del comercio y la civilización. El séptimo día, el contingente griego al completo se plantó a los pies de una montaña y dejó que los regimientos persas continuaran la pesada marcha sin ellos. Sus oficiales cabalgaron perplejos filas arriba y abajo, vociferando órdenes, pero los soldados permanecieron quietos, tercos como mulas, con los talones clavados en la arena y la mandíbula apretada. Los persas, que continuaron su avance, volvieron la vista para mirarlos, hasta que también ellos se detuvieron, mientras los oficiales debatían qué hacer. La columna permaneció inmóvil bajo un sol del mediodía que azotaba como un látigo sobre la piel desnuda. Regimiento tras regimiento de griegos desoyó las órdenes e hizo caso omiso de las amenazas proferidas. En lugar de obedecerlas, se sentaron en la arena, aunque estaba tan caliente que ampollaba todo cuanto tocaba.

Ciro retrocedió a caballo desde el frente, donde los exploradores seguían sacándoles ventaja. Llamó a su lado a Arieo, que, a diferencia de Orontas, era célebre por contar con la simpatía de

las filas. Arieo solía ir acompañado por jóvenes elegidos entre el resto por su belleza física. Uno de ellos corría a su lado; Arieo tiró de las riendas, saltó del caballo e hizo ademán de postrarse.

Ciro detuvo la acción con un gesto.

–¿Qué sucede, Arieo? ¿Por qué nos detenemos? No he dado órdenes de hacerlo.

Arieo se arrodilló en la arena para responderle, aunque le quemaba la piel. Ciro notó que perdía la paciencia.

–¡Respóndeme! Ponte en pie y habla.

El persa lo miró boquiabierto mientras se levantaba de nuevo.

–Alteza, no pretendía ofenderte. Nuestros regimientos se han detenido porque los griegos se han parado primero. Entiendo que no se han tomado bien la noticia acerca de... nuestro destino.

–¿Qué? ¿Se están amotinando? –preguntó Ciro conmocionado.

Aquella palabra comportaba los castigos más severos. Regimientos enteros habían sido masacrados como ganado en el imperio con anterioridad después de que un solo hombre se negara a cumplir una orden. A resultas de ello, el término rara vez se pronunciaba en voz alta, por temor a que actuara de chispa. Tanto Arieo como su acompañante palidieron. Sintieron cierto alivio al ver que se aproximaban otras personas por aquella llanura blanca quemada. Los tres se volvieron y, al protegerse los ojos del sol, vieron a Orontas avanzar al galope hacia el príncipe, con Clearco corriendo tras él, agarrado con una mano de la cola del caballo.

–Desmonta e inclínate ante mí, general –le gritó Ciro al persa antes de que tuviera oportunidad de decir nada-. ¿Es esto un motín?

Percibió la mueca que cruzó el rostro del espartano al escuchar tal palabra, pero Clearco negó con la cabeza enseguida y respondió:

–Permíteme hablar con ellos antes de ponerle un nombre, alteza. Ha habido cierta agitación, eso es innegable. Pero nada que no hubiéramos previsto... –El espartano notó la mirada de los dos persas sobre él y reformuló la frase-. No más de lo que me dijiste que podíamos esperar. Creen que les han mentido y les asusta la idea de enfrentarse a los ejércitos reales.

–Alteza –intervino Arieo-, da la orden y haré que los azoten a todos y que castren a uno de ellos delante de los demás. Después de eso ya nadie se negará a marchar, puedes estar seguro. Basta con recordarles a estos soldados extranjeros que eres el heredero al trono, hijo de la Casa Aqueménida. Es tu derecho desafiar a tu hermano, alteza.

El hombre hablaba como si le goteara aceite de la boca, pensó Ciro. Aunque Arieo había expuesto sus propios argumentos de la manera más sucinta posible, como podía esperarse, le resultaba algo desagradable.

–Si el general Arieo intenta hacer algo así con mis espartanos, destruirán el ejército que los rodea, alteza –advirtió Clearco.

–¿Destruirlo? –replicó Ciro con tono desafiante.

Clearco lo miró fijamente en silencio, ultrajado por la amenaza del persa. Fue Ciro quien apartó la mirada primero. Se volvió hacia el general persa.

–Necesito que avancen, Arieo, no desperdiciar a hombres buenos. Dejemos que el calor les pase factura. Han escogido detenerse a mediodía donde no hay ni una sombra. Esperemos unas cuantas horas y ofrezcámosles la posibilidad de desplazarse al valle que, según los mapas, nos espera más delante. Entonces les enviaré agua fría... y un mediador sosegado cuando estén dispuestos a escucharme.

Clearco alzó una ceja en gesto interrogativo y Ciro asintió con la cabeza mientras daba media vuelta. Arieo era un jinete excepcional, pero desde luego no un mediador sosegado. Ciro pensaba

que si enviaba a Arieo, aunque le prohibiera la amenaza de castración, seguramente se produciría una revuelta.

Menón de Tesalia se acercó al trote desde las filas. Había recibido un puñetazo en la cara hacía poco y tenía el ojo derecho hinchado y empezaba a amarotarsele. Próximo, el enorme y huesudo griego, avanzaba a escasa distancia de él con la cara roja como la grana, aunque resultaba difícil determinar si era a causa del sol o de la vergüenza. Ambos se inclinaron y Menón habló mientras el príncipe se volvía hacia él:

–Alteza, me gustaría hablar con mis hombres antes de que se valore ningún castigo. Sabíamos que podía haber... retenciones. A fin de cuentas, los contratasteis para enfrentarse a tribus montañosas, no a soldados imperiales. Aun así, alteza, la mayoría de ellos son inocentes. Sospecho que los espartanos los están induciendo a comportarse así. Mi regimiento solo espera una oportunidad para unírsele aquí, de eso estoy seguro. Si me permites hablar con mis oficiales, sé que puedo conseguir que mis muchachos retomen la marcha.

–¿Qué te ha pasado... en la cara? –preguntó Ciro.

–Ah, esto, no es nada, una desavenencia personal con otro hombre, alteza. Una deuda de juego.

Era una mentira tan flagrante que Ciro no se molestó siquiera en contestarle. Fue Clearco quien habló:

–Parece que te han pegado un puñetazo en la cara, Menón. ¿No crees que yo podría explicarles a mis espartanos que se han pasado de la raya? No son solo muchachos a quienes he pagado y entrenado, son hombres a quienes conozco de toda la vida. ¡Tengo cuatro primos y dos sobrinos en mis filas!

–¿Y qué tiene eso que ver? Si estuvieras seguro, creo que ya lo habrías intentado –le espetó Menón para sorpresa de todos–. Sin embargo, tus amados espartanos no se han desmarcado, ¿no es cierto? Se niegan a continuar, igual que los demás. No veo que sigan marchando, ¿tú sí? De manera que quizá este no sea el mejor momento para presumir de espartanos, Clearco. Contento solo esta vez, por favor, mientras solventamos este asunto.

El silencio que siguió fue algo más que un poco incómodo.

–No me cabe duda de que ambos podríais sacar a vuestros hombres de la columna –intervino Ciro–. No obstante, si os permito acercaros con esta intención, cuando los otros entiendan lo que os disponéis a hacer, os matarán. Incluso si estáis en lo cierto, no habrán venido por su propia voluntad. ¡No puedo tener mercenarios que se sienten esclavos!

Su tono de voz había ido en aumento mientras hablaba y ambos generales dejaron que su enojo se filtrara en su propia lucha tácita.

Clearco alzó la mirada hacia el príncipe. Hincó una rodilla, un gesto que hizo que Menón pusiera los ojos en blanco y que no pasó desapercibido a los demás.

–He lidiado con asuntos parecidos en el pasado, alteza. Déjame hablar con ellos primero. Si fracaso, Menón puede intentar desmarcar a su grupo. Es posible que funcione, o que discutan y eso prenda la mecha de la violencia. En cualquier caso, te ruego que me concedas esa oportunidad primero, a solas.

–Sienten un temor reverencial hacia los espartanos –dijo Ciro–. Toda mi gente, lo sabéis, y todos los hombres de Grecia aspiran a ser como vosotros. ¿A qué se debe? ¿Es solo una leyenda? ¿O hay algo más que la disciplina y la destreza con la espada?

Clearco sonrió.

–En Esparta no construimos monumentos, ni estatuas ni murallas que rodeen la ciudad. Nosotros somos las murallas, alteza. Nosotros somos los monumentos. Soy espartano y todos los espartanos

me conocen, porque soy uno de ellos. –Se encogió de hombros al ver las miradas inexpresivas de quienes lo rodeaban–. Hay gente que nace para liderar, alteza. Hay líderes natos. En Lacedemonia entrenamos tanto la mente como el cuerpo. –Sonrió un instante, como perdido en un recuerdo–. La mente puede ser igual de importante que el cuerpo. Por eso te pido que me dejes intentarlo primero. Permíteme analizar el problema. Antes de convocarlos, antes de ninguna castración o flagelación. Continúa cabalgando con los persas y los seguidores del campamento hasta donde tendríamos que detenernos esta noche. Yo acudiré a tu encuentro allí. Te doy mi palabra, te lo juro por Ares. Si no me matan, iré.

–De acuerdo –dijo Ciro.

El mayor honor que podía concederle a Clearco en aquel momento era alejarse en su caballo como si considerase que el asunto estaba zanjado. Los miles de hombres y mujeres del campamento les habían dado alcance mientras hablaban y observaban confusos a las filas de soldados sentados que continuaban discutiendo y gesticulando. Al pasar de largo, algunas mujeres llamaron a hombres a quienes conocían, pero o no les hicieron caso o recibieron un encogimiento de hombros por toda respuesta.

Ciro vio varias docenas de caballos que subían por los flancos. Reconoció al joven Jenofonte y a su compañero Hefesto cabalgando en los extremos. Mantenían a los animales y a una docena de pilluelos en orden cuando se detuvieron e intercambiaron miradas con los griegos sentados. Era una escena de lo más corriente y, al mismo tiempo, nueva y terrible. Sus mercenarios lo habían abandonado. Tuvo la sensación de que se le abría una oquedad en el pecho, bajo el abrigo, una especie de náusea. Sacudió la cabeza, hincó los talones y espoleó a su montura a avanzar.

–Te espero a la puesta de sol, general –gritó Ciro por encima del hombro–. Habrá vino.

Clearco miró a los generales que habían acudido a aquel lugar con él. Incluyó la cabeza señalando al príncipe.

–Ya habéis oído al príncipe, muchachos. Vamos.

Menón empezó a decir algo, pero Próxeno le golpeó en el hombro con fuerza al pasar junto a él y perdió la ocasión de hacerlo. Sumidos en distintos estados de ánimo, desde la cólera hasta la más lúgubre aceptación, dejaron al tirano espartano para que se enfrentara solo a los griegos.

Clearco se alzó delante de los regimientos. Al principio, algunos hombres le arrojaron piedras para expulsarlo, pero sus espartanos pusieron fin a tal acción con palabras y gestos de enojo. El propio Clearco tuvo que intervenir para evitar que estallara una trifulca sobre las abrasadoras arenas. Bajo el azote del sol, todos los hombres empezaban a estar sedientos y respiraban agitadamente, como perros.

–Señores –les dijo, apaciguándolos–, acercaos a mí y escuchadme con atención, pero no derramáis sangre en este lugar inerte. Nada crece aquí salvo los huesos. ¿Os gustaría que os dejaran en un lugar así para la eternidad? No. Entonces ¿por qué gritáis y amenazáis a hombres que ayer considerabais vuestros hermanos?

Se oyó un estrépito entre los soldados, pero a Clearco le complació comprobar que se acercaban arrastrando los pies. Tenía una voz potente y sabía que podía llegar a miles de ellos y hacerse oír, pero solo si se agolpaban a su alrededor, como el público de una obra de teatro. Aguardó a que se le acercaran más, invitándolos con gestos de las manos mientras pensaba. El príncipe estaba fuera de la vista, con Orontas y Arieo. Los otros generales se habían marchado con ellos, delegando en el espartano la labor de templar el ultraje que sentían aquellos hombres. Mientras se hallaba allí de pie, Clearco se preguntó cómo lo conseguiría.

Al principio se produjo una cháchara constante y movimiento entre los regimientos. A algunos hombres les consternaba lo que habían desencadenado, mientras que otros consideraban su acción cada vez más justificada y veían sus miedos hechos realidad. Discutían, se gritaban y se amenazaban entre sí, pero alrededor de Clearco empezó a extenderse un círculo de silencio, hasta que al final todos se volvieron para mirarlo. El espartano se hallaba de pie delante de ellos, con lágrimas resbalándose por el rostro. Cuando guardaron silencio, se secó los ojos con el antebrazo, casi encolerizado.

—¿Bien? ¿Qué sucede? ¿Pensabais acaso que los espartanos no lloraban? El príncipe Ciro entabló amistad conmigo cuando me hallaba exiliado de mi propia tierra y era tratado como un paria. Sin embargo, puesto que habéis decidido no marchar con él, me veo obligado a elegir. Soy vuestro general y soy su amigo. O bien debo romper esa amistad y marcharme con vosotros o traicionar mi lealtad hacia vosotros y seguirle a él. Me habéis colocado en una disyuntiva imposible.

Se inclinaron hacia él, acomodándose mientras estallaban discusiones entre susurros.

—Sé que debo escogeros a vosotros —dijo—. ¡Sí! No permitiré que se diga que conduje a los griegos a un desierto y los abandoné por soldados nativos. Y puesto que no me obedeceréis, caminaré con vosotros. Soportaré lo que os suceda a vuestro lado. Es lo menos que puedo hacer. He sido yo quien os ha traído a este lugar. He sido yo quien os ha entrenado y quien ha corrido con vosotros. Vosotros sois mi nación, mis amigos y mis aliados. No os abandonaré ahora.

Algunos de ellos lo vitorearon, mientras que otros parecían atribulados. A Clearco no le sorprendió ver que media docena de hombres se ponían en pie dispuestos a contestarle como si se encontraran en el ágora de Atenas. Los griegos no podían escuchar decir que el cielo era azul sin cuestionarlo y llegar a una conclusión por sí mismos. Y los adoraba por eso, aunque a veces le pareciese una locura.

Los tesalienses se agolparon a su alrededor. Clearco vio que algunos de los soldados más enojados pertenecían al contingente de Menón, aunque no sabía si se debía al patético liderazgo de este o a que había algunos agitadores entre ellos. Desde luego, no habían previsto tener al espartano de su lado y le sonrieron y ofrecieron unos tragos de agua tibia. Clearco escuchó con paciencia a tres portavoces de entre los regimientos griegos, si bien se limitaron a repetir que se sentían traicionados. Un joven parecía creer que todos tenían que expresarse y repitió que el príncipe los había contratado para enfrentarse a las tribus montañosas, no al rey persa. Clearco asintió con la cabeza a cada uno de sus argumentos aunque para sus adentros pensara que era un mentecato.

—Aun así, esta es la situación en la que nos encontramos —dijo Clearco al fin, cuando pareció que el joven griego no tenía intención de poner fin a su cháchara—, hasta aquí hemos llegado. No podemos dar marcha atrás ni tomar decisiones más acertadas en el pasado. Estamos aquí, en este lugar sin sombra, en este día. Nuestra mayor preocupación quizá debería ser la falta de provisiones. Si rompemos nuestro contrato con el príncipe, no dispondremos de alimento ni bebida para esta noche. Dudo mucho que nos ofrezca un banquete de despedida. No, señores. El príncipe ha sido mi amigo, tal como ya he dicho, y un gran aliado de Grecia. Su oro permitirá criar a los hijos e hijas de una generación en nuestros hogares. Sin embargo, si ha de ser mi enemigo, prefiero poner tierra de por medio. Nos supera en número en diez a uno y dudo que nos deje llevarnos todo lo que necesitamos para atravesar el desierto.

Nuevos hombres se pusieron en pie para expresar su opinión. Clearco asintió con la cabeza mientras clamaban regresar a Grecia o comprar provisiones en el mercado del campamento.

Esperaba que hubiera otros más sensatos escuchando el debate. La experiencia le decía que quienes callaban solían ser los más relevantes y los que meditaban bien la situación y que acostumbraban a tener más conocimiento que aquellos a quienes en privado denominaba «los marineros», los hombres del viento. Le complació comprobar que no había espartanos entre los oradores, aunque sí lo observaban expectantes. En una cosa Menón había acertado. En las circunstancias adecuadas, los espartanos podían liderar al resto. No obstante, una palabra fuera de lugar podía inflamar viejas pasiones, sobre todo entre los atenienses. La historia de Grecia estaba plagada de guerras, casi constantes, y las viejas rivalidades eran profundas.

Clearco les permitió hablar con la garganta reseca bajo el calor de la tarde y fue intercalando sus propios pensamientos cuando se quedaban sin argumentos y gestos grandilocuentes. Poco a poco, esperaba demostrarles lo erróneas que eran sus decisiones. No habían planeado su pequeña rebelión, sino que simplemente habían permitido que el resentimiento desembocara en acción, como el niño que le pega una patada a una puerta en plena rabieta. Lo cierto es que no podían marcharse sin que los vieran, y si los veían, había muchas posibilidades de que los atacaran los mismos hombres con los que llevaban meses caminando. La perspectiva no era nada halagüeña. Es más, si abandonaban, no dispondrían ni de comida, ni de agua, ni de medios para transportarlos. Y eso también se antojaba un panorama aciago. Punto por punto, Clearco se aseguró de que entendieran la situación, repitiendo una y otra vez que estaba de su parte. La única objeción que puso fue cuando los más temerarios propusieron atacar al ejército del príncipe y saquear el campamento para avituallarse. Clearco sacudió su gran cabeza ante tal idea y aseguró que él no participaría en tal traición, a lo cual añadió que si insistían en ello los ayudaría a elegir a otra persona que los liderara. La propuesta no cuajó y el debate pasó a otro tema.

—Señores y amigos —dijo Clearco al fin, cuando el sol se cernía sobre el horizonte y el espantoso calor empezaba a amainar. Para entonces, las moscas habían dado con ellos y se bebían la sal de su piel y ojos. Todos tenían la piel enrojecida, quemada tras permanecer sentados tanto rato bajo el sol—. Señores, todos sabíais que la vida de un mercenario conlleva riesgos, incluida la muerte. Así es nuestro oficio, aunque preferimos que sea el otro quien pague. —Esperó a que la risotada avanzara como una ola entre la multitud—. Y quizá no preveíais enfrentaros al hermano del príncipe o a los Inmortales persas a quienes descalabramos en Platea y en Maratón. Lo habitual es que por los servicios que entrañan peligro se cobre más, ¿no es cierto? Un darico y medio por mes. Sin embargo, no se os ha ofrecido recompensaros así, ¿verdad?

Todos convinieron en que nadie había sugerido pagarles tanto oro. Varios hombres parecieron reflexionar sobre dicha suma. Ningún trabajador cualificado ganaba ni una quinta parte. Para la mayoría de ellos, un salario así implicaría recibir la paga de tres o cuatro años por una sola campaña. A Clearco le bastó aguardar unos instantes antes de que uno de los corintios se pusiera en pie.

—¿Por qué no enviamos negociadores al príncipe y le exigimos que nos pague por un servicio de riesgo? ¿Un darico y medio por hombre al mes? ¿Accedería a hacerlo?

Centenares de cabezas se volvieron hacia Clearco para escuchar su respuesta.

—Estoy convencido de que sí —respondió el espartano al cabo de un rato—. Pero no os perdonará si aceptáis una paga por peligro en oro y luego os negáis a marchar con él. Si aceptáis, debe ser con todas las consecuencias. Ganaremos esta batalla, os lo juro. Yo os haré ganarla. Somos griegos. Se nos paga bien porque no tenemos rival. Eso sí, tal vez sea buena idea no mencionar la cuantía de nuestro salario a los persas.

Tal idea desencadenó rugientes risotadas y Clearco les sonrió. Había zanjado la crisis.

Regimiento tras regimiento se pusieron en pie y se cepillaron la arena de la piel. Pero no fue por el oro, sino porque habían aireado su resentimiento y Clearco los había escuchado. Cuando ordenó a sus espartanos situarse al frente, formaron filas enseguida. Al principio, no lo miraban a los ojos, pero permanecieron en pie, listos para reemprender la marcha.

–Espartanos, ¡firmes! –ordenó Clearco–. ¡Cabeza al frente, ahora!

Aguardó a que lo observaran y buscó sus miradas confiado.

–Lucharemos por el príncipe Ciro en su contienda con su hermano en el campo de batalla. ¿Alguno de vosotros preferiría regresar a casa?

Se produjo un silencio mientras la brisa vespertina hacía que la arena se les arremolinara en los tobillos. Agradecieron su frío tacto. Los espartanos formaron filas con los compañeros de su juventud. No podían huir, del mismo modo que no podían marcharse volando cual aves. Clearco agachó la cabeza, casi como si les hiciera una reverencia. Los había llamado al frente por ese motivo, y porque creía que los espartanos debían ser siempre los líderes. Después de aquello no volvería a hablarse de traición entre ellos.

–Conducidme hasta el campamento –les ordenó–. Hablaré con el príncipe en vuestro nombre. Dispondré que todos los aquí presentes reciban un aumento por peligrosidad. No temáis represalias por los hechos de hoy. Están perdonados.

Por algún motivo, no parecía un gesto de magnanimidad procediendo de él. Clearco se había alzado ante una turba enfadada. Retomó la marcha a través de la arena del desierto con los griegos a su espalda, formados en filas perfectas.

Ciro había descubierto que no podía limitarse a aguardar en el campamento con una escudilla de sopa y un mendrugo rancio mientras en otro lugar se decidía el futuro de su arriesgada apuesta. En lugar de quedarse quieto, le había pedido a Parviz, su ayudante, que le trajera un corcel fresco para dejar descansar a Pasacas. Jenofonte y Hefesto le habían llevado un magnífico caballo castrado atado con rienda larga entre sus propias monturas. Ciro apreció que el muchacho más joven iba mejor sentado en la silla y se movía ya al ritmo del animal.

–Eres mejor jinete que la primera vez que te vi –observó el príncipe.

El joven se sonrojó y asintió con la cabeza. Desmontó e hizo una reverencia en un ángulo propio de un príncipe de la realeza, si no el rey de un pequeño reino. Ciro suspiró para sus adentros y montó en el caballo.

–Uno de los exploradores ha divisado una bandada de avestruces al este de aquí. Me llevaré unas lanzas y cazaré mientras espero a que el general Clearco regrese al campamento. Si llega, enviad a alguien a avisarme enseguida.

El príncipe escudriñó el horizonte en busca de las grandes aves corredoras que vagaban como ciervos y eran capaces de recorrer distancias asombrosas. Por lo que él sabía, ya habían abandonado la zona, pero le apetecía cabalgar. Había contado con que los persas le causaran problemas al saber que iban a enfrentarse a su hermano, pero ver a los griegos negarse a cumplir sus órdenes le había conmocionado y había hecho zozobrar sus planes.

Justo en aquel momento, el general Arieo se acercó cabalgando a través del campamento. Hizo caso omiso de los jóvenes atenienses y le entregó las riendas a Jenofonte sin dignarse a mirarlo siquiera. Ciro aguardó mientras el general se postraba ante él en el suelo.

–Alteza, envié a unos cuantos hombres a espiar a los griegos –anunció Arieo–. Uno de ellos acaba de regresar. Dice que vuelven a avanzar en buen orden.

El general miró a la pareja que los observaba. Hefesto se lo quedó mirando sin entender ni una



palabra, pero el otro parecía concentrado en sus palabras. Arieo le dio ligeramente la espalda, excluyendo con ostentación a los griegos de la conversación.

–Alteza, ¿podrían ser hostiles? –contestó–. ¿Debería despertar al campamento para hacerles frente? Tal vez vengan a llevarse el agua y nuestras provisiones.

–¿Han hecho prisionero al general Clearco? –inquirió Ciro.

–No lo creo, alteza. El muchacho dijo que caminaba junto al resto de los hombres.

–Entonces, no. Hay que darles la bienvenida como antes. Ve en busca de vino y llévalo a mi tienda, general. Le prometí al espartano que abriría un odre para él a su llegada. Ya cazaré avestruces mañana.

**P**or la mañana, Ciro se despertó dolorido y, con un gruñido de repugnancia, volvió la espalda al cubo que habían depositado junto a su cabeza. Había pasado gran parte de la noche bebiendo con Clearco, hasta perder el sentido.

Se recordó recitando un poema en persa cortesano y gimió horrorizado. El espartano se había negado a cantar, recordó también. Clearco afirmaba que su gente solo cantaba cuando se encumbraba a un nuevo rey o ante la perspectiva de la muerte. El general no se había emborrachado tanto como él, constató Ciro, abochornado al verle destellos de la víspera. ¿De verdad había imitado a un asno como solía hacer de niño, rebuznándole a su compañero de juega y cayéndose de risa? Rezó para que esa parte fuera solo un sueño febril.

Dobló la esquina de una alfombrilla y orinó en la arena de un rincón de la tienda, cerrando los ojos con fuerza. El aire era caliente y hediondo y las lentas moscas lo golpeaban al pasar a su lado. Por un instante pensó que iba a vomitar de nuevo y se maldijo por ser tan necio. Sabía que no se repondría del todo hasta la noche. Todo un día arruinado por sus excesos de la víspera. Necesitaba comer y beber agua y luego cabalgar duro unas cuantas horas para asentar el estómago.

No había refugio en el desierto y no quería que tuvieran que montar su tienda cada vez que necesitara cavar un pequeño hoyo en la arena. Ir suelto de vientre era una bochornosa consecuencia de las largas marchas, por más que rara vez se mencionara durante la formación. Ciro rezó implorando no humillarse. Su padre le había explicado en una ocasión que los hombres podían perdonar todo a sus líderes, salvo dos cosas. La otra era la cobardía.

Permaneció de pie en un ancho barreño mientras sus criados lo lavaban y luego se dejó envolver en una toalla fresca mientras lo afeitaban y le cepillaban y recogían el cabello en la nuca. Se tumbó sobre una camilla plegable para que le dieran un masaje y luego se sentó desnudo en un banco mientras le traían la ropa interior y la armadura. Descartó con un ademán de la mano unos carnosos dátiles y queso fresco. El sol lucía ya algo por encima del horizonte cuando por fin salió de su tienda. Mientras acababa de vestirse había escuchado voces llamando al campamento al orden y urgiendo a los hombres. El alboroto iba en aumento, y Ciro tuvo que aparcar su propia aflicción mientras salía y entornaba los ojos para escudriñar la distancia.

Los desiertos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, pero los cerros y las dunas ocultaban valles, agujas rocosas, ríos con verdes márgenes e incluso poblaciones. Aunque parecieran estar solos, el horizonte narraba otra historia.

Delgadas volutas negras se elevaban en el cielo delante de ellos. Ciro había llevado a su hueste hacia el este, siempre hacia el este, en dirección a la capital de su padre. Sabía que ningún ejército hostil podía aproximarse a Persépolis sin ser visto y había asumido que acabarían informando a Artajerjes de su presencia. Las fuerzas imperiales, no obstante, eran inmensas, demasiadas para congregarse en un solo día, o incluso en un solo mes. Ciro se mordió el labio pensativo. Cada cuarto del ejército imperial excedía en número a la milicia que él había

conducido hasta aquel lugar. Su plan había dependido de tener que enfrentarse solo al cuerpo de élite que protegía a su hermano.

Creía saber lo que significaba aquel humo, pero no se sorprendió cuando Orontas acudió a su tienda mientras la desarmaban para reanudar la marcha. El general desmontó de un semental negro, entregó su espada a un sirviente y luego se tumbó bocabajo en la arena hasta que el príncipe le ordenó que se alzara y le informara.

–Alteza, tengo noticias de los exploradores. Quienes están más avanzados informan de cosechas quemadas y poblaciones abandonadas. Si marchamos durante todo el día, llegaremos a la primera de ellas al caer la tarde.

Ciro permaneció en silencio, con la vista clavada en las volutas de humo que se enroscaban lentamente en el aire, finas como cabellos desde aquella distancia.

–Tisafernes –sentenció transcurrido un rato–. Parece que mi viejo amigo vio más de lo que yo esperaba.

Miró a Orontas, pero el persa se cuidó mucho de reflejar nada delante de su príncipe. Ciro conocía perfectamente su intención última ya en Sardes, pero había mantenido en ascuas a sus oficiales persas.

–Alteza, me pregunto... –dijo Orontas con un ligero tartamudeo, y su voz se apagó.

–¿Qué? Habla con libertad.

–Si tu hermano, el rey Artajerjes, está en el campo, todavía está lejos. Creo que si se hallaran cerca a estas alturas ya habríamos avistado a las filas imperiales.

–Prosigue –lo invitó Ciro.

Orontas parecía ganar confianza a medida que hablaba.

–Las poblaciones y cosechas se queman antes de la llegada de un ejército invasor, es algo que figura en el manual de cualquier oficial, alteza. Pero se hace para matar de hambre a un enemigo fuerte y debilitarlo. Me pregunto si eso indica que tu hermano no cuenta con la hueste que necesita en esta zona, al menos en este momento.

–Quizá. Aunque, si estás en lo cierto, no veo cómo podría beneficiarme eso a mí. Si no reponemos nuestras provisiones en el camino, ¿de cuánta comida disponemos? ¿Alimento para una semana? ¿Nueve, diez días? Si conoces el manual, general, sabrás que también contiene una o dos sugerencias de defensa frente a esa táctica. Si se quema la tierra por la que discurre nuestra ruta...

–Hay que tomar una ruta distinta. –Orontas concluyó la frase por él–. Aun así, mi observación es válida, alteza. Si el rey Artajerjes y las milicias reales todavía no están en sus puestos, podríamos enfrentarnos a un ejército muy inferior. Podría tratarse de unos pocos centenares de incendiarios enviados por delante de nuestros oteadores con el único objetivo de debilitarnos y causarnos el mayor daño posible. Si logramos adelantarlos, podríamos detenerlos o, cuando menos, reducirlos y limitar el daño que pueden provocar.

–¿Enviar a los exploradores? –preguntó Ciro–. Los masacrarían si diera tal orden. La mayoría de ellos son solo unos críos.

Orontas escogió aquel momento para arrodillarse y postrarse de nuevo.

–Alteza, permíteme llevarme a un centenar de tus guardias para quitar a esos incendiarios de en medio. Solo un centenar, lanzados como una jabalina. Cabalgaré por delante de nuestros exploradores y los tomaré por sorpresa mientras arrasan y saquean. Se tarda tiempo en destrozar los comercios, alteza. Puedo darles alcance, estoy seguro de ello.

Ciro nunca había visto en Orontas el grado de fervor que vio en aquel momento. El hombre literalmente temblaba mientras miraba a lo lejos.

–Álzate, general –respondió, con los ojos centelleantes. Anheló que Clearco hubiera estado allí para presenciar la escena–. De acuerdo. Cabalga lejos y con premura, y tráeme las cabezas de quienes queman poblados en las tierras de mi padre.

Orontas se puso en pie, pero hizo una reverencia sobre la mano del príncipe y apoyó brevemente su frente en ella.

–Me honras, alteza –dijo.

Ciro se dio media vuelta al ver que le traían su caballo y un bloque de montar. Todavía se sentía un poco bilioso y lleno de ácido y le complació ver los escalones. Con un gruñido, echó una pierna por encima del caballo y lo montó, se acomodó en la silla y asió las riendas.

–Dices que mi hermano no puede estar cerca, general, pero tampoco puede estar a demasiados días de distancia. Haré avanzar nuestro ejército al mejor ritmo. Envíame un emisario esta noche con las noticias que tengas. Hasta entonces, que Ahrimán no contemple tus actos. Buena suerte en tu estela, viejo amigo.

La columna había formado mientras hablaba con Orontas y esperaba a que el príncipe diera el orden de marchar. Ciro cabalgó hasta la vanguardia, donde Clearco parecía descansado y en forma. El espartano había observado la conversación y siguió con la mirada a Orontas mientras montaba y avanzaba por el flanco de la columna, señalando a los oficiales de la guardia personal de Ciro. Estrictamente hablando, Clearco no era el responsable de aquellos hombres, pero consideraba que se hallaban bajo su autoridad general. Aun así, entornó los ojos al ver que Orontas reunía una tropa de jinetes y los aprestaba para cabalgar.

El espartano no pudo evitar dirigirse hacia los dos muchachos atenienses a quienes había acabado conociendo. El mayor de ellos, Jenofonte, se hallaba profiriendo palabras de enojo y escupiendo insultos y copos de avena mientras gesticulaba a espaldas de los jinetes persas. Clearco no recordaba el nombre del otro.

–Ese general persa, Orontas..., veo que se ha llevado vuestras monturas de repuesto –dijo Clearco–. ¿Para qué las necesita?

Jenofonte estuvo a punto de atragantarse al reconocer a quien le hablaba. Agachó la cabeza, se aclaró la garganta y le dio una colleja a Hefesto al ver que el muchacho se limitaba a quedárselo mirando de hito en hito.

–General Clearco, es un gran honor –dijo Jenofonte–. Tu reputación te precede.

–¿Y algo en esa reputación insinúa que sea paciente con quienes no responden a mis preguntas? –preguntó Clearco.

Jenofonte negó con la cabeza.

–No. El general Orontas desea adelantarse a caballo a la hueste principal para ir en busca de los saqueadores que están quemando la tierra que tenemos que pisar.

–Entonces, ¿a qué viene tu enfado?

–El... el general no ha querido que lo acompañe. Me ha dicho que no se llevaría a un griego, que no somos de fiar.

–Entiendo –respondió Clearco, frotándose la barbilla pensativo.

Orontas no era la clase de oficial que salía de estampida a perpetrar un ataque improvisado. Si le hubieran pedido que diera el nombre de alguien más acorde a ese perfil, habría señalado a Arieo. Algo no encajaba.

–¿Cuántos caballos os quedan ahora? –quiso saber.

Jenofonte sopló con fuerza, presa de nuevo de la irritación.

–Incluidas las dos monturas que cabalga el príncipe Ciro, cuarenta y seis. Por eso estaba

enfadado, general. Yo soy el encargado de la caballería y... ¿qué me ha dejado?

Clearco asintió, con la mirada perdida. Decidió preguntarle qué ocurría al príncipe Ciro, pero tenía la terrible sensación de que era demasiado tarde.

Ciro se protegía los ojos del sol con la mano cuando un oficial persa se acercó a él a caballo, le entregó las riendas a un criado que iba a pie y se aproximó a la guardia personal del príncipe, sin atreverse a llegar a un brazo de distancia de él.

–Ruego hablar contigo, alteza..., acerca de mi primo, Orontas.

Ciro se volvió al oír aquello.

–Está a punto de partir. ¿Qué sucede? –preguntó.

Al ver que el hombre jadeaba por el esfuerzo, el príncipe le hizo un gesto para que se acercara.

El persa guardaba cierto parecido con Orontas, en la nariz principalmente, pensó Ciro. Aguardó mientras, con la cabeza gacha, el hombre le tendía un pergamino plegado marcado con un sello que Ciro conocía. Orontas llevaba un zafiro tallado con el emblema de su casa, una espiga de trigo y un caballo salvaje. El símbolo destacaba claramente sobre el disco de cera en el que se había estampado. Ciro vio que el pergamino se había rajado por el borde y frunció el entrecejo por lo que ello implicaba, mientras su mente avanzaba acontecimientos.

–¿Qué es esto tan importante que me has traído? –preguntó, temiendo la respuesta.

–Alteza, mi primo me encargó llevarle esto al rey Artajerjes. Dice que sacará un destacamento de jinetes de tu ejército y suplica al Gran Rey que no lo derribe al llegar. Somos de la misma sangre, alteza, pero, si pudiera, cortaría de un tajo todo lo que compartimos por la vergüenza.

Ciro se notó frío. Sintió la mirada fija del capitán de su guardia clavada en él y le hizo un rápido gesto de asentimiento con la cabeza. El hombre entendió lo suficiente para saber qué tenía que hacer. A su vez, Ciro hizo un gesto a otros y dio la orden de que se hicieran todos los preparativos para partir.

En la distancia, el general Orontas se volvió para comprobar a qué se debía aquel alboroto. Aunque se encontraba lejos, Ciro creyó percibir parte del temor que Orontas debió sentir, quizá en su modo de sentarse en la montura.

Hubo un momento en el que el general persa pudo alejarse al galope del resto, pero no habría llegado demasiado lejos en aquellas arenas sueltas. El capitán de la guardia del príncipe ya había enviado a hombres a interceptar a Orontas si huía, mientras Ciro observaba, a la espera del momento en el que su general entendiera que no cabalgaría hacia la libertad.

De repente, el general dejó caer la cabeza y clavó la vista en el cuerno de su silla de montar, agarrando con fuerza las riendas. Ciro continuó observando mientras se ordenaba a Orontas que desmontara y lo maniataban. Entonces el general Arieo se le acercó para atarlo a una larga cuerda por un extremo y amarró el opuesto a la silla de su propia montura. Ciro estaba demasiado lejos para escuchar las palabras que intercambiaron, pero se dijo que aquella noche las conocería una por una. La columna se puso por fin en movimiento, mientras muchas cabezas se volvían para ver al general tambaleándose y con expresión tensa por la humillación.

Mientras miles de soldados lo adelantaban, el príncipe Ciro permaneció sentado en su caballo en un lateral de la columna, a la espera de que Arieo le trajera a rastras a su nuevo esclavo. Al principio, el príncipe había previsto dejar pasar el momento censurándolo con el silencio, pero sintió crecer su ira. Con un gesto de los dedos apenas perceptible, ordenó a Arieo acercarse.

Clearco se había aproximado lo suficiente para observar la escena, junto con Próxeno y Soféneto. Menón de Tesalia también se había acercado, aunque él y Clearco habían peleado en la

marcha y mantuvieron las distancias. Aun así, todos estaban intrigados por lo que Orontas había hecho y lo que Ciro haría en respuesta.

Arieo desmontó de su yegua gris con un salto rematado con una floritura, consciente de que tenía todas las miradas posadas en él. Podría haberle permitido a Orontas conservar la dignidad, pero, en lugar de ello, tiró con fuerza de la cuerda e hizo que el hombre cayera de bruces delante del príncipe. En un instante, Arieo se colocó de pie, con las piernas abiertas a horcajadas, sobre su compatriota. Mientras Orontas bregaba por levantarse, el general persa le colocó la cálida cuchilla de una daga en el cuello. Consciente de que su vida pendía de una sola palabra pronunciada por un príncipe a quien odiaba y quizá ultrajado por un guerrero presumido que nunca le había gustado, el general permaneció completamente inmóvil. Orontas descubrió que era capaz de mantener la calma. Lo había visto muchas veces en quienes contemplaban su propia muerte. Al final no había lucha. Soltó despacio el aire, complacido de afrontar la perspectiva de la eternidad con algo parecido a la dignidad.

—¿Algo que alegar, Orontas? —preguntó Ciro de súbito—. ¿Algún arrepentimiento?

El general que había comandado regimientos para la familia imperial apartó la mirada... hacia donde su primo se hallaba en pie, con expresión alicaída.

—Parece que confié en el hombre equivocado, alteza.

—Entonces ya compartimos algo —espetó Ciro.

Orontas se encogió de hombros y dirigió la vista hacia el este.

—Alteza... Nada, no importa —dijo.

Ciro se lo quedó mirando fijamente, con frialdad.

—¿Hay algo en que te haya agraviado, general?

Sin pronunciar una sola palabra, Orontas negó con la cabeza.

—Entonces, ¿a qué viene esta traición? ¿Acaso no soy hijo de mi padre? ¿No has jurado servir a mi familia?

—No, alteza —replicó Orontas con tono de reprobación y voz cada vez más altisonante—. Yo juré servir a la corona. Y pensé hacerlo uniéndome a tu hermano, el rey. Lo... siento. He sopesado mis acciones durante largo tiempo. No quería alzarme contra ti, mi príncipe. Siempre has sido amable conmigo. Los hombres cantan alabanzas de ti. Sin embargo... no creí poder seguir adelante. —Alzó la cabeza, aunque los ojos le centelleaban por las lágrimas—. He tomado mi decisión, alteza, y acepto las consecuencias.

Ciro guardó silencio durante un largo rato. Sabía que solo tenía que dar la orden para poner fin a la vida de aquel hombre. Y quienes lo observaban esperaban que lo hiciera. Aun así, buscó un modo de mantener a Orontas con vida. Por más irritación que percibiera a su alrededor, era un buen soldado y era respetado entre los regimientos. De haber podido granjearse su lealtad con una orden o una palabra, Ciro la habría pronunciado en voz alta en aquel mismo instante. Miró a Clearco en busca de algo que él no fuera capaz de mentar, lo que fuera. Pero su petición fue recibida con silencio, y Ciro suspiró.

—Llevaos a este hombre caído de mi vista —ordenó a sus guardias—. Haced que su final sea rápido, un solo golpe, y tratadlo con honor mientras se prepara.

Se volvió para mirar al prisionero, que lo observaba. Ciro sacó una daga y cortó las cuerdas con las que lo habían maniatado. Orontas se frotó las muñecas mientras contemplaba al príncipe a quien no podía seguir.

—¿Podría escribirle a mi familia, alteza, antes de que tu sentencia se lleve a cabo?

Ciro reprimió un arrebató de ira que habría acabado con Orontas muerto a sus pies. Pero era un

príncipe y el hijo de su padre, y se dominó.

–Por supuesto –contestó, dándole la espalda por última vez.

Todos escucharon a Orontas suspirar, resignado a su destino. En aquel momento, se arrodilló y se postró ante un príncipe de la Casa Aqueménida, aunque la muerte pendía sobre él.

–¿General Arieo? –llamó Ciro.

El hombre estaba presto a cumplir sus órdenes y besó la arena antes de que Ciro tuviera tiempo de pronunciar otra palabra. El príncipe le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mientras se ponía en pie.

–Estás al frente de las fuerzas persas, general. Este caballero, primo de Orontas, será tu segundo al mando. Todos los soldados, salvo los griegos, estarán a tus órdenes y obedecerás órdenes de Clearco. ¿Entendido? ¿Me servirás lealmente en estos términos?

–Lo haré. Me llevaré este honor a la tumba, alteza –respondió Arieo–. Haré que te sientas orgulloso de mí.

–Basta con que lo hagas mejor que el último desgraciado –replicó Ciro.

Le dio la vuelta a su montura justo a tiempo de presenciar cómo Clearco saludaba a Orontas con la cabeza antes de clavar las espuelas. Próxeno y Soféneto cabalgaron junto al príncipe de vuelta a la columna, dejando atrás a Menón para que los siguiera. Los griegos se comportaron con seriedad, como corresponde a la pérdida de un colega, pero ninguno de ellos desaprobaba la decisión del príncipe. La columna se internaría en el desierto antes de que cayera la noche. Abandonarían tras de sí el cuerpo de Orontas para que se marchitara al sol y las aves de presa se encargaran de desgarrarlo.

Aquella noche, en el campamento, el príncipe Ciro se aproximó a las hogueras de la sección espartana para compartir la cena con ellos. Lamentó no haber llevado su propia comida al ver lo poco que iban a comer, acompañado de agua fría como único refresco. Aun así, le dieron la bienvenida y Ciro se sentó con ellos sobre el duro suelo. Alzó la cabeza para saludar a Clearco mientras ambos aceptaban unas gachas aguadas hechas con cereal y leche cuajada, un pedazo de queso de cabra y un higo pasado.

–¿Qué te trae por aquí, alteza? –preguntó Clearco cuando todos se hubieron acabado la cena y hubieron rebañado las escudillas.

–Orontas pretendía cabalgar hasta mi hermano –dijo Ciro, con la vista clavada en las llamas, que ardían a baja altura.

Pensó en pedir que avivaran el fuego antes de recordar que necesitaban llevar hasta el último trozo de madera con ellos en aquellas áridas y baldías inmensidades. La vida era una lucha en un lugar así, sin agua y sin calor en la oscuridad. La noche se volvía cada vez más fría y a Ciro le castañearon los dientes. Apretó la mandíbula y continuó hablando:

–Creía que las tropas reales estaban cerca. Me dijo que se nos adelantaría cabalgando para atrapar a los incendiarios que queman cosechas y envenenan los pozos. Me pareció una buena idea... y me lo sigue pareciendo.

–Deja que me ocupe yo, alteza –propuso Clearco–. Pondré a algunos de mis muchachos al mando. O a ese ateniense, quizá, ese que estaba tan enojado por que se llevaran sus caballos.

–Sí... –dijo Ciro–. Necesitamos ojos que se adelanten para saber dónde monta mi hermano su tienda. Pero... no sé qué pensar de los hombres que eligió Orontas. ¿Es posible que algunos de mis propios guardias sean traidores? Me cuesta creerlo. ¿Cómo puedo confiar en ellos ahora?

Clearco alargó la mano hacia una mochila que había a su lado y extrajo una botella. Parecía de

color amarillo marfil a la luz del fuego, con figuras labradas en la superficie. Entre las sombras, a Ciro le pareció ver que eran figuras de algo relacionado con el deporte, aunque era poco probable.

–Mis últimas provisiones, alteza. Quizá sea la noche propicia.

El príncipe agarró la botella y le dio un trago largo. Abrió los ojos de par en par al notar la quemazón del licor.

–¿Esto está hecho de uva? –preguntó con voz ronca.

–Con las pieles, según tengo entendido –respondió Clearco riendo.

Levantó la botella y chasqueó los labios.

–Alteza, Orontas era un líder nato. Sé que tenía algún lazo con alguna familia de la nobleza, pero si medró en las filas del ejército fue porque era un hombre perspicaz y fuerte, y tenía esa virtud que hace que otros hombres le sigan a uno.

–¿Por eso te despediste de él con una inclinación de cabeza? –quiso saber Ciro.

–¡Ah! ¿Me viste? No, alteza. Eso era para honrarlo por su forma de morir. Aceptó la noticia como un espartano, y no es algo frecuente. He visto a hombres maduros quejarse ante los éforos porque les ha mordido el perro de otro hombre. ¡Como niños! Somos soldados, alteza. Entendemos que mañana podría ser nuestro último día. O pasado mañana. Un soldado no tiene control sobre el momento o manera de morir, pero siempre puede escoger cómo lo afronta.

Guardaron silencio un rato, pasándose la botella de uno a otro hasta vaciarla. Ciro notó que el ardor capitulaba y resultaba casi agradable.

–¿Y los otros?

–Los otros pensaron que estaban cumpliendo tus órdenes, alteza. Yo no le daría más vueltas. Algunos hombres aprenden a liderar, no creo que sea algo innato. La mayoría prefiere que los lideren. No le piden demasiado a la vida, más allá de vino, comida y calor, y más adelante hijos y un hogar. No quieren decidir qué dirección tomar cuando el camino se bifurca. Ni quieren que los otros se les acerquen vociferando «¿Hacia el este o hacia el oeste?», «¿Vida o muerte?». Eso se reserva para los hombres duros y solitarios como tú, alteza.

–Y como tú –replicó Ciro.

–Bueno, yo soy hijo de Lacedemonia. Llevo un cráneo de plata y bronce fundido en las venas. He recorrido las calles de Esparta y he probado el agua del río Eurotas, que discurre por tierras áridas. Y me he alzado en la acrópolis de Esparta y he gritado mi nombre de adulto. –Sonreía mientras hablaba, pero sus palabras sonaban como un ritual e hicieron que el príncipe sintiera un escalofrío. Clearco bostezó de repente y se desperezó como un niño. Alzó la mirada hacia las estrellas y sacudió la cabeza–. La noche ha caído, alteza. Enviaré a mis muchachos con los caballos mañana. Encontraremos a esos saqueadores y los colgaremos. O encontraremos al ejército de tu hermano y lo haremos pedazos. Para eso hemos venido, a fin de cuentas. Orontas debería haber esperado un poco más.

El príncipe se puso en pie, más animado por lo que fuera que había bebido y las palabras del espartano. Incluyó la cabeza, tal como Clearco había hecho con Orontas, y se marchó tambaleándose a través de las dunas hasta el lugar donde había dejado su propia manta y mochila bajo las estrellas.

Clearco se puso en pie para estirarse y observó al príncipe hasta que desapareció en la distancia. El espartano sentía simpatía por aquel hombre más joven que él, pese a sus inseguridades y su necesidad de que lo tranquilizaran. Si llegaba al trono, sería un buen rey.



Cuernos de alarma sonaron en la oscuridad. Soldados barbudos se levantaron de sus mantas y salieron dando traspies de sus tiendas y, con rostro somnoliento, se hicieron con las espadas y escudos que tenían a mano. Se oían las pisadas de caballos al galope, seguidas por los alaridos de los polemárcas y pentecosteros que ordenaban a sus hombres formar filas. Tardaron un rato en colocarse las grebas y las corazas, con la respiración acelerada y entrecortada. Sentados en grupos, se ajustaban los cinturones y nudos. Ningún ataque inmediato los tomó por sorpresa. Los oficiales apremiaban a los grupos sentados y recordaban a los hombres que se ataran las botas y se colocaran bien los cascos. En medio de aquel ritual, el tono bronco resultaba casi tranquilizador, eran palabras que todos habían oído un millar de veces antes. En alguna parte reinaría el caos, indudablemente, pero no en aquellas filas. O tal vez fuera otra instrucción más, seguramente ordenada por aquel general espartano que parecía deleitarse con tales prácticas mientras los buenos hombres deberían haber estado sumidos en un sueño profundo.

Formaron cuadros sin que cundiera el pánico, cada regimiento dirigido a gritos en la oscuridad.

«¡Formad aquí, los de Demetrios de Atenas!» o «Los cuatro primeros, formad alrededor del estandarte del cuerno». Los oficiales de los regimientos llamaban a sus hombres por nombre y rango, ubicándolos en las posiciones que habían ensayado durante meses. Tardaron un largo rato, pero apenas parecieron unos instantes. Con gritos bruscos de despedida y deseos de buena fortuna, los seguidores del campamento retrocedieron, alejándose de amantes, amigos y maestros. Los guerreros de Grecia y Persia aguardaron solos dibujando una gran línea curva en la arena. Los cuernos de alarma dejaron de sonar. El trabajo estaba hecho. Permanecieron en pie, callados, aunque nunca en silencio. El crujido del cuero, el repiqueteo nervioso de un guantelete sobre un escudo, el chirrido de una armadura sin engrasar, reseca a causa de la arena y el calor..., todo ello causaba un estruendo metálico en medio del desierto, como si una gran criatura oscura de escamas y bronce se hubiera despertado y se agitara anticipándose a la lucha.

Los hombres más experimentados no habían sacado sus armas, pero abrían y cerraban las manos para que les resultara más cómodo agarrarlas. Si aquel día se iban a batir con la muerte, necesitarían desplegar todos sus trucos para conservar las fuerzas cuando el sol se alzara. Temían el calor. Todos estaban más bronceados que en Sardes o Grecia, pero algunos seguían teniendo grandes parches pelados en el cuerpo, en los puntos en los que el sol les había quemado hasta dejarlos casi en carne viva. El resto estaban flacos a causa de las raciones escasas, con la piel encurtida por la arena y las picaduras de las moscas y los piojos.

Habían recorrido un largo camino siguiendo las huellas del príncipe. Y aunque muchos estaban nerviosos, se reconfortaban mirando a quienes los rodeaban mientras se mantenían a la espera de saber qué había hecho sonar los cuernos. Centenares de ellos hicieron las paces con los dioses, tocaron sus amuletos o recuerdos de casa, se los llevaron a los labios y murmuraron breves oraciones. Luego dejaron todo eso de lado. Orinaron en la arena sin moverse del sitio, con vaharadas de vapor elevándose en el aire.

Los estandartes se elevaron visiblemente sobre los regimientos, desplegados por muchachos del

campamento que portaban los postes con enorme orgullo. El Pegaso, el toro, el búho y la lambda espartana se alzaban sobre las filas de los griegos, mientras que los regimientos persas formaban bajo el león, el halcón, el grifo y el sol. Los muchachos traían agua a quienes se la pedían o se escabullían hasta el campamento en busca de los objetos olvidados de cuya ausencia los soldados no se habían percatado hasta que les habían dado el alto. Los muchachos gritaban y los llamaban por sus nombres al principio, pero sus agudas voces se ahogaban en susurros cuando avanzaban entre las filas de hombres formados, sobrecogidos por la presencia del oscuro ejército bajo la luz de las estrellas.

Por el este despuntó una pálida franja que trajo consigo la primera brisa del día, como si la noche fuera a quedar sepultada bajo una capa de arena. Reveló el contorno más crudo del ejército del príncipe Ciro. Orientados en la dirección de la marcha, los hombres miraban hacia el este, hacia la fuente de luz, hacia el sol naciente que abrasaba todos los miedos infantiles. Orientados hacia aquella franja gris, aguardaron a que el primer sol calentara sus rostros, sin temor a quedar cegados por la luz o por el miedo, cada uno de ellos solo entre sus compañeros.

El horizonte había sido un oscuro filo que escindía la tierra del cielo. Conforme la palidez fue aumentando en toda su longitud, quienes tenían la vista más afilada profirieron gritos de advertencia, mientras que el resto seguía mirando fijamente y preguntaba qué sucedía. Entre griegos y persas había miles de hombres cuya vista de lejos se había emborronado, pero ello no impedía que pudieran luchar bien al alcance de la espada. Esos hombres agarraron a muchachos del campamento, los colocaron hacia la luz y les preguntaron qué había sobre aquellas oscuras colinas.

Los niños entornaron los ojos y contemplaron el horizonte ondularse como si la propia tierra se moviera. Señalaron y gritaron cuando la primera luz iluminó las puntas de los estandartes que allí se alzaban. Todos cuantos habían acudido con Ciro escucharon el retumbo que se acercaba hacia ellos, un retumbo que sonaba como un desprendimiento de rocas en unas montañas lejanas, un largo estruendo que continuaba y continuaba. A lo lejos columbraron una línea que parecía ser la propia tierra convertida en escudos negros y la polvareda levantada por los caballos. El ejército de Persia los aguardaba en el campo para enfrentarse a ellos. Marchaban como una hueste de huestes, ensombreciendo la tierra.

Algunos de los regimientos bramaron desafiantes y aullaron a los imperiales, infundiéndose unos a otros el fervor de la batalla. El fragor aumentó, alcanzó un clímax y fue apagándose, hasta que todos volvieron a permanecer de nuevo en un silencio estupefacto. Las filas que tenían delante habían aumentado y aumentado hasta llenar el mundo entero. Ningún hombre había visto nunca tantos soldados en un mismo lugar, un mar infinito de ellos.

Ciro había reunido a cien mil persas y doce mil griegos. Varios miles más se alzaban horrorizados tras sus regimientos, en un campamento que retrocedía paso a paso. Se habían adentrado despreocupados en las verdes montañas de Babilonia y habían proseguido, desierto adentro, confiados en la fuerza de su gran número. Pero su confianza había mermado ante la visión de aquella infinidad de hombres que venían a destruirlos, sin vacilar, sin clemencia. Quienes habían acompañado al príncipe desde Sardes notaron cómo se les tensaba el escroto y un dolor en el estómago y las vejigas, mientras regueros de sudor frío les descendían por las costillas. Perdieron la esperanza.

Ciro le lanzó su yelmo a uno de sus guardias personales y luego clavó las espuelas, entendiendo, como por instinto de liderazgo, que sus hombres necesitaban verlo. Cabalgó sobre el terreno arenoso con el cabello al viento y los estandartes ondeando, acompañado por su criado

Parviz y seiscientos jinetes. No volvió la cabeza hacia el ejército de su hermano, sino que prefirió contemplar las filas de quienes se habían congregado allí en su nombre. Eran suyos, de un modo que resultaba difícil de describir. Habían apostado sus vidas a su palabra. Era un lazo tan profundo como el de cualquier familia, y las apuestas no podían ser más altas.

Clearco y los griegos habían establecido el ala derecha cerca del río Éufrates para evitar que los flanquearan o rodearan. Ciro se detuvo en el centro y alzó su estandarte personal, un halcón tejido en un enorme cuadrado de seda con joyas engastadas. Miró a izquierda y derecha, orgulloso de los centenares de símbolos de sus regimientos, de las tradiciones y la sangre de los linajes del ejército sostenidas en alto con lanzas para que todo el mundo pudiera verlas.

A su izquierda, los regimientos persas liderados por Arieo se extendían en la distancia. Ciro retuvo el centro porque era ahí donde sus hombres esperaban verlo. Pero cuando el sol se alzó en el horizonte y contempló al ejército de su hermano acercarse más y más, buscó el águila real aqueménida en el centro de la línea que tenía delante y no logró verla.

De entre las filas salió como el rayo un mensajero que se le acercó, con el rostro reluciente por el sudor de tanto correr entre caballos, y se agachó tanto que pudo haber desaparecido bajo las pezuñas de la montura del príncipe.

—El general Clearco solicita las últimas órdenes, alteza. Quiere que sepáis que todas las hojas del bosque no pueden vencer a una espada.

Ciro no pudo evitar esbozar una sonrisa chueca. El espartano no renunciaba a infundirle ánimos. En ocasiones, Clearco era una figura paterna para todos ellos.

Antes de tener tiempo de contestar, el príncipe vio a su guardia personal señalando hacia la izquierda y cubriéndose los ojos con las manos para protegérselos del sol naciente. Cegados por aquel fulgor, gritaron el nombre de su hermano. Ciro miró hacia el este y tragó saliva al entender lo que sucedía. En efecto, su hermano ocupaba el centro, pero su ejército era de tales dimensiones que su centro se hallaba más allá del extremo más alejado de las fuerzas del príncipe. Por primera vez, Ciro notó que temblaba y le faltó la respiración. Su hermano, o quizá Tisafernes, se le había anticipado.

Miró entonces por encima de su hombro derecho, más allá del joven griego que esperaba órdenes, a toda el ala comandada por Clearco, Próxeno y Soféneto. Menón de Tesalia también estaba allí, pero sus hombres delimitaban la frontera con los persas y ocupaban la sección más a la izquierda del ejército griego, y la de menos honor, a entender de Ciro. Los griegos discutían y luchaban entre ellos y rompían filas tanto durante la marcha como en el campamento. Sin embargo, también representaban la ventaja de la que su hermano carecía, la única fuerza que el Gran Rey no podía igualar y a la que no podía dar respuesta. Ciro cerró los ojos y, mirando hacia el sol naciente, le envió una oración a Ahura Mazda.

—Ponte en pie, muchacho —le dijo al mensajero—. Mi orden es la siguiente: dile al general Clearco que avance el ala derecha a toda velocidad, la aleje del río y la sitúe a lo ancho del frente de nuestro ejército antes de que el enemigo esté a tiro. Su misión es atacar el centro de las líneas reales, donde vean los estandartes del águila, a la izquierda de donde yo me hallo. Repítemelo.

El mensajero pronunció en un persa impecable sus palabras exactas, aunque con los ojos como platos. Al final, se inclinó ante el príncipe y se medio arrodilló antes de desaparecer corriendo, aún con la piel brillante por el sudor.

Ciro observó las tropas de su hermano acercarse con una fascinación enfermiza, tal como un hombre bajo una avalancha puede esperar a que caiga la montaña y, sin embargo, sin moverse del sitio.

Clearco vio al mensajero que se le acercaba corriendo. Las filas del ala derecha guardaban silencio mientras esperaban a que el enemigo se pusiera a tiro de piedra y lanza. El ambiente era grave, aunque los mercenarios griegos se sentían confiados. Habían comprobado la calidad media de los soldados persas con quienes habían entrenado. La perspectiva de enfrentarse a hombres como aquellos en la batalla no los atribulaba demasiado. Aun así, el inmenso número de enemigos había ahogado las risas y la cháchara. Observar a una hueste avanzar pisando con fuerza hacia ellos como una marea que azota una bahía era una experiencia aleccionadora.

–Traigo... órdenes... del príncipe –anunció el joven emisario.

–Deberías estar más en forma –replicó Clearco–. Es posible que tengas que pasarte el día corriendo, hijo.

–Lo siento, general –se disculpó el muchacho resollando–. El príncipe ordena que avancéis a vuestras fuerzas contra el centro del enemigo, hacia allí, señor.

El mensajero señaló, pero Clearco no se molestó siquiera en mirar. Próximo no se hallaba lejos. Sobre su silla de montar, Clearco tuvo la sensación de no haberlo visto nunca tan feliz. Hizo una señal al mensajero indicándole que esperara mientras Próximo se acercaba lo suficiente para enarcar las cejas en gesto de interrogación.

–El príncipe Ciro quiere que nos coloquemos por delante de sus persas para atacar a la guardia del rey en el centro. Al parecer, está a nuestra izquierda. Yo ni siquiera la veo desde aquí.

–¿Y dejar el río? –preguntó Próximo al instante–. Es... un movimiento temerario. –Oteó la distancia y sacudió la cabeza–. El enemigo está... muy cerca para probar una maniobra así, Clearco. Ni siquiera sé si voy a poder poner a mis hombres en movimiento antes de que se echen sobre nosotros.

En presencia de soldados a la escucha a su alrededor y del mensajero que comunicaría su respuesta, ambos generales se miraron fijamente en silencio. La orden era un lanzamiento de dados a la desesperada que probablemente se saldaría con la muerte de todos... o un golpe certero que podría ganar la batalla antes de que diera siquiera comienzo. Próximo se manifestaba reticente a cumplirla, pero Clearco sabía que el general se alinearía con él si la confirmaba. Los griegos podían opinar y aconsejar, pero su disciplina era inquebrantable. Entendían que un general o un príncipe en ocasiones debe enviar a sus hombres a la muerte para retener una montaña o una frontera. Su trabajo era acatar las órdenes y pronunciarlas cual arengas para lograr la victoria. Requería confianza y fe en quienes los lideraban. Más aún, requería que los hombres entendieran que sus cabecillas podían equivocarse, que podían enviarlos a la destrucción por error o por orgullo, y aun así hicieran lo que se les pedía.

Con todo, Clearco guardó silencio durante un rato. Vio a Menón de Tesalia girado hacia ellos para comprobar qué sucedía, pero eso solo le hizo decidirse más rápido. Menón había dicho algunas bobadas acerca de Esparta, sobre su único teatro y su río en medio de un árido valle. De no haber sido aliados, Clearco lo habría reprendido por ello. Pensó que quizá lo haría si Menón sobrevivía a la batalla. Lo había enviado al extremo izquierdo del ala griega para degradarlo de categoría, por más que aquel hombrecillo quisquilloso parecía no haberlo entendido.

–Regresa junto al príncipe Ciro –dijo Clearco–. Dile que avanzaremos como ordena.

El mensajero hizo una reverencia y volvió a marcharse corriendo. Próximo dio media vuelta y, de espaldas al punto desde el cual había contemplado las filas enemigas, volvió a mirar a Clearco.

–Si atraviesas ese campo, nos rodearán, amigo mío. El ejército del rey nos supera por la

izquierda. Si cerramos también la derecha, plegará las alas... y será el final.

–Sí –convino Clearco–. Antes de poder romper el centro, debemos derrotar al ala que tenemos delante. Si somos capaces de hacerlo con rapidez, podremos girar, en dirección al rey. No permitiré que el príncipe Ciro diga que no acudimos, pero primero tendremos que acabar con todos ellos.

Próxeno rio.

–Me caes bien, espartano.

–Me da igual –replicó Clearco. No quedó claro si lo decía en broma o no, y Próxeno borró la sonrisa–. Regresa junto a tus hombres. Diles que no se queden rezagados.

Clearco volvió la vista hacia dos de sus hombres que permanecían en pie con largos cuernos plateados.

–¡Dad la señal de avance! –ordenó.

Comprobó que llevaba la espada suelta en la vaina y la kopis en la parte baja de la espalda. Notó el peso del escudo en el brazo izquierdo, como un viejo amigo. Alargó una mano y le entregaron una jabalina. La sopesó y, cuando sonrió, su expresión se volvió aterradora.

Sonaron los cuernos, una y otra vez. Los espartanos se pusieron en marcha, liderando a toda el ala griega en solitario contra el ejército persa. Avanzaron con el río en su flanco derecho y sus rojas capas al viento. Ante ellos se extendía un mosaico cambiante de arqueros y jinetes con capa blanca. Delante se había dispuesto una línea de carros, arrastrados sobre la blanda arena por caballos de carga. Portaban guadañas de la altura de un hombre y, sobre suelo duro, serían un enemigo temible. Al mando de esa parte del ejército persa se encontraba el recién ascendido señor Tisafernes, resplandeciente con su capa blanca y sentado sobre una yegua gris.

Ciro vio a los griegos avanzar y los bendijo. Los observó escindir de las líneas formadas a su espalda, pero luego apretó la mandíbula al comprobar que no se desviaban del camino que habían tomado. La posición de su hermano se hallaba muy a la izquierda y, sin embargo, ellos avanzaban en línea recta, como si Clearco no hubiera entendido su orden. El príncipe acarició con ambas manos el astil de una jabalina, mientras su caballo bufaba y pateaba la arena como contagiado de su frustración.

El río resplandecía a su derecha, con las aguas iluminadas por los rayos del sol. Entendió que Clearco no había querido dejarse rodear por un enemigo tan numeroso, pero Ciro era el heredero al trono. Si su hermano caía, comandaría todo el campo de batalla en un instante.

Contempló cómo los griegos ponían luz diurna entre sus filas y el resto del ejército, marchando contra la hueste imperial como si ellos fueran los agresores. Parecían un niño con un palo dispuesto a arremeter contra todo un regimiento. Ciro se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. No se habían negado ni habían huido cuando les había dado la orden. No soportaba permanecer allí y observar cómo los destruían.

–¡Toque de avance! Avance general. ¡Cuidado, ahora! ¡Avanzad contra el enemigo!

Los cuernos resonaron a todo lo largo de las filas y los regimientos persas del príncipe se pusieron en movimiento, con sus cuadros negros empujados ante la enormidad de la hueste a la que se enfrentaban. Aun así, reunieron el valor para hacerlo. Ciro tomó posiciones en las filas centrales delanteras, aunque sabía que su hermano no encontraría a nadie que le hiciera frente cuando sus tropas chocaran, por la abismal diferencia entre ellas. La única posibilidad de Ciro era cambiar la dirección de la batalla o barrer con su flanco derecho, el más fuerte, el débil flanco izquierdo del enemigo. Alargó el cuello para divisar los estandartes, más visibles a cada paso que

daban. Para entonces apenas los separaban unos ochocientos pasos y los arqueros y peltastas empezaban a calentar sus brazos y hombros, listos para el ataque, mientras que los hombres que tendrían que soportarlo preparaban sus escudos y rezaban para no ser alcanzados por las flechas.

Ciro contuvo el aliento cuando vio las filas que rodeaban a su hermano. El rey Artajerjes estaba oculto tras un muro de soldados y carros. Sus estandartes ondeaban allí, agrupados a la izquierda del príncipe, el águila dorada de los aqueménidas. Ciro había llevado sus estandartes del halcón para desafiarlo. Uno de ellos caería.

Clearco corrió a grandes pasos con ocho filas de espartanos y otras cuatro de sus esclavos ilotas, cada una de ellas integrada por doscientos cuarenta hombres de punta a punta. Tras él avanzaban las tropas de Próxeno y Soféneto, con Menón refunfuñando en su estela. Clearco miró con el ceño fruncido los carros que tenían delante, consciente de que aterrorizarían a quienes nunca los habían visto.

—¿Veis la dificultad con la que avanzan esos viejos carros por la arena? —gritó para que lo oyera toda la fila—. Decidles a los hombres que salten las guadañas. Saltamos más alto que eso en el gimnasio, muchachos.

Sus espartanos rieron al recordarlo y Clearco decidió en aquel momento no conceder a los persas el respeto que reclamaban.

—¡Hombres de Grecia! —bramó sin dejar de avanzar—. ¿Quién es esta gente que osa alzarse ante nosotros? Nadie, pese a su vanidad. Somos guerreros, los mejores que el mundo ha conocido. ¡*Homaemon*, compartimos la misma sangre! ¡*Homotropa*, las mismas costumbres! ¡*Homoglosson*, el idioma que hablamos! —Su voz había ido *in crescendo*, hasta alcanzar un volumen y un impacto inmensos—. ¡*Homothriskon*, los mismos templos y dioses! Por eso vencemos. Somos un solo pueblo, indivisible. Porque hoy no somos espartanos, ni tesalienses, ni atenienses. Hoy somos helenos. Somos los hombres de Grecia. Demostrémosles lo que eso significa.

Sus espartanos contestaron con un enorme rugido y el resto respondió enseñando los dientes mientras caminaban junto a él. Poco a poco, el ritmo fue aumentando. Sabían que se dirigían a la zona al alcance de las flechas y las hondas.

Los jinetes descabalgaron y dieron una palmadita a sus monturas para que se alejaran. Los niños que habían corrido junto a ellos asieron las riendas y las devolvieron al campamento, que para entonces había retrocedido varios kilómetros. Animaron a los soldados con gritos agudos.

—¡Redoblad el paso! —gritó Clearco, y su grito reverberó.

Escuchó la orden repetida a lo largo de la fila y el ejército en su conjunto emitió un sonido que era algo más que un estallido de aliento. Era un desafío a quienes tenían delante. Miles de hombres empezaron a entonar el peán, la canción de la muerte.

—¡Preparad los escudos y las lanzas! —gritó Clearco.

La fila persa se acercaba súbitamente rápida y, por encima de sus cabezas, el aire se llenó de miles de flechas, como briznas de hierba o cabellos oscuros recortados contra el sol.

—¡Alzad los escudos! ¡Paso firme! —rugió Clearco de nuevo. No le faltaba el aliento. Corría cada día como parte de su entrenamiento y apenas jadeaba—. ¡Atacad al enemigo! ¡Mantened la formación! Mantened la disciplina. Por el príncipe Ciro. Por Grecia. Por Atenas. ¡Por los dioses! ¡Por Esparta!

Continuó profiriendo órdenes mientras sus hombres recorrían como una espada el último centenar de pasos. El peán concluía con una nota de tristeza en lugar de con un rugido, pero aun así sembraba el terror entre el enemigo. Las flechas repiquetearon en sus escudos, pero la mayoría

sobrevolaron sus cabezas, disparadas por arqueros que no habían asimilado su ritmo de avance. Retenidas hasta el final, la descarga de jabalinas griegas causó estragos entre las filas persas. Los ilotas lanzaban desde las líneas posteriores profiriendo gruñidos de esfuerzo. Los espartanos conservaban sus lanzas y avanzaban con ellas bajadas, como un muro de espino.

Los persas a las órdenes de Tisafernes se rompieron antes de que los griegos les dieran alcance. Las filas delanteras retrocedieron caóticamente cuando los soldados que las formaban intentaron huir de los espartanos de capa roja que portaban la muerte en las manos. Los carros volcaron al atascarse las ruedas en la arena o avanzaron de lado, arrastrados por los caballos.

Clearco observó exultante cómo el camino se despejaba a su paso. Sus espartanos arrearon al enemigo como a cabras o ganado, matando a cualquiera demasiado lento para apartarse del medio, pero sin perder la disciplina. Aun así, seguía profiriendo gritos de alerta para atajar el temor constante que siente todo general de que sus hombres se emborrachen de ira y rompan la formación. Había visto ejércitos convertidos en turbas en el pasado, y lo único que seguía a eso era la destrucción.

Sus espartanos actuaban como filo del escudo, impidiendo que quienes avanzaban tras ellos pudieran enloquecer sin adelantar antes a sus propios aliados. Avanzaban a ritmo constante, con los escudos listos y las jabalinas asomando entre ellos. Algunas de las filas posteriores habían sacado los cuchillos para rematar a los rivales heridos, asestando tajos mientras avanzaban a través de ellos para que nadie pudiera saltar y sembrar el caos una vez hubieran pasado las filas principales.

El ala persa al completo se desmoronó y la masacre que siguió fue atroz. Hasta el último de los griegos quedó cubierto de sangre de desconocidos. Solo el hecho de contar con tantos jinetes salvó al enemigo. Tisafernes retrocedió con miles de hombres fuera del alcance de los lanzadores de jabalinas y hondas, salvando con ellos su propia vida. Clearco y Próxeno lo divisaron a lomos de su caballo entre estandartes blancos, pero había quedado rezagado de las líneas principales y Clearco no pudo obligarlo a descender. El espartano vio que los jinetes atenienses se estaban reuniendo para partir, pero Clearco les ordenó que mantuvieran la posición. Los jóvenes e inexpertos cargaban contra fuerzas superiores, mientras los profesionales descansaban y ascendían la montaña paso a paso. De todos modos, tenían pocos caballos. Dejar una docena rezagados no alteraría el resultado de la batalla.

Clearco gritó a sus hombres para detenerlos cuando empezaron a avanzar, penetrando a través de las fuerzas principales. Columbró el meandro del río y las extensas llanuras que se extendían más allá de este. Los ojos de Argos le permitieron ver todo cuanto necesitaba. Les había ido bien, pero el ejército imperial apenas sangraba y seguía siendo tan inmenso que parecía intacto. Dejaron a los muertos donde habían caído. Se enfrentaban a hombres frescos, aunque con los ojos desorbitados por el pavor.

—¡Girad a la izquierda ahora! ¡Abrid paso hasta el centro! —ordenó Clearco.

Él y sus griegos enrollarían el extremo delantero de la serpiente persa como una alfombra, de punta a punta. Eso los situaría frente a la posición del Gran Rey, tal como Ciro había ordenado. Clearco ahuyentó el cansancio cuando la primera emoción se apagó. Tenían trabajo, el trabajo más duro que había conocido. El sol empezaba a apretar y notó la lengua reseca. No había muchachos con agua a la vista, de manera que se encogió de hombros y aprovechó el momento de tregua para limpiar su espada.

Al volverse, envió a Próxeno al flanco con una línea de arqueros cretenses, por si Tisafernes intentaba cargar o concentraba arqueros persas. Hasta aquel momento, Clearco sabía que había

perdido muy pocos hombres, y deseaba que continuara así. Había visto a un soldado alcanzado por la guadaña de un carro, su propio miedo lo había mantenido en su sitio mientras que cualquier otro hombre se habría agachado para conservar la vida. Esa era la lección. Tenían que continuar moviéndose. Si se detenían, los sobrepasarían, tal como un halcón puede ser derribado por cuervos.



iro notó que el miedo se apoderaba de él y quiso alejarse del campo de batalla a lomos de su montura. Nunca había sentido nada parecido, era como si lo hubieran agarrado del cuello y lo sacudieran. Le costaba respirar y el corazón le latía con fuerza, tanto que tuvo la sensación de que quienes lo rodeaban podían oírlo y saber que estaba asustado. Contempló su propia muerte en las inmensas filas y el resplandor metálico del río Éufrates.

–Soy un príncipe –se susurró– de la dinastía aqueménida. Soy hijo del rey Darío y nieto de Jerjes. No voy a huir.

Aguantaré.

Por delante de él, observó a Clearco liderar a los griegos, cual hombres que corren bajo una ola antes de que rompa sobre ellos. Los persas se desparramaban a su alrededor y eran engullidos ante sus ojos, mientras proseguía el avance entre las líneas enemigas.

A su izquierda, Ciro vio que los imperiales de su hermano solaparían su flanco con regimientos enteros. No disponía de soldados suficientes para rodearlos y detenerlos. Nada hacía perder tanto la fortaleza en combate como que los hombres supieran que les habían cortado la retirada, que no podían huir, que tenían al enemigo tanto por detrás como por delante. Era la táctica más sencilla empleada por los aqueménidas: llevar tantos hombres a la batalla que abrumaran a quienquiera que se alzara contra ellos. El objetivo último de la guerra era provocar ruina y destrucción con las máximas celeridad y brutalidad posibles. Ciro tragó saliva; de repente, notó la garganta seca.

El ejército de su hermano se enroscaría alrededor del suyo como una garra... y todo habría acabado.

Ciro notó que el miedo se desvanecía en cuanto lo peor hubo pasado. Si su hermano caía, sería rey. Eso era lo único que importaba. Por más que Artajerjes hubiera llevado al mundo entero a aquella llanura junto a un gran río, solo dos vidas decidirían el resultado de la batalla. El príncipe notó que la calma se asentaba en él, como polvo en el aire. Respiró más profundamente. No era demasiado arduo. Ni demasiado complejo. Un solo golpe pondría fin a todo.

Seiscientos jinetes cabalgaban con el príncipe como su guardia personal, todos ellos fervientemente leales. Quienes se habrían marchado con Orontas seguían notando el azote de la vergüenza y los recelos de sus compañeros, y estaban desesperados por demostrar su fidelidad.

Cuando Ciro vio que las filas de su hermano lo solaparían, supo que solo le quedaba una opción. Apostaría su vida en una sola hora. Sería la punta de lanza, pero, una vez arrojada, no sería posible echarse atrás.

–¡Parviz! –bramó.

El hombre alzó la vista, complacido de que lo necesitaran para algo. Montaba una vieja yegua con bastante soltura, pero no era un guerrero, no como los guardias del príncipe.

–Retrocede –le gritó Ciro–. Este no es lugar para ti.

El príncipe vio el rostro de su criado descompuesto por la aflicción, pero al menos viviría. Para entonces, Ciro ya estaba vociferando otra orden.

–¡Capitán Hadid! –gritó.

El capitán avanzó y lo saludó con una inclinación de cabeza para recibir órdenes, pero no había tiempo para eso. El espacio entre ambos ejércitos se estrechaba como la última flecha de la noche. Cuando chocaran, no habría espacio para huir a caballo.

–¡Mi guardia, conmigo! –Ciro clavó las espuelas, confiado en que lo siguieran.

Por un instante, su caballo aventajó al resto, encabritándose cuando el príncipe lo pateó para que echara a correr. Con un aullido, sus hombres convergieron con el príncipe que galopaba como una flecha hacia el norte, campo a través. Era la golondrina que regresa a casa bajo las nubes, un halcón real en la tormenta.

Ciro se sorprendió sonriendo mientras el aire se volvía un vendaval y el ritmo de su galope retumbaba como un tambor bajo sus pies. Apuntaló una rodilla bajo el cuerno de la silla de montar y se sentó en la parte alta, inclinado sobre los hombros del caballo mientras avanzaban juntos. Llevaba una jabalina en una mano y la espada descansando en la espalda, lista para ser desenvainada.

Los estandartes de su hermano le invitaban a acercarse. Ciro vio fregonazos de sus guardias galopando a su lado, formando una medialuna. Era una locura, pero se descubrió profiriendo un desafío a las líneas que tenía delante. Su voz se perdió bajo el estruendo de los cascos de los caballos y los hombres, pero en realidad no contenía palabras, sino un mero grito salvaje y una promesa de venganza. Ciro notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, escocidos por la arenilla.

El enemigo sabía quién era, por supuesto. Desde el mismísimo momento en que el príncipe se había destacado de sus regimientos sabían de quién se trataba. Solo el príncipe real aqueménida podría haber reunido a seiscientos jinetes. Quienes aguardaban delante se movieron de un lado a otro cuando el príncipe se abalanzó sobre ellos a todo galope, ya fuera por temor a la arremetida concentrada o por el pavor que les provocaba, Ciro lo desconocía. Los tenía ya cerca cuando arrancó al galope; se les había echado encima en cuestión de segundos, antes de que ninguna orden pudiera alterar su formación.

Algunos soldados dejaron paso en lugar de enfrentarse a aquellas lanzas y jinetes que galopaban desdibujados en medio de una polvareda. Docenas de ellos retrocedieron o se arrojaron al suelo presas del pánico. Los más valientes y los demasiado lentos para apartarse de un salto fueron arrollados, destrozados como si hubieran caído por un precipicio. Ciro notó que los impactos le agujoneaban en las piernas. Vio a hombres derribados por las bajas pecheras de su caballo, aplastados bajo pezuñas como rayos. Oyó sus gritos como tenues lamentos que se desvanecían tras él mientras sus guardias se clavaban como una púa en la pantalla del rey persa.

Los dos hermanos reales se vieron en el mismo momento. En aquel instante, pareció reinar la quietud. Ciro olvidó que galopaba entre hombres en movimiento y solo vio los ojos desconcertados de Artajerjes y el ornamentado yelmo volviéndose para mirarlo. Su hermano tenía la boca abierta y roja. Alargó la mano para agarrar una espada, pero Ciro era demasiado rápido, demasiado sólido, demasiada la venganza que había prometido. Había perdido su jabalina en el pecho de un extraño. Llevaba la espada en la mano. Alzó la hoja en alto y le asestó a Artajerjes tal golpe en el cuello que lo hizo retroceder tambaleándose, agitarse y gritar horrorizado. La cuchilla impactó en el metal y giró en la mano de Ciro al quedar apresada en el borde de la pechera. Pero había visto sangre. Fue un momento perfectamente nítido, frío y dulce. Ciro soltó el aliento con algo parecido a la alegría.

Clearco no tenía tiempo para complacencias. El cuadro griego impactó con fuerza en las tropas

imperiales, despojándolas de toda oportunidad de concentrarse. Los persas no pudieron reaccionar. Para cuando sus oficiales entendieron lo que sucedía, los espartanos ya se hallaban entre ellos macheteando a un nuevo regimiento. Los soldados persas se batieron en retirada; optaron por dar media vuelta y echar a correr en vez de enfrentarse a aquel filo con capas rojas y a las ensangrentadas espadas que refulgían en sus manos.

Clearco luchó escudo y lanza en mano, junto a hombres a quienes conocía desde hacía años. Aquel día todos se sentían unidos en el campo de Cunaxa, junto al río Éufrates, la gran serpiente viva que llenaba de verdor el desierto.

—¿Qué diablos estáis haciendo ahí? ¡Mantened la distancia adecuada entre esas filas! —les gritó Clearco a los hombres de Próxeno que avanzaban tras los suyos.

Escarmentados, retrocedieron, transformando extrañamente su agravio en calma frente al enemigo. Si Clearco tenía tiempo para percatarse de que avanzaban mal formados, quizá no hubiera tan poca esperanza como algunos de ellos creían.

Ninguno había visto nunca a tanta gente en un mismo sitio, ni en el teatro de Dionisio en Atenas ni en las multitudes que acudían a los bosques sagrados de Delfos. Era un atisbo de un imperio superior a todo cuanto habían imaginado, y lo único que podían hacer era pestañear, mirar boquiabiertos y continuar presionando.

Los griegos mantuvieron un cuadro aplanado, con doscientos cuarenta espartanos y sus ilotas a la vanguardia y cuarenta filas marchando tras ellos. Combatieron como los profesionales que eran, con ferocidad sosegada. Nadie rompió la fila para perseguir a un enemigo que se daba a la fuga. Avanzaron como si siguieran una angosta senda y segaron a todos cuantos encontraron a su paso. Se mantuvieron ajenos a los hombres que quedaban a ambos flancos, a menos que los atacaran. Los griegos avanzaban con los escudos tachonados de flechas rotas y abollados por las piedras. El enemigo solo veía cascos que era incapaz de perforar y, bajo ellos, escudos redondos y grebas. Los espartanos eran hombres de bronce, sin debilidades. Lanzas griegas emergían de entre sus filas cual lenguas de serpientes y retrocedían nuevamente ensangrentadas.

Clearco vio a uno de sus soldados tambalearse. Algo había volado por encima de las apretadas filas y sonó en su casco como una campana. Captó la atención del general y lo hizo mirar a sus hombres con ojos renovados. Las filas delanteras empezaban a ralentizarse por el cansancio.

—Próxeno, ¿dejarás que mis hombres se lleven toda la gloria? —gritó.

El otro general puso los ojos en blanco.

—Déjame pasar y yo te enseñaré lo que es la gloria —respondió Próxeno—. ¿Por qué siempre tienes que ir tú delante, espartano? ¿Acaso se metían contigo de niño?

—Créeme, no podrías estar más errado —replicó Clearco, pero lo dijo sonriendo y sacudiendo la cabeza.

Antes de cumplir los diez años había ganado tres torneos de boxeo con niños espartanos más altos y fuertes que él. Y en el último se había impuesto pese a tener la mano derecha rota. Se frotó los nudillos al recordarlo.

—Espartanos, abrid las filas delanteras. ¡Retroceded! Ya les habéis enseñado cómo hacerlo. ¡Dejad ahora que Próxeno nos demuestre lo que ha aprendido! Decidle a Menón que avance por nuestra derecha, en filas de sesenta hombres de ancho. ¡Y que mantenga el ritmo!

Las expresiones de los espartanos quedaban ocultas bajo la fría mirada de sus cascos, pero Clearco sabía que estaban agotados. Sus mercenarios estaban en plena forma, pero necesitaban descansar. Nada cansaba más a un hombre que luchar, aunque cortar leña se le acercaba bastante. Clearco se asomó entre las líneas para detectar el menor punto débil o formación rota. Pese a que

había mantenido una actitud despreocupada, rotar a tres mil hombres en el fragor de la batalla era atrozmente duro. Había hombres que morían en el proceso, fuera por falta de atención o por un avance en tropel del enemigo que, aventurando que una línea estaba cediendo, aprovechaba para presionar. Sin embargo, de no haberlo hecho, los mejores soldados del mundo habrían caído. Todos cuantos tropezaban con ellos y morían eran hombres frescos. Solo los dioses podían luchar todo el día sin tregua.

Clearco observó a los espartanos aminorar su brutal ritmo. Ante ellos, los persas prorrumpieron en un aullido al ver que, aparentemente, sus odiados enemigos vacilaban. Clearco se sorprendió gruñendo y resollando, deseoso de acallar de cuajo sus exultantes chillidos. Vio que los Inmortales, con sus capas negras, tomaban posiciones, pero serían Próximo y Menón quienes se enfrentarían a ellos.

—Estoy en mi puesto, Clearco —gritó Próximo por encima de su hombro—. Ve y reposa un rato esas viejas piernas tuyas.

—Me quedaré. Hace tiempo que quiero ver a Menón luchando de verdad. A fin de cuentas, habla como un héroe.

Menón de Tesalia se volvió y gritó:

—El enemigo está delante, saco de viento espartano.

Clearco rio. No le gustaba nada aquel hombre, pero había algo de cierto en sus palabras. Si Menón luchaba tan bien como se quejaba y discutía, sería un titán, y Clearco le perdonaría todo lo demás. Seguiría sin gustarle, pero aun así le estrecharía la mano y llenaría su copa de vino.

Al otro lado del campo de batalla, Clearco escuchaba el bullicio de armas y el ruido de muertes lejanas como un estremecimiento en el aire. Había muerte en aquel lugar, una mancha amarga en cada hálito. En todo campo de batalla reinaba el miedo, Clearco lo sabía bien. Un buen comandante debía concentrarse en la misión que tenía por delante y no dejar que su mente se preocupara por el resto de la batalla. Sus hombres eran capaces de grandes hazañas, pero había que atesorarlos e invertirlos como un avaro sus monedas. El príncipe Ciro había llevado en torno a doce mil griegos a Babilonia. El grueso de la batalla lo librarían persas contra persas.

Ciro vio a su hermano caerse del caballo y se alegró. Cualquier resquicio de temor o debilidad que hubiera podido sentir se disipó. Su guardia personal seguía colisionando sus caballos contra los guerreros enloquecidos que rodeaban al Gran Rey, pero él era prácticamente ajeno a todo ello. Se notaba sosegado y con la mente clara mientras su hermano yacía boca arriba y escupía sangre. Había tomado a Artajerjes por sorpresa cabalgando a galope tendido mientras su propio caballo apenas se movía. Un dedo más arriba y le habría aplastado la garganta y habría hecho que la corona queménida rodara en el polvo.

El príncipe vio a los soldados de su hermano volver la mirada hacia su señor, pero Artajerjes estaba claramente aturdido y era incapaz de dar órdenes. Ciro alzó la vista y vio rostros conocidos que a su vez lo reconocieron. Se convirtió en su diana, el hombre que se había atrevido a derribar al rey. Arremetieron contra él y, para su asombro, vio a Parviz cabalgar entre ellos para protegerlo. Su criado lo había desobedecido para acompañar a su señor. Bajo la atenta mirada de Ciro, Parviz utilizó su vieja yegua para bloquear el paso a tres guardias imperiales.

Ciro no vio que lanzaban la jabalina. Alguien entre las tropas del rey había sido testigo del ataque a Artajerjes y arrojó la pica afilada en un ataque de cólera. El arma describió un arco en el aire y, justo en el momento en el que Ciro la notó y alzó la vista para mirarla, se le clavó en el pómulo, rompiéndole los huesos y desgarrándole un lado. No entendía lo que sucedía. Sabía que

había vencido y, pese a ello, el mundo daba vueltas a su alrededor y el sol se movía a un lado y a otro en el cielo mientras él se desplomaba y se golpeaba con fuerza. Escuchó otro chasquido e intentó ponerse en pie. Empezó a manarle sangre de la boca y por el tajo de la mejilla. Notaba esquirlas en la lengua, como astillas de porcelana rota. Sacudió la cabeza, pero el movimiento solo empeoró las cosas e hizo que las figuras de los Inmortales parecieran nadar y temblar. Vio a Parviz de pie sobre él, negándose a apartarse de quienes se abalanzaban sobre ambos.

Ciro observó cómo el hombrecillo mataba a un guardia imperial con los golpes nítidos de un soldado de fortaleza. Un instante después, cortaron a Parviz por la mitad y cayó con los ojos como platos al otro lado de aquel suelo arenoso.

Ciro alargó el brazo para ponerse en pie y gritó al comprender que no sostendría su peso. Miró hacia su mano derecha, incapaz de entender por qué le colgaba inerte y era incapaz de agarrar la espada que yacía delante de él en la arena.

Recuperó la audición, aunque hasta entonces no se había percatado de que se había quedado sordo. La luz se le antojaba demasiado intensa y escuchó un sonoro tintineo de metal sobre metal. Sus guardias habían desmontado para protegerlo en el suelo, disponiendo sus monturas en círculo a su alrededor a modo de cerco. Los Inmortales de su hermano rugieron como truenos en las montañas. Atacaron en tropel y Ciro vio a hombres caer muertos prácticamente encima de él. Tuvo la sensación de recuperar los sentidos, la noción de quién era y dónde estaba. Solo necesitaba un momento para recobrar el aliento y reunir fuerzas para enfrentarse a su hermano de nuevo.

Ciro vio a Artajerjes ponerse en pie y aceptar una espada ajena. Su hermano tenía toda la barbilla manchada de salpicaduras de sangre y caminaba sujetándose el costado con la mano izquierda, inclinado sobre las costillas rotas. Ciro se esforzó por ponerse en pie de nuevo, pero no le quedaban fuerzas. Vio a su hermano arremeter de frente contra uno de sus guardias, apartarle la espada y asestarle tres golpes salvajes. ¡Pero si Artajerjes era el erudito! No tenía sentido que atacara de aquel modo en el campo. Su hermano se había teñido la barba con negros aceites e iba cubierto con un abrigo de retales que Ciro recordaba haber visto lucir a su padre.

Artajerjes se colocó en pie a su lado y Ciro sacó una daga de su cinturón con disimulo. Intentó hablar, pero tenía la boca completamente desgarrada y encharcada de sangre. Empezó a moverse, pero el rey le puso una bota sobre el pecho y lo presionó contra el suelo.

–Gracias, hermano –le dijo Artajerjes, levantando la espada–. Creo que no he sido realmente el rey hasta que te has sublevado contra mí. ¿Lo entiendes? Hoy me has hecho... un gran regalo.

Pronunciada aquella última palabra, Ciro se movió, pero fue demasiado lento. Artajerjes dejó caer con fuerza su espada, que impactó en la garganta de Ciro y prácticamente lo degolló.

Después de aquel dolor inicial, Ciro dejó de sentir. Su hermano continuó golpeándole, una y otra vez, hasta decapitarlo, y levantó su cabeza para mostrársela a cuantos a su alrededor miraban horrorizados. Los ojos giraban y la boca se movía, como si rezara, pero Ciro estaba ciego y mudo.

Artajerjes le dio media vuelta a la cabeza de su hermano para contemplarlo de cara y lo observó maravillado un rato antes de besarle los labios casi con ternura. La batalla seguía librándose, pero parecía ajeno a ella. La única vida que le importaba era la de Ciro. Y Artajerjes se la había arrebatado, tal como le había prometido a su padre que haría tantos años atrás. El rey se sorprendió con lágrimas de orgullo y recuerdo en los ojos. Ni siquiera su madre podría negar que había actuado de acuerdo a sus derechos como rey. Lo habían desafiado y él mismo había salido a luchar al campo de batalla, con armadura, para combatir la amenaza. Ciertamente, Ciro lo había hecho rey aquel día, de un modo que la sangre y el derecho de sucesión jamás podrían hacerlo. Por impulso, Artajerjes se arrodilló para rezar, con el puño apretado sobre la boca y la

cabeza gacha. Nunca había estado tan convencido del favor de Dios como en aquel momento. Luego se puso en pie y le entregó la cabeza de su hermano al capitán de sus Inmortales.

—Clávala en una lanza y pórtala bien alta. ¡Que la vean todos! Llama a rendirse a quienes han acudido hoy aquí con Ciro. Avanzad hacia su campamento. La batalla ha concluido. ¡Dad gracias a Dios! ¡Estamos liberados! La victoria es nuestra.

El grito se elevó a su alrededor, hinchándose hasta convertirse en un inmenso rugido que ensordecía tanto como deleitaba. El rey tiró de repente de su coraza, del punto por donde se había abollado y le presionaba. El peto se partió por la mitad por una grieta que lo recorría desde el cuello hasta la cintura. Artajerjes tuvo que reclutar a dos de sus hombres para que lo ayudaran a montar de nuevo. Su hermano le había asestado un golpe terrible y sabía que tenía algunas costillas rotas. Seguía encharcándosele la boca de sangre, aunque creía que se debía a que se había mordido la lengua al caer, no a una herida interna. O eso esperaba. No tendría sentido desmoronarse ahora, con la cabeza de su hermano en una pica a su lado. Sus costillas descansaron al encorvarse sobre la silla y cerró los ojos aliviado mientras sonaban los cuernos. Si su padre pudiera verlo, Artajerjes sabía que se sentiría orgulloso de él.

Clearco estaba preparado para volver a situar a los espartanos al frente del cuadro de los griegos. Menón había actuado bastante bien mientras el sol tocaba mediodía, aunque habían sido los regimientos de Próximo los que habían combatido como espartanos, al menos mientras los verdaderos permanecían rezagados. Clearco los había felicitado por su forma de pelear. Habían avanzado unos mil seiscientos pasos desde que los espartanos se habían situado en la retaguardia para descansar, peleándolos uno por uno. Clearco intentó no pensar en la cantidad de regimientos intactos que los aguardaban más delante. El príncipe Ciro y los persas comandados por Arieo tenían sus propias batallas que librar. La única esperanza de Clearco era socavar la moral de los soldados imperiales cuando constataran que los atacaban desde el flanco, desde dentro. El escuadrón griego no había tenido tiempo de dar alcance al rey antes de que los ejércitos colisionaran, pero Clearco sabía que habían penetrado a través de miles de hombres y que seguramente habían desbaratado su avance. Aun así, no había una ruta clara por la que salir.

Soldados imperiales con capas blancas o negras atacaban por todos lados. Quienes estaban delante retrocedían y cualquier intento de mantener la posición o cerrar filas quedaba frustrado enseguida. Ciro había explicado que los persas practicaban ejercicios de marcha, pero que rara vez trabajaban con las armas que portaban. Esa falta de habilidad se hizo evidente mientras los hombres de Clearco se abrían paso a través de ellos, una y otra vez, soldados contra campesinos con espadas, con el terror propagándose ante ellos conforme fila tras fila decidía que no serían ellos quienes frenaran el avance de los griegos.

Clearco tenía claro que la situación no se prolongaría demasiado. En algún momento habría algún oficial o algún regimiento que decidiera plantarles cara y luchar a muerte. Y en cuanto bloquearan el avance griego, sabía que otros convergerían a su alrededor. En una ocasión había visto una avispa asfixiarse, hecha un ovillo entre miles de abejas. Ninguna de aquellas abejas por sí sola podía medirse con la invasora, ni siquiera una docena de ellas, pero con su peso y ferocidad, acabaron por despedazar a la avispa. Esperó a que llegara aquel momento mientras volvía a colocar a sus espartanos al frente, con fuerzas renovadas.

Delante de ellos, los imperiales empalidecieron al ver las capas rojas y los escudos de bronce situarse en la vanguardia. Se prepararon y empezaron a morir. El ritmo aumentó de súbito y Clearco sonrió mientras caminaba hacia delante con el resto. Pese a la insensatez de su posición,

contraria a toda estrategia bélica que hubiera aprendido, parecían tener al alcance una victoria. Lo presentía. Por lo que podía decir, había perdido a menos de cien hombres desde que la batalla había empezado, mientras que los que habían matado y abatido se contaban por miles. Si los persas no eran capaces de desenvolverse mejor ante sus armaduras y sus habilidades, aún podían proclamarse vencedores, incluso contra el mayor ejército jamás visto. Notó que se henchía de esperanza y se enjugó el sudor de los escocidos ojos. En algún lugar al otro lado del campo de batalla empezaron a retumbar cuernos y se alzaron las voces. Clearco se ahuecó la mano detrás de la oreja para oír mejor, esperando que anunciaran su victoria.

En rey Artajerjes cabalgó por las líneas con la cabeza de su hermano sostenida en alto. El momento posterior a una batalla siempre era caótico y los hombres de su hermano temerían que el rey clamara venganza. Y no iban errados, se juró Artajerjes. Él mismo supervisaría la ejecución masiva de los regimientos que se habían atrevido a rebelarse contra la corona, cuando se hubieran rendido y se los hubiera desarmado y maniatado debidamente. Notó su corazón henchido de orgullo. Sentía un dolor atroz en las costillas, pero se hallaba de excelente humor. Los cuernos resonaban y no había duda de que los regimientos de Inmortales, de negro, y la caballería, de blanco, exigían rendición a las fuerzas de Ciro. La cabeza en aquella lanza obraba maravillas, aunque ni una entre mil personas habría dicho que aquella cosa hinchada y magullada había pertenecido alguna vez a un príncipe de la realeza.

El campo de batalla se había ensanchado durante las maniobras, de tal modo que ambos extremos se hallaban a horas de distancia entre sí. Con todo, la noticia se propagó mientras el Gran Rey describía un arco alrededor de los regimientos como un cometa, a salvo de sus jabalinas y piedras mientras cabalgaba en medio de centenares de jinetes victoriosos, todos ellos profiriendo gritos de triunfo o señalando con sus espadas a los regimientos que habían traicionado a la Casa Real y prometiendo represalias a los horrorizados soldados. Muchos de los hombres de Ciro ni siquiera habían llegado a golpear, pero, temblorosos, se sintieron condenados al ver al propio Artajerjes recorrer a galope sostenido el campo de punta a punta, con los estandartes reales ondeando a su lado.

El general Arieo había estado en el meollo de la contienda desde el primer choque entre filas. Tenía el cabello empapado bajo el yelmo, pero no se atrevía a quitárselo ni siquiera un momento para notar el aire, no con tantos arqueros y honderos esperando un premio como el que él representaba.

Arieo había aparcado todo pensamiento acerca del tamaño y la fortaleza del enemigo. Había entregado su lealtad y su vida al príncipe Ciro. El único juramento que había roto en su vida había sido el que había hecho al hermano de aquel hombre. Seguía pesándole y solo habría podido redimirse si Ciro se hubiera proclamado rey y le hubiera concedido el perdón. El mundo era tan sencillo como Arieo quisiera, mucho más sencillo de lo que había creído Orontas.

La batalla no había ido bien desde el primer momento. Arieo había observado con preocupación creciente cómo los griegos se abalanzaban contra el enjambre de jinetes e infantería capitaneados por Tisafernes. El general había dado órdenes de retroceder y avanzar, que Arieo esperaba no respondieran a una venganza personal. Antes de que Arieo tuviera tiempo de ajustar su propia formación para proteger su flanco derecho, que había quedado al descubierto, el propio príncipe había galopado hacia los regimientos persas, con su propia guardia en dificultades para darle alcance.

Arieo sabía bien que un caudillo podía cambiar de planes al ver al enemigo, e incluso que era su obligación hacerlo si las condiciones eran distintas a las esperadas o el terreno ofrecía alguna ventaja imprevista. La guerra no estaba hecha para los lentos y pesados, sino para hombres de mente ágil capaces de atisbar un riesgo y asumirlo mientras el enemigo aún dormía. Y, sin embargo, él había visto todo un plan de batalla desbaratado y arrojado al fuego en las primeras pocas horas de luz diurna. En lugar de formar parte de maniobras rápidas y ataques repentinos, se halló solo al mando del centro persa, con cien mil hombres que confiaban en él para conservar la vida. Había permanecido sentado en su montura con expresión huraña mientras los imperiales avanzaban hacia ellos, pero había mantenido las formaciones y había rellenado los huecos, desviando su nuevo flanco hacia el río, aunque ello supusiera formar filas menos compactas si cabía. ¡Maldito fuera Clearco por dejarlos tan expuestos! El ejército persa podía plegarse sobre ellos por ambos flancos ese día y cuando lo hiciera, sería el fin, sin ningún género de duda.

Los enfrentamientos habían dado comienzo con una virulencia desmedida y, durante lo que se le antojó una eternidad, Arieo pudo contemplar una lucha de leviatanes, las poblaciones de ciudades enteras a machetazos entre sí, clavándose espadas unos a otros a lo largo de una línea que se extendía en la distancia como la orilla de un mar siniestro. Al patear aquel suelo arenoso, los combatientes levantaban enormes polvaredas. El cielo se oscureció espasmódicamente cuando flechas y jabalinas volaron en una y otra dirección entre los agitados ejércitos. El fragor era inmenso, la respiración de una bestia que empujaba para avanzar y a la cual se obligaba a retroceder. La matanza continuó incesante, y Arieo alzó la vista y vio los estandartes con el águila real en movimiento.

En una extensión entre regimientos rivales de persas demasiado mezclados para distinguir al amigo del enemigo, sobre aquel terreno arenoso, cabalgaba Artajerjes. Junto al rey, un guardia observaba la lanza que portaba en alto, e incluso desde la distancia era posible divisar la dentadura blanca de aquel soldado que reía y vitoreaba.

Arieo se quedó helado al asimilar el significado de aquella imagen. Llevaban la cabeza de Ciro en alto, por encima de las filas. Le sobrecogió una sensación de horror y náusea, pero contempló con otros ojos aquel campo de arena. Muerto Ciro, las fuerzas que Arieo comandaba de repente se le antojaron más reducidas. Los griegos estaban perdidos, tan fuera de la vista y de la memoria como siempre.

Arieo cerró los ojos un instante, deseando que fuera Orontas quien aún se hallara al mando, por más que aquella súplica tácita lo empequeñeciera. Le rompió el corazón abrir los ojos y comprobar que la destrucción continuaba. Ciro había muerto y, de repente, el mundo se había puesto del revés.

—¡Tocad la retirada! —gritó de súbito—. Retroceded en orden hacia el oeste y el sur. El príncipe ha muerto. Ya no queda honor que defender en este campo.

—Sí, general —contestaron sus mensajeros, consternados.

Cuando empezaron a darse la vuelta, Arieo les insistió:

—¡Decidles a los hombres que no corran! El rey nos matará a todos si no nos retiramos ahora. Retroceded en buen orden y es posible que vivamos para ver otro día. Si echamos a correr, estamos perdidos. Aseguraos de que lo entiendan.

Los mensajeros pusieron pies en polvorosa, correteando como flechas entre las líneas de soldados. Arieo siguió observando al ejército imperial rompiendo sus regimientos a sangre y hueso. Todo había acabado. Lo único que podían hacer era intentar sobrevivir.

Con la espalda deliberadamente recta, Arieo dio media vuelta a su caballo para alejarse de la



contienda.

–Lentos, muchachos. Avanzad conmigo. Mantened la cabeza erguida. Nuestra causa está perdida, pero nosotros no.

A las filas más cercanas les alivió no tener que dar otro paso hacia el enemigo victorioso, que estalló en aullidos de alegría conforme la noticia fue propagándose.

# SEGUNDA PARTE

«¿A qué edad aspiro llegar? No me haré mayor  
si mañana me entrego al enemigo».

JENOFONTE

**E**n la llanura de Cunaxa, junto al río Éufrates, una fina capa de polvo se extendía en el aire. La habían levantado los pies de centenares de miles de hombres que marchaban, pateaban y se desangraban en el suelo arenoso.

Clearco detuvo al cuadro griego al no encontrar resistencia durante un rato. Al principio creyó que se debía a que sus hombres habían aplastado a otro regimiento persa y habían llegado a campo abierto, pero escuchaba vítores en algún punto a su izquierda, un sonido tenue y distante que podía haber procedido de cualquiera de los lados.

Por primera vez aquel día perdió la noción del campo de batalla. Y por primera vez en su vida anheló tener un caballo que le permitiera ver más allá de sus hombres, que lo miraban, a la espera de recibir órdenes aprovechando la tregua. Los enfrentamientos continuaban a su alrededor. Se oían cuernos a su derecha, lo cual carecía de sentido. Sin embargo, nadie avanzaba contra los griegos. Regimientos imperiales marchaban junto a sus lindes sin detenerse ni girar hacia ellos. Tras los griegos se elevaba una inmensa columna de polvo y aniquilación: todos los muertos y moribundos que se habían cruzado en su camino. No habría una segunda oportunidad para ellos.

Clearco se frotó la mandíbula, clavando la vista en todas las direcciones a la espera de sacar algo en claro para no confesarles a sus hombres que no tenía ni idea de lo que sucedía. Había quebrado el ala izquierda persa, pese a que sabía que parte de la caballería seguía lamiéndose las heridas a escasa distancia. Se había abierto camino a través de la vanguardia del ejército imperial para arremeter contra la posición del rey, pero entonces tanto él como sus hombres se habían hallado perdidos en un océano de soldados y se habían visto obligados a defenderse por todos los flancos. Los griegos habían caminado penosamente y habían combatido durante horas, y habían dado muerte a incontables enemigos. A simple vista, calculó que le quedaban unos diez mil hombres, descontando a los muertos. Sus espartanos, que habían retenido la primera fila durante la mayor parte del tiempo, eran quienes menos bajas habían sufrido. Se le hinchó el pecho al pensarlo. Conocía a cada uno de aquellos hombres y perder a cualquiera de ellos en batalla era como perder a un hermano o a un hijo. No estaban sobrevalorados, pensó orgulloso, y se recordó comentárselo a Menón. El tesaliense seguía avanzando a duras penas algo más atrás, observando la situación con el ceño fruncido como la vieja cabra amargada que era.

—¿Cuáles son las órdenes, general? —gritó Próxeno a su mano derecha.

Clearco estuvo a punto de ladrarle una respuesta, como habría hecho si siguieran en ataque. No obstante, tanto por delante como por los flancos, grandes escuadrones se alejaban de ellos en cuanto se acercaban lo suficiente para reconocer los estandartes o las capas rojas de las filas delanteras. La polvareda se había espesado en algunos puntos y Clearco sintió una punzada de pánico. Era habitual que los soldados que luchaban por su vida perdieran la noción del campo de batalla, e incluso que lo hicieran los generales que intentaban mantenerlos en formación. Pero perderla en medio del mayor ejército enemigo del mundo entero era un error que podía conllevar su destrucción.

Clearco vio a Menón señalando hacia algo por encima de su flanco. El espartano apretó la

mandíbula y entornó los ojos, pero le resultaba imposible vislumbrar nada en el punto en el que la polvareda era más densa. Tuvo la sensación repentina de que el caos se arremolinaba a su alrededor. Emitió un gruñido, consciente de que debía detenerse y orientarse de nuevo.

–¡Que Ares nos proteja aquí! –refunfuñó, y luego alzó la voz y se dirigió hacia la plaza de armas que había a sus pies, donde los hombres esperaban sus órdenes–. A la cuenta de tres..., escuadrón, ¡alto! ¡Helenos...! ¡Alto!

Los espartanos se detuvieron dando una zancada con la pierna izquierda y juntaron con fuerza la derecha. Todas las filas se mantuvieron firmes, con volutas de arena elevándose en el aire a su alrededor. Entonces sopló una brisa procedente del norte que arrastró el pálido polvo hacia sus rostros y los obligó a parpadear. Los hombres, jadeantes, se encontraron con la boca llena de arena y maldijeron por lo bajo. La propia tierra pareció volverse contra ellos en aquel momento.

Clearco se tensó al escuchar el sonido de caballos, pero conocía a los hombres que se aproximaban, al menos de vista. Se esforzó por recordar sus nombres, pero fue incapaz de traerlos a su pensamiento. Ambos habían participado en la contienda, eso era evidente. Estaban manchados de sangre, pero no parecía suya. El noble tenía una mirada adusta, según pudo apreciar Clearco, una expresión que el espartano conocía muy bien. El otro sacudía la cabeza radiante de alegría, sin dar crédito a lo que había visto y hecho aquel día. Clearco también conocía aquella reacción, y le costó no sonreírle al joven que había descubierto su pasión por la guerra.

–No permaneceré aquí a vuestros pies como un pordiosero –les dijo a los dos griegos montados–. Desmontad. Explicadme qué sucede. Perdonadme, no recuerdo vuestros nombres.

–Jenofonte de Atenas, general –dijo el primero de ellos mientras descabalgaba y agarraba las riendas–. Y mi compañero, el sonriente, es Hefesto.

–¿Qué hay de la batalla? ¿Y del príncipe? Con esta polvareda, hace siglos que no recibo noticias de mis mensajeros.

Clearco miró hacia el sol, que se teñía de rojo conforme descendía hacia el horizonte. Había estado cabalgando y luchando todo el día y estaba agotado. Solo la perspectiva de otro ataque lo mantenía despierto.

–El príncipe Ciro ha caído, general –anunció Jenofonte, que prefirió girarse a ver las esperanzas de aquel hombre desmoronarse–. Su hermano lo ha decapitado. Alcancé a verlo antes de darte alcance. Después de eso, la lucha..., bueno, ya sabes.

Clearco no manifestó el pesar y la vergüenza que se apoderaron de él. El contingente griego en su conjunto necesitaba un liderazgo firme en aquel momento. La noticia se propagaba ya entre los hombres y prefirió aparcar su reacción y sonreír, aunque pareció envejecer diez años en un solo instante.

–Lo sé, hijo, sí. Habéis actuado bien hoy. Y eso es importante.

–¿Lo es, general? –preguntó Jenofonte con voz de amargura.

Clearco le sonrió y le contestó:

–Significa que estáis vivos para volver a luchar mañana, lo cual a mí me importa, porque tengo muy pocos caballos.

El general miró a su alrededor y volvió a ver las oscuras sombras de los regimientos que marchaban en la lejanía, como piezas moviéndose en un tablero cuyas reglas había dejado de entender. Notó que el estómago se le contraía con aquel pensamiento. Sus griegos estaban lejos de casa, rodeados por la mayor fuerza militar que el mundo podía congregarse y liderada por un emperador-dios con motivos para querer descuartizarlos. Clearco rio para sí mismo.

–A los dioses les gusta ponernos a prueba, ¿eh? –comentó.

Jenofonte lo miró con recelo, preguntándose si había perdido la razón.

–Montad, muchachos –prosiguió Clearco–. Estamos en territorio hostil, rodeados de enemigos. Lo único que podemos hacer en este momento es regresar a nuestro campamento. Tengo un pequeño escritorio plegable que no me gustaría que mañana acabara agraciando una tienda persa. Dado que tenemos el sol poniéndose justo a nuestra espalda, volvemos a estar orientados al este. La orden es dar media vuelta y marchar con el máximo apremio al campamento. Si alguien se interpone en nuestro camino, embestid y matadlo.

A lo ancho y largo de la hueste griega, los capitanes y pentecosteros se hicieron eco de su orden y el cuadro giró debidamente.

–¡Espartanos, al frente! –bramó Clearco.

Menón refunfuñó algo en respuesta, pero para entonces aquello era ya una especie de ritual entre ellos. Clearco tomó nota mental de asestarle un puñetazo en la cara si ambos sobrevivían... o de invitarlo a una copa, una de dos. Algunos de los hombres de Menón abuchearon a los espartanos cuando avanzaron para ocupar la vanguardia de nuevo. No, decidió entonces Clearco. Dejaría a aquel capullo sin conocimiento de un puñetazo.

Los griegos estaban cansados. Se notaba en los traspies que daban al caminar, en el modo de arrastrar las lanzas por el suelo o de usarlas para apoyarse, como un pastor usa un cayado. Solo los espartanos llevaban las suyas en alto, listos para atacar. Por eso Clearco los había situado al frente, aunque habían aguantado lo más duro del combate durante todo el día. A su juicio, estaban en mejor forma física que los demás, y cuando más importaba eso era al final de la batalla, cuando los hombres notaban las extremidades cada vez más pesadas y los pies lentos y caminaban arrastrándose mientras que antes se habían movido como leopardos.

Marcharon en formación cerrada de cuadros a través del campo de batalla, rumbo al oeste. Aún se levantaban y extendían polvaredas que ocultaban al enemigo de la vista. En ocasiones, los griegos tenían la sensación de caminar solos por un paisaje inmenso y desierto.

Clearco y Próxeno buscaron con la vista a los regimientos persas que habían acudido a la llanura con Ciro. Esperaban encontrarse con el general Arieo en cualquier momento al cruzar hacia el lugar donde había formado horas antes. Sin embargo, ante ellos solo hallaron un campo desolado.

Clearco llevó la cuenta mental de los pasos que daba en el camino de regreso, aunque sabía que tales cálculos resultaban muy poco fiables en una batalla en curso. Todavía no era capaz de determinar dónde habían acabado mientras se encaminaban hacia el campamento. Más de diez mil personas seguían esperándolos, sin protección. Muchos de sus soldados tenían allí amigos y amantes, pero la responsabilidad recaía en Clearco. No podía dejar que masacraran, violaran y esclavizaran a los seguidores del campamento, aunque había barajado esa opción. Tal era el destino de quienes pierden batallas y, si las noticias eran ciertas, el príncipe Ciro había perdido. Clearco apretó los dientes, negándose a examinar el paso del triunfo al desastre cuando aún era tan reciente. Sus griegos habían atravesado al enemigo. Él había avanzado intocable, el sueño de cualquier oficial que haya entrenado a hombres: alcanzar tal superioridad de armas que resultas imparables en el campo de batalla. Y sentir que a uno le arrebatan la victoria en un momento de tamaña alegría era letal. No era capaz de pensar en ello, por más que una vocecilla interior le decía que debía hacerlo. Por una vez en la vida, se negó a contemplar la situación global y se concentró en un único aspecto, como un oficial júnior. Marcharía hasta el campamento y salvaría a

los seguidores, y solo después de eso analizaría la espantosa posición en la que se encontraban, a miles de kilómetros de su hogar y rodeados por el enemigo.

Nadie se interpuso en su camino durante aproximadamente la hora de marcha. El polvo empezaba a posarse a su alrededor, pero el sol también se ponía y amenazaba con dejarlos a ciegas. Los dos jinetes atenienses habían reunido a media docena de exploradores montados. Todos los jinetes de la guardia personal del príncipe habían desaparecido y, aparte de aquellos pocos, el resto del ejército griego estaba integrado por infantería.

Clearco estuvo a punto de dar la orden de cargar al ver escudos y armaduras ante ellos, pero era la línea de batalla de aquella mañana, o lo que quedaba de ella. Hombres que habían acudido a la llanura de Cunaxa con orgullo y bravura al salir el sol yacían con la piel ya amarillenta y fría. Cautelosos, estremecidos y sacudiendo la cabeza, los griegos tuvieron que caminar por encima de las líneas de muertos. En aquel punto era donde los regimientos persas de Ciro habían colisionado inicialmente con los del rey Artajerjes. Los muertos eran indistinguibles, aunque portaban estandartes distintos y habían acudido a aquella batalla en ayuda de dos hermanos diferentes. Yacían juntos, tan enmarañados en la muerte que ningún hombre habría podido diferenciarlos entre sí.

Uno o dos de ellos aún gimoteaban, con voz ronca o reducida a un susurro. Pedían agua, pero los griegos no tenían y, de haberla tenido, tampoco les habrían ofrecido un recurso tan valioso. Un hombre pidió que lo remataran y un corintio se encargó de responder a su súplica haciéndole un tajo en el cuello. Ninguno de ellos olvidaría aquella parte silenciosa de la marcha, apenas un kilómetro y medio, pero sobre una tierra cubierta de uniformes, montañas y muertos macilentos. Vieron dedos en la arena. Uno de los griegos cogió una mano como por impulso, pero sus compañeros gritaron espeluznados y le dijeron que la tirara. Lo hizo a regañadientes. Muchos otros recogieron cuchillos o yelmos caídos, sobre todo si habían perdido los suyos. Los trofeos eran parte de la guerra y Clearco tuvo que amenazar con ejecutar allí mismo a varios hombres cuando los vio agacharse para arrancarles a la fuerza anillos a los muertos.

Uno de los pocos momentos de satisfacción se produjo cuando se encontraron con un grupo de carroñeros persas que también andaban saqueando a los caídos. Alzaron la vista horrorizados al caer en la cuenta de que los soldados que avanzaban hacia ellos no eran de los suyos, sino el enemigo griego que regresaba de entre el polvo. A Clearco no le hizo falta proferir ninguna orden. Su frente espartano arrasó con ellos sin contemplaciones, dejándolos junto aquellos a quienes habían intentado robar. Con todo, Clearco temió que lo mismo pudiera estar sucediendo en el campamento y apremió a sus hombres a caminar más rápido.

El crepúsculo se cernía sobre ellos cuando divisaron los carros y las tiendas. El campamento se hallaba varios kilómetros por detrás del campo de batalla y Clearco y sus hombres desanduvieron los primeros pasos que habían dado aquel día, hacía una eternidad, antes de que acaeciera la tragedia.

Su posición no había pasado desapercibida, si bien no se había producido ninguna nueva provocación. Los persas no andaban cortos de caballos y Clearco los había visto merodeando por allí, haciendo un recuento y calibrando las fuerzas necesarias. Luego se habían desvanecido, sin duda para informar a su señor de la presencia de los griegos aún en el campo de batalla. Él se había limitado a apretar los dientes. No podía hacer nada para remediarlo. Al cabo de un rato habían aparecido más jinetes, cabalgando a galope sostenido a lo largo de los confines del campamento, a unos doscientos pasos de distancia. No parecían temer a los arqueros ni a los honderos. A Clearco le habría encantado atacarlos, pero sus hombres iban a pie y el ejercicio

habría sido extenuante. Necesitaban llegar al campamento para disponer de agua y alimento... y para proteger a quien quedara con vida. El resto tendría que esperar.

El espartano tragó saliva al ver el campamento crecer ante ellos. Diez mil hombres, mujeres y niños, una población en medio de la naturaleza, todos ellos a la espera de la noticia de una gran victoria y del coronamiento de un nuevo rey. No la recibirían.

El aire estaba más despejado allí, una vez dejada atrás la batalla, pero la luz era cada vez más tenue. Clearco sintió un inmenso alivio al dirigirse hacia las hogueras y las tiendas de campaña. No podía permitirse pensar en el príncipe, no en aquel momento. La pena era demasiado reciente y la pérdida demasiado grande.

De súbito, alzó la cabeza al escuchar los cuernos. Sobre las montañas, por delante de sus soldados a pie, se perfiló una oscura línea de jinetes persas dispuestos a hacer justo lo que él había temido. No sabían que ya se habían gastado todo el oro del príncipe. Imaginaban que el campamento contenía las riquezas de una casa real. Otros se llevarían a las muchachas jóvenes y atractivas como esclavas. La masacre del resto sería atroz.

Los espartanos estiraron sus doloridas piernas en la penumbra y agarraron con firmeza sus espadas. La caballería enemiga llegaría al campamento antes que ellos, pero no podían volar ni correr, malgastar sus fuerzas y llegar demasiado debilitados para luchar. Lo único que podían hacer era andar a grandes zancadas, con la máxima celeridad posible, mientras se oían chillidos por delante de ellos.

Clearco vio a los dos jóvenes atenienses situarse al frente del destacamento de exploradores y desenvainar las espadas mientras atravesaban al galope un estrecho riachuelo y se adentraban entre las tiendas del campamento.

—Buenos muchachos —farfulló Clearco, notando que le dolía el pecho y que le pesaban cada vez más las piernas. Había caminado y luchado durante todo el día. Continuó con un encogimiento de hombros. No importaba. Solo la muerte le detendría, y la muerte le llegaba a todo el mundo—. ¡Jabalinas en alto! ¡Escudos en alto! —gritó a sus espartanos.

Le caían ríos de sudor que lo hacían brillar mientras el calor le abrasaba los pulmones. Los griegos respondieron profiriendo un estruendoso bramido al llegar a los arrabales del campamento, llenar todos los callejones entre las tiendas y avistar al enemigo.

Los jinetes se habían estado dando un festín. Un campamento sin defensa en medio de un terreno plano y árido era el mejor regalo al que podían aspirar. Habían entrado al galope, como cazadores, entre hurras. Luego vieron a los capas rojas dirigirse hacia ellos entre las tiendas y descubrieron que no podían huir a caballo. Girasen hacia donde girasen encontraban a soldados que les daban espadazos en las piernas y arrojaban lanzas que arrancaban a sus compañeros de las monturas. Se produjo, en efecto, una masacre, pero no la que habían previsto.

Clearco escuchó a oficiales persas bramar nuevas órdenes a sus hombres, conminándolos a retirarse de lo que consideraban una emboscada. Ambas fuerzas habían llegado al campamento desde extremos opuestos y los persas se retiraron por donde habían venido. No habían encontrado oro, pero sí arreaban cual rebaño a grupos reducidos de mujeres y niños a quienes, entre chillidos, intentaban conducir hacia su gran ejército. Por su parte, los prisioneros escapaban como flechas en cuanto divisaban un hueco en medio de aquella baraúnda. Solicitaban ayuda a gritos y Clearco condujo a sus griegos a través del campamento, obligándolos a seguir moviéndose. No tenía ni idea de cuántos enemigos había. Hasta donde él sabía, cien mil jinetes hacían noche en las montañas circundantes.

Solo la conmoción del ataque le hizo conservar el ímpetu. Atacó con vehemencia a los persas

que seguían intentando apresar esclavas, desbaratando los reducidos grupos. Muchas mujeres murieron alcanzadas por lanzas a manos de quienes les habían echado el guante, que prefirieron verlas muertas a permitirles regresar junto a sus rescatadores. Fue un ataque sangriento en medio de una oscuridad que los engullía a todos y hacía que cada instante resultara más arduo que el anterior.

Clearco se encontró caminando junto a Próximo, quizá porque tenían una edad parecida, mientras que los hombres más jóvenes iban por delante. Ambos jadeaban y tenían el rostro igual de enrojecido. Intercambiaron una mirada en parte de padecimiento y en parte de diversión. Apenas se tenían en pie y, sin embargo, no podían detenerse, de manera que continuaron avanzando.

Por delante de ellos, Próximo vio a dos muchachas bellísimas a las que un trío de soldados vestidos de negro sacaba a rastras de una tienda. Uno de los imperiales iba engalanado con copas de oro y joyas que había encontrado. Miró a los dos griegos que se dirigían hacia ellos, montó en su caballo e hincó las espuelas.

Media docena de jinetes persas pasaron a gran velocidad por la calle contigua. Clearco gruñó al escucharlos gritar lo que habían visto. Retrocederían para echar un vistazo a aquellos tesoros. Los atacó antes de que llegaran refuerzos, apartando de un golpe la espada del persa que arremetió contra él. El soldado se vio obligado a soltarle el cabello a una mujer cuando Clearco le hizo un tajo en el antebrazo. El hombre gritó, pero su lamento se apagó enseguida.

La otra mujer desapareció corriendo en la oscuridad, pero la de cabello moreno se puso en pie, resollando con fuerza y con los ojos desorbitados mientras se frotaba las muñecas con gesto nervioso.

—El príncipe Ciro os recompensará por salvarme —dijo.

Clearco suspiró, notando que la ola de pesar e ira lo invadía de nuevo amenazando con ahogarlo.

—No, no lo hará —respondió.

Vio que la joven abría los ojos como platos y que su respiración se volvía más entrecortada. Dio un paso para apartarse de él y Clearco alargó la mano para agarrarla sin pensárselo:

—Dime tu nombre, muchacha. El mío es Clearco.

—Pallakis —respondió ella.

Se dio media vuelta para comprobar si el camino estaba despejado. Clearco sabía que escaparía.

—Ahí atrás hay persas, Pallakis. No te tratarán bien si vas corriendo hacia ellos. ¿Me entiendes? He venido a salvar a los seguidores del campamento. Puedes venir con nosotros.

La observó mientras la joven se debatía entre quedarse o seguir su instinto de huir de los cuchillos sangrientos y los horrores que la rodeaban. Recordó haberla visto antes, vestida con unas gasas vaporosas que revelaban tanto como ocultaban sus formas. Mientras Ciro se ausentaba del campamento, Pallakis llevaba un sencillo vestido blanco y dorado hasta los muslos con un cinturón. Calzaba unas sandalias de tiras, pero no llevaba joyas ni maquillaje, más allá de una oscura raya perfilándole los ojos. Clearco prefería el aspecto de su día de asueto, quizá porque le recordaba al de las mujeres de su patria.

Los hombres de Próximo y Menón seguían adentrándose en cada tienda y asesinando a todo persa que hubiera creído que podía cobijarse allí hasta que hubieran pasado de largo. Era un trabajo brutal, con gritos ahogados y ruidos de enfrentamientos muy cerca, por todas partes.



Clearco vio a la joven encogerse de hombros mientras lo observaba. De súbito lo miró con firmeza.

–¿Puedes salvarme, Clearco? –le preguntó.

El espartano sabía perfectamente que era una mujer acostumbrada a manipular. Fue una petición sencilla, sin flirteos ni artificios evidentes. Quizá por eso había sido una de las concubinas de un príncipe de la realeza, pensó Clearco. Pero eso no le restaba ni un ápice de atractivo.

–Lo intentaré, señora Pallakis –respondió.

–No soy ninguna noble –replicó ella al instante–. Soy una acompañante de... –Se le quebró la voz y fue incapaz de terminar la frase.

Menón regresó corriendo de entre las hileras de tiendas de campaña y no fue capaz de ocultar su embeleso ante la belleza de la muchacha ni su irritación al volverse hacia Clearco.

–Lamento interrumpirte, general. Algunos de nosotros andamos ocupados intentando asegurar el campamento, ¿recuerdas?

–Pallakis, este es el general Menón –dijo Clearco–. Es de Tesalia, una región al norte de Grecia. Dicen que allí sienten un gran aprecio por sus cabras, si entiendes a qué me refiero.

Menón tuvo que cerrar el pico y tragarse la respuesta al ver que dos de sus hombres se le acercaban corriendo para informarle. También ellos vieron a la joven y Clearco se dio cuenta de que Pallakis se llevaba la mano al pecho, como si quisiera taparse. El delicado vestido blanco la cubría poco. Con gesto de exasperación, Clearco se soltó el broche que le sujetaba la capa. Le dio una vuelta en el aire y envolvió con ella a la muchacha. Pallakis lo miró recelosa, pero se sujetó la capa cerrada.

–Creo que quizá el precio sea demasiado alto, espartano –le dijo en voz baja.

Clearco percibió su desesperación al contemplar su destino. Como concubina de Ciro, la habían tratado con amabilidad y había tenido cuanto había querido. Y se lo habían arrebatado todo en un instante. Por todas partes había hombres que serían felices de pasar una hora con ella. Clearco se preguntó si escogería a alguno para que la protegiera del resto. Pensó en sus hijas y suspiró al percatarse nuevamente de cómo la observaba Menón. Este pareció notar su desaprobación.

–¿Qué derecho tienes tú a reclamarla, si puede saberse? –preguntó Menón–. ¿Crees que ser el líder te da derecho a quedártela? ¿Así de fácil?

Clearco tuvo que reprimir un espasmo de cólera. La amargura de Menón le resultaba a ratos divertida y a ratos irritante, pero aquel día habían perdido la batalla y estaba extenuado. En ocasiones, no le costaba decidir. Sin mediar palabra, Clearco se abalanzó sobre Menón, a quien tomó por sorpresa justo cuando estaba a punto de añadir algo más. Sin decirle nada, empujó al general con el pecho, golpeándolo, y lo hizo retroceder un paso.

–Puedes retarme si quieres, tesaliense –gruñó Clearco–. Hasta entonces, regresa a tu trabajo. Reúne a los seguidores del campamento y apresta a tus hombres para ponerse en marcha. No esperaré aquí a que el enemigo vuelva a descubrirnos. Entiendes mi orden, ¿general? ¿Te ves capaz de ejecutarla? Si la respuesta es negativa, comunícame el nombre de tu segundo al mando y lo haré llamar. Quiero que vea lo que te sucede. ¡No desperdiciaré una lección!

Concluyó la frase con enojo creciente, permitiendo a Menón atisbar apenas la furia que sentía por el devenir de los acontecimientos de aquel día. La ola rompería contra ellos cuando todo estuviera tranquilo, pero la jornada no había acabado, todavía no.

Menón se marchó ofendido, sin decir nada más, aunque lanzó una mirada asesina a Pallakis como si pretendiera hacerlo. Pallakis observó al espartano espetar órdenes a otra media docena

de hombres y a su alrededor se reinstauró algo parecido a la calma. Habían logrado ahuyentar a la caballería persa, así que al menos el griterío había cesado. Se oyeron entonces unos sonidos que Pallakis conocía bien, los de un campamento recogiendo para emprender la marcha. Los carriles entre las tiendas se llenaron de hombres y mujeres que corrían, apremiados por soldados griegos. Las tiendas se convirtieron en fardos de tela y palos de madera en cuestión de momentos. Se cargaron los carros, pero, transcurrido un rato, Próximo dio orden de dejar atrás la carga. No sabían cuándo aparecería el próximo contingente de caballería persa. Se oyeron los lamentos de hombres y mujeres a quienes se empujaba y ordenaba que se pusieran en movimiento y abandonaran sus tesoros. No era justo. Algunas familias conservaron todo lo que tenían, mientras que otras se marcharon de allí con las manos vacías y los ojos anegados en lágrimas.

Clearco parecía haberse olvidado de Pallakis, pese a que ella permanecía a su lado, cubierta con su capa. Oro en silencio por el alma de Ciro, que ya había emprendido el camino. Había sido un hombre decente, el tercer amor de su vida. Pensó en las joyas que le había regalado y en si le permitirían quedárselas.

—¿Estoy bajo tu protección, Clearco? —preguntó.

El espartano se volvió hacia ella y vislumbró su temor.

—Sí, lo estás —respondió él sin dudarlo—. Si Menón o cualquier otro te ocasionan problemas, díles que servías al príncipe, que eras su mujer. Yo defenderé su honor ahora que él ya no puede. Era mi amigo.

—Entonces... ¿seré... tuya? —preguntó ella con voz queda.

Clearco ya se había girado para mirar hacia otro lado después de contestarle. Suspiró.

—Pallakis, somos apenas diez mil hombres. Y habrá un número similar de personas en el campamento. A nuestro alrededor, en la llanura y las montañas, hay centenares de miles de hombres..., demasiados para contarlos. Todos ellos son leales a un rey persa que es nuestro enemigo declarado, ¿lo entiendes? Un hombre que a estas alturas sabe perfectamente que vinimos hasta aquí desde Sardes para cortarle la cabeza.

—¿Crees que vamos a morir? —le preguntó ella.

—Creo que... —Vio su temor y se corrigió—: Bueno, el Gran Rey no es ningún loco. Sabe que somos mercenarios. Quizá acabará comprando nuestros servicios, ¿quién sabe? No, me refería a que... tus preocupaciones están fuera de lugar. Tengo dos hijas, Pallakis, ambas más o menos de tu edad. Y eso cambia a un hombre, no sé si me entiendes. Uno pasa de ser un joven alocado a convertirse en un tipo sensato, querido por todos. Con excepción de Menón, como bien habrás podido comprobar. A ese hombre le consume su propia ira. No me gusta.

—¿Puedo ir a mi tienda, Clearco, para comprobar si mis joyas siguen ahí?

El general llamó a un espartano que pasaba por allí con un silbido bajo.

—Acompaña rápidamente a la señora Pallakis. Protégela con tu vida —le ordenó.

Pallakis no puso objeciones a que le asignara un título por segunda vez, aceptándolo por lo que implicaba.

Clearco la observó marcharse. El príncipe Ciro siempre tuvo buen gusto, pensó. Era una mujer exquisita. ¿Por qué tenía que ser griega? Aquel cabello negro y tersa piel eran...

Se contuvo; emitió un gruñido mientras se esforzaba por controlar sus pensamientos. Lo habían sacado de casa de sus padres a los siete años para llevarlo al campo de entrenamiento. A los doce había sido un lobo para otros niños. Una capa al año era todo lo que le habían dado. Cuando su vieja túnica se había podrido, a menudo había ido desnudo bajo la capa y en ocasiones apenas se

había bañado en meses. Echaba de menos el peso de la capa alrededor de los hombros, aunque se sentía más ligero, como si Pallakis se hubiera llevado parte de la pesadumbre del día con ella.

Próxeno volvió a aparecer por una de las calles y se acercó tintineando hasta donde Clearco se hallaba sumido en sus pensamientos. El espartano lo observó aproximarse, ambos calibrando las fuerzas que le quedaban al otro. Ya no había humor. La oscuridad había caído y su abrazo los había salvado. La mañana revelaría a un enemigo aún decidido a darles muerte.

–Algunos de los jinetes persas han escapado –informó Próxeno–. A nuestros arqueros ya no les quedan flechas ni modo de conseguir las. Y no he logrado desplegar a los honderos a tiempo.

–De manera que el Gran Rey sabrá que estamos en el campamento. Sabrá exactamente dónde estamos antes de que amanezca. Es posible que mañana sea nuestro último día, Próxeno.

–¿Qué es lo que escucho: la voz de Clearco o la de Menón? –preguntó Próxeno arqueando las cejas–. Pensaba que era imposible quebrar a los espartanos.

Clearco rio.

–Tienes razón, por supuesto. Deberíamos ponernos en marcha esta noche. Esperarán que desandemos el camino por el que vinimos. El oeste estará bloqueado, sospecho. Es lo que haría yo. Al norte, entonces, allá será adonde iremos.

–Entendido –respondió Próxeno–. Tus órdenes son conducir a los hombres al norte y que los seguidores del campamento nos acompañen, con toda la comida y alimento que sean capaces de cargar. –Se relajó un poco–. Menón quiere dejarlos atrás. Dice que nos ralentizarán.

–Y tiene razón –respondió Clearco–. Lo harán. Amigo mío, no veo una salida a esta situación.

Para sorpresa de Clearco, Próxeno lo agarró por el hombro, un gesto inusual entre ellos.

–Ha sido un mal día. Cuando hayas dormido, te repondrás. Los problemas serán los mismos, pero serás más capaz de afrontarlos. Hablaré con ese general Clearco mañana. Algo se le ocurrirá, no me cabe duda.

Clearco sonrió.

–Eres un buen hombre –dijo.

No fue una noche exenta de alarmas. En dos ocasiones, el retumbo de jinetes se había antojado tan cercano que se habían preparado para un ataque antes de que amainara de nuevo. Había numerosas tropas ahí fuera dándoles caza o rodeándolos en el desierto. Costaba no imaginar una sog a su alrededor, tensándose lentamente conforme la luna se desplazaba por el cielo.

Una vez abandonado el campamento, Clearco había recordado que los hombres, mujeres y niños que acompañaban a los soldados no sabían desplazarse como ellos. Mientras intentaba poner distancia entre donde sabía que los habían visto y donde finalmente pernoctarían, una enorme cola empezó a extenderse tras el cuadro de sus soldados. Muchos de los seguidores del campamento seguían aturridos por el vuelco de su fortuna. Caminaban pasmados, dando traspiés, las mujeres con los niños en las caderas y los hombres cargados con cualquier objeto que hubieran podido llevarse, aunque ya no quedarán carros para transportarlos. Era un desastre, un doloroso desgarr de todo cuanto habían conocido.

Durante la primera hora, Clearco se había contentado con enviar a hombres hacia la cola de aquel cometa de personas para espolearlas a caminar con más energía. Pero cuando eso solo había desembocado en gritos de enojo y los chillidos de una mujer que exigía a uno de sus espartanos que llevara en brazos a su hijo pequeño, Clearco había dado el alto a todo el grupo. Bajo la oscuridad, emitió nuevas órdenes. Sus hombres entendían lo que estaba en juego y no se quejaron. Fue Menón quien recordó a quien quiso prestarle oídos que ya les había advertido en contra de arrastrar a tanta gente. No necesitaban esclavos, dijo. Si querían tener alguna oportunidad, debían alejarse tanto como fuera posible del ejército persa.

Clearco envió a mil espartanos y mil corintios a la retaguardia. Las personas del campamento se vieron obligadas así a caminar con los griegos respirándoles en el cogote, listos para azuzarlas. Algunos de quienes cerraban las filas estaban más que dispuestos a usar las lanzas como bastones y a golpear a quien fuera lo bastante mentecato para quejarse. Así caminaron durante horas, hasta que los seguidores del campamento, con los ánimos por los suelos, se armaron de valor y gritaron que o descansaban o morirían y que los niños no podían continuar.

Clearco dio la orden y se arrellanaron allá donde estaban. Se mordió el labio mientras lidiaba con su propio agotamiento y seleccionaba a guardias de entre los más jóvenes. Les ahorró a sus espartanos permanecer despiertos, porque le serían más útiles descansados cuando despuntara el sol. El general bostezó y le desconcertó descubrir a Pallakis tocándole el hombro y tendiéndole su capa.

—¿Mi señora? —preguntó.

Ella le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Es tuya, general. Encontré una manta cuando fui a mi tienda.

Se la aceptó, secretamente agradecido. Un hombre añoraba su mejor capa cuando la perdía.

—Espero que solo cogieras una manta. Desmantelaré el campamento mañana, mi señora. La mitad de los seguidores van demasiado cargados para caminar todo un día. ¡He visto a un hombre

andando con una silla de montar echada al hombro! ¿Dónde creen que llegarán con sus bienes terrenales a la espalda?

–Habéis dejado la mitad de los carros atrás, Clearco. Están desesperados, y asustados –replicó ella–. Algunos lo han perdido todo. ¿De qué puedes culparlos?

–¿De que se expongan a que los maten por llevarse su silla preferida a lomos al desierto, por ejemplo? –respondió él.

Pallakis se colocó detrás de él y él dio media vuelta y la agarró por la muñeca.

–¿Qué haces?

–Pensaba que... A Ciro le gustaba que le diera un masaje en la nuca. Estás cansado, Clearco. Necesitas tener la mente despejada, más que cualquiera de nosotros.

Se aclaró la garganta, avergonzado por haberle hablado mal.

–Bien. Sí, me sentará bien. Gracias.

Extendió la capa en la arena y se tumbó apoyado en los codos, ligeramente incorporado. Pallakis se arrodilló a su lado y fue masajeándole con las manos los músculos del cuello y los hombros. A Clearco le sorprendió notar cuánto le dolía. Había dado por sentado que una concubina de Ciro sería una experta en tales asuntos, o tal vez se debiera a que tenía la musculatura tan dolorida como el resto de él. Había combatido todo el día y había caminado durante horas... El espartano se quedó dormido sin darse cuenta. Mientras roncaba suavemente, Pallakis se lo quedó mirando desde arriba y recorrió sus viejas cicatrices, ahora con ternura. Era un hombre apuesto, pensó. Resultaba difícil determinar su edad, aunque supuso que rondaría la cincuentena. De haber sido veinte años más joven, tal vez se habría planteado avivar aquellas cenizas de nuevo.

Clearco empezó a roncar más fuerte y Pallakis regresó a su manta. La mayor parte de los seguidores dormían en grupos familiares o alrededor de un carro. El miedo los hacía aferrarse entre sí, y Pallakis notó que algunos ojos la seguían mientras atravesaba el campamento. Ella no tenía familia, por supuesto. Todo lo que había conocido se había desvanecido en un solo día. Se enroscó en la arena y se tapó el rostro con el brazo para que no la oyeran sollozar.

Por la mañana, Pallakis se despertó sobresaltada por el miedo, pero las voces roncas que oía correspondían a los griegos que los despertaban para ponerse en marcha. Bostezó, se desperezó y, al ponerse en pie, vio a soldados hoplitas andando a grandes zancadas por los límites del campamento, en compañías de cincuenta, cada una de ellas mandada por un pentecostero. Algunos se dirigían hacia las montañas, en busca de un terreno más elevado. Muchos se hallaban entre los hombres y mujeres del campamento, dirigiéndolos hacia un flanco concreto para que vaciaran sus vejigas y tripas. Pallakis vio a otras muchas personas orinando allá donde se despertaron, cosa que creó un ambiente hediondo... o quizá fuera el olor del miedo. Apreciaba la tensión por los nervios en cada rostro demacrado y la escuchaba en los sollozos de los niños. Algunos lloraban porque habían perdido a sus padres en la contienda del día anterior, pero, en su mayoría, lo hacían en reacción a las caras adustas y al fastidio de quienes los rodeaban.

No tenían palas para cavar una zanja para las letrinas, de manera que miles de personas dejaron pequeños montones de excrementos allá donde se encontraban. No era una imagen agradable, y era tal la pestilencia que Pallakis se alegró de dejar atrás aquel lugar cuando por fin echaron a andar. Durante un tiempo serían nómadas, hasta que el ejército del rey cayera sobre ellos o murieran de sed. El agua escaseaba más que la carne, ya que se habían llevado con ellos el rebaño de cabras,

carneros y asnos. Vio que al otro lado del campamento algunos de los carros que quedaban se estaban despedazando para hacer leña. Comerían, pero ella tenía la boca reseca y dolorida.

No transcurrió demasiado tiempo antes de que los soldados les gritaran que se movieran o los dejarían rezagados. Pallakis no pudo reprimir una sonrisa al ver a un joven caminar jorobado bajo un enorme fardo de herramientas más propio de una mula. Su esposa viajaba sin carga, pero no perdió la ocasión de mirar enfurruñada a la concubina del príncipe cuando esta pasó junto a ellos y sonrió a sus hijos. Pallakis topaba cada vez más con aquella expresión. Parecía que la muerte del príncipe autorizaba a algunas personas del campamento a mostrar cuánto despreciaban a la mujer que había calentado su cama. Pallakis se limitó a apretar la mandíbula y ocultar lo sola que se sentía.

Clearco sabía lo que se hacía, era evidente. Mientras Pallakis caminaba con el resto, perdida en medio de miles de desconocidos, vio a soldados griegos formando una sólida fila tras ellos y arreándolos como ganado, tal como habían hecho antes. A las gentes del campamento no se les había comunicado un destino. Cada hora que pasaba agudizaba sus necesidades y afloraban voces de queja. El sol salió, inmisericorde, y les reseco aún más la garganta. Incluso quienes más sufrían no podían hacer mucho más que carraspear y pedir agua.

Llegaron a un río antes del mediodía. Pallakis no disponía de cuenco ni jarra, pero, aturdida, descendió gateando hasta una grieta que el agua había escarbado en la tierra. Arrodillada en el borde, bebió formando un cuenco con las manos, una y otra vez, como si no fuera a llenarse. Pero en cuanto se apartó de allí volvió a notar el primer susurro de sed. El sudor le resbalaba por la piel y tenía las manos manchadas de barro naranja. Ya no podía pasarse los dedos por el cabello y se limitó a recogerse detrás, en una poblada coleta, convertido en algo más parecido a paja que a la cascada brillante a la que estaba acostumbrada.

El sol seguía cayendo sobre ellos, pero no continuaron. En un extremo del grupo tenía lugar una discusión. Pallakis se dirigió hacia allí con una nube de personas para ver y escuchar qué sucedía. No le sorprendió encontrar a Clearco rodeado por un corrillo de oficiales. Depositaban en el espartano sus esperanzas de salvarse, confiando en su leyenda. Pallakis imploró a los dioses que supiera sacarlos de allí. Mientras permanecía en pie, observando, tropezó con la mirada de Clearco. El general la saludó levantando la mano y alguien se volvió para comprobar qué le había llamado la atención. Pallakis no miró a su alrededor al escuchar murmullos y comentarios a su espalda. No contaba con un protector en aquel lugar.

Uno de los hombres más jóvenes escuchaba a Clearco de pie, con unas riendas enrolladas al brazo. Un buen caballo le apoyó la cabeza sobre el hombro, buscando algo que comer en su puño. Seguramente el animal estaría tan hambriento como cualquiera de ellos, pensó Pallakis. Vio que el joven se daba cuenta de que lo miraba y le sonrió. Le gustaban los caballos. Representaban una libertad única. Sin duda, más libertad de la que ella había conocido a pie en su vida. El joven le devolvió la sonrisa y Pallakis se obligó a apartar la mirada, consciente de que debía andarse con cuidado.

—Tenemos agua y tenemos comida —dijo Clearco a quienes lo rodeaban—. Encontraremos poblaciones a medida que avancemos, estoy convencido. Es cierto que es un paisaje inhóspito, pero podemos salir caminando de él. No hay muchos lugares donde refugiarse, eso es seguro. Pero tampoco veo indicios de que se avecine una tormenta. De hecho, creo que agradecería que lo hiciera, aunque solo fuera para volver a sentirme limpio.

—No podemos defender a tantas personas —rebatía Menón sin importarle que la muchedumbre lo

oyera—. Solos podríamos forzar la marcha y estaríamos fuera del alcance del rey persa en una semana. Con los diez mil seguidores del campamento solo conseguirás que nos maten a todos.

Clearco dio un paso hacia el tesaliense.

—En época de guerra —le dijo—, ¿cómo quieres que le responda a un hombre que debilita la moral?

—Tú fuiste el adalid a quien eligió el príncipe Ciro, que yace decapitado en la llanura que hemos dejado atrás. ¿Acaso te revelaron los dioses que serías nuestro guía por siempre, Clearco? ¿Es porque eres espartano, su favorito? Yo digo que elijamos a un nuevo líder. Y me propongo como candidato. Solo me llevaré a los seguidores del campamento más preparados y rápidos. ¡No me vengáis con quejas y lamentos! —les espetó a los hombres que lo rodeaban y expresaban su desacuerdo con gruñidos—. Clearco nos ha dado a escoger entre dejar a algunos detrás... o causar la muerte de hasta el último hombre, mujer y niño aquí presentes.

—Nos subestimas —replicó Clearco—. Pero si así lo deseas, sometámoslo a votación si estás descontento con mi liderazgo.

Menón echó un vistazo rápido a su alrededor y, a juzgar por las expresiones de enojo de los generales, enseguida le quedó claro cuál sería el sentido de la votación.

—No —respondió—. No estás preparado para escuchar, todavía no. No seré yo quien se queje en tiempos de guerra, como dices. Interpreta al héroe, espartano. Muestra la sabiduría y el buen juicio que nos han llevado a seguir a un príncipe muerto hasta este desierto, rodeados por el enemigo. Te lo repito: conseguirás que nos maten a todos.

Próxeno posó su gigantesco brazo sobre el hombro de Menón y le susurró algo al oído. Menón se zafó de él con una maldición. Se alejó del grupo ofendido, agarrando en el camino un odre de cuero endurecido para rellenarlo de agua en el río. La muchedumbre se abrió para dejarle paso, intercambiando miradas.

Clearco lo observó irse y luego se volvió hacia el resto como si Menón no hubiera dicho nada.

—Según el último mapa que vi, el río Zapatas se encuentra al norte de aquí, a dos o tres días a pie. Las montañas que veis a lo lejos son verdes y donde hay agua debería haber animales y aves para cazar. Nos comeremos los animales de tiro y abandonaremos los últimos carros. Imagino que nuestros muchachos son capaces de derribar avutardas del desierto con facilidad. Basta con que unos pocos arqueros en forma sigan a las aves. No pueden volar demasiado lejos y se cansan antes que nosotros. ¡Cada día nos daremos un banquete! —Sonrió, aunque su mirada seguía fría—. Y lo que es más importante, dicen que el río es de curso rápido. Me gustaría dejar atrás al menos un río caudaloso. No creo que el rey persa nos permita irnos sin más, sin luchar.

—¿Cuánto falta para salir de sus territorios? —inquirió Soféneto.

Lo habían herido en la batalla y se había vendado el brazo izquierdo al pecho. De todos ellos, era el que parecía menos capaz de caminar y Clearco tuvo que contener un estremecimiento al pensarlo.

—Si nos dejan marcharnos, unos tres mil kilómetros, más o menos. Podemos intentar llegar al Camino Real.

—Donde el rey Artajerjes puede darnos alcance con mayor facilidad —farfulló Soféneto, sin querer discutir realmente el asunto.

Clearco le lanzó una mirada antes de continuar:

—Si nos dirigimos al norte, deberíamos salir de tierras persas en aproximadamente un mes y adentrarnos en territorio no disputado. No temo a las tribus montañosas y los montaraces, señores. No, en comparación con todo un ejército persa. El desierto no es infinito y hay ríos. Si me

permitís liderar, os llevaré a todos hacia el norte al mejor ritmo al que podamos avanzar. Estaremos delgados al final del trayecto, pero creo que podemos conseguirlo.

–Un mes al ritmo de los soldados –dijo Próxeno–, pero en el campamento hay ancianas y niños. ¿A qué ritmo podemos ir con ellos?

–¿Estás de acuerdo con Menón, entonces? –replicó Clearco enfadado–. ¿Dejarías a griegos atrás para que los persas los violaran y masacraran entre aullidos? ¿Has contemplado alguna vez la derrota de un ejército, Próxeno? ¿Y tú Soféneto? ¿Alguno de vosotros? Porque yo sí lo he hecho. He visto una ciudad saqueada e incendiada con antorchas. Y he dado la orden de hacerlo. –Cerró la boca con firmeza y permaneció allí erguido, respirando con fuerza. Poco a poco abrió el puño derecho y se obligó a sonreír–. Bien, no podemos cambiar el pasado. Lo único que podemos hacer es proteger a estas personas que confiaron en nosotros para que los mantuviéramos con vida. Podemos enviar a nuestros pocos jinetes a mantener al enemigo vigilado y evitaremos enfrentarnos en batalla mientras podamos. Si los persas ven que nuestra intención es abandonar su territorio, es posible que nos dejen marcharnos.

–Pero tú no lo crees –alegó Soféneto sin energía.

Clearco negó con la cabeza.

–No. Creo que tendremos que luchar, al menos una vez. El rey tiene demasiados generales jóvenes y aguerridos, y uno viejo y gordo a quien le gustaría clavar nuestros pellejos en una pared como trofeos. No obstante, he visto la calidad de nuestros hombres, generales. Ayer no encontraron rival entre las filas persas. Nuestro batallón marchó sobre sus tan elogiados Inmortales, sus legiones nobles. Los destripamos. Ahora serán cautelosos con nosotros. Y, por todos los dioses, más les vale serlo.

Todo el mundo escuchó el tumulto que se estaba formando en paralelo y volvieron la vista hacia el lugar del que procedía el ruido como una jauría olfateando una presa. En medio de la muchedumbre, Pallakis notó que el corazón se le desbocaba por el temor al escuchar a Clearco empezar a dar órdenes en una voz completamente distinta. Había dejado de ser el ronco pero amable caudillo. Su tono no admitía desavenencias y envió a los otros con celeridad a sus puestos, desenvainando las espadas en el trayecto. Pallakis se puso de puntillas para ver qué sucedía, pero a su alrededor todo el mundo hizo lo mismo y al no ser especialmente alta lo único que alcanzó a ver fueron las espaldas de otras personas. Sí notó la mano de un marido que antes la había mirado ceñudo posársele en el muslo. Pallakis se la apartó de un manotazo y se alejó entre la multitud, sin volver la vista atrás. Un hombre como aquel no habría osado tocarla un día antes. La arrogancia de aquel individuo le demostró que su estrella había caído y la hizo sentir miedo. Resolvió que tenía que hacerse con una daga. Quizá Clearco le prestara una kopsis.

Mientras se abría camino entre la multitud a empujones, temió que se produjera una estampida por el pánico si los atacaban. En lugar de eso, vio a tres hombres a caballo aproximarse a las nítidas filas de hoplitas griegos que ocupaban la avanzadilla. Pallakis estaba demasiado lejos para escuchar lo que decían, pero sí alcanzó a ver que levantaban las manos, como si pretendieran demostrar que no iban armados. Una tregua, entonces. No osaba esperarlo, después de los horrores que había presenciado en el campamento. Los persas podían ser amables con sus seres amados, pero eran sumamente crueles con quienes consideraban sus esclavos y con el enemigo. Los extranjeros quedaban fuera de sus castas, de manera que el pordiosero más humilde de Persépolis podía considerarse su señor o igual a cualquier griego. Se preguntó si Clearco sabía que era así como pensaban.

Ella mantenía su antiguo estatus entre algunos, gracias a lo cual los griegos apelotonados la



dejaron pasar hasta el frente. Clearco se había dirigido a pie también hasta aquella parte del cuadro y sonreía a los jinetes como si no fueran los enemigos mortales con quienes acababa de lidiar una batalla. Pallakis sintió que el corazón se le encogía al contemplar la escena. ¿Cómo podía estar muerto su príncipe? ¿Cómo podía Ciro no estar allí, en toda su juventud y grandeza, con sus visiones de una Persia renacida? La había inspirado una docena de veces con sus ensoñaciones y ahora, de manera incomprensible, todo había acabado y estaba sola. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas e ignoró las miradas y los murmullos de quienes se percataron.

Clearco alzó la vista hacia Tisafernes, el persa, que cabalgaba sobre una buena montura blanca y sonreía con ironía, como si no hubieran intentado matarse el uno al otro hacía apenas un día.

–No me creerás, espartano, pero me alegro de comprobar que sobreviviste –lo saludó Tisafernes–. ¿Se te han curado las cicatrices de los azotes? Imagino que a estas alturas ya lo habrán hecho.

–¿A qué viene el escarnio, Tisafernes? –replicó Clearco–. No me costaría nada matarte, tal como he matado a otros hombres a lo largo de mi vida. Pero tú no eres ningún necio. ¿Quieres que te derribe?

Tisafernes dejó el espectáculo y lo miró con desdén, complacido de estar sentado tan por encima de los griegos.

–Hablas la lengua del rey con un acento tosco, espartano, ¿lo sabías? Suenas como un cabrero, o como un criado. Imagino que la aprendiste de uno de ellos. Y estás hablando con el señor Tisafernes. El rey Artajerjes me recompensó por lo que le expliqué acerca de vuestros planes. ¿Acaso no lo has apreciado aún? Fui yo quien convenció al Gran Rey de reunir a los ejércitos y prepararse en el campo para la llegada de traidores desde el oeste. Fue mi advertencia la que salvaguardó el trono para su ocupante por derecho. E imagino que, ahora que el destino se ha decantado en su favor, me compensará con un palacio.

Clearco se frotó la mejilla y notó la barba incipiente. Pensó que tendría que dejársela crecer. No habría colas para afeitarse por las mañanas, al menos durante un tiempo.

–Tisafernes –empezó a decir–. Has venido aquí a solicitar una tregua. Sin embargo, pareces decidido a enfurecerme con tus befas. Si alguien está jugando a jueguecitos aquí, creo que ese eres tú. Así que, al grano, ¿por qué no te limitas a decir lo que te han dicho que digas? Deja las decisiones de la guerra para quienes las entienden.

Tisafernes se sonrojó y se agitó en la silla.

–Como quieras, espartano. Yo habría preferido zanjar este asunto hoy mismo. Podría haber traído a cien mil hombres para rodearos y atravesaros las gargantas con una lluvia de flechas...

–¿Quizá te han dado algún mensaje? ¿El rey tal vez? –lo interrumpió Clearco, consciente de la ojeriza de su interlocutor.

Le habría gustado obligar a Tisafernes a tragarse su propia lengua y morir asfixiado, pero, si se mostraba reacio a hablar, tal vez fuera porque tenía que decir algo digno de ser escuchado. Tisafernes se lo quedó mirando con frialdad, en silencio, durante un rato y luego habló como si recitara algo que le dejara un regusto desagradable al salir por su boca.

–El rey no guarda rencor a quienes lucharon del bando de su hermano a cambio de un salario. Entiende que la culpa es del traidor, del príncipe Ciro. El rey fue testigo de la inmensa bravura de los griegos en el campo de batalla. Invita a los generales a discutir la mejor manera de que regresen a su patria sin que haya más enfrentamientos ni derramamientos de sangre.

–Bueno –dijo Clearco vagamente, con el pensamiento en un torbellino–, eso ya me gusta más.

¿Dónde está acampado el rey, señor Tisafernes?

A Tisafernes no le pasó desapercibido el uso de su título, pero aun así sacudió la cabeza.

–El ejército os tiene rodeados, espartano. No te diré dónde se encuentra mi rey, todavía no. Comunícame tu respuesta y yo se la trasladaré. Regresaré esta noche para conducirte hasta Artajerjes.

–Acepto –contestó Clearco.

–La invitación es extensiva a todos los generales griegos –añadió Tisafernes dirigiendo la vista por encima de Clearco hacia las líneas de soldados y la multitud, que hacía esfuerzos por escucharlos.

–Hay uno o dos a quienes me gustaría dejar atrás –replicó Clearco, pensando en Menón y en el daño que podría hacer si alguna vez se encontraba cara a cara con el rey persa.

–General Clearco, ¿acaso crees que soy un granjero persa? ¿Un ingenio? Hemos interrogado a hombres que vinieron con vosotros desde Sardes, a fuego y hierro, hasta que cantaron todos los secretos. Sabemos cómo dañó Ciro la reputación del rey en Bizancio, obteniendo una financiación que no se devolvería. Sabemos hasta la última taza de grano cuánto habéis gastado, cuánto debéis y a cuántos sois tan insensatos de pretender proteger. El Gran Rey ha solicitado ver a los oficiales griegos que causaron tantos estragos a sus imperiales ayer. –El persa sonrió y sus rasgos resplandecieron–. Sinceramente, yo preferiría masacraros aquí mismo, pero obedezco las órdenes del rey. Así que, a menos que desees ofender a Su Majestad, acudirás acompañado de Soféneto de Estinfalia, Menón de Tesalia, Próxeno, Jenias de Arcadia, Sosias de Siracusa, Pasión de Mégara...

Clearco levantó la mano.

–De acuerdo, Tisafernes. Yo acudiré. En cuanto al resto, lo discutiremos.

–Quién sabe –replicó Tisafernes–. Es posible que rechacéis la oferta y decidáis ofender a mi señor una última vez. Espero vuestra respuesta. Hasta esta noche, Clearco.

Los tres jinetes dieron media vuelta y dejaron a Clearco observando cómo menguaban hasta convertirse en motas en el horizonte. El espartano maldijo por lo bajo y Próxeno rio entre dientes al escucharlo.

–¿Crees que es una trampa? –preguntó Próxeno.

–No tengo modo de saberlo –admitió Clearco–. Podría serlo. Hermano, estoy completamente perdido. No me gustaría darle a Menón la satisfacción de estar de acuerdo con él en nada, pero lo cierto es que no veo cómo podemos proteger a toda esta gente en este lugar. Quizá debería haberme marchado sin más y dejarlos a todos atrás.

–No –respondió Próxeno con firmeza–. Yo no habría acatado esa orden. No habría escuchado los gritos de esos niños en mis últimos momentos. Y tú tampoco los habrías abandonado.

–Pero Menón sí –farfulló Clearco, observando a la multitud.

Vio allí a Pallakis, que, por algún motivo, captó su mirada mientras se deslizaba por encima de los rostros de desconocidos.

–Tú no eres Menón –respondió Próxeno–. Tú eres mejor hombre. Iré contigo esta noche. Si han previsto traicionarnos, al menos acabaré con ese gordo insensato.

–Es un riesgo –aventuró Clearco. Tomó la decisión y la espantosa tensión que sentía desapareció–. De acuerdo, Próxeno. Me tendrás de tu lado, pase lo que pase.

–O podríamos huir. También estoy abierto a esa idea.

Ambos hombres miraron hacia una multitud, entre la cual había niños pequeños, mujeres,

ancianos, cojos y personas lentas. El campamento había avanzado pesadamente en carros desde Sardes. Si huían, no durarían ni un día.

–¿Crees que servirán vino mientras debatimos la tregua? –preguntó Próximo.

Clearco se animó visiblemente.

–Imagino que sí.

Clearco se frotó de arriba abajo la mejilla con un dedo, resiguiendo una línea de sudor que le escocía. Echaba de menos los rituales y las rutinas de un campamento propiamente dicho. Al haber aparecido jinetes persas de la nada, se les había antojado sensato dejar atrás todo cuanto no pudieran transportar rodando o corriendo al instante.

Aun así, los bueyes que quedaban avanzaban pesadamente, a un ritmo tan lento que un niño pequeño sobre una mula podría haberles dado alcance sin problemas, por no mentar ya la caballería imperial. De haber existido alguna manera fácil de transportar la carne, tal vez habría ordenado que los sacrificaran y despierzaran. Seguía añorando el sencillo orden de las colas para la comida y echaba de menos las tiendas de campaña y a los criados para quienes su comodidad era la máxima prioridad. Se habían desvanecido, quién sabía si asesinados o esclavizados. Esperaba que no fuera lo último.

Los persas trataban a sus esclavos de un modo tan atroz que rara vez sobrevivían mucho tiempo. Clearco prefería el estilo de los espartanos, que valoraban a sus esclavos y les proporcionaban alimento. Él era dueño de cuatro de los ilotas que figuraban entre las filas. Pero sus esclavos lo consideraban casi un padre, creía él. Sospechaba que maldecían su nombre cuando los obligaba a hacer ejercicio o los enviaba a hacer una larga carrera alrededor de las montañas, pero tenían que mantenerse en forma. Para transportar su equipamiento y vigilar sus espaldas se requería energía y paciencia.

Aquel día Clearco no corrió, debido al peso de la decisión que había tomado. Algunos de los que habían abandonado el campamento se habían llevado consigo algo de comida. Otros habían salido a cazar avestruces y avutardas, y tres de ellos regresaron con un gran ciervo cual héroes conquistadores. Resultó más problemático encontrar leña suficiente para asar la carne. A una de las familias hubo que retenerla mientras contemplaba cómo hacían añicos su carro para quemar la madera. Clearco observó al anciano, que maldecía y gesticulaba groseramente encolerizado. Los dioses eran caprichosos, pero no parecía el momento oportuno para recordárselo. El espartano se preguntó si la indignación de aquel hombre revelaba algo admirable acerca de los griegos, capaces de alzar los puños hacia el destino y los mismísimos dioses, o si simplemente significaba que algunos de ellos eran unos insensatos.

Tal pensamiento no mejoró su humor, por más que se estuviera asando un buen filete de carne de venado para los generales que acudirían a reunirse con el rey aquella noche. Le sonaron las tripas solo de pensarlo.

La noticia se había propagado como la pólvora por el campamento y los doce oficiales de mayor rango habían acudido a debatirla con él y ofrecerle sus consejos. Sin duda, el olor a carne de venado también había atraído a las visitas, pero Clearco los había recibido a todos con amabilidad.

Menón fue el último en acudir, y lo hizo con expresión amarga e irritado. El sol empezaba a ponerse y, por lo que sabía Clearco, el hombre no había probado bocado en todo el día. Menón se

le acercó con una reticencia evidente, y las primeras palabras que salieron por su boca confirmaron su humor:

–Supongo que esperarás que todos acudamos a ti y nos arrodillemos. Ya entiendo por qué te llevabas tan bien con el príncipe persa, espartano. Eres igual de arrogante que él. ¿Debería arrojarme al suelo para rendirte pleitesía? ¿Complacería eso a Su Alteza?

–Creo que no deberías venir, Menón –respondió Clearco, haciendo caso omiso de sus insultos.

Tenía a Menón por un hombre mezquino y con mal carácter, pero sus hombres habían luchado bien. Al margen de su resentimiento hacia el resto de los griegos, el general conocía bien su oficio. Menón miró primero a Clearco a los ojos, y luego a los demás. Sabía que Próximo y Sofóneto eran uña y carne con el espartano. Uno o dos de los otros le habían confesado en privado que también consideraban a Clearco un hombre arrogante, pero aun así formaban parte del grupo que tenía enfrente, como si Menón fuera el forastero.

–Soy general, con doce años de servicio a mis espaldas –respondió Menón–. La última noticia que tengo es que tus propios éforos te habían repudiado en Esparta. Encontraste a un príncipe dispuesto a llenarte el gacete de oro, pero eso no te convierte en el jefe aquí, por más que estos mentecatos así lo crean. ¿Quién dijo que lo fueras? ¿Ciro? Tal vez deberíamos escuchar la opinión del príncipe, ¿no creéis? Alza la mano, príncipe Ciro, si consideras que Clearco debería gobernarlos. ¿No? ¿Nada? Entonces yo decidiré mi propio destino, espartano..., y el destino de mis hombres, que cuentan conmigo.

–¡Víbora ingrata! –exclamó Próximo–. Clearco te está cediendo el testigo, Menón, por si esta noche se comete un acto de felonía. ¿Acaso no lo entiendes?

–Tu amigo es un tipo listo –replicó Menón–, eso te lo concedo. Y lo aprecio por ello. Pero me pregunto qué le han ofrecido los persas esta mañana, cuando han venido a hablar en nombre del Gran Rey. Me pregunto si el general Clearco nos ha comunicado todo lo que le han dicho. No confío en ti, Próximo. No me das buena espina.

–¡No se hable más! –espetó Clearco–. Ven con nosotros. ¡He sido un iluso al pensar que podía ahorrarme tus quejas, Menón! Próximo, ¿te quedas tú?

–No –respondió Próximo sin titubeos–. Yo estaré a tu lado.

Lo dijo en un tono que no admitía discusión, pero Menón habló imponiéndose con su voz a ambos:

–Sea lo que sea lo que habéis tramado, lo descubriré. ¿De qué se trata? ¿Acaso Próximo tiene que desplazar el campamento mientras estamos distraídos? Yo también querría tener a Próximo a mi lado.

Clearco descubrió que había cerrado el puño derecho y estaba calculando la distancia que tendría que recorrer con dos pasos rápidos para dejar tieso de un puñetazo al tesaliense. Era una perspectiva estimulante, pero ahogó la tentación de perder el temperamento, tal como había aprendido a hacer desde los siete años. Las lecciones de Esparta habían sido duras de asimilar, pero le habían conferido una voluntad de hierro. En vez de eso, sonrió a Menón y agachó la cabeza.

–Sea como tú dices, entonces. Nos adentraremos juntos en las fauces del león. Y si nos engulle a todos, tu nombre será lo último que pronuncien mis labios, Menón.

–Eres buen orador –replicó Menón con un encogimiento de hombros–, pero no me dejarás atrás. Eso te lo prometo.

Tisafernes regresó cuando caía la tarde sobre el desierto y el sol descendía por un cielo despejado para ocultarse en el submundo que había bajo el horizonte. Encontró a los doce

generales esperándolo, con aspecto fresco y descansado. No portaban jabalinas ni escudos debido al amparo que les ofrecía la tregua, aunque todos ellos habían decidido llevar su espada corta y, en el caso de Clearco, su kopis, que reposaba en la curva de su espalda.

Miles de personas acudieron a despedirlos en silencio. Tisafernes volvió la vista para contemplar su gran número y torció el gesto. No parecían derrotados ni atemorizados. No comprendía a aquella gente tan extraña que ni siquiera parecía entender que habían perdido.

–El rey ordena que vuestros seguidores permanezcan aquí durante vuestra ausencia –indicó el persa con desdén–. Mi señor, Artajerjes, garantiza la tregua si permanecen en este lugar, pero no si avanzan o retroceden. ¿Queda entendido?

Clearco no respondió durante un rato. Sus ojos resplandecían de manera inquietante en la penumbra.

–Entendido –dijo al fin–. Tregua si nos quedamos, guerra si nos movemos.

Lo dijo de un modo que sonó más a amenaza que a consuelo. Fue Tisafernes quien apartó la mirada y azuzó a su caballo para que echara a andar.

Cuando llevaban recorridos unos treinta estadios, aproximadamente una hora de camino, cayó la noche.

–¿Crees que estará mucho más lejos? –preguntó Próximo en griego–. Tengo las piernas agarrotadas.

–No tengo manera de saberlo –respondió Clearco–. Pero, si estás agarrotado, yo estoy dispuesto a correr un rato.

–¿Hacia dónde vamos a correr? No olvidéis que estoy herido –dijo Soféneto, señalando el brazo que llevaba vendado.

–¿Cómo vamos a olvidarlo si no dejas de repetirlo? –respondió Menón, fulminándolo con la mirada.

–No seas quejica –se sumó Próximo–. Mi esposa me ha hecho heridas peores.

Súbitamente, Soféneto pasó junto a él, con su brazo vendado agitándose arriba y abajo.

Tisafernes observó asombrado como una docena de generales griegos arrancaban a correr, empujándose como niños que echan una carrera. Durante un rato avanzaron en tropel y luego siguieron corriendo a paso de entrenamiento. Tisafernes escuchó sus risas y palabrotas mientras corrían.

Con un gesto de exasperación el persa espoleó a su caballo al trote para darles alcance. Las hogueras del campamento del rey quedaron a la vista en un claro entre las montañas que tenían delante y, por supuesto, los griegos se avisaron a gritos de su presencia. Ya no necesitaban que nadie los guiara hasta allí, de manera que aumentaron el ritmo y dejaron a los persas atrás.

Tisafernes notaba los ojos de sus acompañantes posados en él, dos jóvenes serios que no habían tenido contacto previo con griegos. Lo miraban reclamando alguna explicación, pero lo único que pudo hacer fue encogerse de hombros.

–Están locos –dijo, aguijoneado por las miradas de sus muchachos–. ¡No hay quien los entienda!

Los tres persas dieron alcance a los griegos y los adelantaron antes de que llegaran a las afueras del campamento. Para su irritación, Tisafernes se sorprendió sudando a causa del calor reinante. Los generales griegos sonreían cuando unos criados acudieron a llevarse a los caballos. Tisafernes se preguntó si debería mudarse de ropa antes de acudir junto al rey, pero Artajerjes había ordenado que regresaran cuanto antes. No obstante, se preguntó si habría imaginado que lo harían tan pronto.

–Seguidme –indicó en persa cortés, acompañando sus palabras de un gesto.

Tisafernes sabía que algunos de los griegos hablaban su lengua, pero su complejo de superioridad lo llevó a invitarlos con un ademán como si fueran niños o lerdos.

Los griegos caminaban en formación cerrada y su buen humor se desvaneció al ver a soldados persas observándolos. Filas cerradas en posición de firmes flanqueaban el camino interior del campamento formando una avenida de imperiales. Confuso, Tisafernes vio a Clearco desviarse a un lado y detenerse junto a una bestia de hombre que miraba fijamente a la nada. Observó atónito cómo el griego le estiraba la túnica al soldado y le susurraba unas palabras al oído que le hicieron subir la comisura de la boca, si bien su sonrisa quedó oculta en las profundidades de su negra barba.

Su gesto pareció divertir a los otros, que gritaron al espartano en su lenguaje vulgar. El avance a lo largo de aquel camino se convirtió en una inspección, como si los imperiales hubieran formado para recibir la aprobación de los griegos. Tisafernes apretó los dientes. Eran bárbaros y, lo que era aún más importante, aquella noche eran los invitados del rey. Se limitó a esbozar una sonrisa burlona, hacerles un gesto para que avanzaran y esperarlos.

–¿Crees que el gordo habla griego? –inquirió Menón.

–Algunos de ellos lo harán –respondió Clearco–. No digas nada que no quieras que oigan oídos indiscretos.

–Eres un hombre sabio, espartano. En muchos aspectos, me recuerdas a mi madre.

–Creo que tuve ocasión de conocerla... –empezó a decir Clearco, pero lo que quiera que fuera a añadir se perdió bajo las trompetas que resonaron delante de ellos.

Descorrieron la apertura de un magnífico pabellón y la luz inundó la oscuridad que los rodeaba.

A los griegos les costaba disimular su asombro al entrar en la carpa que se había erigido sobre el suelo del desierto aquel mismo día. En lugar de arena o unas alfombras extendidas sobre la tierra desnuda, todo el suelo parecía estar hecho de piedra pulida. Sobre sus cabezas, el techo se alzaba formando múltiples picos y el aire estaba impregnado de fuertes fragancias y aromas. Unos bailarines realizaban lánguidos movimientos al son de un instrumento de cuerda, mujeres vestidas con una sencilla falda plisada y muchachos con la piel pintada con carmín y kohl. Centenares de soldados persas flanqueaban las paredes como escarabajos blancos o negros, con los rostros brillantes por el calor y narcóticos para avivar la sangre. El aire era denso, si bien costaba determinar si era a causa del calor del desierto o del aroma que desprendían las pieles embadurnadas de aceite.

Los doce griegos entraron en parejas, con Clearco y Menón a la cabeza y Próxeno y Soféneto tras ellos. Menón no había elegido ser la mano derecha del espartano, pero se había encontrado ocupando esa posición mientras admiraba el entorno boquiabierto y pestañeaba a la luz de un millar de lenguas de fuego. Las lámparas descansaban sobre picas de bronce clavadas en agujeros hechos en la piedra o sostenidas en la mano por esclavos cuya única tarea era proporcionar luz cuando se necesitaba.

En el centro del pabellón había una mesa de banquete con cubiertos, salvamanteles y escudillas, todo ello dispuesto sobre un mantel de color rojo sangre. Una magnífica lámpara rodaba lentamente a todo lo largo de la mesa, haciendo girar las llamas de velas blancas. La mesa se extendía a derecha e izquierda ante los generales griegos, con oficiales persas observándolos tras su gran volumen. A Clearco le sobrevinieron emociones encontradas al ver a Arieo entre ellos. Primero se sintió aliviado al verlo con vida. Pero, más allá de eso, su sonrisa tensa y expresión

cautelosa hablaban por sí solas. No debería haberle sorprendido que un hombre como Arieo recuperaba la gracia del rey. Por encima de todo, el persa era un superviviente.

Clearco saludó a Arieo con una inclinación de cabeza. No le debía mayor cortesía que esa, pero el persa respondió clavando la mirada en el suelo. Clearco miró entonces hacia quien presidía la escena, el rey Artajerjes. El emperador-dios de Persia se parecía a Ciro, y habría sido imposible confundirlo aun cuando no hubiera estado rodeado de esclavos y no hubiera ido vestido con ropajes tan lujosos y tan pintarrajeado que parecía una alfombra dorada. El rey era más corpulento de lo que Ciro le había descrito, una corpulencia más propia de un guerrero que de un bibliotecario. Artajerjes vestía unas túnicas holgadas de paño ligero y parecía estar fresco pese al calor que hacía en aquella carpa. Llevaba la barba aceitada y peinada en punta. Clearco vio una coraza egipcia de bronce dorado bajo sus amplios paños y una daga bajo el fajín. Aun así, Artajerjes sonreía con aire soñador y no se produjo ninguna amenaza inmediata.

–Buenas noches, señores –dijo un hombre, captando la atención de todos hacia sí.

Los saludó agachando la cabeza y a Clearco le pareció que tenía el aspecto de un criado de alto rango.

No debería haberle sorprendido escuchar hablar en griego. Sin embargo, Clearco no pudo evitar parpadear cuando se dirigió a ellos en el idioma de su patria estando tan lejos de todo lo que conocía y amaba. Fingió no ver por el rabillo del ojo unas voluptuosas figuras retorciéndose juntas, por más que los músicos y sus punteos no ahogaron por completo el roce de la piel. En aquel lugar se respiraba una emoción peligrosa en el aire, un olor a sangre, quizá, camuflado bajo un intenso perfume. Aquel lugar tenía más de tórrido y lujurioso que de frío y seguro.

Clearco se acercó a la gigantesca mesa, impresionado por sus dimensiones. Hincó una rodilla y agachó la cabeza. Había discutido con los demás cuál era el mejor modo de saludar al rey, a tenor de lo que sabían a través de Ciro. Todos habían convenido que Artajerjes esperaría de ellos que se postraran en el suelo, pero Próxeno había argüido que hacerlo sería una señal de debilidad por su parte y que un espectáculo como aquel solo podía incitar a la violencia a hombres como el rey. Clearco sabía que era un riesgo, sobre todo delante de los cortesanos del rey y sus rameras. Arrodillado, escuchó un susurro sibilante recorrer el pabellón, si bien no supo discernir si se trataba de un murmullo de estupefacción o de diversión.

–Te lo dije –le musitó Menón por encima del hombro–. Has hecho que nos maten a todos.

Sin levantar la cabeza, Clearco le respondió en voz baja:

–Póstrate tú, Menón, si crees que eso va a salvarnos. Hablo en serio.

–Yo no. Soy tan griego como tú, espartano. Más, de hecho.

Clearco se puso en pie y sonrió al rey. Habló en un persa fluido:

–Majestad, acudimos bajo la tregua a tu pabellón. Veo que has perdonado al general Arieo y agradezco tu misericordia. Mi nombre es Clearco de Esparta. Ha sido un honor liderar a estos hombres en la paz y en la guerra.

Uno a uno, fue presentando a los demás, que fueron alzándose detrás de él. Quienes no entendían el persa permanecieron arrodillados cuando mencionó su nombre.

El rey guardó silencio durante toda la presentación. Clearco vio que tenía los ojos vidriosos y estaba sonrojado, como si hubiera estado bebiendo sin templanza durante la tarde. El general aguardó a que les indicaran que se sentaran. Sabía por su relación con Ciro que los persas se tomaban muy en serio las costumbres de la hospitalidad. Si él y sus compañeros eran recibidos en la mesa del rey, eran sus invitados, y cualquier quebrantamiento de los modales o las costumbres



podía perdonarse. Clearco esperó, aunque notaba que le resbalaban gotas de sudor por el cuero cabelludo y le oscurecían la túnica.

Tisafernes pasó por delante de los generales que había conducido hasta la tienda, se postró ante el rey y luego tomó asiento en el extremo más alejado de la mesa. Clearco comprobó que no se atrevía a sentarse sin permiso, pero su irrupción había roto la tensión. El Gran Rey de Persia pestañeó despacio, como si su visión hubiera regresado del infinito a aquel lugar de ambiente caluroso y dulzón.

—Eres bienvenido, Clearco de Esparta. Por favor, haz sentar a tus subalternos. Estáis todos invitados a mi mesa esta noche.

La sutil tensión se disipó en la estancia cuando hasta el último soldado persa escuchó aquellas palabras y supo que no los llamarían a derribar a los insolentes griegos. Clearco respiró largamente, pero le sirvió de poco. Había sido el blanco de la mirada de muchos hombres a los que les gustaría verlo muerto. Los espartanos eran el archienemigo histórico de los persas, el rival invicto. Clearco esperaba haber añadido unas cuantas líneas a esa leyenda en Cunaxa, donde había demostrado que podía desplazarse donde quisiera en el campo de batalla. Estaba convencido de que si Ciro no hubiera caído tan pronto habrían aplastado al ejército persa, aunque hubieran tardado un mes en rematar al último soldado. Sin embargo, se guardó mucho de compartir tal opinión con los comensales de aquella velada.

Los griegos tomaron asiento donde les indicaron, disimulando su incomodidad por tener a tantos desconocidos y enemigos a su espalda.

Clearco miró al rey a los ojos. No pudo evitar calibrar el ancho de la mesa, que le pareció demasiado amplia para embestirlo con su kopis. Aquel era el tipo de detalle que tanto gustaba a Ciro, recordó. Sin duda, la construcción de aquel armatoste debía de ser digna de leyenda, pero no atinaba a imaginar cómo había podido llegar a una llanura en medio de un desierto. El general griego se maravilló ante la cantidad de esclavos que rodeaban al rey persa. Era previsible que el campamento real fuera diez veces más extenso que el suyo, una suerte de Sardes o incluso una Atenas en movimiento. Mesas espléndidas, tabernas, una Real Casa de la Moneda, joyeros, tejedores, escultores de marfil y esculpidores de piedra. En una sola noche habían erigido una civilización en el desierto, pero Clearco seguía preguntándose si volvería a ver amanecer. Respiró hondo y sonrió. Apoyó las manos en la mesa, delante de él, y le complació comprobar que tenía el pulso firme.

—¿Brindáis por los caídos, hombre de Grecia? —quiso saber Artajerjes.

Clearco asintió con la cabeza.

—Sí, majestad, para honrarlos y para acelerar su tránsito.

El rey hizo un gesto en el aire y los criados llenaron las copas que había ante cada hombre. Menón miró la suya con expresión huraña, pero sabía lo que se jugaba si insultaba a su anfitrión despreciándola. El rey se puso en pie y los doce generales lo imitaron, con las copas en alto. La tensión regresó a la sala cuando los soldados se llevaron la mano a las espadas y se prepararon para desenvainar al primer movimiento brusco.

—Mi hermano Ciro fue un traidor y... un loco. Pero era el hijo de mi padre. Que Dios lo acoja en la eternidad. Por mi hermano Ciro.

—Por el príncipe Ciro —brindó Clearco.

Escuchó la voz de Arieo unirse a la del resto al repetir sus palabras y luego se sentó, perfectamente consciente de la repentina amenaza de violencia que habían vivido. Artajerjes pareció ajeno a ello. Sonrió cuando trajeron el primero de una serie de platos humeantes,

concentrando su atención en la extraordinaria presentación de la comida. Clearco hizo un gesto para que le sirvieran unos pocos bocados en el plato y rechazó el resto. No tenía apetito y comprobó que Próxeno también había optado por tomarse una escudilla de sopa y algo rebozado en harina que podía mojar en ella. Menón había hecho en su plato una montaña con todo lo que le ofrecían y se limitó a encogerse de hombros al notar las miradas de los demás clavadas en él.

Comieron hasta que cada uno de ellos hubo rechazado los ofrecimientos de los criados múltiples veces, tantas, de hecho, que Clearco se hartó de que le preguntaran. El rey eructó tapándose la boca con el puño y apuró su vino de nuevo. El espartano había llevado la cuenta y sabía que era la octava vez que el monarca vaciaba la copa.

—¿Qué voy a hacer con vosotros, griegos? —preguntó Artajerjes de súbito.

Clearco vio a Tisafernes despegar la vista del plato mientras lo rebañaba con algo parecido a pan de pita.

—Majestad, somos mercenarios —respondió Clearco—. Trabajamos por contrato. Nuestro único deseo es que se nos permita retroceder hasta el Camino Real.

—Pero vinisteis a Persia como ejército invasor —replicó Artajerjes.

La sensación de peligro volvió a instalarse en la estancia y Clearco dio las gracias por no haber comido demasiado, pues ello lo habría ralentizado. Notó cómo aumentaba la tensión en los nerviosos movimientos de unos hombres armados que creían no ser vistos. De hecho, eso lo hacía aún más peligroso, y a Clearco le invadió cierta resignación. Estaban rodeados. Si el rey se proponía liquidarlos, no tenían posibilidad alguna de salir por su propio pie de aquel lugar.

—Vinimos a por oro y plata, Su Majestad. Tu hermano Ciro nos pagó para luchar. Somos iguales que los talabarteros o los carpinteros, con la diferencia de que nuestro oficio es la espada. Y cuando quien nos contrata cae, lo que esperamos es poder retirarnos. No buscamos rencores, ni en la victoria ni en la calamidad.

Artajerjes soltó una risotada ronca.

—Pues tal vez os llevéis una decepción. En Persia tenemos memoria, general. Vinisteis a mis tierras en busca de mi cabeza, de mi trono. Vinisteis a destruir todo lo que yo represento. Y, pese a ello, anheláis marcharos como si tal cosa. ¡Estrechar mi mano en gesto de amistad! El general Arieo me ha explicado la verdad, cómo mi hermano le obligó a prestarle servicio. En su caso, al tratarse de un persa, bastó con incorporarlo de nuevo a nuestras filas y dejar que mis guardias se entretuvieran con él.

Clearco lanzó una mirada a Arieo y vio en sus ojos el dolor y la humillación. Al parecer, ya no contaba con el favor del rey. Arieo movió la cabeza una fracción hacia atrás y adelante, en señal de advertencia. Su expresión era compasiva y Clearco notó que se le hacía un nudo en el estómago.

—Pero vosotros... —continuó el rey—. Compruebo que es cierto lo que el señor Tisafernes me contó. Los griegos sois todos unos bárbaros..., unos salvajes. El banquete ha concluido. ¿Entendéis? ¿Habéis quedado todos saciados? ¿Podréis quejaros a los dioses de que os he tratado con desdén o de que he roto mi juramento de hospitalidad con vosotros, mis invitados?

En el pabellón reinaba una quietud absoluta. Incluso las bailarinas serpenteantes permanecieron inmóviles como estatuas y las últimas notas musicales se apagaron, si bien parecieron flotar en el aire durante un largo rato. Clearco notó que un fuerte brazo le rodeaba su cuello desde detrás. Sacó la kopsis y se la clavó en la articulación del codo a su atacante, que le chilló en el oído. Pero había docenas de soldados dispuestos a estrangular a los griegos sentados. Próxeno le rompió el brazo a uno de ellos con el borde de la mesa y el hombre profirió un aullido y cayó al suelo.

Menón se puso en pie y dejó a otro persa frío de un puñetazo y no dejó de blasfemar y maldecir con cada aliento mientras lo abatían. La mesa se balanceó y estuvo a punto de volcarse a causa de la refriega. Pero aquello solo podía acabar de una manera. En aquel reducido espacio, los griegos fueron acuchillados y superados en cuestión de momentos.

Artajerjes volvió a ponerse en pie y miró a sus enemigos caídos. Uno o dos de ellos todavía se retorcían bajo la garra de quienes los estrangulaban o apuñalaban. Vio la conciencia brillar en los ojos del espartano, pero su rostro estaba tan rojo como las capas de sus hombres.

—¿Cómo se las apañarán ahora tus griegos, general, sin sus líderes? Déjame decirte que no saldrán de mis tierras con vida. Que ese conocimiento te acompañe en la muerte.

Le pareció que Clearco intentaba decir algo. El rey frunció el ceño sorprendido al ver que el hombre reía, pero un gran chorro de sangre manó por el pecho del espartano y Clearco murió antes de que Artajerjes tuviera tiempo de preguntarle qué le hacía tanta gracia.

Los guardias despertaron al campamento haciendo sonar los cuernos al escuchar que se aproximaban jinetes. Con el rey persa a escasos kilómetros de distancia la reacción fue inmediata, tanto los espartanos como los tesalienses saltaron de debajo de sus mantas con las espadas desenvainadas para hacer frente a la amenaza.

Se prendieron antorchas en plena noche para divisar a los jinetes. Tras ellas, filas de soldados formaban con lanzas y escudos. No bajaron la guardia al comprobar que apenas una docena de hombres se acercaban al campamento. Clearco y los generales no se contaban entre ellos y no había nadie que les ordenara regresar a sus mantas. Aunque tampoco lo habrían hecho de haberlo habido.

Dos capitanes de Próxeno se colocaron de manera deliberada al frente de los demás mientras los caballeros se acercaban y se detenían. Los esclavos corrían junto a los persas, sosteniendo antorchas a un lado para que el aceite no les goteara sobre la piel desnuda.

Pallakis permaneció en la zona de penumbra, sin atreverse a acercarse más. Reconoció a Tisafernes y vio a Arieo a su lado, con expresión huraña y apesadumbrada. Desconocía si al general persa lo habían hecho prisionero, pero Arieo parecía cabalgar sin ataduras. El propio Tisafernes se dirigió a los capitanes que se interponían en su camino y luego alzó la voz para que lo escucharan todos cuantos se hallaban sumidos en la oscuridad:

—Acudo a este campamento como parte de la tregua. Os traigo malas noticias y una decisión que debéis tomar antes del amanecer. Todos vuestros generales están muertos. Disgustaron al rey Artajerjes y han sido decapitados. Se os ordena rendiros. Si lo hacéis, podéis esperar algún tipo de clemencia. Seréis hechos esclavos, pero a la mayoría se os perdonará la vida. Si no deponéis las armas antes del amanecer, se os dará caza como a perros y moriréis, uno a uno, como ejemplo para todos los que anteponen la plata al honor. El Gran Rey no aprueba a los mercenarios. Tenéis hasta el alba para tomar una decisión. ¿Entendéis la posición en la que os encontráis?

Se dirigió por último a un par de capitanes que no hablaban ni una palabra de persa. Al notar por la mirada y el tono de Tisafernes que les habían formulado una pregunta, ambos negaron con la cabeza. Tisafernes puso los ojos en blanco, frustrado, y llamó con la mano a Arieo, que adelantó un paso su montura y tradujo el discurso del persa al griego para quienes escuchaban.

Pallakis se mordió el labio, notando que se le llenaban los ojos de lágrimas. Clearco había acudido confiado al nido de víboras que era el pabellón del rey. Su pérdida, tan cercana a la de Ciro, la hizo querer plegarse en posición fetal y abrazarse con fuerza las rodillas. No podía continuar. La mera idea de convertirse en la esclava de un soldado o un señor persa la desesperaba. Nunca volvería a ver Grecia. Sollozó en silencio. Observó a Arieo repetir el mensaje una vez más y lo vio estremecerse cuando Tisafernes levantó una mano. Es posible que Arieo no fuera un prisionero, pero tampoco era el general solemne a quien ella había conocido.

Pallakis los vio dar media vuelta a sus caballos. La luz de sus antorchas resplandeció en medio de la noche durante un largo rato mientras regresaban. Solo entonces se enjugó las lágrimas y, al hacerlo, notó los regueros cálidos en el dorso de la mano. Sin duda el kohl de los ojos se le habría

corrido. El aire de la noche era frío y notó que temblaba, pero la oscuridad ayudaba a ocultar las lágrimas. A su alrededor se desencadenaron mil conversaciones entre susurros y ella no formaba parte de ninguna. Sin embargo, poco a poco el campamento volvió a guardar silencio. Habían sufrido demasiados golpes, demasiados reveses en muy poco tiempo. El último los había dejado a todos paralizados: habían contemplado a sus generales marcharse confiados y esperanzados, y todo para acabar desapareciendo para siempre. Era insoportable. Las estrellas giraban sobre sus cabezas y Pallakis pensó que no dormiría. A fin de cuentas, era su última noche de libertad. Intentó no pensar en lo que el sol traería.

Jenofonte observó a Arieo y Tisafernes marcharse. Permaneció en pie entre las sombras, a unos cuantos pasos de las antorchas, invisible para los presentes. Pensó que la mitad del campamento se había acercado a escuchar lo que sucedía: los griegos eran curiosos cuando sus vidas estaban en juego. La noticia de que Clearco no regresaría fue como un puñetazo en el pecho. Jenofonte blasfemó entre murmullos. La idea de que alguien pudiera haberse impuesto al espartano le parecía inconcebible. Sin embargo, el rostro de Tisafernes no dejaba duda acerca de su pernicioso triunfo. Aquel hombre era una víbora, precisamente la clase de hombre que suele prosperar, como solía decir Sócrates.

Jenofonte caminó hasta la manta que había extendido en la arena y donde había dormido con los brazos cruzados sobre el pecho. Pensó en tumbarse de nuevo, pero sabía que no conciliaría el sueño. Había comido un poco antes los restos de una pobre bestia de carga que tenía más hueso que carne. Se sacó un trocito que se le había quedado entre los dientes y permaneció de pie, contemplando el cielo despejado y la magnífica franja de estrellas que se extendía sobre él como una nebulosa.

Se sobresaltó cuando Hefesto le habló desde detrás:

—¿Qué piensas hacer?

—¡Por Zeus! ¿Tienes que acercarte a hurtadillas en medio de esta oscuridad?

Hefesto se encogió de hombros, apenas visible bajo la luz de la luna. Jenofonte lo fulminó con la mirada. Había enseñado a aquel pandillero ateniense a montar a caballo y, desde entonces, Hefesto parecía ir tras él en busca de guía, como si él tuviera todas las respuestas. Jenofonte se mordisqueó un padastro del pulgar. Le costaba admitir que no tenía ni idea de qué hacer. Aún estaba digiriendo la noticia de que Clearco, Próxeno, Soféneto, Menón y todos los demás habían muerto. A algunos de ellos los había admirado; otros eran completos desconocidos para él. Pero el hecho de que los hubieran barrido de un plumazo del tablero lo conmovió profundamente.

Entonces se le ocurrió algo y se puso en movimiento. Hefesto dudó solo un instante antes de seguirlo y darle alcance.

—¿Qué pasa? ¿Has oído algo? ¿Qué vamos a hacer?

Jenofonte se detuvo. Le costaba respirar. Se volvió hacia el muchacho que tenía al lado, de apenas diecinueve años y ya endurecido por una vida de violencia y alimentación poco fiable en sus años previos. Seguía antojándosele un misterio por qué Sócrates le había sugerido que acompañara a Jenofonte. Hefesto respondía a la mayoría de los desafíos con los puños, en ocasiones incluso encerrando una piedra en ellos. Había demostrado ser un compañero problemático, aunque también le había sorprendido su destreza con los caballos, eso no podía negarlo.

—Tengo que hablar con los capitanes de Próxeno. He visto a dos de ellos cerca de los persas.

No dijo nada más. Prefirió cerrar la boca a balbucear el descabellado plan que había cobrado

forma en su pensamiento de manera súbita. A un hombre como Hefesto le habría parecido una locura. Jenofonte regresó hasta donde Tisafernes y Arieo se habían detenido a lomos de sus monturas. Allí seguía prendida una antorcha, con el leño clavado con fuerza en la arena. Vio a los dos capitanes a escasa distancia, con las cabezas gachas, conversando preocupados. Jenofonte se les acercó y les habló con voz firme, aunque al principio le salió un graznido:

–Señores, si tuviera vino, alzaría una copa para brindar por nuestra última noche.

Los dos hombres miraron en su dirección con el ceño fruncido.

–¿Eso crees?

–El rey ha matado a nuestros generales, capitán. Y hará lo mismo con nosotros. La noche avanza. Cuando rompa el alba, los veremos acercarse. No me cabe duda. A mí también me ha sorprendido, pero... No, es demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde para qué? –preguntó al instante el más joven de los dos, aferrándose a un clavo.

–Si nos entregamos mansamente al rey, será nuestro final. Ese hombre le cortó la cabeza a su propio hermano. ¿Qué puede esperarse de un soberano así? A la mayoría nos matarán y al resto nos esclavizarán. Ninguno de nosotros regresará jamás a nuestra patria. Y, aun así, ¡la mitad del campamento se ha echado a dormir otra vez! Pensaba que les quedarían más ganas de pelear. Al fin y al cabo, no nos derrotaron en el campo de batalla. No. Nosotros soportamos el frío, el calor y el agotamiento mejor que ningún persa y, a pesar de ello, ¿pretenden que entreguemos sin más nuestros escudos y nuestras espadas y les pongamos el cuello para decapitarnos?

Se acercaron algunos hombres para oír hablar a Jenofonte. Los dos capitanes se volvieron con brusquedad para ver de quién se trataba, recelando de cualquiera.

–¿Crees que podemos enfrentarnos a esa inmensa hueste nosotros solos? –inquirió el capitán de mayor edad–. ¿Con diez mil seguidores del campamento a quienes proteger? ¿Y con alimento solo para unos pocos días?

Jenofonte constató que el capitán no hablaba con desdén. Su voz no traslucía enfado, sino algo parecido a la necesidad. Realmente quería que Jenofonte tuviera una respuesta y aguardó a que contestara. Jenofonte respondió tal como le había enseñado Sócrates, reflexionando en voz alta, con voz sosegada y tranquilizadora:

–No fueron capaces de romper nuestra formación en el campo de batalla –empezó a decir–. Ni una sola vez. Los números parecían importar poco. No obstante, solo disponemos de seis caballos, muy pocos. De manera que si nos atacan poco importará si ganamos o no, puesto que no seremos capaces de perseguirlos, y es ahí donde se inflige el verdadero daño. Si perdemos, pueden enviar a la caballería a masacrar a nuestra gente. Esa sería la mayor amenaza.

Hizo una pausa para mirar a la docena de capitanes que se habían acercado a escucharlo. Necesitaba que entendieran lo que pretendía hacer. No se limitaba a hablar para escucharse o para matar el tiempo. En una ocasión le había preguntado a Sócrates cómo debía vivir un hombre, a lo que el filósofo le había contestado: «Reflexionando», y había añadido que lo que nos diferenciaba de los animales era nuestra capacidad de reflexionar.

–Próxeno o Soféneto os designaron a vosotros para que tuvierais autoridad sobre otras personas. Cuando hayamos trazado un plan, yo estaré dispuesto a seguirlos. Sé que no os limitaréis a quedaros aquí como corderitos, a la espera de que el enemigo acalle vuestras voces. Somos griegos. Y hablamos, pero luego nos movemos. De manera que... –Sonrió al notar que había captado su atención y al percibir cómo la seguridad que transmitía estaba calando en ellos y empezaban a enderezarse. No importaba que el estómago le ardiera de terror si conseguía

disimularlo—. Antes de ponernos en marcha, debemos encontrar a aquellos de nosotros capaces de cazar con una honda o un arco. Necesitamos un modo de frenar a los jinetes persas o cabalgarán en círculo a nuestro alrededor y nos enviarán flechas todo el día para desgarrar nuestro cuadro. No podrían hacerlo en batalla, pero si tenemos que caminar por un espacio abierto nos reducirán a la nada. ¡Asentid, señores! ¡Mostradme vuestro acuerdo! ¡Decidme que entendéis mis palabras! Faltan pocas horas para que amanezca y para entonces tenemos que estar en movimiento. ¿Por qué ponérselo fácil a quienes han asesinado a hombres mejores que ellos sentados a su mesa? ¿Por qué darles todo lo que anhelan? No, necesitamos honderos en los márgenes. Y después de eso, retomando las palabras de Clearco, necesitaremos comida y cobijo...

—Es una insensatez. Harás que nos destruyan a todos.

Jenofonte dejó de hablar al oír aquella voz. Algunos de quienes lo rodeaban se quejaron por la interrupción y le revelaron el nombre del desconocido. Jenofonte levantó la mano para pedir silencio y se alegró cuando al final se hizo.

—¿Apolónida? Podrías ser tú quien nos liderase mañana. ¿Qué sugieres?

El hombre se ruborizó a la luz de la antorcha y pareció incomodarse.

—Yo no pido liderar nada, pero sí imploraría clemencia al rey persa para todos nosotros. Es imposible llegar a un lugar seguro sin su permiso. Estamos en medio del desierto, rodeados por sus ciudades y sus regimientos. No iremos a ninguna parte si él no lo autoriza.

El capitán alzó la barbilla y dejó de hablar, casi en un gesto de desafío. Hefesto los observaba a ambos con estupor. Querían un líder que los ayudara a salir de una situación imposible. Necesitaban un hombre que al menos pareciera saber lo que se hacía. A Jenofonte le embriagó como un trago de vino verlos esperar su respuesta. Le pareció oír a Sócrates riéndose de él, pero sacudió la cabeza para zafarse de aquellas voces de antaño. Quizá el capitán Apolónida expresara los miedos de todos los presentes, pero no podía permitirse dudar en aquel momento. Jenofonte atisbaba el camino que debían tomar. En el mismo momento en que había hablado, aquel hombre se había convertido en un obstáculo. Jenofonte exhaló para zafarse de la cólera. Se preguntó si era así como Clearco se había sentido cada día.

—Estabas presente cuando acordamos una tregua con el rey, Apolónida. Cuando Clearco, Próxeno y el resto partieron de buena fe, sin sus lanzas y escudos, confiando en la palabra de Artajerjes. Lo único que ruego ahora es que estén muertos de verdad, en lugar de sufriendo las torturas y humillaciones de nuestros enemigos. ¿De verdad quieres que confiemos en la palabra de una persona que ha demostrado no honrarla? ¿Deberíamos arrodillarnos ante Tisafernes, que traicionó al príncipe?

Jenofonte interpretó las posturas del grupo de capitanes y comprobó que no apoyaban al hombre que había hablado. Todos ellos miraban con ferocidad a Apolónida, y eso hizo que su propia ira resurgiera desbocada. Se acercó a su interlocutor con aire amenazante.

—Si ese es tu deseo, yo digo que no eres uno de los nuestros, Apolónida. Afirmo que tu debilidad costará las vidas de todos a quienes trajimos a este lugar. Y eso te convierte en mi enemigo, Apolónida. Tú no eres un griego. —Mientras el hombre balbuceaba algo, Jenofonte se volvió hacia los otros—. La elección es vuestra, señores. Mi opinión es que a este hombre habría que despojarlo de su posición y hacerlo portear equipaje al adentrarnos en el desierto.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —le espetó Apolónida.

Hizo amago de desenvainar la espada corta que llevaba en la cadera, pero alguien le agarró de la muñeca. Boquiabierto, intentó zafarse, pero lo tenían inmovilizado.

Un capitán espartano llamado Quirisofó alargó la mano y lo agarró por una oreja, pero

Apolónida se soltó con un movimiento brusco.

–Lleva las orejas perforadas como un lidio –dijo Quirísofo–. Lo sospechaba.

–¿Lidio? ¡Soy griego! –contestó Apolónida con voz ronca. Se revolvió mientras le retiraban el cinto con la espada, pero no pudo impedirlo y permaneció en pie, resollando.

–Camina hacia el desierto –dijo uno de los capitanes–. No quiero tener que protegerme la espalda de espías y traidores.

Apolónida se volvió hacia los otros en ademán de súplica tácita, pero lo único que reflejaban sus rostros era una cólera implacable. Se había convertido en la diana de toda la desesperación y sensación de traición de aquel grupo y no podía esperar misericordia de ellos. Lanzó una mirada venenosa a Jenofonte, giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad.

Al alzar las antorchas para verlo marchar, la luz reveló a muchos más soldados que se habían congregado a su alrededor. Hasta el último capitán y pentecostero del ejército griego habían acudido a escuchar la conversación. Buscaban adalides, y Jenofonte volvió a tener la sensación de haberse bebido una copa de vino. Estaba en el lugar oportuno en el momento oportuno, lo percibía. Se oyeron infinidad de voces susurrando, pero cuando él alzó la suya, todos guardaron silencio para escucharlo:

–Lo único que sabemos es que nuestros generales han sido víctimas de una traición. Doce hombres buenos no regresarán de las garras del rey persa, un hombre sin honor. Pero eso no es todo. Nuestra responsabilidad primordial es con quienes dependen de nosotros: los soldados y los seguidores del campamento. Nuestra misión es enfrentarnos al enemigo con carcajadas y violencia. ¡Que vean que no estamos abatidos! Al fin y al cabo, vosotros sois oficiales. ¡Mostradles el coraje que os mereció un mejor salario!

Hizo una pausa momentánea para permitirles reírse entre dientes y alegar que, en realidad, no cobraban mucho más. Si algo gustaba a los soldados era quejarse de que no les pagaban suficiente.

–Los persas nos han arrebatado a nuestros oficiales porque creían que seríamos incapaces de actuar sin ellos –prosiguió Jenofonte–. ¡No conocen a los griegos, señores! Antes de que amanezca debemos elegir a nuevos generales entre quienes cuentan con el respeto de los hombres. Nuestros soldados se ocultan desanimados en la oscuridad, anticipando un fin a su camino. Nuestra misión será insuflarles nuevas esperanzas para que, en lugar de decir «¿Qué será de mí?», se pregunten «¿Qué puedo hacer?». Nuestra labor consiste en restaurar a esa fuerza poderosa que nos convierte en el terror de las naciones.

Un retumbo recorrió el grupo y se propagó por la oscuridad. Había miles de personas allende el círculo de antorchas, y seguían llegando más a conocer su destino. No obstante, Jenofonte cayó en la cuenta de que no podía hablarles directamente a esos hombres y mujeres. Había echado a rodar una roca ladera abajo y tenía que correr junto a ella durante un rato.

–He visto en el pasado que quienes buscan salvar su propia vida tienen más probabilidades de perderla –continuó–. En cambio, quienes optan por luchar con honor tienen más posibilidades de permanecer con vida cuando la batalla acaba. Más aún, los he visto llegar a viejos y dedicar sus años a la filosofía, con la violencia reducida a un vago recuerdo.

Era consciente de estar hablando como un hombre que había dedicado toda su vida al servicio militar, cuando la verdad era que la única guerra que había conocido era la batalla de Cunaxa. Sin embargo, había sido un cataclismo y consideraba inapelable que todos cuantos se hallaban en aquel desierto eran veteranos. Habían visto el oráculo y se habían bañado en sangre.

–Tenedlo siempre presente, si sobrevivimos al día que está por venir. –Señaló hacia el oeste,



orientándose por la estrella polar—. Cuando volvamos a ver la luz, debemos hacerlo nuevamente como regimientos, con generales, oficiales y orden. No me malinterpretéis: necesitaremos más disciplina que antes. No pueden desacatarse órdenes cuando nos enfrentamos al mundo entero. Debemos actuar como diez mil griegos, diez mil generales espartanos. Los persas nunca entenderán algo así ni serán capaces de imitarlo. Si lo logramos, volveremos a ver nuestro hogar. Saldremos de Persia y veremos Grecia.

El silencio era tan denso como el calor en el aire cuando concluyó su discurso. Jenofonte escuchó a hombres respirar y agitarse en sus sitios, pero nadie más volvió a alzar la voz solicitando implorar misericordia al rey. Parecía haber encontrado las palabras para convencerlos.

La capa roja con la que Quirísofo se cubría lo distinguía de los capitanes de Próxeno. Además, acumulaba veinte años de servicio a sus espaldas y no era de los que se andan con ceremonias y cumplidos. En lugar de ello, carraspeó de manera estentórea y deliberada.

—Hasta ahora, Jenofonte, te tenía solo por un ateniense y un jinete. Sin embargo sé que el príncipe Ciro y el general Clearco confiaban en ti. Has hablado bien. Gracias. Ahora creo que los capitanes deberían elegir a nuevos generales si queremos prepararnos para enfrentarnos a los persas cuando amanezca.

Jenofonte le respondió agachando la cabeza. Se apartaron de él y notó que se le encogía el corazón. Durante unos momentos preciosos, los había visto mirarlo en busca de guía. Sabía que podía liderarlos, aunque desconocía si tenía vocación de líder o era algo que había aprendido a base de conversar con Sócrates. Aun así, escogerían a nuevos generales entre los de sus propias filas. Estaba sediento y dolorido, con moratones que no recordaba haberse hecho en la batalla. Durante un breve instante, la confianza y la fe de los demás lo habían hecho elevarse, o tal vez fueran solo imaginaciones suyas. Que lo ignoraran mientras los verdaderos soldados escogían a sus cabecillas le pesaba como una losa.

Se sobresaltó al notar que alguien le tocaba el hombro. Jenofonte se volvió bruscamente y abrió los ojos como platos al ver a la joven que se encontraba allí, con las puntas de los dedos aún presionándole la piel.

—Has hablado bien —dijo Pallakis con una voz que apenas era un susurro, como si pudieran oírlos a hurtadillas—. Les has infundido esperanza. Lo he notado en su postura.

Jenofonte apretó la mandíbula y dejó caer la cabeza. Ella apartó la mano, pero Jenofonte cayó en la cuenta de que aún notaba dónde lo había tocado.

—Gracias. Debo admitir que por un momento he pensado que...

Se interrumpió al escuchar unos pasos que se acercaban, se volvió hacia ellos y se llevó la mano a la daga por si era el hombre a quien había ayudado a desterrar. En lugar de ello vio a Quirísofo aproximarse. Los demás capitanes caminaban tras él con paso decidido.

—Lo hemos debatido, Jenofonte —informó Quirísofo—. Tenemos a un espartano, un acadio, un estinfaliense y un beocio. Hemos encontrado a hombres dispuestos a ocupar los puestos de los líderes asesinados. —Hizo una pausa y Jenofonte lo miró confuso—. Y te hemos elegido a ti como caudillo, señor. Como general. Tú serás nuestro estratega.

Jenofonte notó que una sonrisa se extendía lentamente por su rostro, más allá de su control, pese a que sabía que debía mostrarse serio y resuelto. Quirísofo rio entre dientes al verlo.

—Me alegra ver que contamos con tu aprobación, general Jenofonte —sentenció bajando la voz ligeramente al divisar a Pallakis, que se hallaba estupefacta junto a Jenofonte.

A Quirísofo le pareció una mujer asombrosa.

–Yo... esto... –respondió Jenofonte.

–Tómate un tiempo, señor. Pareces saber qué hacer... y nadie ha asumido la voz cantante antes que tú. Eso es importante. Esperamos tus órdenes. Me aseguraré de que se cumplan cuando estés preparado.

En la distancia se vislumbraba una palidísima línea rosa sobre el horizonte. Jenofonte la vio y notó que el corazón se le aceleraba.

–Se nos echa el día encima, capitán. Despertad al campamento. Venceremos o caeremos en función de cómo recibamos este amanecer.

Quirísofo estuvo a punto de darle una palmadita en el hombro, pero se contuvo. En lugar de ello, inclinó la cabeza ante él.

–Sí, general.

–Quirísofo..., ¿crees de verdad que ese hombre era un espía lidio?

–¿Apolónida? Quizá. Pero si lo fuera habría continuado discutiendo hasta que saliera el sol. Eso sí lo sé.

El espartano sonrió y se golpeó con el puño la coraza a modo de saludo antes de alejarse corriendo y, con las manos en jarras, para despertar al campamento bramando.

Quemad el resto de los carros. Tenemos que aprender a marchar y los carros y las carretas son la parte más lenta.

Jenofonte dio la orden y se alegró de que las protestas se limitaran a un murmullo entre la multitud, algo más parecido a un suspiro que a una objeción manifiesta. Todo el mundo conocía ya el destino de Clearco, Próxeno y los demás. Si no lo habían entendido antes, ahora sabían que se jugaban la vida y que el sol naciente podía ponerse sobre sus cadáveres. Los soldados griegos se dedicaron a desplazarse entre ellos para detectar cualquier objeto voluminoso que intentaran ocultar. Todo fue a parar a las hogueras y sacrificaron hasta el último de los carneros para dar una buena comida a cuantos fuera posible.

Conforme el sol fue iluminando las colinas del este, se alzaron, listos y determinados. Muy pocos de ellos conocían a Jenofonte antes de aquel día, pero los espartanos y los capitanes a las órdenes de Próxeno lo habían aceptado como líder. Sus órdenes no eran titubeantes y la mayoría de ellos se amoldaron a formar filas y contemplar cómo sus últimas pertenencias en la vida ardían, con las lágrimas reseca por el calor abrasador de las llamas.

Antes de que tuvieran tiempo de partir, apareció un destacamento de treinta jinetes con un oficial desconocido a la cabeza. Jenofonte y Quirísofo fueron a su encuentro, regodeándose en su aparente confusión.

—Mi nombre es Mitrídates, señores. El señor Tisafernes me envía a aceptar vuestra rendición.

—A juzgar por tu manera de hablar, ¿eres griego? —preguntó Quirísofo—. ¿Uno de nosotros? ¿Compartes nuestra misma sangre, nuestros mismos dioses? Y aun así te sientas con los persas y sirves a un rey que asesinó a nuestros generales. ¡Qué extraño, Mitrídates!

Una mancha de rubor tiñó las mejillas del hombre, pero a pesar del tono claro de sus palabras, el espartano lo observó sin pestañear, con una sensación de sosiego interior, como una serpiente a punto de atacar.

—¿Os rendís, espartano? —preguntó Mitrídates.

Miró con nerviosismo a los persas de rostro inexpresivo que lo flanqueaban. Tisafernes era un hombre sutil. Sin duda algunos de ellos hablaban griego lo bastante bien para informarle de hasta la última palabra.

—Hemos deliberado vuestra oferta —respondió Quirísofoy hemos decidido que nuestra respuesta es no. En lugar de ello, tenemos una contraoferta que proponeros. Dejaremos los territorios del rey causando el menor daño posible. Si nos atacan, peharemos. ¿Me entiendes, traidor? ¿Puedes llevarles estas palabras a tus señores al otro lado de la montaña? Imagino que no andarán lejos.

Aunque el rubor fue en aumento, Mitrídates hizo un esfuerzo por encogerse de hombros, intentando parecer más despreocupado de lo que en realidad estaba.

—Me hablas, pero sabes que estás muerto...

—Márchate, Mitrídates —intervino Jenofonte de repente—. Tenemos una larga marcha por delante. No malgastaré más mi tiempo contigo.

Quirísofo y él se alejaron de allí dejando al griego con la boca abierta. Maldiciendo, Mitrídates

tiró de las riendas para dar media vuelta a su montura y regresar por donde había venido. Fue entonces cuando Jenofonte y Quirísofo se volvieron para mirarlo.

–Tenemos que movernos aprisa –opinó Jenofonte–. Da la orden.

–Yo no soy uno de los generales que elegimos –dijo Quirísofo.

–Bueno, fue decisión vuestra, espartano. Diles a los hombres de mi parte que se pongan en movimiento.

Quirísofo lo saludó con la cabeza y se alejó corriendo. Las hogueras seguían escupiendo fuego y resplandecían en medio del campamento, elevando grasientas humaredas negras al cielo despejado. El cuadro de hoplitas formó alrededor de los seguidores del campamento, todos de pie en filas irregulares. Algunos de ellos se habían echado a los niños a la espalda o sobre los hombros. Parecían una parodia de soldados formando filas, pero también parecían determinados. Jenofonte dio la espalda a cuanto quedaba atrás. Vio que Hefesto le había traído su caballo y se lo agradeció inclinando la cabeza.

–Gracias, Hefesto –dijo.

El joven que había liderado una docena de hurtos en los mercados de Atenas parecía ser cosa del pasado. Hefesto había aprendido a cabalgar, marchar y formar fila mientras el mundo que lo rodeaba se sumía en el infierno. Había dejado gran parte de su juventud en el campo de batalla de Cunaxa. Cuando se le acercó para dirigirse a él, hablaba completamente en serio.

–¿Puedes liderarnos? –preguntó Hefesto en un murmullo–. ¿De verdad? Dime que sabes lo que haces, Jenofonte. Dime que esto no es un juego para ti.

Jenofonte sopesó sus palabras. Había conocido a Sócrates, a Clearco y a un príncipe de Persia, y había aprendido de todos ellos. Puso el pie en las manos entrelazadas que Hefesto le tendía y se acomodó en la silla de montar. Había sido testigo de la desesperación la noche previa. Frente a la derrota más rotunda, Jenofonte se había limitado a hablarles. Había formulado preguntas que revelaban lo que ya sabían, y lo habían aceptado. Sabía que tenía que ponerlos en movimiento para que no se plantearan siquiera sus posibilidades de sobrevivir. En aquel momento, entendió que no podía compartir sus temores con nadie.

–Ya me conoces, Hefesto –dijo–. Por supuesto que soy capaz de lideraros.

En sus ojos pardos, Hefesto pareció calibrar al hombre que tanto le había enseñado, desesperado por creerlo. Jenofonte lo miró fijamente. Transcurrida una eternidad, Hefesto le dio una palmadita en el cuello al caballo y se apartó.

Jenofonte vio a Quirísofo observarlos mientras hablaban y levantó el brazo casi en gesto de saludo. Al dejarlo caer, se pusieron en marcha. A sus espaldas estarían comunicando a Tisafernes y al rey de Persia su negativa a rendirse. Jenofonte recordó un ejército que era como un mar siniestro. No dudaba de que la respuesta sería salvaje, pero aun así se enorgulleció de no haberse dirigido mansamente hacia una vida en cautiverio. Se hallaban muy lejos de casa, pero al menos no se desvanecerían de la faz de la tierra sin ofrecer resistencia.

Habían marchado toda la mañana y parte de la tarde cuando cuatro exploradores regresaron a caballo para informar de que había una población a unos trece kilómetros de distancia. No era más que un complejo amurallado junto a un arroyo, con unos cuantos campos de cebada y trigo, unos árboles y media docena de reses esqueléticas. Lugares como aquel se aferraban a la tierra con las zarpas, agarrándose a la vida como podían. Aun así, significaban acceder a una comida que necesitaban desesperadamente. Jenofonte recordó a sus oficiales que no hicieran esclavos ni mataran a los lugareños. Lo único que querían era que el ejército persa los dejara en paz y no

había necesidad alguna de suscitar hostilidades. El alimento era vital, por supuesto; todas las vacas y ovejas que encontraran marcharían junto con los pocos animales que aún les quedaban.

Mientras avanzaban, decididos a llegar a aquel lugar antes del ocaso, se extendió el rumor de que el enemigo acortaba distancias. Jenofonte dio media vuelta a su caballo y cabalgó hacia la retaguardia, con Quirísofo rompiendo filas rápidamente para correr con él. Juntos otearon el sur, cubriéndose los ojos con la mano para protegerse del sol.

—Son menos de lo que preveía —dijo Quirísofo—. ¿Con cuántos cuentan? ¿Doscientos a caballo? Los soldados de infantería no pueden llevar mucha armadura; de lo contrario, no podrían avanzar a semejante ritmo. Ya no tengo la vista tan buena como antaño. ¿Llevan jabalinas?

—Arcos —respondió Jenofonte con aire sombrío—. Mitrídates ha regresado con arqueros y caballería para atacarnos desde lejos. Doscientos jinetes... y no más de cuatrocientos arqueros.

—Pero tiene que haber más marchando a pie para interceptarnos —conjeturó Quirísofo—. Un ejército tan reducido solo puede pretender ralentizarnos.

—Ya vamos muy lentos —respondió Jenofonte, y, sacudiendo la cabeza, añadió—: Tenemos que llegar a esa población. Da la orden de aumentar el ritmo. Trae a nuestros escudos a la retaguardia. Tus espartanos, Quirísofo. No podemos ir más rápidos que tantos caballos, no con hombres capaces de agarrarse a las colas de esos caballos y correr casi tan rápido como ellos. Pero sí podemos obligarlos a esforzarse para darnos alcance. Al menos no se lo pondremos fácil.

Quirísofo se alejó con diligencia para dar la orden de disponer una línea de escuderos en la retaguardia. Al poco, los jinetes persas se acercaron a toda velocidad al divisar las filas griegas en medio del desierto. Algunos de ellos lo hicieron a medio galope, tirando de los hombres que llevaban detrás. Otros cabalgaron solos y lanzaron jabalinas que describieron amplios arcos en el cielo. Impactaron con gran fuerza, pero los escudos aguantaron.

Jenofonte permaneció en la retaguardia, observando y reflexionando, refunfuñando maldiciones cuando alcanzaban a uno de sus hombres y sus compañeros tenían que arrastrarlo, confuso y ensangrentado. Volaron más jabalinas. Los guerreros griegos arrancaron alguna de las clavadas en el suelo y las lanzaron con una precisión salvaje.

Mucho más devastadores fueron los arqueros una vez estuvieron a tiro. Los persas parecían saber que, tras la batalla, apenas quedaban unos pocos arqueros cretenses. Los persas caminaron a grandes zancadas formando una amplia fila, tensaron sus arcos y lanzaron las primeras flechas. Avanzaban a la misma velocidad que el cuadro en retirada y no podían errar el tiro ante la pesada bestia que intentaba sacarles ventaja.

Jenofonte notó que Hefesto se estremecía a su lado y se volvió de manera brusca hacia él.

—¿Puedes parar de hacer eso? Me vas a avergonzar delante de los hombres.

—De acuerdo. Lo siento —se disculpó Hefesto.

Se mantuvo rígido mientras cuatrocientos arqueros corrían tras ellos como lobos, enviando saeta tras saeta al aire. Estaban casi al límite de su alcance, y Jenofonte dio gracias por ello. De haberse hallado él al mando de los persas, los habría hecho acercarse a un centenar de pasos antes de disparar. A más de doscientos, sus hombres tenían tiempo de ver las flechas acercarse. Los escuderos que cerraban filas casi parecían estar divirtiéndose: alzaban los discos de bronce para cazar las flechas al vuelo como si compitieran entre sí. Se vitoreaban unos a otros hasta que una flecha le atravesó nítidamente el pescuezo a uno de ellos. No hubo posibilidad de detenerse a recuperar el cadáver. El resto guardó silencio al ver que se quedaba rezagado, paso tras paso. Los arqueros persas se abalanzaron con alegría sobre su cadáver. Los griegos contemplaron cómo levantaban al muerto y lo despedazaban a machetazos.

–Transmite la orden de que las tres últimas filas carguen a mi señal –le dijo Jenofonte a Hefesto.

Necesitaba un edecán formal para llevar a término sus instrucciones, pero Hefesto era lo único que tenía a mano. Había convertido a aquel delincuente ateniense en un jinete. Se preguntó si podría convertirlo también en un soldado.

Hefesto lo miró pasmado.

–¿Que transmita...? ¿Cómo se hace?

–Vas hasta un general, o a Quirísofo, el espartano que lidera pero no acepta títulos, y le repites mi orden. Y ellos se la transmiten a los capitanes y pentecosteros, que organizan a los hombres.

–¿Y qué pasa si se niegan? –preguntó Hefesto.

Vio que Jenofonte se ponía tenso, sorprendido por su pregunta.

–Estamos en guerra, Hefesto, enfrentándonos al enemigo. Si desoyen mis órdenes en un momento así, perderán sus vidas. Pero no las desobedecerán. Me eligieron sabiendo que la disciplina, por encima de todo, es la clave para nuestra supervivencia. Necesitamos ser diez mil espartanos, Hefesto, ¿lo entiendes? De otro modo no regresaremos a casa.

–Entiendo –dijo Hefesto.

–¡Entonces transmite mi orden! Y cabalga rápido. Esa población ya no puede andar lejos.

Jenofonte, sentado en su montura, se quedó mirando hacia atrás durante lo que le pareció una eternidad, y el dolor del cuello solo se atenuó cuando le dio un giro completo al caballo para supervisar al enemigo. Parecían llevar bastantes provisiones de flechas, pensó malhumorado. Al principio había esperado que se les agotaran, pero la caballería parecía cargar con carcajes de repuesto. De hecho, la lluvia de flechas arreció en lugar de amainar.

Jenofonte vio a las tres últimas filas mirándolo, a la espera de una señal. Formaban parte del contingente espartano y dio las gracias por ello, consciente de que llevarían a cabo su orden sin riñas ni discusiones.

Algunos de los hoplitas situados en las filas posteriores retrocedieron con sus escudos en alto, mientras otros se los habían atado a los hombros para avanzar como si no los asediara el enemigo. Todos los espartanos llevaban yelmos de bronce que los hacían parecer más altos y despreciar la amenaza que los perseguía. Parecían estar bastante frescos. Jenofonte esperó que así fuera. Aun así, hizo caso omiso de sus miradas hasta que uno de sus exploradores regresó para advertirle de que la población se hallaba a solo un kilómetro y medio de distancia.

Jenofonte señaló dos veces a los arqueros del enemigo, agitando los brazos con brío. En respuesta, las filas posteriores se volvieron de súbito y cargaron. Novecientos hombres se destacaron y cubrieron el terreno a una velocidad prodigiosa. Los arqueros persas se hallaban a doscientos metros de ellos y sabían que no tenían ninguna posibilidad ante hoplitas con armadura en un combate cuerpo a cuerpo. Huyeron corriendo como liebres en cuanto vieron lo que sucedía.

Jenofonte observó con una ira creciente cómo los arqueros que los habían atacado escapaban. Vio que la distancia entre las filas que cargaban y el resto del cuadro aumentaba de un centenar de pasos a trescientos y luego cuatrocientos, vio cómo se iban empequeñeciendo a la vista, levantando polvaredas con los pies. Sacudió la cabeza.

–¡Cuernos! –gritó, maldiciendo entre dientes. Había esperado causar una masacre imprevista–. ¡Ordenadles regresar!

Esperó con rostro serio mientras los espartanos detenían su carga, visiblemente contrariados. Jenofonte imaginó que habrían podido derribar a aquellos soldados a cierta distancia, pero no podía dejar expuesta la retaguardia del batallón. Regresaron en buen orden, pero, antes de

reunirse con la hueste principal, las flechas volvieron a caer veloces y en gran número e hirieron a tres hombres, que tuvieron que ser arrastrados por los otros a la seguridad del cuadro. Jenofonte gruñó frustrado. Sabía exactamente adónde enviar una carga de caballería para acabar con los moscardones que les aguijoneaban... pero carecían de caballos.

La muralla de adobe de la población era poco más alta que un hombre, pero proporcionaba resguardo y sombra. Y lo que era más importante, significaba que ni los arqueros ni los jinetes persas podrían continuar su ataque. Si se acercaban lo suficiente para amenazarlos, se colocarían a tiro de las jabalinas o de una embestida repentina. Sobre el terreno polvoriento a las afueras de la población, los persas se detuvieron en silencio y sus filas se dejaron caer sobre una rodilla para descansar. Permanecieron allí una eternidad, pero al primer indicio del crepúsculo, sus oficiales profirieron nuevas órdenes y se marcharon.

En la plaza del pueblo, los soldados griegos se sentaron a recuperar el resuello. Habrían hecho frente a un asalto directo, pero no se produjo. El sol empezó a descender hacia el oeste y se columbraron las sombras de los lugareños corriendo campo a través en la lejanía.

Los pocos que permanecieron en la población recibieron un trato amable por orden de Jenofonte, si bien en parte se debió a que se trataba básicamente de media docena de ancianas y un niño persa tullido incapaz de correr. Por lo que a Jenofonte concernía, el ataque les daba derecho a tomar esclavos y saquear la población, pero aquel era un lugar pobre. Sin embargo, había comida y vino, y cebada suficiente para los caballos, de manera que apostaron guardias y se acomodaron para descansar.

Cuando los tonos de púrpura y rosa acariciaron el cielo, Jenofonte envió orden de convocar a los capitanes y generales. Conocía a Quirísofo, pero no a los demás. A medida que fueron instalándose en la plaza del pueblo, cayó en la cuenta de que tendría que averiguar los puntos fuertes y débiles de cada uno de ellos para aprovecharlos bien. Conforme fueron reuniéndose, lo saludaron con la cabeza y quedó claro que no lo culpaban por la carga inútil de ese día. No había conseguido nada, pero había demostrado cuál debía ser la prioridad si pensaban continuar con su plan. Jenofonte tomó aire y se inclinó un poco hacia delante para que todos lo escucharan y entendieran bien.

—Señores, nuestra mayor debilidad es la falta de caballería y arqueros. He ordenado a los hombres cargar hoy, pero no han podido cerrarse frente a un enemigo con armas ligeras ayudado por jinetes. Esta noche hemos encontrado cobijo, pero cada uno de los días que se sucedan se producirá un nuevo ataque, y carecemos de defensa mientras avanzamos.

—¿Qué propones entonces? —inquirió Quirísofo.

Jenofonte lo miró, pero el espartano sonreía. Podía resultar exasperante. Era tan evidente que se trataba de un líder nato que Jenofonte se preguntó por qué había elegido seguirlo. Esperaba que fuera porque Quirísofo veía aquella misma cualidad en él, pero cuando el hombre le sonrió así, tuvo la sensación de que simplemente se estaba divirtiendo.

—Como ya dije necesitamos honderos. Es una necesidad imperiosa. He visto a hombres de Rodas entre nosotros. Son famosos por su destreza con la honda. Algunos de ellos deben dominarla y pueden entrenar al resto. Antes de partir mañana, quiero hondas de cuero cortadas para cuatrocientos hombres y tantas horas de entrenamiento como sea posible darles. Tienen un alcance equiparable al de un arco persa, más o menos, pero no necesitan ser precisos. A fin de cuentas, no vamos a atacar. Su misión es hacer que el enemigo se lo piense dos veces antes de sentarse en nuestras sombras y eliminarnos uno a uno. Podemos ocultar a los honderos buenos entre las piedras del resto.

En aquella plaza había un olivo ancho y vetusto, con un tronco tan retorcido y nudoso que debía de tener mil años. Un hombre a quien Jenofonte no conocía se apoyó en él con el brazo derecho estirado. Era un tipo alto y delgado, de aspecto atlético, con la piel quemada por el sol y una poblada barba castaña que necesitaba un buen recorte. Se adelantó hasta quedar encarado al resto. Jenofonte vio entonces que se trataba de uno de los elegidos para sustituir a los generales asesinados. No retrocedió, pero esperó a que el hombre hablara.

–Soy Filesio de Tesalia, sobrino de Menón, a quien reemplazo.

Jenofonte notó cierta tensión en él, como si le hubieran barnizado la piel. No había accedido a liderar con un consejo de generales. No podían permitirse debatir cada orden con el enemigo rondándolos, literalmente. Ello implicaría su destrucción.

–Algunos de vosotros sabéis que mi tío era un hombre difícil a veces, aunque, a diferencia de la mayoría, soy del parecer de que no siempre erraba. Aun así, uno o dos de vosotros os habéis acercado a mí en la noche para decirme que debería ser yo quien comandara. Os hablo hoy porque no guardaré silencio. Podemos sobrevivir a esto si cometemos menos errores que los persas, cuyo único objetivo es dejarnos para la carroña. Jenofonte fue elegido por los capitanes de Próxeno, pero yo lo acepto. Y aunque no fuera así mantendría la paz, porque lo que ahora mismo nos aniquilaría es sumirnos en discusiones estériles y riñas entre facciones. Somos una misma sangre, una sola cultura. Por eso quiero aclararles a quienes murmuran y acuden a mí con lamentos que sus quejas caen en oídos sordos. Es todo cuanto quería decir.

El hombre regresó a grandes pasos hasta el árbol y volvió a apoyarse en él. Se le movía el pecho, como si le costara respirar, pero no dio más muestra de tensión. Jenofonte inclinó la cabeza asombrado y aliviado.

–Gracias, Filesio. Las... eh... –Hizo una pausa para ordenar las ideas–. Las ancianas lugareñas afirman que hay un río ancho a medio día de distancia. Diría que está a unos trece kilómetros, unos sesenta o setenta estadios. También dicen que hay un vado poco profundo junto a un soto de viejos olivos. Esta noche enviaré a dos jinetes a explorar la zona para dar con él. Mañana no dispondremos de tiempo para recorrer las riberas. Nuestros honderos deberían retener a las tropas persas durante un tiempo, pero debemos hallar un modo de cruzar el río. Por el momento, propongo que comáis lo que podáis y durmáis bien. Aquí estaremos seguros, y esos pocos hombres a lo que hemos visto hoy temerán que los atacemos de noche. Se han retirado por cobardía, pero nos despertaremos antes que ellos y nos encaminaremos hacia el río.

–¿Y después qué? –quiso saber uno de los capitanes.

Los oficiales de Próxeno parecían tener un interés particular en Jenofonte por el hecho de haber ayudado a encumbrarlo. Jenofonte dejó transcurrir un instante antes de responder, si bien clavó la mirada en el hombre hasta hacerlo sonrojarse.

–Después veré qué nos espera –respondió–. Y haré lo que haya que hacer.

Jenofonte prefirió dar media vuelta a suscitar un debate. Vio a Hefesto y, en aquel momento, el ateniense le resultó un rostro amigable en aquella plaza. Se dirigió hacia él, solo por tener un sitio adonde ir. Fue al acercarse cuando vio detrás de Hefesto a la mujer que antes le había llamado la atención.

–Señora –la saludó Jenofonte con una inclinación de cabeza.

Pallakis se arrodilló sobre una pierna en respuesta, dejando a la vista la nuca, donde se había recogido el cabello en un moño alto.

–General –respondió ella–. Quería preguntar...

Pallakis cerró un puño y Jenofonte levantó las cejas, intrigado. El hecho de que fuera bella



también influía, por descontado. Había descubierto hacía mucho tiempo que las mujeres bellas resultan más interesantes a los hombres en todos los sentidos. La belleza sabe con certeza que, si pide ayuda, recibirá respuesta. En un breve instante de distensión, Jenofonte pensó en lo agradable que era que los hombres se juzgaran por otros estándares. A fin de cuentas, la violencia, la habilidad y las tácticas siempre podían aprenderse. La belleza era menos frecuente, y más difícil de conseguir.

–Quería pedirte algo... Algunos hombres ven que carezco de protección. Me están presionando para que los visite. Más de uno. No soy una prostituta, general. Y no quiero que me fuercen. Si eres responsable de todos nosotros, apelo a ti.

Jenofonte miró a Hefesto y percibió su enamoramiento. Halló una respuesta rápida, pues tenía problemas más acuciantes que tratar.

–Diles que Hefesto, el ateniense, es tu protector. Estoy seguro de que él retorcerá brazos y romperá cabezas para satisfacerte, sin exigir nada a cambio.

Jenofonte subrayó sus últimas palabras mirando a Hefesto, cuyo rostro se tiñó de un rosa intenso. Pallakis volvió a arrodillarse ante él. Jenofonte creyó percibir decepción en su expresión, aunque era posible que fueran imaginaciones suyas.

–Gracias, general –le respondió mientras Jenofonte pasaba de largo.

Bajo el manto de la oscuridad, se prepararon para ponerse en movimiento. Habían saqueado los comercios de la población y habían repartido carne seca y pan entre los niños y los heridos, pero ni de lejos era suficiente. La mayoría de ellos estaban muertos de hambre, pero los espartanos no se quejaron, y el resto, pese a notar el estómago quejumbroso y dolorido, también guardó silencio.

Antes de romper el alba partieron en dirección al río, confiando en las estrellas para orientarse. Uno de los exploradores había confirmado que se hallaba a no más de dos o tres horas de marcha a paso firme y el amanecer los sorprendió en el camino.

Oyeron a sus espaldas un grito de advertencia procedente de la plaza exterior. Jenofonte soltó una palabrota y recorrió a galope sostenido los laterales del cuadro a lomos de su caballo. Vio a Quirisofo destacarse para reunirse con él y lo irritó comprobar que el tal Filesio lo acompañaba. En verdad, Jenofonte lo admiraba por su declaración del día anterior. Con aquellas palabras, Filesio había atajado cualquier rebelión, y por la más noble de las causas. Jenofonte lo saludó inclinando la cabeza y llamándolo por su nombre, aunque todas sus miradas estaban posadas en las tropas que se acercaban por detrás de la plaza.

Al parecer, Mitrídates había cabalgado lejos y rápido la noche anterior. Jenofonte no pudo eludir la sensación de que un inmenso ejército persa lo seguía para proporcionarle soldados. Su único alivio era que los persas seguían subestimando el número que necesitarían. Vio a un millar de jinetes y cuatrocientos arqueros, seguramente todos los que el rey persa había sido capaz de congregarse en una sola noche. Sin duda estarían cansados por la larga marcha, mientras que sus griegos habían descansado bien.

Más mortificante le resultaba el hecho de que los persas hubieran aprendido una táctica y hubieran decidido elevarla en un orden de magnitud. Seguían temiendo a los griegos, pero estaban dispuestos a andarles a la zaga como una pandilla de pilluelos, arrojándoles piedras y lanzas. Jenofonte se acordó de las bandas callejeras que lo habían atormentado en Atenas y enseñó los dientes, anhelando destruirlos.

No obstante, seguía sin disponer de caballería. Sus seis exploradores no podían aniquilar a un

enemigo como aquel. Le escocía como ácido amargo, pero los persas no se equivocaban. Su cuadro era vulnerable precisamente a ese tipo de ataque.

–Tendremos que hacerle frente –dijo Filesio, mirando a lo lejos.

Sin el apantallamiento que ofrecía la caballería, se enfrentaban a quedar reducidos hasta desaparecer, hombre a hombre. Solos, los hoplitas podrían haber sacado ventaja a cualquier fuerza que los persiguiera a pie. Pero los seguidores del campamento avanzaban cada vez más despacio. Sencillamente, no estaban habituados a caminar a aquel ritmo. En las horas de máximo calor, se tambaleaban y llegaban a desmayarse, implorando que les dieran agua. Y así ralentizaban a la mitad el avance del batallón griego.

–Menón propuso abandonar a los seguidores del campamento –dijo Jenofonte, observando con atención a Filesio.

Filesio tendría más o menos su edad, pero no parecía ningún novato, no era un niño fingiendo ser un hombre. También él había soportado la batalla de Cunaxa y era tan veterano como Jenofonte, si no más.

–Pues se equivocaba –respondió Filesio con voz queda–. Yo no dejaría ni siquiera al enemigo para que estos chacales se le echaran encima, y menos aún a quienes nos han cuidado. Si das esa orden, general, la desobedeceré.

Jenofonte rezongó disgustado. No necesitaba amigos, se recordó. Lo que necesitaba eran hombres que siguieran sus órdenes sin cuestionarlo. Continuó como si Filesio no hubiera hablado:

–Disponed a los honderos en la retaguardia. Los espartanos los protegerán con sus escudos. Quizá así nos den algo de margen.

La idea de solicitar a honderos pueblerinos que retrocedieran a las filas posteriores y ondearan sus piedras por encima de sus cabezas era una estrategia desesperada, pero tenía que recurrir a lo que pudiera para impedir que los persas acortaran distancias con ellos y los presionaran. Tendrían que aminorar el ritmo para atravesar el vado, de eso estaba seguro. Y en aquel momento el enemigo podría liquidarlos a su voluntad. Apretó la mandíbula, intentando vislumbrar una escapatoria. Sócrates le había enseñado a plantearse el meollo de una cuestión, a despojarse de toda vanidad y de las mentiras que los hombres se decían a sí mismos. Al final, cuando la verdad yacía desnuda, uno podía actuar en función de lo aprendido. Se perderían vidas, por supuesto, quizá incluso la suya. Pero lo habían escogido para liderar porque sabían que podía hacerlo, porque creían que podía hacerlo.

–Señores –dijo Jenofonte de súbito–, estas son mis órdenes.

Con el río a la vista, los arqueros persas se aproximaron lo suficiente para apuntar. Los escudos y corazas salvaron a muchos de los griegos a quienes atormentaron, como moscas mordisqueando a un caballo. Aun así, las flechas hicieron blanco en las filas. A los heridos se los trasladaba hacia delante, sobre las cabezas de quienes aún avanzaban a pie, y se los colocaba en camillas para transportarlos. Pocos de ellos gritaban de dolor, y quienes se estremecían al ver sus heridas se limitaban a agachar la cabeza y continuar adelante.

El vado tenía apenas veinte pasos de ancho. Era un lecho de viejos guijarros que se convirtió en lodo marrón en cuanto las primeras filas se sumergieron en sus aguas. A sus espaldas, los persas se envalentonaron. Los arqueros enemigos intensificaron su avance y Jenofonte escuchó el silbido de las flechas cortando el aire. Vio a Filesio dar la orden y los honderos respondieron al fin con todo lo que tenían.

A diferencia de los persas, solo necesitaban cantos rodados.

Y los había a millares a orillas del río. Los griegos volteaban sus hondas a una velocidad asombrosa, convertidas en una mancha borrosa que giraba sobre la cabeza de cada hombre hasta que disparaba y, acto seguido, se agachaba a coger otra piedra.

Los arqueros se diseminaron presas del pánico. El primer ataque no debió de golpear a más de una docena, pero se las habían visto con honderos antes y se agachaban y arrojaban al suelo para esquivar sus proyectiles. Ciertamente, las piedras repiqueteaban de manera incesante sobre ellos, y, movidos por el pánico, creyeron enfrentarse a un ejército mayor del que tenían delante. Sus oficiales les gritaban que se levantaran y dispararan, pero se mostraban reacios a hacerlo. Uno a uno, los arqueros se pusieron en pie y comprobaron las pocas piedras arrojadas y los pocos compañeros que en realidad habían resultado heridos. Entonces, con expresión adusta, asieron de nuevos sus arcos.

Aprovechando aquellos valiosísimos instantes, los griegos habían atravesado el río como un rugido. Cuando el último de ellos se halló en la orilla opuesta, los fatigados honderos volvieron a incorporarse a las filas. Los hoplitas que cerraban el cuadro dejaron de sostener los escudos en alto, dieron media vuelta y echaron a correr. Cientos de ellos miraron hacia atrás asustados cuando la caballería vio al enemigo escapar. Los persas se gritaron entre sí con voces agudas, haciendo gestos en el aire con sus espadas y lanzas. Los arqueros podían haber fallado, pero lo que veían los jinetes era a un enemigo batiéndose en retirada, las espaldas de los hombres. El vado estaba desprotegido. No se les presentaría una ocasión mejor.

En apenas un instante clavaron las espuelas y galoparon a la otra orilla, entre salpicaduras de agua. Ante ellos, las filas en retirada se detuvieron de súbito y dieron media vuelta. Los jinetes persas atacaron con gritos y alaridos, pero toparon con una línea sólida de guerreros de capa roja sin rastro del pánico que habían sentido antes. Se abalanzaron sobre los espartanos mientras estos levantaban los escudos y agachaban sus cascos, presentando el bronce indómito de los soldados de élite de Grecia. La caballería empezó a detenerse, aunque quienes tenían a sus espaldas les incitaban a continuar con gritos salvajes.

Tres filas de espartanos atacaron a los jinetes enemigos avanzando a grandes zancadas, con los escudos a punto y las lanzas a la altura de la cintura. Jenofonte había juzgado con acierto que el vado era el lugar perfecto para estrangular al enemigo. Sus mejores hombres rodearon a los jinetes mientras los caballos trepaban por las orillas, privándolos de espacio para moverse. Ni siquiera los arqueros podían brindarles apoyo desde la ribera opuesta, no mientras sus compañeros de filas combatían entre la masa. Seguían oyéndose flechas sibilantes y sus posteriores impactos, pero la mitad de la caballería persa tuvo que retroceder, dejando en aquellas aguas ensangrentadas a sus caballos y a centenares de compatriotas que serían exterminados.

No pasó mucho tiempo antes de que los griegos se retiraran de verdad a buen ritmo. Habían sufrido bajas, pero también habían desbaratado a sus perseguidores. El terreno a sus espaldas había quedado cubierto de cadáveres persas. Muchos de los caídos habían sido masacrados con un salvajismo deliberado para asustar a quienes venían tras ellos.

A cambio de asumir aquel riesgo, los griegos habían conseguido caballos. Jenofonte inspeccionó exultante cada nueva montura y se las asignó a voluntarios, a cualquiera que afirmara saber montar. Nombró a Hefesto oficial de la nueva caballería y le arrebató el caballo a un ateniense que se opuso a su nombramiento, tras obligarlo a disculparse.

—Eso ha sido todo un triunfo, no una batalla menor —proclamó Jenofonte pletórico—. No volveremos a ser tan vulnerables.

Volvió a la vista hacia los cadáveres que yacían junto al río y luego hacia delante, hacia las montañas que se elevaban en la distancia. Persia ocupaba medio mundo, pero juró que conseguirían salir de sus territorios.

Con un enemigo encolerizado agolpado en la orilla opuesta, Jenofonte ordenó al cuadro continuar adelante. No había tiempo para llenar sus pellejos de agua, no con los arqueros a la espera, furiosos y humillados por el modo como los habían burlado. En lugar de ello, los griegos continuaron avanzando con paso decidido y la boca reseca por unas tierras que empezaban a dar signos de verdor. Caminaron fatigosamente durante todo el día, y cuando al fin los jinetes persas restantes aparecieron siguiéndoles el rastro, dispusieron de los caballos y las jabalinas para contenerlos.

Cuando el sol empezó a ponerse, el entusiasmo de la mañana había decaído. El hambre y la sed eran los problemas más acuciantes, si bien parecía que esa noche hallarían cobijo. Los exploradores habían informado de la existencia de una ciudad abandonada a su alcance. Vieron las paredes crecer ante ellos durante horas, hasta que finalmente penetraron a través de una antigua brecha en la muralla, por encima de un montón de piedras derrumbadas.

Las calles estaban polvorientas y no había rastro de vida. Era un lugar inmenso sumido en una quietud tan solo rota por los lagartos de cola larga que correteaban por las paredes y saltaban de miedo ante la presencia de hombres en un lugar que había permanecido en silencio durante tanto tiempo. Quienes estaban en disposición de cazar salieron en partidas a los alrededores de la ciudad y atraparon a todo bicho viviente que encontraron en su camino. Una de las partidas de caza tropezó con un leopardo, que atacó y malherió a un hombre antes de que lo redujeran con las lanzas. Otros derribaron palomas, y un tamborileo de piedras resonó en la ciudad mientras los honderos continuaban practicando, decididos a convertirse de verdad en la amenaza que habían fingido ser.

Jenofonte encontró una gran pirámide en una plaza de la ciudad, de unos sesenta pasos de altura. No divisó ninguna entrada y no fue capaz de hallar una explicación a su existencia. Uno de sus

capitanes le entregó lo que parecía una lente de cristal con forma de ojo de pez que encontró entre el polvo del camino. En el interior de algunos edificios hallaron huesos y piezas de armaduras de bronce que en su día habían protegido a un guerrero. La ciudad había sido víctima de un desastre en algún momento del pasado, un pasado tan remoto que resultaba inimaginable.

Los griegos habían hecho rehenes en el río y habían mantenido con vida a doce hombres para interrogarlos. Jenofonte ordenó matar a uno de ellos para dar ejemplo y sometió al resto a un interrogatorio durante toda la noche, mientras sus soldados repartían comida a las mujeres del campamento. Se prendieron fuegos con madera vieja, tan seca que rugió y cobró vida a la primera chispa de piedra contra hierro. El olor a carne asada los hizo salivar, y aunque no había vino, hallaron jarras de barro que en algún momento lo habían contenido y un pozo de agua limpia. Mezclando ambas cosas consiguieron una bebida que no resultaba del todo desagradable y al menos recordaba vagamente a uva.

Uno de los prisioneros aseguró que la ciudad era Larisa, mientras que otro afirmó que se trataba de Nimrud, la antigua capital de los medos. Quienes hablaban ambas lenguas tuvieron que traducir sus palabras, por lo que el proceso se desarrolló con lentitud. Jenofonte recorrió la cresta de las murallas de la ciudad mientras los rehenes balbuceaban acerca de las fuerzas del rey a sus pies. Les había prometido perdonarles la vida a cambio de todo lo que sabían. Lo que estaba en juego era la supervivencia y no sentía remordimientos por condenarlos a muerte o dejarlos vivir. Se lo explicó, con serenidad y sin ambages. Con uno de ellos yaciendo en las polvorientas piedras, los prisioneros le creyeron y cantaron cual pajarillos.

Jenofonte escuchó un silbido y, al mirar hacia arriba, vio a Hefesto y Pallakis, hombre y mujer ascendiendo hacia la cima de la muralla por unas escaleras de piedra talladas en un lateral. Jenofonte suspiró para sus adentros, pero les sonrió. Clearco nunca había mencionado que liderar a personas limitara tanto el tiempo que uno tenía para estar a solas, pero así parecía ser. Jenofonte sabía que Sócrates disfrutaba de la compañía de otras personas, y en verdad el anciano parecía iluminarse y reavivarse rodeado por las multitudes. A él, en cambio, las conversaciones triviales le resultaban pesadas. Prefería tener una meta seria y utilizar su ingenio y su fortaleza para solucionar los problemas según iban surgiendo. Se preguntó brevemente si debería despachar a la pareja. Pero, una vez más, la belleza de la mujer lo hizo cambiar de opinión. La ciudad era, en su mayor parte, un lugar de muerte y silencio, estremecedora por todos los siglos que había visto pasar. Aquel día, los negros rizos de Pallakis formaban un halo alrededor de su cabeza que la hacía parecer una Medusa en medio de la brisa.

—He solicitado verte, Jenofonte —lo informó Pallakis.

—¿De verdad? —respondió Jenofonte mirando a Hefesto.

El joven ateniense parecía enamorado hasta el tuétano. Jenofonte se sorprendió al notar una punzada de celos cuando Pallakis le tocó el brazo a su aprendiz. Y aunque creyó disimular, sospechaba que Pallakis entendía bien a los hombres. Suspiró.

—Señora, necesito... —Se interrumpió antes de ofenderla, recordando la disciplina que había visto en los espartanos.

Era el líder. Y si eso comportaba el fin de su intimidad, tendría que aceptarlo.

—Dime, ¿qué quieres de mí?

—Solo tu compañía, general —respondió ella—. La gente tiene miedo, y los hombres y mujeres asustados no son buena compañía. Quisiera hablar contigo sobre nuestras posibilidades.

Jenofonte rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—Sería un mal general si dijera que son pocas, ¿no es cierto? Sin embargo, no puedo predecir el

futuro, ni siquiera como el más humilde de los oráculos. –Su sonrisa se esfumó al comprobar que Pallakis cambiaba el rictus de su cara. Habló más en serio–: No fracasaré por falta de esfuerzo. Te juro que me haré responsable de hasta el último hombre, mujer y niño que ha llegado a este lugar. Son mi gente, Pallakis. Clearco no los abandonaría en territorio extranjero para que los masacraran o esclavizaran. Tampoco lo haré yo mientras me quede un soplo de aire. –Aguardó hasta que ella asintió con la cabeza, aceptando su juramento–. Exigiré a cada cual que dé lo máximo de sí. Es lo mismo que me exijo a mí mismo. Pero más allá de eso...

Jenofonte dejó vagar la mirada en la distancia y se puso rígido, lo que hizo que tanto Hefesto como Pallakis se volvieran hacia donde observaba, protegiéndose los ojos del sol.

A lo lejos se columbraba un ejército de infantería persa. Parecía que el rey Artajerjes había abandonado las esperanzas de que se rindieran, o bien había dejado de confiar en que una reducida fuerza de arqueros acabara con ellos. Un número colosal de regimientos avanzaban hacia la ciudad abandonada como una mancha sobre el terreno o una tormenta de verano.

–¿Cuántos son? –preguntó Pallakis, con la voz teñida por el pavor.

–¿Quién sabe? ¿Ochenta, noventa mil? Y aun así no están todos, lo cual no deja de ser inquietante.

–Quizá el rey haya regresado a sus palacios –conjeturó Hefesto–. Al fin y al cabo ganó la batalla. Volverá a su hogar para asistir a desfiles y festines.

A Jenofonte le sorprendió comprobar que estaba de acuerdo con la interpretación de su aprendiz.

–Espero que así sea. En tal caso, jugaría en nuestro favor. –Le sobrevino un pensamiento y se estremeció–. A menos que comande otro ejército tan grande como este por el otro lado de la ciudad. ¿Quieres ir corriendo a comprobarlo, Hefesto, por favor?

El muchacho que en el pasado lo había abucheado en un mercado ateniense regresó corriendo a las escaleras y desapareció sin mediar palabra. Jenofonte esbozó una media sonrisa, satisfecho. Nada moldeaba más a un hombre que la guerra, para bien o para mal.

En aquel instante cayó en la cuenta de que estaba a solas con la concubina del príncipe por primera vez. Ella pareció entender que sus pensamientos habían derivado a lo personal pese a observar al enemigo avanzar fatigosamente hacia la ciudad.

–¿Estás casado, general? –preguntó Pallakis.

Jenofonte tosió y se ruborizó.

–Eh..., no. No, no estoy casado. Consagré mi vida a la política, apoyando a Esparta. No fue... una decisión popular en Atenas. Y, sin darme cuenta, las oportunidades pasaron de largo durante esa época. –Escudriñó de nuevo el horizonte para comprobar los progresos del enemigo y se tranquilizó al calcular que no llegarían a la ciudad antes del anochecer–. He intentado... encontrar la mejor manera de vivir, la mejor manera de invertir estos pocos años que nos conceden los dioses. Y a tal fin me he consagrado a los grandes maestros y a oficios como la equitación y la administración de una hacienda. He sido alumno de Sócrates, lo soy desde hace cuatro años.

–No me suena el nombre –replicó ella, para decepción de Jenofonte–. Pero, al estudiar la mejor manera de vivir, ¿no contemplaste tener una esposa?

Parecía verdaderamente sorprendida. Jenofonte se ruborizó aún más y se cubrió la boca con el puño mientras carraspeaba.

–No, no lo hice. Pero reflexionaré sobre ello. –Se desembarazó del extraño humor que lo invadía y habló con más convencimiento–. Por el momento debemos prepararnos para continuar avanzando o defender una ciudad muerta.

La tomó de la mano y ella permitió que la guiara hasta la parte alta de las escaleras. Al mirarla, la vio sonreír, intrigada por un hombre más interesante de lo que había previsto. Pallakis había decidido alentar el interés evidente de Jenofonte en ella, por considerarlo alguien que podía velar por su seguridad y proteger su estatus. No esperaba notar un aleteo en el estómago cuando él la tomó de la mano, y se sorprendió. Era extraño. Admiraba a hombres como Ciro o Clearco. Parecían no dudar de sí mismos. Sin embargo, se enamoraba de hombres con problemas. Pallakis se conocía a la perfección y, al descender por las escaleras hasta la plaza de la ciudad, apeló a su voz interior a ser precavida. La verdad es que anhelaba que la necesitaran. Presentía que Jenofonte estaba desesperadamente solo y la necesitaba muchísimo. Y esa idea le resultaba embriagadora.

Jenofonte durmió sobre la muralla. Se le había encogido el estómago y le latían las sienes, pero estaba decidido a no quejarse mientras tantas otras personas pasaban hambre. Los restos de la caza se distribuyeron aquella noche. Le llegaba el olor de la carne asándose sobre los fuegos hechos con mobiliario viejo, tan seco como los vientos del desierto que aullaban alrededor de la ciudad. Desde su lugar de descanso avistaba los fuegos del campamento persa como centellas diseminadas en la negritud.

Se apretó con el puño el estómago al notarlo rugir y murmurar, dándose a oír al mundo como una vocecilla. La primera porción de la comida tenía que ser para los soldados, por supuesto, y luego para los niños, que carecían de reservas y no podían sobrevivir a base de aire y agua durante mucho tiempo. En teoría, los demás recibían su ración después, pero para entonces apenas quedaba un caldo. Aun así, hicieron lo que pudieron por alargarlo y llenar tantos estómagos como fuera posible.

Tal como había anticipado, Jenofonte escuchó unos pasos y vio una luz creciendo mientras alguien ascendía por las escaleras. Se puso en pie, irritado por el hecho de que le molestaran incluso en plena noche. Se sintió secretamente decepcionado al reconocer a Quirísofo, el espartano. Traía una escudilla humeante en una mano y una jarra en la otra.

–No has comido nada, general –le dijo.

–¿Has comido tú? –replicó Jenofonte.

Quirísofo se encogió de hombros.

–Yo soy espartano –contestó, como si con ello bastara.

Jenofonte arqueó una ceja y esperó, haciendo caso omiso de la escudilla y de la jarra que le tendían. Quirísofo suspiró y se ablandó.

–De niño, en casa, nunca había comida suficiente. Recuerdo sentirme lleno quizá una o dos veces en mi vida, ambas en un festín real. Nos decían que robáramos pan, por supuesto, pero nunca se me dio bien. Creo que...

–¿Que os decían que robarais? –preguntó Jenofonte sorprendido.

–Como iba diciendo, no estábamos bien alimentados. Si conseguíamos ser más listos que los cocineros y hacernos con un bocado más, no nos castigaban..., a menos que nos pillaran, pero entonces nos castigaban por dejarnos pillar. Nosotros creemos que el hambre agudiza el ingenio de los niños, mientras que estar lleno lo hace lento y estúpido. Probablemente sea verdad.

–¿Y ahora tienes hambre?

–Por supuesto. Pero nos resistimos a la carne, general. La carne es algo graso y loco que se apodera de nosotros. Es un caballo lento, no sé si me explico, un caballo que no entiende por qué

es lento. Pero no me malinterpretes. Tú debes comer, porque debes tener el ingenio aguzado mañana. A partir de cierto punto, el hambre es la vida.

—No tengo apetito, Quirísofo. Con todo, comparte esa escudilla conmigo y comeré. Es una orden.

El espartano agachó la vista hacia el cuenco que sostenía en la mano. Se relamió los labios, disfrutando con el aroma de las pocas judías y carne que habían llegado a aquel guiso espeso. Hizo un gesto y Jenofonte le tomó la escudilla y la jarra de las manos y se sentó con las piernas cruzadas a comer. Quirísofo se sacó un panecillo de debajo del brazo, lo partió en dos y le entregó una mitad a Jenofonte. Ambos se tomaron el guiso usando el pan como cuchara, despacio, negándose a apurarse o a revelar la desesperación por saciarse deprisa. Jenofonte aminó el ritmo, decidido a que el espartano concluyera antes que él, por más que el cuerpo le pedía a gritos sustento.

—No podemos permanecer aquí —dijo al fin Jenofonte—. Si nos rodean, estamos perdidos. Da la orden al bajar, ¿de acuerdo? Una hora, a lo sumo dos, pero no más. Necesitamos sacar ventaja a nuestros perseguidores.

—No será fácil —respondió Quirísofo con voz queda—. Ya no quedan bestias de carga. Los niños tendrán que caminar o habrá que llevarlos en brazos.

—Reparte el trabajo entonces; dispón a doce hombres y mujeres para llevar a cada niño por turnos. Si nos ralentizan, nos comerán por detrás. No podemos aspirar a proteger a los seguidores del campamento y librar una guerra con los persas.

—¿No? —preguntó Quirísofo.

Había visto al cuadro griego moverse por el campo de batalla casi a su voluntad.

—No —respondió Jenofonte—. Me pedisteis que liderara, espartano. No pongas en tela de juicio mis órdenes ahora. Nuestro objetivo es salir de las tierras bajo control del rey Artajerjes, no desafiarlo de nuevo allá donde es más fuerte. Lo único que tenemos que hacer es mantener la ventaja con respecto a ellos.

—Pero ahora tienen caballos, y en gran número. ¿Y cuántos tenemos nosotros? ¿Doscientos? No bastan, creo.

—Bastan para proteger la retaguardia... —respondió Jenofonte.

Sabía que el espartano era un soldado avezado. Y aunque no le gustaba que lo pincharan, entendía que era conveniente hacerlo, como cuando Sócrates le pedía que le explicara una docena de veces qué era el amor.

—Somos lentos —dijo Quirísofo, contando un dedo—. Apenas tenemos honderos, por lo que somos vulnerables desde lejos. Estamos decididos a retirarnos a un paso constante...

—Se envalentonarán —admitió Jenofonte—. Cuando vean que no pueden hacer que nos detengamos, nos hostigarán y nos pisarán los talones. ¡Qué no daría yo por tener a la guardia personal del príncipe! Esos seiscientos jinetes podrían darles caza y retenerlos durante un mes. Sin ellos... —Se le apagó la voz y se quedó mirando los puntos de luz a lo lejos—. Esos persas prefieren no acampar demasiado cerca de nosotros. Y no sé a qué se debe.

—Incluso siendo tantos temen un ataque nocturno —dijo Quirísofo—. Somos famosos entre ellos por nuestras artimañas. No confían en nosotros cuando nos tienen cerca.

—Si eso es cierto, significa que empezaremos cada día sacándoles ventaja —añadió Jenofonte—. Y si acampan más cerca, podemos arriesgarnos a hacer una incursión y dispersar sus caballos.

—Así se habla —respondió Quirísofo, aunque el espartano parecía serio.

Jenofonte captó su estado de ánimo y le preguntó:



—¿Crees que lo lograremos?

La respuesta se hizo esperar un largo rato, tanto que Jenofonte creyó que el espartano no respondería o se había quedado dormido.

—Poco importa lo que yo crea —contestó al fin Quirísofo—. Caminaremos, de río a río. Son entre seiscientos cincuenta y mil kilómetros, no está demasiado lejos. Aun así, intentarán acabar con nosotros, como perros a la caza de un venado. Tanto si lo logramos como si perecemos, no cambia lo que tenemos que hacer. Así que me pondré en marcha con el corazón contento. Tengo a mi gente a mi alrededor y al enemigo detrás. Hoy será un buen día.

Para sorpresa de Jenofonte, Quirísofo le dio una palmadita en el hombro al ponerse en pie y desperezarse.

—Procura dormir, general. Te necesitaremos despierto a primera hora mañana.

—Yo mismo iré a despertaros —dijo Jenofonte.

Con la oscuridad, no vio al espartano sonreír, pero tuvo la sensación de que lo hacía al descender por las escaleras.

Todos los espartanos congregados en aquella plaza para reemprender la marcha se conocían. Saludaron a sus amigos, comentaron entre murmullos que tenían un largo día por delante y también hablaron acerca de la extraña ciudad que los rodeaba. La noche había sido lo bastante templada como para dormir al raso, en lugar de arriesgarse a sufrir picaduras de escorpiones en casas abandonadas desde hacía largo tiempo. Vaciaron sus vejigas y bebieron la poca agua que les quedaba en los odres, si bien muchos de ellos no lograron colmar su sed.

Con la luna aún en el cielo y sin rastro de la aurora en oriente, el ejército al completo echó a andar, con los seguidores del campamento protegidos entre sus filas, en el centro del cuadro, como un corazón rodante e incansable completamente rodeado por soldados. Dejaron atrás la ciudad y echaron a andar, con la carne de gallina por el frescor de la mañana. Algunos volvieron la vista atrás, temiendo un gran aullido o el sonido de pezuñas abalanzándose sobre ellos, pero lo único que encontraron fue quietud y el silencio de la noche.

Cuando por fin el sol despuntó en el cielo, se hallaban a unos veinte kilómetros de la ciudad, y seguían avanzando. Jenofonte dio orden a Hefesto de que enviara exploradores tanto adelante como atrás de ellos. Contar con caballos les dio ojos y perspectiva, mientras que antes habían avanzado a ciegas. No había rastro de los persas y fue el hambre lo que los obligó a detenerse en dos poblaciones. Encontraron cabras cercadas entre los matorrales y un almacén de invierno lleno de pistachos y almendras, listos para su venta. Los lugareños no protestaron al contemplar cómo inspeccionaban sus bodegas, pero tampoco ninguno de ellos fue asesinado ni hecho esclavo. Jenofonte tuvo que dar órdenes expresas para evitar esto último. Si apenas podían cuidar de los seguidores del campamento que ya tenían, era impensable añadir a nadie más.

Los exploradores regresaron a galope sostenido antes de que llevaran medio día en la población, pero contaron con tiempo suficiente para rellenar todos los recipientes e incluso colocar a los niños más pequeños en dos pequeñas carretas tiradas por mulas. Sus dueños observaron partir a los griegos desconsolados.

Divisaron a la caballería persa ante de que anocheciera. Una línea de jinetes se acercó cabalgando para observar el cuadro en movimiento, todos ellos guerreros corpulentos e imponentes armados con sables y cimitarras y con un inconfundible aire amenazante. No había rastro del rey ni de sus señores. A Jenofonte le alegró no ver regimientos de infantería. La

caballería por sí sola no podría quebrar su formación, no contra las lanzas. Se atrevió a esperar que el rey hubiera dado la orden de limitarse a escoltarlos hasta que salieran de su territorio.

Aquella noche los mantuvieron despiertos los jinetes que cabalgaban cerca del campamento. Habían encontrado un pequeño riachuelo y lo vadearon para descansar en la orilla opuesta, pero costaba conciliar el sueño mientras en la oscuridad se oían aullidos y chillidos. Hefesto planteó cabalgar hasta ellos y derramar sangre, pero Jenofonte se opuso. Necesitaban velar por la seguridad de los pocos caballos con los que contaban. El sueño era menos vital que la protección, al menos por ahora.

Las estrellas habían rodeado su campamento cuando sonaron los cuernos de alarma. Los exploradores llegaron como flechas, gritando incoherencias y exhortando a quienes los rodeaban a tomar las armas. Jenofonte se despertó y se rascó en un punto de la axila donde el sudor le había provocado un sarpullido. A causa del agotamiento había sucumbido al sueño más profundo que recordaba, pero se le cortó el bostezo en seco al alzar la vista. Bajo la luz grisácea previa al alba pudo ver un océano de soldados oscuros aproximándose en filas silenciosas, a apenas cuatrocientos pasos de donde él se encontraba. Habían acortado distancias, avanzando bajo el último hálito de oscuridad. Cuando el gris dio paso al dorado, Jenofonte vio a Tisafernes montado en su caballo al frente de aquella masa de hombres, resplandeciente en sus ropajes blancos.

Jenofonte sintió que el corazón se le desbocaba por el pánico. El persa se dio un golpe en la coraza a modo de falso saludo. Las filas del enemigo prorrumpieron en un enorme rugido y atacaron.

Jenofonte farfulló una maldición cuando el sudor le resbaló sobre un tajo que tenía en la mejilla. Se lo había hecho una flecha que le había pasado rozando, pero no dejaba de sangrarle. Cada vez que se enjugaba el sudor volvía a abrirse la herida con los dedos.

Tisafernes había lanzado a todo su ejército contra el cuadro griego para zanjar la persecución de un solo golpe. Y había estado a punto de conseguirlo. Jenofonte intentó apartar de su mente los primeros momentos de salvajismo. Había visto a una mujer corriendo tras su hija, que gritaba, justo cuando los persas atacaron. La habían arrollado, y madre e hija habían desaparecido bajo sus pies.

En torno a un centenar de personas quedaron atrás cuando el cuadro formó y avanzó dando tumbos. La caballería persa se había lanzado como lobos atravesando a ancianos y enfermos con sus espadas. Se llevaron a mujeres, hombres y a todo aquel que se cruzó en su camino. Algunos persas demasiado entusiastas fueron derribados por hoplitas que pelearon por cerrar la formación, pero no fue ningún consuelo para quienes cayeron presos. La mayoría de ellos fueron asesinados allí mismo, mientras que a otros se los mantuvo con vida y, arrojados sobre las sillas de los jinetes, chillaban e imploraban clemencia alargando las manos entre las risas de sus captores.

El cuadro se cerró y los griegos continuaron su avance, zaheridos y furiosos por el ataque. Jenofonte notó miradas de enojo posadas en él y habría colgado a Hefesto por no dar la alarma con tiempo suficiente. Mandó llamar al ateniense y lo vio aparecer tan terco y hosco como en sus peores tiempos en las calles de la ciudad.

—¿Dónde estabas? —quiso saber Jenofonte.

Habló en voz baja, en parte porque la responsabilidad era suya, al margen de lo que opinara Hefesto. No podía culpar a aquel pandillero inexperto de no mantener una vigilancia activa.

—Dejé a los exploradores a una hora del campamento —informó Hefesto. Bajó la cabeza mientras hablaba y por un momento pareció a punto de romper a llorar. En lugar de ello se serenó, demostrando una fuerza de voluntad que impresionó a Jenofonte—. Salí con ellos, pero luego... regresé al campamento. Lo siento.

Jenofonte miró al joven. Hefesto no sabía ni leer ni escribir su propio nombre. Había aprendido a cabalgar durante la expedición hacia el este, rumbo a Persia. Si había algún culpable era quien lo había dejado solo, sin nadie que lo asesorase.

—Explícame qué ha ocurrido —lo apremió.

Hefesto apartó la mirada, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Debían de tener jinetes a la espera, con arqueros. —Hizo un gesto abrupto cortando el aire—. Algunos de los muchachos lograron escapar, pero hemos perdido a muchos hombres. Llegaron a gran velocidad, Jenofonte. Yo todavía estaba de regreso. Cuando pude dar la alarma, ya los teníamos casi encima. Lo siento.

Se quedó en silencio, listo para aceptar cualquier juicio que lo aguardara.

—No debería haberte dejado sin oficiales más experimentados —se disculpó Jenofonte—. El error fue mío. ¿Lo entiendes? No te culpo por mi propio error. —Hablaba con ímpetu, como si el asunto

ya estuviera olvidado—. Mañana por la noche deberás apostar a los exploradores por parejas, pero siempre al alcance de los demás. Si derriban a uno o a una pareja, los otros deben regresar a todo correr al campamento. Siempre deben estar a la vista, Hefesto. Esa es la lección que debemos aprender de lo sucedido.

—Lo lamento mucho —volvió a disculparse Hefesto.

Jenofonte lo miró inexpresivamente.

—No lo lamentes. Aprende la lección. Han ganado una pequeña escaramuza y tienen los ánimos insuflados. ¡Pero eso no cambia nada! ¿No ves hasta dónde hemos llegado? Lo único que tenemos que hacer es mantener la ventaja.

Mientras hablaba se oyeron nuevos gritos entre quienes observaban a los persas en su estela. Del centro del cuadro abierto surgió un gemido de terror. Era la primera vez que Jenofonte los escuchaba proferir un sonido como aquel. Apretó la mandíbula, enfadado consigo mismo, pero también con un enemigo que se negaba a dejarlos marchar.

Mientras retrocedía por el flanco del cuadro en movimiento, Jenofonte vio un grupo de jinetes avanzando tranquilamente a galope sostenido, como si de un desfile se tratara. Pasaron junto a los griegos a una distancia de entre seiscientos y ochocientos pasos, fuera del alcance de sus flechas o sus lanzas. Los jinetes persas se volvieron para contemplar al enemigo que dejaban atrás aprovechando la ventaja de la velocidad y la movilidad.

Jenofonte vio a Quirísofo acercársele. El espartano parecía estar sano y respirar con normalidad, pese a la coraza de cuero y bronce que llevaba.

—¿Hay nuevas órdenes, general? —preguntó Quirísofo.

Jenofonte empezaba a saber cómo pensaba el espartano, que parecía sentirse más cómodo con la sutileza que Clearco.

—Por ahora no —respondió Jenofonte—. ¿Qué opinas de esos jinetes?

—Imagino que nos tenderán una emboscada —especuló Quirísofo. Se había abierto camino hasta el flanco precisamente para asegurarse de que Jenofonte lo tuviera en cuenta—. Encontrarán un punto en el que el camino se estreche, quizá un paso entre las montañas. Talarán árboles o despeñarán rocas, lo que encuentren para retenernos en un punto. Y los que nos van a la zaga aprovecharán para atacar. Es lo que haría yo.

—No puedo impedirles que nos adelanten —dijo Jenofonte—, ni podemos dispersar a quienes nos persiguen. Si nos detenemos y ofrecemos batalla, podrán retirarse al mismo ritmo. Y si aceptan el reto, dejaremos a los seguidores del campamento indefensos. Es el núcleo de nuestra posición. —Pestañeó al decirlo, presa de un desánimo repentino. Consciente de ser el centro de las miradas de quienes lo rodeaban, sacudió la cabeza ligeramente para desembarazarse de sus temores. Un comandante tenía que parecer confiado, incluso ante soldados avezados como Quirísofo. Tenía que sobreponerse a la duda y la debilidad—. Aun así, no nos interesa enzarzarnos en una batalla con los persas. Les hemos demostrado que no pueden medirse con nosotros en el campo. Seguir atormentándolos no nos aportará ninguna gloria. No, nuestra misión es salir de su territorio. Y tengo intención de hacerlo, Quirísofo. Si ocupan posiciones elevadas, pasaremos bajo ellos con los escudos sobre las cabezas. Si nos atacan a pie, los despedazaremos hasta que desistan. Lucharemos si tenemos que hacerlo, pero nuestra victoria se producirá cuando lleguemos al mar Negro. Hay ciudades griegas en la costa norte. Una vez allí, estaremos cerca de nuestra patria.

Quirísofo agachó la cabeza mientras Jenofonte hablaba.

—Continuar avanzando en buen orden, general. Entendido. —Sonrió como un niño y Jenofonte notó que su máscara se resquebrajaba al devolverle la sonrisa.

Había expuesto los problemas que afrontaban, pero precisamente al expresarlos en voz alta, había caído en la cuenta de que no eran insuperables. Se sintió animado por primera vez en todo el día.

–Adelante –dijo.

Recorrieron a pie otros veinte kilómetros, hasta llegar a un río cruzado por un puente de madera. Jenofonte dio orden de detenerse a ambas orillas en aquel punto con el fin de controlar el cruce el tiempo suficiente para abastecerse de agua. Los espartanos montaron guardia con los escudos y las armas listos para repeler cualquier ataque repentino mientras los seguidores del campamento rellenaban los calabacinos y odres. Aunque habían dejado atrás el desierto, seguía habiendo vida entre los ríos en aquel lugar.

Durante todo aquel tiempo, Tisafernes permaneció sentado en su montura a cierta distancia, inclinado sobre el pomo de su silla en el centro de una fila de guerreros persas barbudos. Observaban con atención al enemigo, como si fueran lobos y los griegos cervatos que hubieran acudido a saciar su sed. Jenofonte sonrió al pensarlo. Sus hombres eran unos luchadores sin rival, tal como habían demostrado en Cunaxa. Aquel trago amargo para el orgullo persa era lo único que los mantenía con vida.

Tisafernes dejó que sus hombres cerraran el paso y amenazaran a quienes aguardaban para cruzar el río, pero no presentaron una línea de ataque, ni arremetieron con lanzas y espadas, pues no se atrevían contra los espartanos de capa roja que permanecían sentados, charlando, o volvían ociosamente la vista hacia atrás. Algunos griegos chapotearon y se lavaron en las aguas poco profundas, entre salpicaduras y risas. Otros cantaron o recitaron poemas para los demás, en grupos reducidos. Sabían que tales escenas enfurecerían al enemigo al acecho; en cambio, Jenofonte notó que la insolencia de su gente le infundía ánimos. ¿Por qué deberían agachar la mirada atemorizados, incluso ante tantos soldados? Los espartanos eran arrogantes, era cierto, pero se habían ganado su derecho a serlo.

Incluso sin caballería, los regimientos persas se extendían a todo lo ancho del terreno, por decenas de miles. Tisafernes pareció anticipar cuándo los griegos habían llenado sus últimos odres y calabacinos y se disponían a continuar. El movimiento entre las líneas persas fue agitado. Los soldados se embravecieron con cánticos y exhortaciones, alentándose mutuamente. Algunos se acercaron lo suficiente para arrojar lanzas y Jenofonte maldijo para sí al ver agujones oscuros arqueándose sobre ellos. Dio la orden de acabar de cruzar el río, transmitiéndola en voz baja de capitán a capitán.

El frenesí de los persas fue en aumento y dos grupos se adelantaron corriendo sin previo aviso. El primero se detuvo en seco al ver las lanzas, un bosque que no podía atravesar. Entendieron que los espartanos no romperían filas y permanecieron fuera del alcance de las puntas, gruñendo y dando puñetazos en el aire.

En la orilla opuesta, un par de jinetes se destacaron de los regimientos persas y se acercaron al galope, agazapados sobre sus sillas, y en el último momento se irguieron y arrojaron sus jabalinas con una fuerza tremenda. Sus lanzas hallaron huecos entre los escudos y derribaron a algunos hombres. Los jinetes aullaron triunfantes y alzaron los brazos saludando a sus camaradas de las filas posteriores.

Uno de los corintios rompió la fila a grandes zancadas y arrojó una larga lanza. Atravesó con ella a uno de los jinetes, que cayó del caballo y yació muerto sin más, inerte y silenciado en un instante.

Les llegó a los griegos el turno de reír y abuchear, mientras el resto continuaba cruzando el puente. Cada nuevo paso que daban los persas para presionarlos los apremiaba. Jenofonte cabalgó hasta el puente con las últimas filas de sus hombres, dando la espalda a arqueros y guerreros que gruñían y cerraban el paso. Llegó al otro lado justo cuando el cruce se convirtió en una baraúnda.

Los oficiales persas perdieron el poco control que les quedaba. Sus filas delanteras corrieron hacia el puente con las espadas desenvainadas, mientras que los griegos se batían en retirada, con las lanzas en punta y los escudos en alto. Tuvieron que soportar centenares de golpes, espadas de hierro que dejaron tajos y cicatrices en el bronce dorado, todos ellos sin respuesta mientras huían.

Jenofonte levantó el puño cuando el puente se llenó de filas persas de infantería. Al bajarlo de nuevo, la estructura entera crujió y cayó, estrellándose contra las caudalosas aguas. En las horas que habían controlado el cruce, los puntales originales habían sido cortados y reemplazados por simples troncos. A su orden, unos cuantos golpes certeros habían bastado para derribarlos. El puente se quebró bajo el peso y cayó, aplastando a las tropas con armadura integral que lo cruzaban.

Jenofonte apartó la vista de las imágenes de terror y pánico para mirar desafiante a Tisafernes, que seguía observando desde la margen opuesta. El señor persa le respondió con una lluvia de un millar de flechas. Había traído a arqueros en secreto, pero perder el puente mitigó su efecto. Aun así, las flechas rasgaron el aire y hasta el último griego se agachó bajo un escudo entre el estrépito de hierro sobre bronce y madera.

Jenofonte permaneció inmóvil, confiando en la buena fortuna que lo había protegido hasta aquel momento. Tisafernes no se había arriesgado a ser uno de los primeros en cruzar las aguas. Eso habría acabado de redondear el día. Pero el persa y sus soldados tendrían que encontrar otro vado, desplazándose cauce arriba y abajo hasta dar con él.

Jenofonte escudriñó con la mirada el terreno elevado y las colinas que tenían delante. La tierra era más verde al norte, menos hostil a la vida. Sabía que les tenderían una emboscada, pero ese era un problema para afrontar otro día.

—¡Ganad tiempo! —les gritó a los griegos una y otra vez, hasta asegurarse de que todo el mundo lo había escuchado—. Los dejaremos atrás...

Se obligó a sonreír, dando muestras de una seguridad que no sentía. Vio la enorme cantidad de seguidores del campamento que caminaban cojeando y dando traspies. A muchos de ellos se les habían desgastado las botas y sandalias de tanto caminar y habían tenido que vendarse los pies con paños. Tenían agua, cosa que agradeció a Poseidón, pero muy poca comida. Miró hacia delante, en busca de una perspectiva más halagüeña. No les permitió ver su consternación ni sus temores ante lo que Tisafernes pudiera haber planeado para recibirlo en las montañas.

Caminaron con paso constante toda la tarde por un paisaje en el que la vida empezaba a abrirse camino. Sería imposible llenar las bocas de veinte mil personas, pero quienes sabían usar un arco y una honda se diseminaron y regresaron con todo cuanto pudieron cazar. Se alejaron del cuadro de infantería y, al hacerlo, se convirtieron en los ojos de la hueste griega en los puntos en los que el terreno empezaba a elevarse. Jenofonte no fue consciente del hambre que tenía hasta que vio a los cazadores regresar con una docena de ciervos y una manada de cervatillos y ciervas que sus hombres habían tomado por sorpresa en un pliegue de la tierra, donde habían atrapado a cuarenta ejemplares. Otros muchos habían huido con sus brincos prodigiosos, saltando en el aire para evitar la trampa. Aquello daba para poco más que la cena de unas cuantas personas aquella noche, pero infundía esperanzas.

Cada hora de camino revelaba nuevas crestas y cañones, y el sol proyectaba largas sombras

sobre un amplio paso a través de los acantilados. Jenofonte envió a Hefesto con el resto de los jinetes en busca de rutas alternativas, pero había un millar de grietas que desembocaban en roca y solo un gran paso a través de las montañas. No costaba demasiado adivinar dónde los sorprendería la emboscada, pero no había modo de esquivarla. Su destino estaba al norte.

Acamparon en un huerto de manzanos vetustos que se aferraban a la vida en un valle poco profundo. El camino se extendía ante ellos, velado por la oscuridad. A nadie le apetecía continuar hasta que el sol brillara de nuevo. Los seguidores del campamento rompieron ramas de árboles muertos y reunieron toda la leña seca que encontraron. Los cazadores entregaron los valiosos venados a las mujeres que sabían cómo eviscerarlos y preparar las reses. Otros salieron por decenas a las colinas de los alrededores, donde recogieron plantas y hierbas frescas que sabían que ayudaban a mantener el cuerpo y el alma de una pieza. Y lo que era aún más importante, sabían que participar en los preparativos les brindaba mayores posibilidades de llevarse un bocado al estómago. Los cazadores añadieron faisanes, perdices y una escuálida cabra vieja que había intentado escapar a ciegas de ellos pero que un muchacho había logrado reducir en un cuerpo a cuerpo. Ellos la necesitaban más que quienquiera que fuera su dueño, por más que el animal seguía llevando un roncal alrededor del cuello. La despiezaron con una kopis espartana y la asaron sobre un escudo colocado encima de un fuego, bajo la famélica mirada de los niños que la veían chisporrotear.

Aunque carecían de vino, el agua que habían recogido era transparente y fría, y en el campamento se respiraba un ambiente animado. Jenofonte conversó con los oficiales acerca del día que les aguardaba, pero únicamente lograron urdir planes vagos hasta saber qué forma adoptaría el siguiente ataque. En cierto sentido, a eso respondía el buen humor de Jenofonte cuando se acomodó para dormir y se quedó contemplando las estrellas. Había acabado por creer en el ingenio de su gente. Era imposible apremiarlos, era cierto. Y tenían una tendencia espantosa a solucionar las crisis debatiendo, pero cuando actuaban lo hacían con convicción e inteligencia. Y él se sentía orgulloso de todos ellos.

No supo que se había quedado dormido hasta que lo despertó sobresaltado una ligera presión a su lado. Al abrir los ojos vio a Pallakis en el suelo junto a él, envuelta en su propia manta. Se incorporó bajo la oscuridad, consciente de que el campamento dormía a su alrededor, miles de personas cuyas vidas dependían de él.

–Señora –murmuró–, no necesitas otro protector. ¿No vela Hefesto por tu seguridad?

Oyó cómo se volvía hacia él en la oscuridad, tan cerca que notó su aliento en el rostro.

–La seguridad no lo es todo en la vida –le respondió.

–Por supuesto. Eras la concubina del príncipe Ciro –dijo él. Sintió cómo se ponía tenso en la oscuridad–. Y vi que al menos eras compañera de Clearco después de eso. Y ahora estás aquí, a mi lado, aunque le asigné a Hefesto la labor de cuidar de ti.

–Y luego lo enviaste a otra parte –intervino ella, con una voz súbitamente insegura.

Jenofonte se estremeció, consciente de la incomodidad del momento.

–Porque es mi maestro de la caballería, Pallakis. Comanda a los exploradores y lo envió en misión casi cada noche... Aguarda, ¿te han amenazado?

Ella se incorporó de repente y se arrodilló para taparse con la manta.

–No. Los hombres respetan a Hefesto. Saben que estoy bajo su protección. Pensaba que... Lo lamento.

Jenofonte notó que se ponía como la grana, pero habló antes de que Pallakis se desvaneciera en medio de la noche.

—Quédate. Ahora ya estás aquí. No tardará en amanecer.

La oscura figura a su lado se quedó muy quieta, mirándolo fijamente. Luego se acomodó de nuevo. Jenofonte, tumbado, permaneció alerta y despierto durante un rato.

Al abrir los ojos por la mañana, Jenofonte descubrió que Pallakis se había ido. Se preguntó fugazmente si habría soñado que había acudido a verlo, pero descartó tal pensamiento cuando Hefesto apareció con su montura habitual, tras comprobar las bridas y dar de beber al animal. Todos los caballos estaban flacos, si bien ahora podían pacer en las montañas la hierba de la que antes habían carecido. A diferencia de los hombres, no sobrevivían mucho tiempo sin estar bien alimentados, cosa que inquietaba tanto a Hefesto como a Jenofonte. Sin caballería y exploradores no tenían posibilidades de salir con vida de aquella empresa, de eso estaban convencidos.

Hefesto parecía enojado cuando le entregó las riendas y lo ayudó a montar. El ateniense le pasó una espada y Jenofonte se la ciñó al cinturón mientras sopesaba si debía mencionar su visita nocturna. No le había prometido a Hefesto que Pallakis fuera suya ni tenía autoridad para hacerlo. Sin embargo, había notado que el joven estaba perdidamente enamorado de ella y necesitaba que la paz reinara entre ellos. Jenofonte optó por no decir nada. Mantendría las distancias con Pallakis y el problema se resolvería solo.

Avistaron a los persas tras ellos antes de acabar de desmontar el campamento y estar listos para ponerse en movimiento. Jenofonte sintió ganas de agradecerle a Tisafernes que ayudara a apremiar a los seguidores más perezosos a colocarse en sus posiciones y prepararse para otro día de marcha. No podían formar un cuadro dentro de otro cuadro, como él prefería, porque el desfiladero entre las montañas era demasiado angosto para que veinte mil personas lo atravesaran en formación. Pese a sus recelos, Jenofonte convino un orden por columnas con Quirísofo. El espartano insistía en actuar como si fuera el segundo oficial al mando y nadie le disputaba su derecho a hacerlo. Los otros generales escogidos parecían satisfechos con comandar a sus hombres y delegar en ellos la estrategia general. Jenofonte se preguntó cuántos errores más le permitirían cometer antes de que dejara de ser así. El contingente espartano insistió en situarse a la vanguardia de la columna al pasar entre los riscos. Jenofonte ordenó que prepararan todos los escudos a lo largo de la fila por si los persas se habían encaramado a las montañas. Cabalgó preocupado hasta el frente, intentando anticipar lo que podía salir mal y preguntándose si se le habría pasado por alto algún dato vital. Depositaban sus esperanzas en él y notaba aquel peso, pero también disfrutaba del ejercicio de una autoridad hasta entonces desconocida para él. Ostentar un poder político menor en Atenas no podía compararse ni de lejos con conducir un ejército a través de las montañas.

Los persas presionaban por detrás, acercándose en sus caballos mientras los griegos se ponían en marcha. Los estinfalienses cerraban la retaguardia aquella mañana, con los honderos y la mayoría de los caballos atrás, donde mejor podían contener una agresión del enemigo. Aquellos hombres caminaban con dolor de cuello de tanto mirar hacia atrás, pero no había remedio para eso.

Jenofonte escuchó un grito procedente de la cabecera y trotó a lo largo del flanco, obligando a soldados y seguidores del campamento a franquearle el paso. El desfiladero medía unos sesenta pasos de ancho, suficiente para cualquiera, salvo para un ejército. Ante ellos, las montañas se dividían y se elevaban en escarpes a ambos lados, y en los flancos de una colina verde los esperaba un contingente persa. Entendió entonces por qué Tisafernes lo presionaba por detrás. Los



persas sabían que sus hombres estaban cerca e intentaban forzar a los griegos a internarse en el paso.

Jenofonte era el único jinete en la vanguardia. Escudriñó la distancia y sonrió despacio para sus adentros. Los espartanos continuaron marchando imperturbables, dispuestos a soportar la andanada que sin duda les habían preparado. En aquel punto, podía cobrar cualquier forma, desde un aluvión de rocas y aceite caliente hasta flechas bañadas en mugre. Los espartanos comenzaron a preparar sus escudos, pero Jenofonte sacudió la cabeza.

–Quirísofo, los persas han sobreestimado su posición. Han escogido ese punto ancho y plano, pero mira más arriba, queda terreno sobre ellos. Y podríamos llegar hasta él.

–Nos verán acercarnos –le respondió Quirísofo gritando, aunque no en tono de discusión, sino más bien de emoción renovada.

–Entonces tendremos que correr –sentenció Jenofonte–. Seiscientos conmigo, tus mejores hombres. Subiremos corriendo esa ladera y caeremos sobre ellos desde arriba, tal como ellos pretendían hacer con nosotros.

Giró la testa de su caballo y la orientó hacia el flanco musgoso del barranco que conducía risco arriba. A su espalda, Quirísofo vociferó unas órdenes rápidas. Seiscientos hombres se destacaron y se reunieron con ambos caudillos. Parecían contentos de participar en un desafío.

–¡Soldados! –les arengó Jenofonte–. ¡Recordad esto: lucháis por los que vais a salvar, pero también para volver a contemplar Grecia! ¡Lucháis por vuestro honor y para volver a ver a vuestras esposas e hijos! ¡Avanzad a buen ritmo y expulsaremos a esos persas de esta montaña!

–Para ti es fácil decirlo, vas a caballo –replicó uno de los hombres–. Pero yo estoy agotado de cargar con este escudo.

Jenofonte se lo quedó mirando, notando que su buen humor se disipaba. Con un cuidado deliberado, desmontó y se le acercó ofendido. Su caballo agachó la cabeza para arrancar unas matas de hierba y Jenofonte se colocó ante el hombre que había hablado.

–Entonces quédate aquí –le espetó.

Le arrebató con violencia el escudo y echó a correr colina arriba. El resto partió tras él. Subieron a toda mecha por la ladera, mientras a sus pies los compañeros del sublevado cogían piedras y se las arrojaban en una clara muestra de desaprobación.

Jenofonte corrió y saltó y, si bien con el rostro como la grana y respirando con dificultad, llegó a la cresta de la montaña con todos los demás. Sostuvo en alto el escudo a modo de trofeo y los que se hallaban a los pies de la montaña lo aclamaron. Los persas que esperaban tenderles una emboscada ya habían abandonado sus posiciones y, en cuanto entendieron que habían perdido la ventaja, empezaron a descender por otro camino. Las ovaciones de los griegos reverberaron en las montañas de los alrededores y llegaron a oídos de Tisafernes mientras sus regimientos se movían con lentitud por el valle. Detuvo a sus hombres, renuente a liderar una persecución en un lugar donde la tierra lo despojaba de la ventaja de su gran número de soldados. Jenofonte descendió por la ladera y se reunió con la fuerza principal que avanzaba por el desfiladero. Llegaron a las llanuras que se extendían al otro lado.

Los terrenos llanos al otro lado de las montañas estaban resguardados y mostraban abundantes huellas humanas. Más allá de unos pueblecitos y granjas de piedra, los griegos divisaron un ancho río resplandeciente. Avistaron humo de leña y un rebaño de cabras pastoreando. Muchos de ellos gritaron aliviados al contemplar un paisaje que significaba comida y agua, sin indicios de que el enemigo se cerniera sobre ellos.

Jenofonte le ordenó a Hefesto organizar a los exploradores. Encontró al joven ateniense mudo de la rabia y taciturno, pero lo bastante inteligente para alejarse cabalgando al recibir las órdenes. Jenofonte lo observó marcharse también con una ira contenida, pero se dijo que si así tenían que ser las cosas entre ellos, lo aceptaría. No habían sido amigos en Atenas y tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Hefesto acababa de perderse de vista cuando Quirísofo acudió con el nuevo general, Filesio, a caminar a su lado.

–Gracias por venir, señores –les agradeció Jenofonte mientras descendían hacia la llanura–. He estado pensando en formar un pequeño destacamento con nuestros mejores soldados. Si pretenden hostigarnos al llegar a los pasos y puentes, necesitamos una retaguardia armada con las lanzas más largas y acompañada por nuestros mejores honderos y unos cuantos arqueros cretenses.

–Buena idea –opinó Quirísofo–. Seleccionaré a seis compañías de un centenar de hombres y designaré capitanes para que las supervisen. Será un trabajo sin recompensa, en gran medida. Dudo que muchos voluntarios se presten a una misión tan desagradecida. Si me lo permites, te sugeriría que...

–No quiero utilizar a los espartanos, si eso es lo que ibas a proponer –lo interrumpió Jenofonte–. Por impresionantes que sean, funcionan mejor en las filas delanteras, tal como has apuntado en numerosas ocasiones.

–Entendido, general –dijo Quirísofo agachando la cabeza–. Pero el motivo por el cual he acudido a verte es que el general Filesio desea hablar contigo.

Jenofonte miró al otro hombre y asintió de mala gana. Había escuchado atentamente el discurso de Filesio en el campamento cuando le había expresado su apoyo. Aun así, no le entusiasmó su repentina reaparición.

–Entiendo. Mientras hablamos, Quirísofo, encárgate de explorar esas poblaciones. Hazte con toda la comida que encuentres, así como con las bestias de carga, rebaños y todos los carros que podamos utilizar. Necesitamos calderos y odres nuevos para sustituir los que se han descosido. Y necesitamos calzado. Que esas gentes caminen descalzas una temporada. No tienen que recorrer todo un imperio con el aliento de un ejército persa en el cogote. ¿Entendido?

Quirísofo se dejó caer sobre una rodilla y Jenofonte lo dejó atrás a lomos de su caballo. Volvió la vista para mirar al espartano, pero Quirísofo ya corría llamando a los capitanes y pentecosteros que necesitaría.

Filesio observó al espartano marcharse durante un instante y luego se aclaró la garganta. No le

hacía gracia tener que dirigirse a Jenofonte desde la altura de sus pantorrillas, pero el ateniense no hizo amago de desmontar.

–¿Querías hablar conmigo? –le preguntó.

–Sí... Quería señalar que hemos atravesado una cordillera y no hay señal de Tisafernes ni los persas, por no hablar ya del propio rey. Y se me ha ocurrido que, si bien preferí no interferir antes, quizá sea el momento de discutir la mejor manera de comandar a los soldados.

–Y a los seguidores del campamento –añadió Jenofonte como si tal cosa.

–Sí, por supuesto, y también a los seguidores del campamento. Me refería a que la amenaza inminente se ha reducido, al menos por ahora. Sabes que Menón era mi tío. He prestado servicio a su sombra durante catorce años, mientras que, según tengo entendido, tú... –apretó la mandíbula y se le traslució la musculatura bajo la piel– tienes menos experiencia.

–Así es, considerablemente menos –respondió Jenofonte–. Aunque veo que tu tío no te designó su segundo al mando. Aun así, aprovechaste la oportunidad cuando se te presentó y sus hombres te aceptaron. Fue un movimiento osado, y no he tenido oportunidad de agradecerte tu apoyo. Gracias, Filesio. De no ser por hombres como tú, no habríamos sobrevivido siquiera para llegar a estas llanuras. Sin tu valor y disciplina, no volveríamos a ver nuestra patria, de eso estoy seguro. Y sin la obediencia inquebrantable en todo momento tanto de los hombres a quienes comandas como de sus subalternos, pereceríamos en el imperio de Persia y nunca volveríamos a saborear el vino y las aceitunas de Grecia. No disfrutaríamos de las llanuras de Eurípides ni escucharíamos las conversaciones en el ágora de Atenas. Y lo que es peor, si fracasamos aquí, nuestra propia gente nos olvidará.

Habló casi aturdido, haciendo rodar sus palabras en una ensoñación que los sorprendió a ambos por la intensidad emocional que suscitó. Filesio pestañeó mientras se recomponía sus pensamientos.

–Vi *Medea* en Atenas –continuó Jenofonte–. El propio Eurípides estaba presente y el público se puso en pie para rendirle tributo. Fue... extraordinario. Cuando salí de allí tuve la sensación de que me había quitado un peso de encima por primera vez en años.

Filesio sopesó la idea de reencauzar la conversación hacia asuntos prácticos, pero la descartó. En realidad, nunca había aspirado a ser un líder. Su tío lo había entendido, pero sus capitanes lo habían presionado a postularse para ello. Sonrió tenso y saludó a Jenofonte con una inclinación de cabeza.

–De acuerdo, estratega. Rezaré por que nos devuelvas a casa sanos y salvos.

–Es lo único que pido –respondió Jenofonte.

Espoleó su caballo al trote y echó a andar. El sol empezaba a ponerse tras las montañas y proyectaba sombras sobre los campos. Jenofonte notó que temblaba. Las cosechas ya se habían recolectado, según pudo apreciar, lo cual sería de ayuda a sus hombres, que podrían recopilar valioso grano de los almacenes. Sin embargo, ello también indicaba que el año seguía su curso y las estaciones se sucedían. Un frío viento pareció responder a sus pensamientos y sacudió la cabeza. Pasara lo que pasase, al margen de lo que les deparara el futuro, tenían que continuar. Se lo debía a Clearco.

–Cuando volvamos a encontrarnos, espartano –murmuró en voz alta–, cuando me preguntes qué hicimos tras tu muerte, no me avergonzaré. Eso te lo prometo. Los llevaré de regreso.

Sabía que Filesio había intentado obtener más autoridad o tener más peso en las órdenes. Jenofonte sacudió la cabeza. Eran su gente. Él era un notable de Atenas y había encontrado su verdadera vocación. No cedería, ante nadie.

Por la mañana, Quirísofo envió a partidas de hombres en busca de comida, a vaciar los huertos de fruta y buscar las granjas más alejadas de las poblaciones. No previeron a los miles de persas que se diseminaron por las montañas a través de otro camino, a pie y a caballo, con la intención de escindir a los buscadores de comida del resto de las tropas griegas. Hombres y mujeres arrojaron mantas llenas de fruta al suelo y se replegaron tan rápido como pudieron, mientras Quirísofo enviaba a los sesenta espartanos que tenía más cerca en la dirección opuesta.

Los habían sorprendido fuera de sus puestos y lo que siguió tuvo más de reyerta callejera en Atenas que de batalla, con ambos bandos intentando asestar golpes a enemigos más débiles que ellos. Los persas, encantados, reducían a espadazos a toda persona que se les ponía a tiro, armada o desarmada, y luego echaban a correr, en lugar de quedarse a luchar. Fue un caos. Docenas de griegos fallecieron antes de que Jenofonte apareciera con el cuadro principal en su auxilio. La visión de aquella línea avanzando serenó los nervios de quienes habían huido despavoridos ante el enemigo, y aceptaron reincorporarse a las filas. En los campos, tras ellos, yacían cadáveres entre manchas dispersas de ciruelas e higos pisoteados.

Frente al batallón principal, los persas se retiraron una vez más, en una maniobra en la que participaron un gran número de caballos. La mirada de Jenofonte se posó en una figura de blanco que observaba el desarrollo de los acontecimientos, pero lo único que pudo hacer fue maldecir a Tisafernes. La venganza de Jenofonte, si alguna vez tenía ocasión de disfrutar de ella, sería caminar como un hombre libre y dejar a aquel gordo sátrapa persa atrás, preguntándose qué había sucedido.

El saqueo de las poblaciones fue mucho más rápido ahora que sabían que los vigilaban. Jenofonte se culpó por no haber apostado a guardias mejores, pero no fue el único. Quirísofo anduvo vagando por el campamento durante horas, gruñendo a cualquiera que se atreviera a acercársele. Habían bajado la guardia en un lugar hostil, con un enemigo que seguía merodeándolos y vigilando la menor flaqueza.

Lo peor de todo era que un gran río les bloqueaba el camino. El paso a través del desfiladero los había conducido hacia el nordeste, pero no podían seguir avanzando sin cruzar un torrente demasiado profundo para utilizar las lanzas como bastones. Jenofonte interrogó a los prisioneros de las poblaciones y les sonsacó una información menos tranquilizadora de lo que esperaba. Un cierto nerviosismo se instaló en las tropas griegas al entender que por un lado las bloqueaban las montañas y por el otro un río que no podían atravesar. Uno de los griegos sugirió usar vejigas de oveja para cruzarlo flotando, pero la idea de intentar algo así bajo la atenta mirada de Tisafernes y su caballería se antojaba inviable.

Al sur se hallaba Babilonia, lo que suponía regresar al corazón de Persia, y el oeste los volvía a conducir a través de las montañas. El río bloqueaba el este, y los lugareños indicaron a Jenofonte que Ecbatana, la residencia estival de los reyes persas y uno de los lugares mejor protegidos de la Tierra, se hallaba en aquella dirección.

Jenofonte reunió a todos sus oficiales en la plaza del pueblo, mientras filas de hoplitas formaban alrededor del campamento.

—Según los lugareños, hay una cordillera al norte que se extiende durante meses de travesía hacia el este y el oeste. Si logramos atravesarla, el camino nos conducirá hasta Armenia. Desde allí podemos continuar hacia el norte y el oeste hasta dar con los asentamientos griegos en el mar del Norte. No sé a qué distancia se encuentran de las montañas, pero no podemos rodearlas. Hay que cruzarlas. —Hizo una pausa para escoger las palabras idóneas—. Dicen que las tribus de esos

peñascos son de un salvajismo inenarrable y populosas. El cacique de esta población las ha descrito como espíritus vengadores. Dice que no sobreviviríamos al intento.

–Tu discurso no es tan inspirador como crees, general –comentó Quirísofo, entre los hombres, con una risotada–. Ese individuo ha intentado atemorizarnos, pero ¿qué elección nos queda más que afrontar a los carducos de las montañas? Hasta ahora lo hemos logrado, pero, quién sabe... No resistiremos hasta la eternidad.

Jenofonte levantó una mano y Quirísofo guardó silencio al instante. Por lo menos, el espartano sabía acatar órdenes.

–El río es demasiado ancho y profundo. Con la caballería persa amenazándonos, nos masacrarían al intentar cruzarlo. No. Considero que el mejor camino sigue siendo el norte, hasta salir de Persia por la ruta más rápida.

Los miró con cierto regocijo interior. A pesar de las barbas y los músculos de alambre, y de que algunos de ellos eran mayores que él, no solo eran su tropel, sino también sus hermanos y hermanas, sus hijos e hijas.

–Dicen que los persas temen a las tribus carducas. Es posible que no se atrevan a seguirnos a través de las quebradas. Quizá podríamos desembarazarnos de ellos de una vez por todas. – Jenofonte hizo una pausa, consciente de que un enemigo que aterrorizaba a los persas podía no ser una alternativa bien recibida–. Si a alguien se le ocurre una idea mejor, que hable ahora. De otro modo, nos encaminaremos hacia el norte, a través de la llanura, en dirección a los picos más altos. Reunid todas las mantas y abrigos que seáis capaces de encontrar. Vamos a necesitarlos.

Permaneció sentado en silencio mientras los otros debatían, sabiendo que llegarían a la misma conclusión que él. Jenofonte se ahorró mencionar la leyenda que le había contado el cacique del pueblo acerca de un ejército persa que había intentado atravesar la cordillera hacía ocho años. Se decía que ciento veinte mil hombres habían entrado en la espesura de los carducos y ni uno solo de ellos había salido con vida. Jenofonte confió en que el viejo ajado se hubiera inventado aquellas historias para atemorizar a los invasores extranjeros. Era un viejo tuerto, con largos dientes marrones y un rostro arrugado como la cáscara de una nuez. Si lo que explicaba era verdad, aunque fuera solo en parte, era posible que Jenofonte estuviera cometiendo la mayor equivocación de su vida, pero aun así era la única opción que se le antojaba viable.

Más allá de aquella plaza, el resto de los griegos formaron. Veinte mil hombres, mujeres y niños parecían un gran número cuando se amontonaban, pero, formados en batallón, las filas quedaban empequeñecidas ante las distancias que debían recorrer. Jenofonte había ordenado formar columnas de cuarenta hombres de ancho en tres de las caras, con ochocientos espartanos en la vanguardia. Encerraban a un número similar de personas en su interior, aunque los seguidores del campamento cada vez se parecían más a peregrinos harapientos de camino a un oráculo o un altar en busca de sanación.

Al menos, el hecho de comer bien durante un par de días les había mejorado los ánimos y la salud. Quirísofo había supervisado el saqueo de las poblaciones y había sido exhaustivo. Quienes quedaban atrás pasarían hambre aquel invierno, pero Jenofonte consideraba que eso era problema de Tisafernes más que suyo. Si a su gente se le hubiera permitido marcharse en paz tras la batalla de Cunaxa, habría sido menos duro con las poblaciones que habían encontrado a su paso. Hizo una pausa en sus divagaciones al caer en la cuenta de que había descrito a los veinte mil como su gente. Depositaban en él sus esperanzas de que los mantuviera con vida, y en aquel momento supo que moriría en el intento. Había buscado en vano su vocación en Atenas. Sacudió la cabeza y rio, preguntándose si alguna vez tendría ocasión de describirle su epifanía a Sócrates.

Para cuando los oficiales acabaron de debatir cómo continuar, quienes formaban el cuadro daban muestras de impaciencia y el sol se hallaba ya casi en el mediodía. Al sonar los cuernos, todos ellos ocuparon sus posiciones de costumbre, guiándose por los rostros de quienes les rodeaban. Los más fuertes cargaban la carne envuelta en paño, o redes de pollos y un odre sobre los hombros. Otros llevaban hatillos de abrigos de invierno, mantas de lana y cualquier prenda caliente que hubieran podido encontrar. Los niños arreaban un rebaño de cabras con ellos, agarrados a sus cuellos y azuzándolas con varas largas.

Jenofonte cabalgó hasta el frente en cuanto Hefesto y los exploradores partieron a medio galope por delante de ellos. Justo en aquel momento el ejército persa se derramó por uno de los desfiladeros que quedaban a sus espaldas como el aceite de un cántaro roto, pero pese a sus miradas hostiles, no hicieron amago de atacarlos. Los griegos avanzaban seguros entre las poblaciones. Las casas y calles mermaban la ventaja de sus perseguidores. Jenofonte sabía que la marcha por la llanura sería otra historia. El cacique del pueblo les había explicado que era un trayecto de muchos días, de aproximadamente un centenar de parasangas. Jenofonte seguía esperando que el hombre solo intentara minarles la moral.

–Nos dirigimos al norte –gritó Jenofonte a quienes comandaba, con el corazón henchido de orgullo.

Eran su gente. Su familia.

Los regimientos persas acortaron distancias con ellos al salir de la población, pero lo cierto era que en el cuadro griego todos estaban más en forma cada día que pasaba, gracias a las caminatas diarias. Con la piel y la musculatura endurecidas por el uso, quienes ocupaban el centro habían empezado a adquirir el aspecto lupino de quienes marchaban a su alrededor. Ya no quedaba ni resto de debilidad en los griegos. Había quedado chamuscada en los desiertos.

Tisafernes envió a grupos reducidos a correr junto a ellos, hasta situarse a la altura del cuadro y desde allí disparar flechas de espino a la multitud. Sin embargo, cuando se hallaron a tiro, los griegos los amenazaron con las hondas, lanzadas por hombres que cada día afinaban más su puntería.

Los jinetes persas suponían una amenaza mayor. Cabalgaban rápido en grupos sólidos y arrojaban lanzas y jabalinas mientras la retaguardia bregaba por mantener los escudos en alto y continuar avanzando. Los griegos perdieron un reguero de hombres aquel primer día, en parejas o tríos, de tal modo que sesenta cayeron del recuento al montar el campamento. Costaba no imaginar un lento desangrado parecido durante todo el trayecto hacia las montañas, hasta que quienes quedaran para defenderse fueran demasiado pocos y hasta el último de ellos acabara descuartizado. Se respiraba un ambiente sombrío cuando se detuvieron, resollando y doloridos.

Jenofonte observó cómo el sol acariciaba el horizonte y los persas recomponían sus regimientos, refrenándose. Seguía preguntándose por qué tenían tanto un ataque nocturno como para dejar tanta distancia entre los campamentos. Según Hefesto, que los había seguido a pie, se retiraban varios kilómetros antes de sentirse lo bastante seguros para manejar sus caballos.

Jenofonte vio a Tisafernes alzar una mano casi a modo de saludo antes de dar media vuelta sobre su montura. La luz empezaba a menguar. Agradeció a los dioses la buena fortuna por el enemigo que les habían dado. Un persa más decidido habría arremetido con el doble de vigor y no habría cedido ni se habría retirado hasta haberlos reducido a la nada.

Jenofonte pensó en los sesenta hombres que había perdido aquel día y enseñó los dientes en un arrebató de ira. Eran demasiados. Sabía que algunos de los soldados querían detenerse a luchar.

El orgullo persa obligaría a Tisafernes a hacerles frente y los griegos podrían masacrar a la mitad de su ejército antes de ahuyentar al resto.

Era tentador, aunque Jenofonte sabía que no había nada seguro. Si perdía siquiera a un cuarto de los hoplitas, quedarían demasiados pocos para proteger al resto. Y entonces lo perderían todo. Así se lo expuso a sus generales, que aceptaron sus argumentos, aunque a regañadientes. Él era el estratega a quien habían elegido para comandarlos. Hasta que fracasara, sus órdenes eran de hierro.

Cada mañana, durante una docena de días, se pusieron en marcha cuando las estrellas que giraban en el cielo anunciaban la alborada. Sacrificaron a los animales y devoraron hasta el último resto de la comida que habían saqueado. Nunca era suficiente y el hambre regresaba enseguida, como una bestia al acecho. Transcurrido un tiempo, las vituallas se acabaron y tuvieron que despertarse y ponerse en movimiento tras ingerir solo agua fría.

Dejaron atrás montículos de excrementos para que los persas los rastrearan, el único consuelo de haberse convertido en seres barbudos y apestosos. La suciedad se había enraizado en aquella columna y, tras vaciar sus vejigas en paz por la mañana, durante el resto del día tenían que hacerlo mientras caminaban. Las mujeres eran quienes más sufrían, pero el pudor no tenía cabida. Al principio, los hombres que las rodeaban apartaban la vista para concederles toda la privacidad que podían, pero al cabo de un tiempo orinar se convirtió en algo tan habitual que pasaba desapercibido.

Las noches se volvieron gélidas a medida que se aproximaron a la cordillera. La nieve los pilló desprevenidos una noche y se despertaron cubiertos de ella, temblando y entumecidos. Algunos llegaron a las manos por un poco de leña o sin motivo alguno. El hambre hizo que una ira latente y constante se apoderara del campamento.

Cada mañana iniciaban la marcha entre gruñidos, crujidos de articulaciones y lamentos. Solo los espartanos se ponían en movimiento con brío, como si pudieran hacerlo hasta la eternidad. Les habían crecido largas barbas y las trenzas les colgaban por la espalda, por encima de las capas, y, a pesar de tener los labios cortados, seguían sonriendo y enjuagándose la boca con apenas un sorbo de agua.

Cada día, tras ellos, los persas se perfilaban en la distancia, presionando a un ritmo cruel para acortar el terreno que pudieran haber perdido. La mañana daba un respiro, hasta que el enemigo se encontraba lo bastante cerca para disparar y lanzar sus armas. Los griegos aguardaban ese momento y casi sentían una especie de alivio cuando llegaba. Entonces se acomodaban en una fatigosa caminata por la llanura, con las montañas elevándose lentamente ante ellos y hombres de sus filas muriendo a sus espaldas. Por las noches echaban a suertes quién tendría el honor de cubrir la retaguardia, pero quienes sobrevivían a un día bajo un hiriente ataque constante acababan demasiado extenuados para hablar, desgastados por el miedo y la rabia.

El decimoctavo día marchaban como fantasmas por aquellas tierras indómitas. Los cazadores salieron con hondas y lanzas, pero la mayoría solo contaban con agua para mantenerse con vida. Tenían los ojos enrojecidos de tanto mirar a lo lejos. Las montañas los habían atormentado durante una eternidad, como moles flotantes sobre el horizonte. Y aunque aquella mañana estaban visiblemente más cerca, no se antojaban más acogedoras. Los riscos, brutalmente escarpados, se elevaban del suelo cual dagas, más que como suaves laderas. Un manto de nieve descansaba sobre las cumbres, que parecían retroceder hasta el infinito.

Tisafernes dio la orden de atacar mientras se hallaban en las estribaciones, una vez su destino quedó claro. Desde las filas delanteras, Jenofonte consiguió divisar el primer valle, donde

Hefesto había encontrado un paso tan lejos como se había atrevido a explorar. Parecía que los persas no los dejarían perderse de vista sin derramar más sangre. Los regimientos que los seguían también estaban andrajosos tras marchar seiscientos cincuenta kilómetros tras un enemigo al que no conseguían enviar al infierno.

Mientras los persas componían un amplio frente, sus oficiales se hallaban lo bastante cerca como para que se escucharan sus exhortaciones. Jenofonte hizo un gesto a Quirísofo y los espartanos atravesaron el cuadro para formar la retaguardia. Habían perdido parte de su resplandeciente musculatura, lucían barbas asilvestradas y tenían un aspecto enjuto y salvaje, pero aun así estaban mejor entrenados que ningún regimiento persa. En sus puestos, su seguridad en sí mismos resultaba evidente, a pesar de la brisa gélida que descendía de las montañas y les hacía castañetear los dientes. Sus capas rojas se arremolinaron al viento cuando los persas atacaron. Con la cordillera a su espalda, los seguidores del campamento se habían adentrado en el desfiladero, dejando atrás solo a los hoplitas. Dientes blancos resplandecieron al desenvainar las espadas y levantar las lanzas.

Quirísofo no llevaba escudo aquel día. En la mano derecha sostenía una espada corta con una hoja no más larga que su antebrazo. En la izquierda empuñaba su kopis, aún más corta. Sopesó el peso de ambas y sonrió al enemigo que atacaba.

–Avanza, Lacedemonia –bramó a través de las filas–. ¡Avanzad todos! Es la única oportunidad que tendréis, malditos. Un momento glorioso de entretenimiento antes de retirarnos de este imperio para siempre. Elegid ahora qué les contaréis a vuestros hijos.

Los persas vacilaron en su avance en cuanto vieron las capas rojas de su enemigo de antaño. Sus oficiales les ordenaron que continuaran y algunos utilizaron varas cortas para espolearlos a seguir cuando dudaban.

Ante ellos encontraron discos dorados de bronce, así como cascos refulgentes y grebas del mismo metal abollado. Los espartanos parecían hombres de oro y rojo y, por primera vez en mucho tiempo, no se retiraban, sino que se dirigían hacia ellos a rebato.

Los frentes se encontraron y los espartanos chocaron con un enemigo que los había estado hostigando. Pese al dolor y el agotamiento, eran como niños a quienes finalmente les dejan patear un avispero. Encantados, soportaron cortes para machetear y apuñalar, usando la lanza, luego el escudo y la espada y finalmente la kopis, que segó dedos y vidas con tajos rápidos.

Los persas se replegaron ante la matanza, pero Tisafernes detectó una oportunidad y envió a sus regimientos a dispersarse alrededor de los flancos espartanos, donde colisionaron con hombres más agotados que ellos, algunos apenas capaces de mantenerse en pie. Profirieron un grito de advertencia y el sonido llegó a Quirísofo mientras mataba en el frente. Maldijo, esforzándose por ver qué sucedía. Apostaría por sus espartanos frente a una fuerza diez veces superior en número, pero Tisafernes había conducido a ochenta o noventa mil hombres a través del imperio en su estela. Los griegos no podían ganar. Solo podían desangrarlos.

–Replegaos, espartanos, en buen orden. Retened las filas y retiraos. Llevaos a nuestros muertos. Ved cuántas de sus familias llorarán y se lamentarán cuando piensen en nosotros.

Sonrió al oír las risas de los soldados que lo rodeaban mientras empezaban a retroceder, elevando sus escudos una vez más y recogiendo las lanzas caídas para portarlas de punta y disuadir a la caballería de atacarlos, y los persas, encolerizados, prorrumpían en maldiciones y prometían venganza sobre sus cabezas.

Tisafernes temió que arrastraran a sus hombres hasta el interior de las montañas. Había oído hablar de las tribus que infestaban aquellas cumbres. El Imperio persa había asimilado reinos



enteros bajo su ala, desde Babilonia hasta Medas, pero aquellos peñascos permanecían aislados e ingobernables. Observó a los griegos replegarse y los cadáveres despatarrados que dejaron atrás, como harapos o trozos de carne sobre el suelo. El cuadro que se batía en retirada parecía vomitarlos mientras se deslizaba hacia el interior de las montañas.

Por impulso, levantó la mano para despedirse de ellos. Un oficial griego a caballo se volvió para mirarlo, pero Tisafernes no lo conocía. El extraño alzó la mano en respuesta y desapareció trotando en el interior de la quebrada. Tisafernes sacudió la cabeza. Había creído que se rendirían al asesinar a los generales en el banquete. Le había prometido al rey Artajerjes que quedarían indefensos sin sus caudillos. Y, en lugar de eso, habían elegido a nuevos líderes y se las habían apañado para sobrevivir. Eran un pueblo extraño, pensó. Se preguntó cómo los recibirían los carducos.

Se volvió hacia su edecán, Mitrídates.

—¿Te gustaría ir con ellos? —le preguntó.

El griego negó con la cabeza.

—Ni por una corona, señor. No volveremos a verlos.

—Eso creo yo también. Cuando regrese junto al rey, informaré de su destrucción. ¿Crees que es una descripción apropiada?

El griego agachó la cabeza.

—Lo es, señor Tisafernes. Aun no lo saben, pero están todos muertos. Los has conducido hasta los carducos, así que solo puede ser un éxito. Enhorabuena, señor.

Tisafernes sonrió y envainó la pequeña espada que sostenía en la mano. El último de los griegos se había internado en el desfiladero y habían desaparecido, como si nunca hubieran existido. Las montañas los habían engullido.

Pensó de repente en que los griegos eran un pueblo con recursos. Había considerado que estaban indefensos en más de una ocasión, pero se las habían ingeniado para sobrevivir.

—¿Aún nos quedan palomas? —preguntó.

Mitrídates asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor.

El frío aumentaba a cada paso conforme el sendero se angostaba y ascendía. Filas de hoplitas marchaban juntos con los escudos preparados y utilizando las lanzas como bastones para trepar por la piedra quebrada. Los precipicios se alzaban vertiginosamente sobre ellos, envueltos en una neblina que les impedía divisar las cimas. Jenofonte dejó

a Hefesto en la retaguardia para prevenir cualquier puñalada trasera por parte de Tisafernes, pero el gesto de despedida del persa antes de desaparecer de su vista había tenido algo de concluyente.

No pasó mucho tiempo antes de que las llanuras se convirtieran en un recuerdo. Se ayudaron unos a otros a superar las rocas, sin dejar de temblar a causa del frío que se les metía en los huesos. Jenofonte entendió enseguida que no podría llevar a su caballo a las montañas de los carducos. Con un suspiro,

desmontó. El animal le había servido fielmente y le resultaba penoso tener que pedir un martillo. Matar a un caballo no es fácil, pero la necesidad era acuciante. Uno de los corintios comentó que había sido carnicero. Jenofonte sostuvo las riendas y se negó a apartar la mirada mientras el hombre hacía descender con fuerza un mazo y el caballo flaqueaba y caía, con la lengua fuera. Hombres y mujeres se apiñaron a su alrededor como si pudieran reclamar un pedazo de carne con solo tocarlo.

–Retroceded todos –les espetó Jenofonte–. El hambre os vuelve necios. Tenemos una docena de monturas. Haremos un alto aquí para comer... –Miró a su alrededor, pero las posibilidades de hallar leña en aquel paraje eran escasas. Unos pocos árboles raquíticos se aferraban a los riscos unas rocas más arriba, pero no eran suficientes para asar carne para una multitud famélica. Sacudió la cabeza–. Nos llevaremos la carne con nosotros hasta que encontremos leña para encender fuegos y un lugar para guarecernos.

Su promesa pareció satisfacerlos, aunque observaron como lobos mientras el carnicero cortaba grandes tiras y hacía chuletas de las costillas del animal.

La vereda los condujo hacia las entrañas de la cordillera, hasta llegar a una gran bifurcación. A un lado seguía un sendero tan estrecho que parecía un camino de cabras, poco más que una línea blanca que desaparecía tras doblar una curva. El otro lado tenía más de desprendimiento de rocas que de senda, formado por piedras grises cubiertas de musgo que parecían no haberse movido durante un millar de años. Jenofonte dio un paso al frente, aunque la verdad es que no era más capaz de adivinar qué ruta tomar que el niño mugriento que había caminado a su lado durante un rato. Aun así, los demás esperaban que fuera él quien tomara la decisión, de manera que dio la orden sin titubeos. Treparían por las piedras desprendidas para avanzar por un punto más elevado. En cuanto habló, el muchacho le sonrió, con los ojos muy abiertos.

–¿Cómo te llamas, hijo?

–Adrios, señor.

–Estás de acuerdo, ¿verdad, Adrios? –le preguntó Jenofonte.

El niño asintió con la cabeza y Jenofonte sonrió y le revolvió el cabello. Al cabo de un rato, la

madre del pequeño lo localizó y se lo cargó a la cadera.

–Lo siento, estratega. Su padre murió en la batalla. No deja de buscarlo entre los hombres. Siempre se escapa y va tirando de mangas y preguntando a todo el mundo si lo han visto. Espero que no te haya molestado.

–En absoluto. Adrios ha coincidido conmigo en cuál es el mejor camino para continuar, ¿verdad? Es un buen muchacho.

La mujer parpadeó sorprendida al escuchar aquello, pero Jenofonte se sintió más animado.

Siguió una hora de esfuerzo ingente, un proceso extraordinario. Hombres y mujeres subieron gateando, tendiéndose la mano entre sí. A algunos les costaba trepar, mientras que otros saltaban de piedra en piedra como cabras montesas. Y en todo momento intentaron mantener la guardia para repeler cualquier posible arremetida, pero era sencillamente imposible sostener una lanza para atacar mientras ascendían con dificultad por piedras de esquisto sueltas que se desperdigaban y temblaban bajo sus pies. Jenofonte divisó a Hefesto acercándose. Entendió por el rostro demacrado del muchacho cuánto le había costado renunciar a las otras monturas.

–¿Diste orden de matar a mi caballo? –le preguntó Hefesto cuando estuvo lo bastante cerca.

Sonaba a desafío y Jenofonte respondió sin dilación.

–Así es. Los caballos no pueden escalar.

Por un momento, Hefesto lo miró con ferocidad, pero luego una sombra veló su rostro. Se encontraba lejos de las calles de la ciudad y de las realidades que allí se vivían. Había visto lo suficiente para saber que Jenofonte había tomado la única opción posible.

–Los espartanos los están despiezando como ovejas –apuntó con amargura–. Esos hombres no tienen alma.

–Lo que no tienen es sentimientos –respondió Jenofonte–. No es lo mismo.

–¿Cómo has sabido qué camino tomar?

–He elegido el que ascendía. Tendremos que escalar para atravesar estas montañas, Hefesto. Si hay algún paso, estará cerca de las cumbres, a la máxima altitud que podamos llegar.

Hefesto hizo una pausa, resollando, para contemplar la pendiente que quedaba debajo de ellos. Cada vez que lo hacían les asombraba comprobar cuánto habían progresado. Enseguida aprendieron a hacer pausas breves pero frecuentes. De ese modo avanzaban más rápido que obligándose a continuar hasta la extenuación y el desplome.

Toda la parte del camino que quedaba a sus espaldas estaba abarrotada de personas que trepaban por rocas fragmentadas y sueltas. Estaban todos agotados, pero ni siquiera se planteaban darse por vencidos. Jenofonte los observó con orgullo y Hefesto entendió su expresión.

–No te lo agradecerán, ¿sabes? –le dijo–. Veo cómo los miras, como si fueras su padre. Pero creo que al final te partirán el corazón.

Era sorprendente escuchar algo así de alguien que en el pasado se había dedicado a robar a los espectadores del teatro. Jenofonte se echó hacia atrás, como si quisiera admirar mejor al ateniense. Lo escudriñó.

–Eres un hombre sesudo, Hefesto, aunque lo escondes muy bien. La verdad es que seremos afortunados si volvemos a ver nuestro hogar. Si sobrevivimos, dudo que ninguno de nosotros vuelva a ser la misma persona. Y tú parece no esperar mucho de tu gente. Te sorprenderán, estoy seguro de ello. Tal como tú me has sorprendido a mí.

Vio a Hefesto ruborizarse deleitado por su cumplido mientras retomaban la marcha.

Muy por encima de ellos, entre la niebla, se oyeron unos extraños alaridos, más parecidos a los graznidos estridentes de las gaviotas o chillidos de monos que a algo que pudieran emitir

gargantas humanas. El sonido reverberó de un lado a otro de aquellos peñascos hasta llenar el aire. Los griegos se quedaron helados. Miles de ellos se enderezaron para mirar hacia arriba, casi como niños ante el temor a lo desconocido. Hefesto y Jenofonte intercambiaron una mirada que traslucía una oscura conjetura.

–Saben que estamos aquí –anunció Jenofonte con voz queda.

La primera montaña descendía a un valle resguardado donde había unas treinta casas. Estaban todas abandonadas, pero había comida y, lo mejor de todo, vino en unas tinajas de barro enterradas. Los alaridos se prolongaron bajo la oscuridad, lo que evitó que muchos hombres bebieran demasiado y no sirvieran para nada. Lo único que querían era atravesar aquellas montañas y regresar a las llanuras lo antes posible. Prendieron antorchas y cruzaron la población mientras caía la noche, pero pronto la luz invitó a las flechas y las piedras lanzadas con hondas desde algún punto por encima de ellos, sin advertencia previa, y quedó claro que los carducos tenían buena puntería. Tres hombres fallecieron antes de aprender a prescindir de las antorchas y convertirse en diana. Quienes se tumbaron a dormir al raso permanecieron despiertos y otros dos hoplitas perecieron antes de que volviera a lucir el sol. Lo peor, no obstante, eran las fogatas que ardían en la distancia, muy por encima de sus cabezas, cual estrellas amarillas. A Jenofonte no le cabía duda de que su objetivo era convocar a todas las tribus y familias de los carducos. No lograba zafarse del miedo amortiguado que se le aferraba a las entrañas como el hambre o el frío. Cobijado en una de las casas, se quitó el temblor junto a un cálido fuego. Disfrutó de la mejor cena que había tomado desde su partida y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas al probar un pan y una mantequilla con sal que no estaban rancios. Y cuando añadió a aquel pequeño placer una copa de vino joven y algo amargo, se le antojó casi un exceso.

Por la mañana, Jenofonte caminó hasta el final del valle con unos pocos hombres. Las montañas se abrían más allá y divisaron unas figuras diminutas moviéndose sobre las laderas más elevadas, aunque resultaba difícil determinar si descendían para atacar o aguardaban tendiéndoles una emboscada. Jenofonte golpeó con la mano la base de una aguja rocosa que desaparecía entre la niebla, preguntándose si habría alguien sentado sobre su cabeza en aquel momento, con el corazón lleno de cólera hacia el invasor. Los silbidos habían vuelto a empezar, por todo el valle, si bien resultaba difícil discernir su distancia en los ecos.

–Tenemos que capturar a guías en cuanto nos encontremos –propuso Jenofonte con voz templada–. Hay demasiados caminos sin salida en estas montañas, podríamos pasarnos un año vagando por ellas.

–Entendido –dijo Quirísofo–. ¿Tú irás en la vanguardia o en la retaguardia? Creo que mis espartanos deberían situarse en la avanzadilla en este tipo de terreno. No es muy distinto a las montañas de nuestra patria. Casi siento nostalgia por los terrenos de juegos de mi infancia.

Jenofonte pestañeó, sin poder determinar si hablaba en serio o en broma. Pero había aprendido a confiar en Quirísofo.

–Yo comandaré la retaguardia. Enviaré a los exploradores corriendo para que nos hagan de mensajeros. Después de tanto tiempo a caballo, hoy van a acabar con la lengua fuera. No os adelantéis tanto que quedemos separados.

Quirísofo le respondió con un asentimiento de cabeza, sin preocuparle recibir tal consejo de un hombre más inexperto. Había acabado por sentir simpatía por el ateniense y aceptaba que Jenofonte era un oficial nato que intentaba mantener a sus soldados con vida. Quirísofo aprobaba a

esa clase de hombres, mucho más que a quienes se precipitaban ante cualquier desafío de manera irreflexiva.

—Creo que este paso estrecho cumplirá otro cometido esta mañana —continuó Jenofonte, acariciando la roca con la mano—. Por aquí caben dos o tres personas a la vez. Creo que deberíamos comprobar que los hombres no lleven peso ni bienes saqueados, Quirisofo. Necesitamos ser livianos y rápidos, no que la carga nos ralentice.

El espartano sonrió ante aquella idea y se dispuso a convocar al campamento para atravesar por un único espacio angosto, todos ellos bajo la atenta mirada de Jenofonte. Al cabo de poco, las primeras personas pasaban por delante del general... e instantes después se les requisaron los primeros objetos saqueados, que se depositaron en un montón a un lado del sendero.

Era asombroso, pensó Jenofonte. No había sido consciente de cuántas cosas habían ido recogiendo los soldados y seguidores del campamento durante la travesía. Además de sillas de montar difíciles de manejar y armas demasiado antiguas para ser de utilidad, cargaban con sacas de sal y hierbas aromáticas, rollos de tela y grandes pieles curtidas. Un hombre transportaba una puerta, aunque cuando afirmó que servía tan bien como cualquier escudo Jenofonte le permitió quedársela. Sin darse cuenta, sus griegos se habían aferrado a un millar de objetos pesados, incluidas herramientas y riendas de unos caballos que ya no tenían. Jenofonte fue inclemente con ellos, desoyendo todas sus quejas y contraargumentos.

Habían empezado a parecerse más a un mercado de Atenas que a un magro ejército que bregaba por atravesar la montaña. Y aunque causó una pena terrible, el montón creció y creció, hasta convertirse en un hallazgo fascinante para los carducos que dieran con él. Jenofonte se planteó prenderle fuego, pero pensó que les haría mejor servicio como ofrenda a los dioses.

También permitió a los soldados mantener a los esclavos que de algún modo habían logrado apresar durante el viaje. Muchos de ellos habían tomado concubinas y habría sido cruel abandonarlas a las tribus montañosas. Aun así, la cantidad de esclavos extranjeros le parecía inconcebible. No le sorprendía que hubieran pasado hambre. Cualquiera diría que habían alimentado a media Persia. Estaba ya a punto de perder los nervios cuando los últimos atravesaron el desfiladero.

Hefesto iba en la retaguardia y caminaba junto a Pallakis, reclamándola en cierto modo con su proximidad. Jenofonte notó la mirada de ella posada en él y se enojó aún más. Jenofonte la había rechazado, pero había esperado que ella siguiera suspirando por él. No parecía ser el caso. Como para certificarle sus sospechas, Pallakis alargó la mano hacia el cuello del joven y le cepilló algo, un gesto de intimidad que hizo que Jenofonte apretara los dientes. No se le ocurrió que Pallakis se había asegurado de que la viera tocar a Hefesto o que parte de aquella exhibición podría haber sido en su propio beneficio.

Para cuando todo el contingente griego hubo atravesado el paso y hubo salido a la ancha falda, iban mucho más descargados. Algunos miraban con nostalgia la pila de artículos de valor que habían dejado atrás, pero Jenofonte había sido taxativo. Comprobó que le tenían más respeto de lo que creía al dirigirse hacia la retaguardia malhumorado, haciendo gestos a la columna para que se pusiera en movimiento.

A todo lo largo del sendero, los hoplitas alzaron los escudos, aprestaron las lanzas y se ajustaron los yelmos sobre sus largas y espesas cabelleras. Por encima de sus cabezas, los alaridos cesaron de súbito. Todo el mundo alzó la vista bruscamente hacia la niebla. Se habían acostumbrado a aquel ulular y su ausencia se les antojaba aún más temible, como si las montañas mismas los observaran. Jenofonte se estremeció.

Algo más arriba, los hombres de Quirísofo fueron objeto de un ataque con piedras casi inmediato mientras los carducos se desplazaban por angostas sendas por encima de sus cabezas. Las flechas cayeron en ráfagas, y los arqueros de las tribus tenían puntería. Quirísofo respondió con inteligencia, enviando a los espartanos más jóvenes y mejor preparados montaña arriba para rodearlos. En cuanto encontraban un camino ascendente, un centenar de ellos se destacaba y subían a toda velocidad. Descubrieron que la táctica principal de los carducos era huir del ataque y diseminarse con sus ligeros pies sobre los riscos cual cabras montesas, dejando a los griegos jadeantes y asomados a abruptos precipicios.

Siguió un juego salvaje en el que los carducos les sacaban ventaja. Grupos de entre seis y doce aparecían en una u otra cornisa y lanzaban una lluvia de flechas contra los escudos y las armaduras. Con suerte, causaban alguna herida o derribaban a algún hombre. Antes de que Quirísofo tuviera tiempo de dar el alto o cuando divisaban a los espartanos persiguiéndolos por las cimas, volvían a partir, ululando y brincando.

Era enervante, pero si los griegos mantenían la formación y usaban los escudos, apenas causaban bajas. Formar una columna era de gran ayuda, puesto que un escudo podía proteger a dos o tres soldados en marcha, y, superpuestos, frustraban los ataques del enemigo. Sin aquellos escudos y la disciplina de mantenerlos firmes, habría tenido lugar una masacre.

En la retaguardia, Jenofonte vio aparecer una fuerza mayor mientras avanzaba penosamente junto a la abertura de un valle a un lado. Aproximadamente un centenar de carducos se movían de arriba abajo allí, amenazándolos, con el rostro pintado de hollín o sangre. Estaban tentadoramente cerca y tan listos para arremeter como para huir, pero su misión era proporcionar apoyo a Quirísofo y no podía desmarcarse. Jenofonte ordenó juntar los escudos formando una línea ininterrumpida en ese flanco, mientras una lluvia de piedras y flechas repiqueteaba contra ellos. Filesio estaba allí para soportar la peor parte de la arremetida, con los tesalienses y los estinfalienses justo delante en la columna. Eran soldados robustos y experimentados y no flaquearon. Jenofonte se estaba acostumbrando a la rutina y aceptándola cuando el ritmo de delante cambió.

Sin previo aviso, Quirísofo y todo el frente de la columna se desmarcaron de los seguidores del campamento y se abalanzaron corriendo contra una amenaza oculta. Jenofonte tuvo que encargarse de adelantar la retaguardia sin tener ni idea de lo que sucedía ni de dónde se le necesitaba. Entre maldiciones, llamó a Filesio a su lado.

El tesaliense parecía pálido pero decidido. Lo saludó cruzándose un brazo sobre el pecho.

–Necesitamos capturar a unos cuantos de esos hombres –gritó Jenofonte por encima del estruendo de la marcha y el repiqueteo de las piedras y saetas que aún llegaban por su izquierda.

Justo cuando Filesio abrió la boca para responder, una flecha le atravesó la cabeza a un hoplita de la fila posterior al asomarse por encima de un escudo. Cayó sin gritar siquiera, y tanto Jenofonte como Filesio se quedaron mirándolo mientras su cadáver quedaba atrás.

–No podemos detenernos aquí –dijo Jenofonte–. Consígueme un guía, Filesio. Esta gente se conoce hasta el último rincón de estas montañas. Nos tendrán rodeados hasta que nos dotemos de ojos. Tiéndeles una emboscada. Tiéntalos a acercarse, con mujeres o con un hombre herido.

Filesio se rio entre dientes mientras se disponía a situar al frente a dos muchachas reticentes. Una de ellas iba acompañada de un hoplita que era su amante y anduvo quejándose a viva voz hasta que supo que era Jenofonte quien había dado la orden. Incluso entonces, el joven soldado

observó con ojos recelosos cómo se obligaba a las dos jóvenes a alejarse corriendo de la línea de escudos, como si hubieran escapado.

La ráfaga de flechas se detuvo al instante. Las mujeres capaces de procrear nunca pasaban desapercibidas. Sin dudarlo, ocho carducos echaron a correr alargando los brazos para agarrar a las mujeres, que no dejaban de chillar, pero quedaron rodeados cuando la fila de griegos surgió ante sus ojos.

Los ocho carducos que se habían acercado fueron apresados y arrastrados hasta las filas. Cuatro de ellos murieron en la refriega y sus cadáveres fueron arrojados al suelo sin contemplaciones. A los otros cuatro se los maniató y fueron llevados a la columna, donde no era posible rescatarlos ni asesinarlos. Las flechas y piedras volvieron a repiquetear, pero la columna prosiguió su avance. Por delante de ellos, los seguidores del campamento aumentaron el ritmo para intentar dar alcance al destacamento capitaneado por Quirísofo que se había desvanecido para perpetrar una carga.

Jenofonte se volvió bruscamente hacia Filesio:

—Que alguien que hable la lengua persa interrogue a esos carducos. Cuanto antes sepamos dónde estamos, mejor.

Vio a los seguidores del campamento doblar penosamente una curva del camino. Se sentían desesperadamente vulnerables y a él no le cabía duda de que los carducos los acechaban por todos los flancos. Sin alguien que los mantuviera en movimiento, los suyos se detuvieron en seco, aterrorizados. Jenofonte maldijo a Quirísofo por perseguir a fantasmas y abandonarlos. Tomó una decisión, pese a tener la sensación de que se le iba a desbocar el corazón.

—¡Continuad! ¡Paso redoblado! Formad alrededor de los seguidores del campamento lo mejor que podáis. ¡Territorio hostil! Escudos en alto y lanzas listas para repeler un ataque. Nadie se detiene hasta que veamos a nuestra vanguardia. ¡Nadie!

Por encima de sus cabezas divisó delgadas líneas de arqueros asomándose furtivamente desde cornisas en los escarpados precipicios que apenas podían sostenerlos. Flechas y piedras silbaron por el aire y ello bastó para que todos aumentaran el ritmo bajo la protección de los escudos. Conforme avanzaban, trepando por encima de piedras y adentrándose por lugares estrechos, se oían gritos de dolor cada vez que los carducos encontraban carne en lugar de bronce.

Jenofonte los obligó a avanzar durante un kilómetro y medio, aunque para entonces a todo el mundo le faltaba el resuello, como si el aire se hubiera vuelto demasiado fino para respirar. Subían con cada paso que daban y, sin embargo, nunca parecían llegar lo bastante alto como para detener la lluvia que caía sobre ellos.

Avistaron a lo lejos las filas posteriores de los cinco mil hombres que acompañaban a Quirísofo, encorvados como un escarabajo o una tortuga, protegidos bajo los escudos. Jenofonte sintió un arrebató de ira, pero se controló como un espartano, diciéndose que Quirísofo no lo habría dejado desprotegido sin un buen motivo.

El propio Quirísofo fue a su encuentro cuando la mitad posterior de los griegos se reunió de nuevo con el frente. El alivio fue indescriptible. Por separado, sabían que afrontaban la destrucción.

Quirísofo se desplomó sobre una rodilla para disculparse, un gesto que valía más que mil palabras.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Jenofonte, esperando no haberse equivocado al juzgar a aquel hombre al haberle concedido demasiada autoridad.

—Lo siento. No había tiempo para avisarte. Mira allí y verás qué me hizo echar a correr.

Señaló con el dedo y Jenofonte oteó la distancia. Llegó al punto en el que Quirísofo se había lanzado a rebato. Vio el desfiladero entre las montañas que se angostaba hasta convertirse en apenas una grieta... y el enjambre de miembros de tribus que los aguardaba allí.

Quirísofo seguía arrodillado.

–Los vi descender por las laderas y entendí que intentaban llegar a ese punto antes que nosotros. No sabía... no sabía por qué era importante, solo vi que corrían para llegar allí. Rompí la cadena de mando para detenerlos, general. Lo lamento.

–Ponte en pie, Quirísofo. ¡Qué alivio! Creí que te habías vuelto loco. ¿Has capturado a guías? Yo dispongo de cuatro, puedo prestarte un par. Quizá exista algún modo de sortear esa quebrada. No me gustaría tener que atravesarla.

Mientras se ponía en pie, el espartano alargó la mano y Jenofonte la tomó como por impulso. No les hacía falta decirse nada más.

–He capturado unos cuantos, estratega –respondió Quirísofo–. Los interrogaré. Normalmente hay alguna senda estrecha sobre las montañas, lo bastante buena para las cabras y las ovejas. Así fue como los persas nos derrotaron en Termópilas. Me encantaría encontrar esa senda en este lugar.

Jenofonte le gritó a Filesio, que andaba por allí cerca:

–Tráeme a esos condenados carducos y a alguien que hable persa.

Su única esperanza era que los miembros de las tribus entendieran la lengua imperial; de otro modo, no tendrían ninguna utilidad para él.

Filesio encontró a un griego que hablaba persa suficiente para formular preguntas sencillas. Para dejar clara la urgencia de la situación, ordenó a dos de sus tesalienses dejar inconscientes a golpes a dos de los carducos antes de volverse hacia los otros dos y preguntarles si existía algún otro camino.

Uno de ellos era un hombre en la cuarentena, con la piel curtida pero pálida, como si nunca hubiera visto el sol. Juró que el desfiladero era el único modo de atravesar aquella parte de las montañas. Prometió por Zoroastro y Ahura Mazda que decía la verdad. Jenofonte vio al otro mirarlo con los ojos como platos al escuchar aquellos espantosos juramentos.

–Llévate al más viejo –dijo Jenofonte–. Libéralo ileso con los otros dos. No voy a necesitarlos más.

Sonrió al último hombre, que debía de tener más o menos su edad, observándolo con detenimiento.

–Dile que sabemos que su amigo mentía, pero que no entendemos por qué. Dile que podemos ser misericordiosos o crueles. La elección es suya.

El soldado griego tradujo sus palabras al persa más simple que conocía y el joven se mordió el labio inferior, pensativo. Al cabo de un rato, un torrente de palabras salió por su boca, más rápido de lo que el traductor pudo hacerse eco en griego.

–Dice... que el otro hombre no quería explicarte que hay un camino... por encima de las montañas... porque la casa de su hija está en esa dirección..., pero que existe, que hay una vereda estrecha que permite sortear la quebrada algo más arriba. Dice que matemos a su compañero si no lo hemos puesto en libertad aún o se lo explicará a los ancianos... Dirá que este joven colaboró con el enemigo y su vida habrá acabado.

Jenofonte dio una orden rápida y el hombre al que estaban a punto de liberar fue ejecutado al instante. El joven sonrió al verlo, visiblemente más tranquilo.



–Dice que el viejo era un amigo de su padre y que le complace... verlo muerto.  
Jenofonte pestañeó al entender que lo habían utilizado.  
–Muéstranos dónde empieza ese camino –le ordenó.

Jenofonte decretó organizar un destacamento de voluntarios integrado por los más preparados y veloces. Aceptó cuatro capitanes y dos mil hombres, a quienes explicó su misión y la velocidad que requería. Sonrieron al escucharlo, pues preferían subir corriendo montaña arriba que caminar a ritmo lento en fila con el resto.

–Este desfiladero tiene que ser importante o no habrían congregado a tanta gente para defenderlo –dijo Jenofonte–. No podéis fracasar en esto, señores. Y ahora id...

Mientras hablaba, un chubasco cayó de entre la niebla como una cortina corrida a lo ancho del valle. Quedaron todos empapados en cuestión de segundos, agachando las cabezas para protegerse de las gotas mientras arreciaba el aguacero. Jenofonte maldijo para sus adentros. La lluvia solo dificultaría las cosas. La niebla parecía descender más y más a cada momento, de manera que ninguna de las cumbres que se erguían sobre ellos resultaba visible e incluso el desfiladero se había convertido en un contorno vago recortado contra un cielo luminoso.

–Seguid al guía. Nos prepararemos –dijo Jenofonte.

Observó cómo dos mil de sus hombres más jóvenes y mejores se marchaban corriendo. Dejaron el lecho del valle y vio al guía carduco correr con las manos atadas a la espalda. El joven los guio a través de un cañón hasta un punto en el que un camino de cabras se perdía entre densos helechos. No parecía conducir a ningún sitio, sino desvanecerse entre las rocas. Su verdadero alcance quedaba oculto desde abajo y Jenofonte sabía que no lo habrían localizado sin él. Se congratuló internamente por el hecho de que los carducos que había capturado Quirísofo no hubieran aportado ninguna información de utilidad.

Durante un rato, estuvo de brazos cruzados. Bajo la lluvia incesante, sus gentes temblaban con el ánimo por los suelos. Sin el sol a la vista, resultaba difícil determinar qué hora era, aunque le pareció que estaría a punto de atardecer. Tomó una decisión rápida y ordenó a la columna avanzar en buen orden, lo suficiente para que quienes aguardaban en la quebrada supieran que se dirigían hacia allí. Entonces Jenofonte les ordenó romper filas y descansar. No había rastro de flechas o rocas procedentes de los riscos superiores. Se preguntó si se debería a que los carducos también estaban calados hasta los huesos. Los arqueros se quejaban amargamente cuando se les obligaba a trabajar con las cuerdas mojadas, eso lo sabía. O quizá hubieran escuchado las pisadas de dos mil griegos ascendiendo por la ladera y pensaran que les iban a la zaga. En todo caso, la calma ayudó a levantar el ánimo pese a la lluvia. Empezaba a oscurecer. Sus hombres pasarían una noche fría en las cumbres. Confió que la niebla se hubiera despejado por la mañana para poder ver cómo sorprendían a los carducos.

Por todo el fondo del valle discurrían riachuelos; no había ni un rincón seco. Jenofonte vio a muchos de los seguidores del campamento acomodarse por parejas o grupos, espalda contra espalda, para mantener al menos esa parte del cuerpo protegida de la humedad. Pero incluso con esa protección les aguardaba una noche deprimente.

Pallakis acudió a sentarse a su lado mientras la luz se atenuaba. Limpió con una mano una piedra ancha y plana y se sentó en ella, cruzó los tobillos y se acercó las piernas al cuerpo para

retener parte del calor. La manta en la que dormía estaba oscura a causa de la humedad. Le castañeteaban los dientes y Jenofonte anheló poder guarecerla en algún sitio. Los griegos y el frío no eran una buena combinación.

–Pareces un pajarillo a punto de ahogarse –le dijo Jenofonte, que acompañó sus palabras con una sonrisa.

El cabello de Pallakis, antes voluminoso y con grandes rizos, caía lacio y se le pegaba a la cara formando largos tirabuzones. Se encorvó bajo la lluvia.

–Así es exactamente como me siento –le respondió ella–. ¿Vamos a quedarnos aquí a pasar la noche?

–No tenemos más remedio, hasta que logremos despejar ese paso.

–¿Y si no lo conseguimos?

–Entonces hay un camino más duro que nos obligaría a trepar. De un modo u otro, mañana continuaremos.

En aquel momento, la noche que tenían por delante parecía prolongarse hasta la eternidad. Jenofonte cayó en la cuenta de que también él temblaba. Le castañeteaban los dientes y tenía las manos blancas y visiblemente temblorosas.

–¡Estás helado, Jenofonte! –exclamó ella–. Siéntate a mi lado. Mi manta está húmeda, pero es mejor que nada.

–¿Dónde está Hefesto? –inquirió Jenofonte sin moverse.

Pallakis se puso tensa y le apareció una doble arruga en la fina piel del entrecejo.

–No soy suya, Jenofonte.

–Tampoco eres mía, lo sé –respondió él, sin siquiera pensárselo.

Ella guardó silencio durante un largo rato, sin apartar la mirada de él.

–Creí... que eso era lo que querías, durante un tiempo. Pero te noté abrumado con todos tus deberes para mantenernos con vida. Y lo entendí, Jenofonte. ¿Pretendes decirme ahora que quieres que venga a ti? ¿Que me quieres en tu lecho? No juegues conmigo, Jenofonte. Habla o calla. Pide o renuncia.

Jenofonte tragó saliva, mirándola fijamente. Parecía que tendría que decirlo. Pero se le antojaba una locura. Se encontraban en unas montañas hostiles sin apenas comida y rodeados por el enemigo. De repente entendió que quizá lo que anhelaba era la fantasía del amor más que la realidad. Quería intercambiar miradas anhelantes con una mujer bella, pero que no le robaran mucho tiempo. No tenía hueco en su vida para conversaciones dilatadas, risas o canciones. Lo que él quería podía conseguirse en segundos y, aunque suspiraba por ella, entendía que no sería suficiente.

Los días de ella no estaban llenos de eventos y decisiones. Jenofonte no podía convertirse en una distracción para Pallakis. Y si ella lo distraía a él, todos perecerían. Intentó recordar todos estos argumentos mientras le revoloteaban en el pensamiento. El silencio se agrandó alrededor de ambos y cayó en la cuenta de que había tardado demasiado en responder.

–¡Aquí estás! –dijo Hefesto, caminando con paso decidido por las piedras.

Llevaba en la mano una manta caliente con la que le cubrió los hombros a Pallakis sin pronunciar palabra. De nuevo, a los ojos de Jenofonte, parecía reclamarla con su modo de rodearla con el brazo.

Jenofonte sabía que Hefesto era plenamente consciente de haber interrumpido algo. Sus miradas fugaces detectaron el leve rubor de las mejillas de ella y la mirada fija que Jenofonte solo logró romper con un pestañeo. Hefesto, también sonrojado, se movía con torpeza.

–Hay un poco de comida ahí atrás –informó–. Carne seca hervida con unas pocas hierbas. Y un vaso de vino. Es todo bastante repugnante, pero es mejor que morir de hambre. ¿Vendrás antes de que se acabe?

Le formuló la pregunta a Pallakis y ella se levantó con agilidad, se desembarazó de la manta empapada y se envolvió en la seca. Volvió a mirar a Jenofonte antes de dar media vuelta. Él tenía la mirada clavada en el suelo, entre sus pies. Una expresión de exasperación rayana en la furia cruzó el rostro de Pallakis. Su labio inferior se encogió hasta desaparecer y agarró a Hefesto del brazo, para sorpresa de este. La oscuridad cayó sobre las montañas y los griegos dormitaron y temblaron bajo las mantas y se despertaron una y otra vez con regueros de agua fría deslizándose por su piel.

La lluvia había parado al dispersarse la niebla sobre sus cabezas y pudieron entrever los peñascos que antes habían quedado ocultos. Jenofonte despertó a la retaguardia mientras Quirísofo reunía a los espartanos en el frente y los preparaba para lo que les deparara el día. Todos tenían hambre, pero había agua fría y limpia y, aunque aún estaban mojados, apestaban un poco menos. Algunos de los hombres desprendían vaho al desperezarse, derramando su calor corporal en la mañana.

En el desfiladero, el ejército de carducos empezó a moverse. No formaban filas y, a ojos de los griegos, parecían una colmena en movimiento. El sol brillaba tras ellos y, a contraluz, parecían figuras negras brincando, pero había tantas que era imposible pasar a través de ellas. Los griegos formaron ante su mirada, convirtiéndose en una amenaza. Jenofonte ordenó a la columna preparar los escudos y avanzar, y luego dio el alto de nuevo. El enjambre se había quedado quieto mientras los carducos aguardaban, pero los griegos no les miraron a ellos, sino a un punto a menos de doscientos pasos del lugar que tenían bloqueado.

Jenofonte dio las gracias a los dioses cuando sonaron los cuernos por encima de sus cabezas. Era una nota sorda, pero en sus oídos reverberó a alegría. Le había preocupado que los dos mil hombres que había enviado pudieran haberse perdido en las cumbres bajo la oscuridad. Habían pasado una noche temblando en silencio y soportando la lluvia incluso con menos protección que sus compañeros en el valle. Aun así habían avanzado sigilosamente sobre el enemigo con la primera luz. Jenofonte los bendijo por ello.

Vio a los carducos consternados. Sabían luchar en las cimas y sentían pánico a encontrarse en una posición inferior, era evidente. Mientras sus hombres descendían profiriendo alaridos por la ladera, Quirísofo ordenó a los espartanos avanzar a paso redoblado. Comenzaron a entonar el peán, la canción de la muerte. A Jenofonte se le clavó en el corazón y los acompañó en sus cánticos, llenándose los pulmones de aire. Algunos de los griegos que lo rodeaban lo miraron asombrados.

Los carducos huyeron como ratas, despejando el desfiladero. Jenofonte escuchó una gran ovación entre quienes aún descendían por los flancos. El camino secreto los había conducido directamente al otro lado del paso y ya se dirigían hacia el valle que se extendía tras él. Por su parte, lo único que él podía hacer era marchar con la retaguardia en buen orden entre las ramas de árbol y espino que se habían apartado a ambos lados. Los carducos habían desaparecido y, aunque empezó a oír de nuevo sus alaridos a su espalda, era más un sonido de duelo que de desafío.

El sol se abrió paso entre las nubes bajas mientras los griegos atravesaban la quebrada, proyectando sus rayos en el suelo como puntas de dedos sobre el campo verde. Jenofonte vio grupos de casas y rebaños de ovejas y cabras. Le dolió la boca al pensar en comer carne asada. El

valle tal vez fuera angosto, pero contaba con un lecho verde y era a todas luces una parte rica de las montañas, una joya oculta. Por lo que él sabía, no había nada parecido en toda aquella cordillera. Buscó a Pallakis para sonreírle, pero ella estaba fuera de la vista, en algún punto más elevado, con Hefesto como acompañante.

El mediodía siguiente, uno de los ancianos de los carducos se presentó en la casa que Jenofonte había tomado. El desconocido lucía morados a causa de los golpes que había recibido al acercarse a los centinelas griegos, pese a mostrar sus manos vacías y caminar con la cabeza gacha, aceptando la humillación de que le concedieran audiencia. Jenofonte mandó llamar al joven guerrero que les había revelado la senda alternativa para sortear el paso. El joven se dirigió a grandes zancadas hacia el anciano y le abofeteó la cara, mirándolo con malicia. Jenofonte tuvo que ordenar que lo redujeran.

El viejo carduco hablaba en su idioma, y cuando lo pincharon con el extremo de una lanza, el guerrero tradujo sus palabras a regañadientes:

–Os pide que no queméis las casas. Dice que lo único que quiere su gente es que la dejen en paz, pero miente. Han enviado a un anciano porque carece de valor. Matadlo si queréis, no importa.

El viejo escuálido empezó a forcejear y a dar patadas al más joven mucho antes de que hubiera traducido sus palabras al griego.

–¿Qué pasa? ¿Qué decís? –quiso saber Jenofonte.

El joven se encogió de hombros, musitando en su propio idioma, mientras el otro se dedicaba a insultarlo entre susurros.

–Nosotros hacemos la guerra para ganar. No hay reglas. Si este viejo loco ha llegado hasta aquí, yo iría a ver a vuestra guardia y me aseguraría de que no haya nadie degollando por ahí fuera. Somos muchos guerreros.

El anciano volvió a hablar mientras Jenofonte escuchaba al traductor. No reconocía el griego como palabras y continuó parlotear por encima del sonido, exponiendo su argumento. Jenofonte le ordenó callar levantando una mano y se pellizcó el entrecejo. Había comido bien y le habían maravillado los víveres que aquellas gentes habían reunido para hacer frente el largo invierno.

–Tradúcele esto. Lo único que queremos es atravesar el valle. No incendiaré sus casas si me devuelve a mis muertos para darles sepultura y consagrarlos a los dioses. Dile eso, y nada más.

El testarudo guerrero carduco así lo hizo. Y aunque al traducir tuvo problemas con algunos fragmentos, al final el anciano le estrechó la mano a Jenofonte y agachó la cabeza. Jenofonte le hizo un gesto para que se marchara, cansado de todos ellos. Mientras se los llevaban de allí, decidió recorrer los confines del campamento y comprobar que los guardias seguían en su sitio y con vida. No confiaba en los carducos.

Aquella noche, los cadáveres de los griegos aparecieron en las lindes de la población carduca. Los guardias dieron la alarma al ver sombras moviéndose, pero quienes se acercaron corriendo con antorchas solo encontraron los cuerpos de hombres a los que habían conocido yaciendo en el suelo. Los alzaron con reverencia, como a hermanos. Nadie durmió aquella noche, que pasaron pronunciando oraciones por los muertos. Las mujeres del campamento se encargaron de limpiar y ungir los cadáveres y luego los vistieron de nuevo. Les cosieron las heridas y les aceitaron las barbas. No se devolvieron armas con los muertos; de otro modo, se habrían repartido entre los amigos y aliados. Lo único que pudieron hacer fue cavar una gran fosa y enterrar a los difuntos en ella. Resultaba una imagen cruel bajo la luz de las antorchas y Jenofonte escuchó a las mujeres

lamentarse. Se preguntó si los carducos entenderían lo que estaban haciendo o si profanarían la tumba en cuanto se hubieran ido. Apartó aquel pensamiento de su mente. Era lo único que podían hacer. Descendieron los cuerpos con dignidad, entre oraciones y lamentos, antes de cubrirlos con tierra.

Cuando el sol se alzó, el grupo abandonaba ya a paso decidido el valle. Dejaron las casas intactas, y aunque había esclavos para tomar, sí se llevaron todo lo que podía comerse, incluidos rebaños de cabras y ovejas, que arreaban entre ellos. La columna se había reorganizado en líneas definidas y se notaban más animados que en cualquier momento anterior.

Los primeros ataques punzantes empezaron antes de que el sol se elevara por encima de los riscos. Miles de carducos los siguieron sigilosamente por las cimas y desde aquella altura incluso una piedra arrojada con la mano podía derribar a un hombre. Lo peor fue cuando lanzaron grandes peñas ladera abajo, que saltaron, rodaron y aplastaron a todo aquel demasiado lento para apartarse de su camino. Al menos, esas se veían. No hubo asomo de niebla durante todo el día e incluso las cumbres más altas resplandecían bajo el sol invernal. La temperatura pareció caer en picado, pero la contienda los mantuvo en calor.

Jenofonte y Quirísofo trazaron un plan. Si los carducos atacaban el frente de la columna, Jenofonte enviaría a hombres de la retaguardia a los caminos laterales para intentar tomar posiciones en las alturas. Era lo que más desagradaba a los carducos, que abandonaban sus puestos en cuanto se sentían flanqueados de ese modo. Si era a Jenofonte a quien atacaban, Quirísofo haría lo mismo con sus espartanos, a quienes enviaría hacia arriba y hacia atrás para brindarle apoyo.

Fue un trabajo arduo y brutal, y al final de aquel día invernal estaban todos exhaustos y frustrados. Los carducos habían elegido defender un pico, quizá porque no encontraban la manera de descender. Con la nieve crujiendo bajo sus pies, habían presentado batalla a los griegos. Tuvieron la mala suerte de que estos contaran con un grupo de cincuenta espartanos. Dejaron la nieve salpicada de rojo y lanzaron las cabezas de los carducos al grupo siguiente cuando arremetieron.

Al caer de nuevo la noche, el número de bajas había aumentado. Jenofonte se preguntó si le ofrecerían otro trato a cambio de sus muertos, pero ya no disponía de casas que canjear. Los carducos no querían nada de él y no los vio cuando el cielo se despejó y un frío espantoso congeló el campamento. Se preguntó cuánto tiempo más resistirían, y cuántos kilómetros habían cubierto él y sus hombres aquella larga jornada. Cerró los ojos y oró.

Soñó con cadenas rotas y grilletes de hierro que se desprendían. Por la mañana buscó a Quirísofo para explicárselo. Tenía que ser un buen presagio, un mensaje de los dioses. Jenofonte se despertó con mejor ánimo del que había sentido desde que se habían adentrado en las montañas. Y aquel sueño era el responsable.

Se lo explicó al espartano y vio aquella vieja sonrisa regresar a su rostro. Jenofonte se alegró de que así fuera. Echaba de menos la amistad que había surgido entre ellos, truncada por la separación que representaba la columna. Los hombres necesitaban momentos de cordialidad y risas; de lo contrario, empezaban a marchitarse. Pallakis parecía evitarlo, lo cual implicaba que Hefesto rara vez estaba cerca. Solo quedaba Quirísofo, y parecía exhausto y flaco. La barba del espartano estaba enmarañada y apelmazada, y lucía una gran mancha cana en la barbilla.

—Un sueño premonitorio —dijo Quirísofo—. Se lo explicaré a los hombres. Quizá deberíamos sacrificar a las cabras que nos llevamos.

Aguardó su permiso, pero Jenofonte no dudó ni un instante.

–Las desangraremos como sacrificio, pero nos llevaremos la carne con nosotros. Ya no falta mucho, Quirísofo.

Durante los dos días siguientes sufrieron ataques esporádicos. Desde hendiduras en las montañas circundantes volaron flechas que describieron altos arcos en el cielo y, por lo general, impactaron contra un escudo. Un espartano murió atravesado por una de ellas la segunda de aquellas mañanas; lo llevaron a un lado, donde tosió sangre y se sentó, y ya no se volvió a levantar. No había tierra para enterrarlo ni herramientas para cavar el suelo, de manera que le construyeron un túmulo, añadiendo cantos rodados hasta que fue tan alto como un cerro.

El joven guerrero carduco a quien Jenofonte había apresado se escapó durante la noche, tras mascar o frotar las sogas con las que estaba maniatado mientras su captor dormía. Jenofonte recordó el sueño acerca de los grilletes abriéndose y confió en que no se refiriera a la huida de su rehén.

La tercera mañana después del valle, la séptima desde que se habían adentrado en las montañas, el camino los condujo hasta una hendidura que descendía por una escarpada ladera de pedregal suelto y desembocaba en una extensa llanura. Desde aquella altura previeron una marcha de todo un día. Un inmenso río discurría a menos de un kilómetro de los peñascos.

En la ribera opuesta, sobre una llanura verde y dorada, había un ejército esperándolos. Regimientos de caballería acampados en la planicie, con el humo de sus hogueras elevándose como hilos de lluvia en el aire. Sobre los cerros más bajos resplandecían cuadros de infantería. Habían buscado posiciones elevadas, aunque escaseaban, de manera que se habían aferrado a las crestas de las montañas como islas en un océano. Quirísofo llamó a Jenofonte al frente cuando llegó a aquella última quebrada. Aunque el enemigo los esperaba al otro lado del río, ambos se agarraron por la mano y el hombro y rieron. Habían dejado atrás la cordillera.

–¿Qué hará un sátrapa esperándonos en invierno? –preguntó Quirísofo, protegiéndose los ojos con la mano mientras oteaba la distancia.

–Tiene que deberles un gran favor a los persas para decidir congelarse al raso.

Jenofonte ocultó su desencanto. Se había olvidado de los grilletes, pero esperaba dejar en las montañas los enfrentamientos y el derramamiento de sangre. Ya había soportado suficiente, y la idea de una nueva batalla se le antojaba extenuante. Fuera quien fuera el enemigo, fueran cuales fueran sus lealtades o promesas a Persia, lo esperaban a él... y estaban en su camino.

–Tenemos que cruzar ese río para regresar a casa –dijo.

–Encontrarás la manera de hacerlo –replicó Quirísofo. Jenofonte lo miró, pero no había rastro de bafa ni de humor en su expresión–. No será la primera vez.

**E**n silencio, la columna griega descendió patinando por las laderas, dejando surcos en cada una de sus grandes pisadas. Algunos de los seguidores del campamento cayeron rodando, pero los hoplitas se distribuyeron en buen orden, colocando cada pie con cautela. Quienes formaban la retaguardia avanzaban aún más despacio por si se producía un ataque, hasta que ellos también cayeron presa del delirio.

Habían salido de las montañas. Y estaban vivos. Empezaron a correr dando grandes saltos, cada vez más rápido. Allí, incluso el aire tenía un sabor más dulce que en las húmedas neblinas de las montañas. Rieron y se gritaron entusiasmados unos a otros al llegar a las cálidas tierras que se extendían en el valle. Los peñascos de los carducos eran cuchillas que se erguían a sus espaldas, en todos los sentidos.

Jenofonte caminó arriba y abajo de las filas, exhortándolos a recuperar la compostura y avanzar en correcta formación. Echaba de menos su caballo. Todos los hombres habían sido alguna vez niños que alzaban la mirada hacia sus padres.

Se preguntó si el simple gesto de levantar la cabeza los hacía más proclives a obedecer, instigados por sus primeros recuerdos. No era fácil comandar a grandes cuerpos de hombres a su misma altura.

Volvieron a contar con espacio suficiente para formar un cuadro dentro de un cuadro. Resultaba casi reconfortante ver las viejas filas alrededor, aunque muchos rostros ya no estaban entre ellos. Centenares de hombres habían perecido en las montañas, y había que sumar la docena de mujeres hechas rehenes en las incesantes batallas, arrancadas de la hueste a gritos. Quienes se encontraban ahora allí habían sobrevivido, pero no sin unos recuerdos que los perseguirían durante toda su vida.

Jenofonte tenía la sensación de haber envejecido diez años de golpe. Observó con rabia contenida al ejército que se desperezaba ante su presencia en la ribera opuesta del río. No sabía quiénes eran ni qué los había llevado hasta aquella llanura. Estaba enojado con ellos porque se interponían en su camino y estaba cansado de encontrar a gente que le bloqueaba el paso.

Encontró a Quirísofo esperando pacientemente sus órdenes, con los espartanos alineados en bloques ordenados. Presentaban un aspecto algo descuidado, debido a todo lo que habían soportado. No solo se apreciaba en sus barbas y trenzas, sino también en su visible fatiga, como si ni siquiera ellos pudieran continuar indefinidamente. Era un pensamiento inquietante, se dijo Jenofonte. Había confiado más en su resistencia que en la de nadie, y los había utilizado siempre en primer lugar y para las misiones más duras. Pero, al fin y al cabo, eran hombres. La luz se filtraba a través de los desgarros de sus capas rojas, algunas de las cuales aleteaban irregulares, pues su tela se había cortado para vendar una herida. Muchos de los espartanos llevaban tiras rojas en los muslos o brazos, oscurecidas por la sangre. Los esclavos ilotas se alzaban entre ellos, portando escudos y lanzas en silencio. Juntos formaban un cuerpo de élite, y Jenofonte sabía que no habrían llegado a aquel lugar sin la sangre que habían derramado.

Lo miraron sin enojo, a la espera de sus órdenes. A su vez, él se enfrentó a sus miradas sin



estremecerse. Los espartanos habían cumplido su parte, pero él también la suya. Jenofonte miró hacia el lado opuesto del río, donde todavía se estaban organizando los regimientos de infantería, presas de la emoción y la locura ante la presencia del enemigo. Debían triplicar o cuadruplicar la cantidad de hoplitas griegos; serían unos treinta mil hombres. A cualquiera que no hubiera luchado en Cunaxa le habría parecido un gran ejército. Pero Jenofonte se limitó a señalar con un ademán hacia el otro lado del río y encogerse de hombros.

—¿Quiénes son estos insensatos que se alzan contra nosotros? —preguntó, con la voz teñida de cólera—. Nosotros, que hemos atravesado el ejército del rey persa sin oposición. Nosotros, ¡que hemos cruzado las montañas de los carducos y hemos sobrevivido! Parece que el señor Tisafernes contaba con palomas mensajeras entre sus tropas de bailarines. Esos hombres apostados en la otra orilla no conocen a los griegos. No tienen ni idea de a quién se enfrentan. —Sonrió a sus soldados—. ¡Imaginad sus rostros cuando se den cuenta!

Incluso los adustos espartanos reaccionaron a su arenga, imaginando al enemigo desbaratado. Se permitían pocos placeres, pero aquel era sin duda uno de ellos.

Tras las filas gobernadas por Quirísofo, el gran cuadro de los griegos aguardaba. También parecían magullados y demacrados, reducidos a pellejos, huesos y pura fuerza de voluntad. El alimento había escaseado durante demasiado tiempo, y habían pasado demasiados días luchando por sus vidas.

Los filos de sus espadas estaban romos y ninguno de ellos se había lavado desde hacía más de una semana. No obstante, Jenofonte se sentía tan orgulloso de ellos que notaba el pecho a punto de estallar.

Se quedó mirando fijamente al otro lado del río. Los había conducido hasta aquel lugar. Era una carga que pesaba sobre él, aunque no se habría desprendido de ella ni siquiera a cambio de tomar una copa aquella noche en Atenas y dormir en su propia cama.

—Camina conmigo hasta el río —le gritó a Quirísofo—. Trae tus lanzas más largas y unos cuantos escuderos para proteger a los lanceros. Hallaremos un vado y les mostraremos a esos vasallos del rey persa quiénes somos.

Una reducida partida echó a andar con él hasta la orilla del río. Jenofonte divisó estandartes desconocidos ondeando al viento en la margen opuesta. Los hombres llevaban abrigos acorazados, como los persas, pero decoraban sus banderas con símbolos extraños y parecían más bajos. Costaba no desfallecer ante la visión de tantos soldados, pero Jenofonte se obligó a caminar con paso decidido hasta la orilla del río como si no percibiera amenaza alguna.

El río era mucho más ancho de lo que había pensado: se extendía al menos un centenar de pasos de uno a otro lado. Y su rápido cauce ondulaba las aguas con formas que recordaban el vuelo de los gansos. Jenofonte observó cómo los insolentes arqueros enemigos decidían poner a prueba el alcance de sus flechas, acercándose tanto como podían al agua y tensando sus arcos. Eran unos treinta, y Jenofonte tuvo que situarse tras dos escudos de bronce sostenidos en alto por espartanos e intentar no reaccionar a los golpes secos y los siseos de unas flechas de hierro destinadas a matar.

Entre las diversas descargas cerradas mojaron las lanzas en las aguas a lo largo de la orilla, pero no detectaron ningún vado. Una y otra vez, las lanzas desaparecían hasta la altura de la mano que las sujetaba. Cuando uno de sus hombres fue alcanzado por una flecha y fue recuperado entre insultos y maldiciones, los griegos se retiraron del alcance del enemigo. Jenofonte notó que Quirísofo lo observaba mientras retrocedían. Arqueó las cejas en gesto interrogatorio, sin saber cómo continuar. Había dado por supuesto que las fuerzas enemigas conocían el río. Sin embargo,

parecía que habían recorrido un largo camino para responder a la llamada de sus amos persas y no estaban más familiarizadas que él con los puntos para vadearlo. Como fuere, sin un punto por el que cruzarlo, no podía responder a su desafío.

Se sintió un poco desanimado al regresar junto a los griegos expectantes. Tendrían que seguir buscando. Había visto desde las alturas que, hasta donde alcanzaba la vista, no había puentes. Tenían que encontrar un punto por el que las aguas del río fluyeran menos caudalosas, donde alguna antigua plataforma de piedra o grava siguiera resistiendo el torrente. Peor aún era pensar en pasar la noche en un terreno tan expuesto. El viento soplaba con más fuerza, agitando ropas y cabellos. Pero lo más apremiante de todo era que los griegos necesitaban comer.

—Podríamos enviar partidas de caza a las estribaciones en busca de huevos de ave —propuso Quirísofo, haciéndose eco de sus pensamientos.

Jenofonte miraba ya más allá del cuadro de su gente, hacia los peñascos grises y verdes que los habían vomitado. Un movimiento en el paso elevado le llamó la atención y escudriñó el horizonte antes de sacudir la cabeza.

—No creo que nos lo permitan —dijo, señalando hacia allí.

Los carducos se habían reunido en gran número en el punto por el que los griegos habían salido de las montañas. Había más de los que Jenofonte creía que pudieran convocar. Miles de ellos agitaban lanzas y arcos en el aire y ululaban, si bien sus alaridos quedaban amortiguados por la distancia y la brisa.

—Caramba. Así que no podemos retroceder ni avanzar —sentenció Quirísofo—. Creo que deberíamos tomarnos un día para recomponernos, señor. Finiquitar lo que nos queda de comida y vino. Curar y coser de nuevo las heridas. Algunos de los hombres están febriles y transportamos a demasiados de ellos en camillas. Deja que los carducos aúllen en sus cumbres. —El espartano se estremeció al recordar fugazmente algo—. Y mientras lo hacen, nosotros descansaremos y recuperaremos fuerzas.

—Le pediré a Atenea que nos muestre el camino que debemos seguir —dijo Jenofonte.

Quirísofo agachó la cabeza para rendir tributo a aquel nombre.

—Nosotros también la honoramos. Una doncella con escudo, diosa de la guerra y la sabiduría. ¿Cómo podríamos no hacerlo? Es una diosa muy espartana. Quizá fue ella quien te envió el sueño de las cadenas rotas.

Jenofonte sonrió al recordarlo.

—Eso creo. Me infundió esperanzas en un momento en que estaba cerca de desesperar.

Quirísofo se detuvo y lo miró sorprendido.

—¿Cerca de desesperar? No has dado muestra de ello.

Jenofonte apartó la mirada.

—Digamos que me alegro de haber salido de esas montañas. Tengo la sensación de haber atravesado el mundo de los muertos y haber regresado al de los vivos. ¿Me entiendes?

—Por supuesto —respondió Quirísofo—. Pero conseguimos cruzarlo.

No había nadie lo suficientemente cerca para escucharlos mientras regresaban a pie. Los otros hombres se les habían adelantado mientras los dos caudillos caminaban juntos y disfrutaban de un momento de paz.

—Yo... Ha sido un honor comandar a los espartanos en la guerra —dijo Jenofonte con embarazo.

—Sí. Siempre lo es —respondió Quirísofo. Hizo una breve pausa, puso una mueca y añadió—: He visto a ese joven amigo tuyo, Hefesto. Tenía la cabeza apoyada en la concubina del príncipe Ciro... ¿Cómo se llama?

–Pallakis –respondió Jenofonte con voz queda.

El sonido de su nombre pareció una respiración en sus labios y a Quirísofo no le pasó desapercibido.

–¿Quieres que un par de mis muchachos le adviertan de que mantenga las distancias? Si esa mujer es de alguien, es tuya.

Jenofonte negó con la cabeza, clavando la vista en el suelo mientras caminaban.

–No. No la forzaré. Vendrá a mi mano por propia voluntad o no vendrá. –Abrió de nuevo la boca con intención de iniciar un debate consigo mismo, pero se contuvo.

–Parecen muy amigos –apuntó Quirísofo.

Jenofonte se volvió bruscamente hacia el espartano, que soltó una carcajada.

–Lo siento. Te estaba tomando el pelo.

–Creía que los espartanos no reían –replicó Jenofonte incapaz de verle la gracia.

–¿Quién ha dicho eso? Si no nos riéramos, al menos del amor y la guerra, el mundo sería tristísimo. Una vez vi a un leopardo abalanzarse sobre un hombre. Han transcurrido diez años y la expresión de aquel pobre diablo me sigue divirtiendo.

Aquella noche, Jenofonte durmió muy mal. Se desveló una docena de veces, y cuando el sol volvió a brillar, tenía la sensación de no haber pegado ojo. Tras siete días en los altos riscos, se incorporó para contemplar el amanecer sobre la llanura. El río era una cinta dorada e incluso los vasallos persas convocados para obstruirles el paso resplandecían con grandeza bajo aquella luz. Era en esos momentos cuando se comprendía el verdadero sentido de estar vivo, pensó. Más que alegría, era una suerte de sobrecogimiento ante la belleza. Intentó apresar ese pensamiento para poderse lo describir a Sócrates. ¡Tenía tantas cosas que explicarle al viejo malandrín! Y la principal entre todas ellas era el deseo de agradecerle al filósofo la sugerencia de que se marchara. Atenas se había vuelto un lugar amargo para Jenofonte, aunque entonces no había atinado a entenderlo. Después de Cunaxa y tras la larga expedición para abandonar tierras persas, finalmente había entendido lo insignificantes que eran sus preocupaciones. Podría recuperar la paz y aparcar la ira corrosiva que lo había carcomido.

–Buenos días, general –lo saludó Quirísofo–. He venido con dos muchachos jóvenes. Creo que te interesará escuchar lo que tienen que decir.

Jenofonte sofocó un bostezo, sintiéndose sucio y enérgico en la mañana mientras se frotaba los ojos. Su cumpleaños había sido hacía unas semanas, aunque había pasado desapercibido. Tenía veintisiete años, pero se sintió más viejo al ver a los dos jóvenes espartanos. Se alzaban ante él prácticamente solo con sus sandalias. Uno de ellos llevaba la capa enrollada sobre los hombros y agarrada al cuello y el cinto de la espada a modo de taparrabos, mientras que el otro estaba desnudo y con aire absolutamente despreocupado. Tenían un aspecto extraordinariamente saludable, pensó Jenofonte mientras se frotaba la barbilla.

–¿Sí, señores? Estaba contemplando el amanecer. Decidme lo que tengáis que decir.

–Anoche mi hermano y yo salimos a buscar astillas, estratega. Caminamos durante una hora o dos, unos treinta estadios río abajo. Empezaba a oscurecer cuando vimos a un anciano y una anciana escondiendo ropas o telas en las piedras del otro lado del río. Tenían algo de pan y queso. Pensamos que podría ser un lugar que podíamos cruzar a nado, así que...

Su hermano lo interrumpió emocionado:

–Agarramos nuestros cuchillos con los dientes y nos dispusimos a vadear el río, pero el agua no

nos cubrió en ningún momento por encima de la cintura. Para cuando llegamos a la orilla opuesta, la pareja de ancianos se había ido, de manera que regresamos.

–¿Alguien os ha visto? ¿Habéis tocado las ropas? –les preguntó Jenofonte, completamente despierto ahora.

Vio a Quirísofo sonreír ante su reacción, pero lo ignoró. Los dos hermanos negaron con la cabeza. Jenofonte apretó los puños entusiasmado.

–Entonces os habéis ganado mi gratitud, ambos.

–Bien hecho, muchachos. Ahora regresad y comprobad el equipo –les dijo Quirísofo–. No creo que hoy vayamos a descansar.

Jenofonte sonrió.

–Tengo un plan, Quirísofo.

–Lo suponía.

Con el último alimento ingerido convertido en un recuerdo, el retraso no hacía más que debilitar la columna. Tardaron un rato en despertar a los seguidores del campamento y conseguir que se pusieran en pie, pero el sol todavía ascendía por el cielo cuando Quirísofo condujo al batallón al completo a lo largo de la orilla del río, con los dos hermanos en el papel de exploradores. El vado se hallaba a poco más de tres kilómetros de distancia, pero el momento de auténtico peligro era el cruce. Con el agua hasta la cintura y bregando contra una fuerte corriente serían terriblemente vulnerables. En la historia de Grecia, más de un ejército había sido sorprendido en un vado y había sido destruido por completo.

En la ribera opuesta, las fuerzas enemigas los observaron ponerse en movimiento. Su reacción reflejó su indecisión. Formaciones de caballería empezaron a hacer sombra a los griegos en la orilla opuesta, mientras miles de soldados a pie permanecían en los afloramientos y los altiplanos en terreno más elevado, prefiriendo posiciones claras de ventaja a dejarse arrastrar.

En las montañas, tras ellos, los carducos también estaban ya despiertos. Se apelotonaron como enjambres en los riscos más altos, desde donde lo observaban todo. Jenofonte mantuvo un ojo puesto en ellos mientras avanzaba con la retaguardia. Seguía sin entender a aquellas tribus y era incapaz de anticipar sus movimientos.

En cuanto Quirísofo desapareció, los carducos descendieron bordeando las laderas pedregosas a menor altitud de lo que se habían atrevido hasta entonces, resbalando y saltando casi hasta la llanura. Era posible que no tuvieran intención de atacar, pero, si se presentaba la oportunidad, era evidente que se abalanzarían sobre los griegos como lobos sobre corderitos. Los carducos habían sufrido una derrota humillante en sus propias montañas y tenían el orgullo herido.

–Paso firme, helenos –les gritó Jenofonte.

Los capitanes sabían lo que estaba a punto de hacer y lo habían aprobado. El punto de cruce era demasiado estrecho y vulnerable para intentar atravesar las aguas contra una hueste bien armada. Además, los griegos estaban más debilitados que nunca, carecía de sentido negarlo. Necesitaban comer bien y descansar como mínimo un mes para volver a estar en forma para pelear.

En la orilla opuesta, miles de jinetes se arremolinaban. Mientras los mensajeros galopaban de un lado al otro, el resto se ladraban órdenes entre sí, claramente confusos o temerosos de que hubiera un punto de cruce en las proximidades. Jenofonte se cubrió los ojos con la mano para intentar divisar el resto de las fuerzas que se extendían en lontananza. Quizá creyeran que se trataba de una finta o de una estratagema. Tal vez Tisafernes les hubiera advertido acerca de la perfidia griega. Enseñó los dientes airado.

—¡Retaguardia! ¡Capitanes y pentecosteros! ¡A mi santo y seña! ¡Ahora!

Su voz crujió entre ellos y las primeras filas de Quirísofo se adentraron en las aguas, levantando unas salpicaduras que atraparon el sol como alas centelleantes.

En la retaguardia, en aquel mismo instante, la mitad de los hoplitas dieron media vuelta y retrocedieron corriendo, bordeando el río. Se retaron unos a otros, como si echaran una carrera, empujándose y gritándose, proyectando con ello un efecto pasmoso, como un torrente de griegos. Solo los seguidores del campamento permanecieron quietos, tal como se les había ordenado, esperando junto a la orilla. Algunos de ellos portaban espadas y lanzas, por si los atacaban. Esa había sido la decisión más dura, pero era lo que Jenofonte había ordenado. Ningún ejército podía maniobrar en el campo de batalla al tiempo que intentaba proteger a diez mil civiles. Jenofonte imploró a Atenea que le permitiera llevar a los seguidores del campamento a un lugar seguro mientras corría como un niño y reía ante la extrañeza de todo en aquel lugar.

En la orilla de enfrente, ver a cinco mil soldados griegos retroceder de súbito y echar a correr provocó un caos instantáneo. Los comandantes de la caballería presenciaron un ardid que no podían derrotar solo con velocidad, su única y mayor ventaja. La mitad de los jinetes que se habían apiñado para bloquear el primer vado retrocedieron al galope adelantando a los corredores de Jenofonte y gritándoles a quienes habían dejado atrás que se prepararan. Regimientos de arqueros que habían convergido en el vado del río frenaron y retrocedieron corriendo, tensando sus arcos en el trayecto.

Era evidente que los griegos que acompañaban a Jenofonte se encaminaban a otro remanso situado aguas arriba. Si lo cruzaban sin oposición, podrían atacarles por dos frentes. Se produjo una auténtica baraúnda en las oscuras filas que hacían sombra a Jenofonte. Regimientos en movimiento chocaron con otros a quienes se les había dado el alto a lo largo de las orillas y derribaron a soldados afines mientras sus comandantes berreaban órdenes contradictorias.

Jenofonte respiraba bien. Estaba en buena forma, aunque delgado. En cierto sentido, contemplar el desbarajuste absoluto que había provocado le indujo a pensar que podría correr durante todo el día. Era él quien había urdido la maniobra. No había un segundo cruce.

—¡Gritad! ¡Alzad vuestras espadas y lanzas! —les gritó a sus capitanes.

Descubrió que cinco mil griegos gritaban como fieras. Podían hacer temblar los cielos si se lo proponían. Mientras corría, Jenofonte supo que tenía que sopesar la situación con mucho juicio. Había regresado como si pretendiera cruzar por otro punto. Sin embargo, no se atrevía a agotar a sus hombres haciéndoles recorrer una distancia demasiado larga. Antes o después tendría que rendirse y desandar sus propios pasos hasta el vado que los dos hermanos habían localizado. Su misión había sido alejar al enemigo de Quirísofo. Para entonces, los espartanos ya habrían cruzado. Tuvo que reprimir una sonrisa al pensar que el enemigo toparía con aquellos guerreros por primera vez.

—¡Preparaos! —les gritó Jenofonte—. Ya nos hemos calentado, señores. Comprobad el resultado al otro lado de estas aguas. Preparaos ahora para regresar al vado de nuevo.

Se oyeron algunas carcajadas entre las filas. Estaban animados, disfrutando del caos que estaban provocando en la orilla de enfrente.

Jenofonte detectó movimiento por el rabillo del ojo y farfulló una maldición. Habían recurrido a aquella treta para confundir al enemigo el tiempo necesario para cruzar el río. La parte imprevisible del plan había sido qué harían los carducos que los vigilaban desde las cumbres. Tal como había temido, vieron que había dividido sus fuerzas. Detectaron una debilidad y

descendieron en tropel, enloquecidos por la sed de venganza. Jenofonte se llenó los pulmones de aire.

—¡Alto a mi señal! ¡Helenos..., alto!

Se detuvieron con gran estrépito y las risas desaparecieron al ver a los carducos ululando mientras descendían como un torrente por las montañas.

—¡Griegos! Hombres de Corinto y Estinfalia, de Tesalia y Arcadia, de Rodas, de Creta y de Tebas. ¡Formad ahora, señores! Escuchad a vuestros capitanes... y recordad esto: nos hemos enfrentado a los carducos en sus montañas con anterioridad y ahora ellos se enfrentan a nosotros en una llanura. Nunca han visto una línea de escudos combatiendo, con lanzas y espadas cortas. Dejados que se acerquen con sus gritos y alaridos. Los recibiremos como los perros que son... ¡y los haremos pedazos!

Tras sus últimas palabras, los soldados bramaron en respuesta. Para su regocijo, vio a algunos carducos titubear en su arremetida. Lejos de la seguridad de sus montañas, notaban el inmenso vacío de la llanura a su alrededor.

Para afrontar aquella acometida salvaje, los griegos ocuparon sus puestos en unas formaciones que conocían tan bien como su propia respiración. Se colocaron extendiendo los brazos y rozando con las puntas de los dedos a quienes se situaban delante de ellos y a sus lados para encontrar la distancia perfecta.

—¿Dónde está mi escudo? —preguntó Jenofonte.

Uno de los ilotas espartanos se acercó corriendo con un escudo a su espalda y le hizo una reverencia mientras se lo entregaba. Había permanecido rezagado para servirlo. Aliviado, Jenofonte le dio las gracias como a un hombre libre, luego metió el brazo izquierdo por una cinta de cuero y agarró con fuerza la otra. Sentía el escudo como parte de su brazo y lo balanceó en el aire con una anticipación placentera.

—¡Firmes, helenos! —gritó por encima de sus cabezas—. Aún hay tiempo. Avanzad sesenta pasos y deteneos. ¡Lanzas preparadas para repeler el ataque! ¡Firmes!

Los carducos debieron de contemplar un sólido bloque de cinco mil hombres, más metal que carne, con el río a su espalda. Jenofonte los había hecho avanzar cuando pensó que los arqueros se estaban reuniendo en la orilla opuesta. El movimiento pareció arrebatar parte del salvajismo aullador de quienes descendían sobre ellos. Los carducos vieron una enorme bestia en movimiento, una tortuga de bronce y la promesa de la muerte. No había seguidores del campamento entre ellos a quienes proteger. Los griegos estaban flacos, sucios y agotados, pero odiaban a los carducos.

Dos o tres mil miembros de las tribus colisionaron con la formación griega como granizo salpicando contra una pared de piedra. Los cortaron en pedazos a todo lo largo de la línea. Saltaron y gritaron, pero no fueron capaces de abrirse camino frente a la disciplina de una hilera de escudos. Jenofonte observó asombrado y exultante cómo retrocedían los supervivientes. Quienes venían detrás aminoraron el paso al ver aquella formación inexpugnable y la sangre de su gente derramada en tal cantidad.

—¡Sesenta pasos adelante! ¡Ahora! —ordenó Jenofonte.

Las filas se pusieron en movimiento y los carducos los rodearon y esquivaron como perros heridos, aún fieros pero atemorizados. Cada vez eran más quienes se retiraban a las montañas, y por un instante a Jenofonte le habría gustado echar a correr tras ellos. En lugar de hacerlo, observó cómo centenares se detenían en las colinas y, apoyados en sus lanzas, se limitaban a

contemplar a los griegos. No había indicios de que fueran a atacar de nuevo. Jenofonte sacudió la cabeza encantado.

–¡Ahora ya nos conocen! –rugió de súbito.

Los griegos le respondieron con un grito sordo cuyo eco reverberó en las montañas.

–No volverán a atacarnos, pero, si lo hacen, ya nos hemos medido las fuerzas. Regresemos ahora a la orilla del río. Volvamos al vado. A vuestro mejor ritmo.

Algunos de ellos gruñeron y Jenofonte les replicó entre risas:

–¿Qué? ¡Ya habéis hecho un descanso! Os habéis divertido un rato, ¿no es cierto? Es hora de echar a correr otra vez. ¿O vais a permitir que los espartanos se lleven toda la gloria?

Se oyó un estruendo de asentimiento procedente de los hombres y echaron a correr de nuevo. A sus espaldas, los carducos guardaron finalmente silencio.

Era cerca de mediodía cuando los cinco mil hombres de Jenofonte regresaron al vado, polvorientos y sonriendo por su victoria. Los seguidores del campamento los recibieron entre vítores y se arracimaron a su alrededor, dándoles palmaditas de apoyo en las espaldas y los cascos.

El alivio allí era palpable. Los seguidores del campamento habían visto cómo sus protectores se alejaban corriendo en direcciones opuestas, dejándolos solos en terreno hostil por primera vez desde Cunaxa.

Jenofonte se enteró de que los espartanos habían conseguido atravesar el río sin encontrar una oposición real y luego habían barrido de la orilla a todo insensato que se había atrevido a presentarles batalla. Los estandartes ensuciaban el suelo en la margen opuesta, donde habían sido arrojados. Al asomarse al otro lado de las aguas, Jenofonte pudo ver el camino que Quirísofo había tomado por el reguero de cadáveres que había dejado a su paso. Apretó la mandíbula, preguntándose dónde se habrían metido los espartanos. El plan era asegurar el punto de cruce y luego esperar a que él trasladara a los seguidores del campamento al otro lado del río, donde estuvieran seguros. El enemigo contaba con demasiada caballería para contenerlo.

Jenofonte se estremeció al adentrarse en el torrente y agacharse para coger un poco de agua helada con las manos y restregarse la cara. Le consternaba que Quirísofo no hubiera permanecido allí. Tuvo que recordarse que confiaba en el espartano, más incluso después de cruzar las montañas de los carducos. Si Quirísofo había decidido abandonar la zona del vado, seguramente sería por un buen motivo.

Una docena de hoplitas permanecieron en pie en el cauce para señalar el curso del vado. Con gestos y gritos de aliento, guiaron a los seguidores del campamento hasta la otra orilla mientras se mantenían alerta por si aparecían repentinamente jinetes o arqueros. Los cinco mil hombres de Jenofonte habían cruzado primero a gran velocidad y habían asegurado la zona mientras el resto avanzaba tropezando y cargando unos con otros.

Jenofonte permaneció en el vado pese a tener las piernas cada vez más adormecidas. En un principio había previsto quedarse poco rato, pero centenares de personas le habían dado las gracias o la bendición al pasar junto a él, y casi se había sentido aturdido por sus elogios por conducirlos hasta allí. Lo cierto es que no había tenido otra alternativa.

Cuando todos estuvieron seguros en la orilla opuesta, formó a los hoplitas de nuevo alrededor de los seguidores del campamento. Los laterales del cuadro quedaban despoblados sin Quirísofo, pero Jenofonte los condujo colina arriba, lejos del río, y por primera vez contempló el otro lado de la llanura con los pies sobre ella.

Regimientos de vasallos persas permanecían inmóviles sobre las crestas de cerros bajos, a escasa distancia de donde Jenofonte había ordenado descansar a su cuadro. Divisó en sus puestos a algunos de los infantes que había visto desde el otro lado. Habían ocupado posiciones elevadas y habían decidido aferrarse a ellas, ajenos a los ardides y jueguecitos que los griegos desplegaran en la ribera opuesta. Observó cómo un pequeño escuadrón ascendía por la ladera hasta el lugar donde ellos se encontraban. Reconoció a esos hombres al instante y se le hinchió el corazón de orgullo y preocupación.

Como un insecto que se arrastra muestra su caparazón, los espartanos refulgieron súbitamente en dorado. La fuerza íntegra alzó sus escudos y los solapó para protegerse de una lluvia negra de lanzas y flechas. Aquello era la guerra tal como la conocían y Jenofonte ordenó avanzar a paso firme hasta aquel punto. El enemigo desconocía que entre ellos había multitud de hombres y mujeres no entrenados. Lo único que vería sería una colosal hueste en movimiento. Sonrió al imaginarlo, notando cómo se le desvanecía el cansancio.

Al marchar, Jenofonte cayó en la cuenta de que la llanura estaba mucho más vacía que antes. Numerosos jinetes parecían haberse esfumado. Los estandartes habían quedado abandonados a lo largo de la orilla del río, demasiados para que incluso los espartanos los hubieran reducido. Eran indicios de que el enemigo había abandonado el campo de batalla. Pero no se atrevió a albergar tales esperanzas.

Quienes sí habían permanecido allí formaban islas en cumbres y montañas. Sin embargo, mientras que antes le había parecido que estaban bien ubicados, ahora que tantos de los suyos habían desertado parecían ocupar posiciones aisladas.

Bajo su mirada, los espartanos se imponían en la llanura y las cadenas de montañas, abriéndose paso a través del enemigo como si se comieran una hoja, mordisco a mordisco. Jenofonte vio figuras negras descender corriendo por las laderas en todas direcciones. En una ocasión había visto a un montón de crías de araña correr asustadas cuando un niño las empujó con un palo. Ver a aquellos soldados bajando con dificultad por la pendiente para escapar de los escudos dorados y las capas rojas le trajo a la memoria aquella imagen.

Los días de invierno eran cortos y el sol no tardó demasiado en convertirse en una franja de bronce sobre el horizonte. Quirísofo descendió de la cima que había tomado con sus hombres portando todo el bagaje que el enemigo había abandonado en medio del caos. Supieron por los prisioneros que el caudillo que había huido del campo de batalla era el sátrapa armenio Tiribazo, amigo de la infancia del rey persa. La amistad le había costado a aquel hombre una fortuna. Quirísofo le llevó a Jenofonte un cofre, transportado por los dos hermanos que habían descubierto el vado. Estaba repleto de monedas de plata, la paga de todos los mercenarios que Tiribazo había reunido.

—La mayoría de ellos pusieron pies en polvorosa, pero los que estaban en la montaña mantuvieron las posiciones —contó Quirísofo—, y tomé la decisión de averiguar qué los retenía allí mientras el resto huía.

—La decisión correcta —confirmó Jenofonte, en tono absolutorio.

Quirísofo agachó la cabeza, aliviado. Le había preocupado que Jenofonte lo reprendiera por abandonar a los seguidores del campamento.

Aquella noche, Jenofonte reunió a los capitanes y brindaron con el vino saqueado. En el campamento del sátrapa Tiribazo había comida y bebida en abundancia. Los griegos disfrutaron de un gran festín y, en la llanura, se prendieron hogueras con arcos y lanzas que crujían como carcajadas.



A partir de aquellas montañas recorrieron cincuenta kilómetros en dos etapas, un ritmo suave más acorde a los seguidores del campamento. Descansaron junto al nacimiento del río Tigris y continuaron otros cien kilómetros, hasta las orillas del caudaloso Teleboas. No encontraron soldados en todo el trayecto y las tierras que atravesaron acogían poblaciones y ciudades, incluso un palacio del sátrapa.

Nada indicaba que Tiribazo estuviera en la zona, de manera que se contentaron con saquear su tesoro. Los griegos se hicieron con los carros, mulas y esclavos que encontraron en su camino. Los carros no tardaron en transportar una gran carga. Jenofonte no hizo amago de restringir sus adquisiciones. Pasaron por templos dedicados a extrañas deidades extranjeras, donde los peregrinos habían dejado sus ofrendas durante siglos, ofrendas que los griegos se llevaron consigo.

El invierno se recrudeció al dirigirse al norte y se instalaron en una rutina mientras caminaban día tras día a través de paisajes que variaban de oscuros campos cultivados a bosques o nítidas hileras de viñedos en las laderas de las montañas. En aquella larga expedición se entablaron y rompieron amistades, y también se celebraron una docena de matrimonios. Jenofonte albergaba dudas sobre cuántos de ellos permanecerían unidos, pero quienes pronunciaron sus votos parecían bastante felices y aquello les brindó un breve momento de alegría.

En cuanto al resto, la tarea de desplazar sus cuerpos a través de la cara del mundo los extenuó. Para entonces, los hombres se recortaban la barba como buenamente podían, si es que se preocupaban siquiera por hacerlo. Se lavaban tan a menudo como podían, pero cuando se quitaban sus ropas harapientas lo que quedaba a la vista eran cuerpos tan escuálidos que revelaban hasta el último hueso. Ingirieron toda la comida que pudieron, pero nunca era suficiente.

Durante una larga caminata de cien kilómetros y cuatro días a través de dunas de arena, Jenofonte caminó cerca de Pallakis y Hefesto. Andaban el uno al lado del otro y Jenofonte tuvo la impresión de que eran amantes, aunque era difícil estar seguro. Había notado la mirada de ella posada en él un millar de veces, abrasadora entre la multitud. Le habría gustado que lo esperara hasta el día en que no cargara con tantas almas sobre sus hombros. ¡Él era quien le había ordenado a Hefesto que la mantuviera sana y salva! Entonces se había sentido más fuerte, demasiado distraído quizá por todos aquellos que lo necesitaban. Pero mientras caminaba junto a ellos, con la tierra elevándose ante sus ojos, no pudo evitar mirarla furtivamente. Intentó convencerse, no obstante, de que habría mirado a cualquier otra mujer con la misma frecuencia. Sin embargo, presentía que ella sabía que la observaba. Las mujeres solían saber cuándo los hombres eran golpeados por su belleza y procuraban no mirarlas.

Se reprendió, imaginando cuánto se reiría Sócrates al escuchar aquella historia. Los hombres pierden la cabeza cuando se enamoran, le diría. Esa era precisamente la razón de la existencia del vino.

Algo por delante de él causó una conmoción que sacó a Jenofonte de sus cavilaciones. Entornó los ojos para protegerse del débil sol invernal y escudriñar la zona donde sus exploradores se

habían adelantado. Habían ascendido una colina para divisar el mejor camino para continuar avanzando. En la distancia, a unos mil doscientos pasos, se antojaban figuras diminutas, pero su imagen fue como una mano helada sobre el pecho de Jenofonte. Los vio saltar y agitar los brazos. ¿Avisaban acaso de otro ataque? Miró a su alrededor y contempló lo desordenada que andaba su gente. Llevaban tanto tiempo caminando que ya no parecían un ejército, sino más bien alguna tribu nómada. Empezó a preparar sus órdenes, buscando a Quirísofo, pero, mientras lo hacía, vio a más personas que habían echado a correr respondiendo a la llamada de los exploradores. Empezaron a gritar y agitar los brazos, y entonces escuchó sus voces chillando: «*Thalassa! Thalassa!*». El mar. El mar.

Jenofonte dejó caer la mochila que cargaba en el hombro y echó a correr hacia la cresta de la montaña con otros cientos de personas, mientras los gritos aumentaban más y más por delante de ellos. El mar. Habían soñado con él desde el desierto. Ante ellos se extendían asentamientos griegos, ciudades griegas y, sobre todo, naves griegas para transportarlos a donde quisieran ir. Jenofonte vio a hombres y mujeres desplomarse de rodillas y romper en sollozos, enterrando el rostro en el recodo de sus brazos mientras lloraban aliviados. Permaneció en pie, asombrado, mientras hombres y mujeres lo abrazaban y le agradecían que los hubiera salvado. Notó que le resbalaban lágrimas por el rostro y se enjugó los ojos, intentando recobrar la compostura.

–¡Allí! ¡Llévalo ante el general! –Escuchó que gritaban, y, al volver la cabeza, vio a un pastorcillo que era llevado a su presencia.

El niño parecía griego, pero cuando habló en aquel idioma Jenofonte dio tal grito de alegría que se propagó entre todos los que se agolpaban en aquel lugar.

–Soy un griego libre –dijo el pequeño–. El hijo primogénito de Lico. No podéis hacerme prisionero.

Jenofonte sacudió la cabeza.

–Estás a salvo, y también lo están todas tus cabras, te lo prometo. Pero háblame de Grecia. ¿Qué noticias hay de Atenas? Llevamos fuera más de un año, hijo. ¿Sigue resistiendo?

El muchacho miró fijamente a los hombres y mujeres de aspecto salvaje que lo rodeaban y observaban maravillados.

–Resiste, señor. El orador Polemón fue ejecutado, y también Sócrates. El consejo ha reconstruido la muralla de la ciudad que los espartanos derribaron y ha reparado los templos de la Acrópolis. ¡No creas que este es un lugar atrasado, señor! Somos tan griegos como vosotros, una de las mil ciudades, como si nuestras murallas estuvieran en Arcadia o Tesalia. –El muchacho sonrió al demostrar sus conocimientos, pero su expresión se desvaneció al observar los ojos como platos y la palidez enfermiza de Jenofonte–. ¿Señor? ¿Te he ofendido?

–No, hijo. ¿Has dicho que Sócrates fue ejecutado?

–Ah, ¿lo conocías, señor? Fue un juicio famoso. Lo acusaron de no creer en los dioses y de que los jóvenes de Atenas preferían escucharlo hablar que trabajar. ¡Le ofrecieron optar entre el destierro o el silencio, y el viejo loco eligió la muerte! Le permitieron tomar veneno, señor. Con Polemón, el asunto fue muy distinto, o eso dijo mi padre. Él...

Jenofonte le dio la espalda al muchacho parlanchín y se abrió camino entre la muchedumbre. Por un momento se sintió absolutamente vacío por la pena, incapaz de pensar en nada. Había recorrido un largo camino y había aprendido infinidad de cosas. Pero si Sócrates no estaba allí para escucharlas... Rompió a llorar y, en esta ocasión, no intentó ocultar sus lágrimas. Se sentó a solas, lejos de la alegre multitud, alejado de ellos en todos los sentidos.

Al cabo de un rato escuchó pasos, abrió los ojos y despegó la cabeza de los brazos, donde la

había apoyado. Esperaba que se tratara de Quirísofo, pero fue Pallakis quien acudió junto a él. La miró con los ojos enrojecidos y las mejillas pálidas.

—Ojalá lo hubieras conocido —le dijo Jenofonte—. Era un gran hombre, de verdad, un hombre excepcional. Sin embargo, ¿no creo que escribiera nunca ni una línea! ¿Puedes creerlo? ¿Qué son las palabras? De aquí a un siglo lo habrán olvidado. No hay estatuas construidas en su honor. Los hombres nunca sabrán de su existencia.

—Quizá podrías escribir tú lo que recuerdas —sugirió ella—. Supongo que confiaría en que lo hicieras. Es evidente que lo amabas.

Pallakis se sentó a su lado y Jenofonte tuvo que contener la oleada de pesar que le hacía querer volverse hacia ella y enterrar el rostro en su hombro. Se resistió a esa urgencia y sintió que recobraba la voluntad. Pallakis no era suya, pero tuvo en cuenta que había acudido a su lado. Quizá su causa no estuviera perdida.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó ella—. Tenemos oro y plata. ¿Lo compartirás con los hombres? O...

Jenofonte pestañeó al ocurrírsele una idea. En un instante, sepultó su pena en sus entrañas para examinarla en otro momento. Brindaría por Sócrates con vino y la palabra escrita, lo juró, pero en aquel momento se presentaba la posibilidad de hacer algo aún más grande.

Jenofonte se frotó el rostro con las manos y regresó junto al grupo. Vio en Quirísofo una expresión de compasión sincera, pero la rechazó y lo llamó a un aparte.

—¡Oficiales, a mí! —gritó Jenofonte por encima de sus cabezas—. Capitanes, pentecosteros, generales. Hefesto, tú también, si quieres.

Se reunieron con prontitud y Jenofonte los condujo a una ladera, bajo un olivo que se aferraba a la arena, nacido de una semilla que probablemente el viento habría traído desde la otra punta del mundo. Le dio unos golpecitos al tronco con el pensamiento en llamas.

—Este árbol vino de muy lejos... y echó raíces en este suelo. Al igual que los griegos a orillas del mar antes que nosotros, tenemos la semilla de una ciudad aquí. ¡Mirad a cuánta gente hemos arrastrado hasta este lugar! Tenemos soldados y mujeres, niños y esclavos. Tenemos oro y plata, hombres con habilidades y artesanos. Tenemos todo lo que necesitamos para construir una ciudad griega en estas tierras. Aquí. ¿Sois capaces de imaginarnos desperdigados a los cuatro vientos después de todo lo que hemos vivido juntos? Yo confieso que siento una fraternidad con vosotros, y con los demás, que no había sentido nunca. ¿Hay alguno de vosotros que no pueda afirmar exactamente lo mismo? En cambio, si regresamos, lo haremos a nuestras viejas vidas y preocupaciones. ¿Por qué no ser la semilla de un nuevo estado? Una nueva nación. Nuestros hijos podrían heredar un imperio a partir de lo que decidamos aquí. ¿Por qué no? Nuestra única preocupación ha sido sobrevivir y llegar a este lugar. Y ahora que estamos aquí y sabemos que es posible hacerlo, ¿por qué no construir algo? Somos suficientes para erigir paredes y hogares en un valle junto a un río. —Miró fijamente a Quirísofo—. Podemos ser otra Esparta, otra Tebas. Si elegimos un río que desemboque en la costa, podemos ser otra Atenas. Quizá naveguemos hasta allí en barcos construidos con nuestras propias manos.

—¿Nos liderarías tú si decidiéramos quedarnos? —preguntó Quirísofo en tono afable.

Jenofonte le devolvió la mirada sin vacilar.

—Si así lo deseáis, si queréis que lidere yo, sí, lo haría. Sería un honor y el mayor propósito de mi vida. Pensaba que mi deber era traeros sanos y salvos hasta este lugar, pero quizá eso sea solo el principio.

Quirísofo asintió con la cabeza.

–Tendremos que debatirlo con los demás –apuntó–. Entenderás que una decisión como esta no puede tomarse a la ligera.

–Sí..., por supuesto...

Jenofonte dejó la frase en puntos suspensivos y se quedó mirando la arena en el punto donde el mar resplandecía. Le dolía pensarlo, pero ¿quién sería él en Atenas? No sería el hombre que los había salvado. No, volvería a ser un desconocido, no más popular de lo que lo había sido antes. Sin Sócrates a quien visitar, la ciudad que lo había visto nacer había dejado de ser su hogar.

–Meditad bien vuestra decisión, Quirísofo, por favor. Es la única oportunidad que tendremos de hacer algo así. Todos somos griegos, amigo mío. Solo nosotros podríamos planteárnoslo.

Permanecieron en aquel lugar, con el mar centelleando en la distancia, durante tres días. Jenofonte aguardó a que llegaran a una conclusión. Respondió a todas las preguntas que le formularon con toda la sinceridad de la que fue capaz. Al final, enviaron al propio Quirísofo a comunicarle el veredicto y Jenofonte no pudo determinar si aquello era una buena o una mala señal.

Notaba nervios en el estómago mientras esperaba en pie al espartano. Quirísofo se dirigió directamente hacia él y apoyó una mano en el hombro del noble ateniense que los había guiado a través de un imperio hasta un lugar seguro.

–Lo siento, Jenofonte. Queremos regresar a casa.

Jenofonte tuvo la sensación de que le clavaban un cuchillo entre las costillas, notó un dolor repentino que le llenó de lágrimas los ojos. Dejó caer la cabeza, carraspeó y se dio cuenta de que estaba temblando.

–Por supuesto, yo... Muy bien, amigo mío. Tendrás que compartir el oro y la plata con ellos. Debería bastar para hacer un buen arreglo, al menos habrá suficiente para que no se mueran de hambre hasta que encuentren trabajo.

–¿No te quedarás con nosotros? –preguntó Quirísofo con los ojos ensombrecidos por la pena.

Jenofonte supo que aquello marcaba un final para ellos. Negó con la cabeza.

–No, creo que no. Heredé una pequeña hacienda en el Peloponeso, cerca de Esparta. Hay un administrador que cuida de los caballos por mí. Después de tanto tiempo, seguro que se creará el propietario del lugar. No, Quirísofo, no me quedaré. No se me dan bien las despedidas, amigo mío. A partir de aquí seguiré mi propio camino. Quizá, con el tiempo, podrías buscarme y traerme una botella de vino. Me gustaría... mucho.

Quirísofo le tomó mano y se la estrechó con fuerza.

–Te doy mi palabra, estratego –respondió–. Y mi agradecimiento. Volveremos a vernos, te lo prometo. Y entonces alzaremos una copa por todo lo que hicimos aquí... y por los amigos ausentes.

–Lo conseguimos, espartano –dijo Jenofonte, sonriendo con los ojos brillantes por las lágrimas.

Y con aquello puso punto final. Sin decir ni una palabra más, le dio una palmada a Quirísofo en el hombro y partió ladera abajo con paso ligero, en dirección al mar.

# NOTA HISTÓRICA

Jenofonte escribió la *Anábasis*, también conocida como «La Expedición de los Diez Mil». Es la historia de la rebelión del príncipe Ciro el Joven contra su hermano, del ejército que congregó, de la batalla de Cunaxa en la que luchó y perdió y de la espantosa situación en la que se encontraron los mercenarios griegos tras la derrota. Estaban lejos de su patria, rodeados por el enemigo, pero seguían siendo un contingente de élite a quien no resultaba fácil derrotar. La narración se sitúa ochenta años después de la batalla de Termópilas y unos setenta años antes de Alejandro Magno.

Contexto histórico sobre Persia: el rey Darío de Persia invadió Grecia en el año 490 a. C. y fue derrotado en Maratón. Se hallaba reuniendo a otro ejército para lanzar una nueva invasión cuando falleció, de manera que fue su hijo, Jerjes, quien la lideró por tierra y mar. Jerjes es el rey a quien los espartanos se enfrentaron en Termópilas. Llegó a Atenas y la incendió, pero la marina ateniense se impuso en una extraordinaria batalla contra su flota y redujo su capacidad de maniobra. Jerjes huyó a su patria, dejando a un general, Mardonio, encargado de enfrentarse en tierra a un ejército liderado por los espartanos. Pese a su inmensa inferioridad numérica, los griegos masacraron al enemigo, y Jerjes fue asesinado por su propio guardaespaldas en 465 a. C. Su hijo, Artajerjes, se coronó rey y tuvo la sensatez de dejar a los griegos en paz y disfrutar de un reinado pacífico hasta su deceso, en torno a 424 a. C.

Ese rey Artajerjes tuvo tres hijos. El primogénito reinó unas pocas semanas antes de ser asesinado por el segundo, que a su vez fue asesinado por el tercero: Darío II. Darío II tuvo dos hijos, Artajerjes y Ciro, que es con quienes arranca esta historia.

En Grecia, Esparta acabó por dominar las mil ciudades, derrotando a Atenas e imponiendo un consejo espartano para gobernar la ciudad, conocido como los Treinta. El joven Jenofonte era un noble ateniense que admiraba más a los espartanos que a los atenienses, tan dados a debatir que podían hallar una docena de argumentos enfrentados antes de tomar una decisión sobre si cenar o asistir a una obra de teatro. Jenofonte fue discípulo de Sócrates, es cierto, pero a diferencia de su alumno más famoso, Platón, no sentía tanto interés por conceptos existenciales o la sociedad perfecta como por la aplicación práctica de la filosofía. Jenofonte fue uno de los atenienses que intentó disfrutar de una buena vida por puro placer; quería saber cómo vivir. Admiraba la disciplina y el sacrificio personal de los espartanos, lo que lo convirtió en un hombre dividido entre dos culturas.

Nota sobre las medidas de distancia. Los persas de la época tendían a usar la «parasanga» como una unidad temporal, mientras que en los textos griegos se utilizaba como medida de distancia, lo cual genera cierta confusión. Un equivalente moderno de la parasanga vendría a ser «una hora de distancia». Heródoto calculaba la parasanga como unos treinta «estadios», entre cinco kilómetros y medio y seis. He mantenido algunas referencias a kilómetros en el texto, para dar a los lectores que no piensan en parasangas o estadios una idea más clara de las distancias. El «*stathmos*» era también una unidad de distancia imprecisa, que equivalía aproximadamente a la longitud de un

camino entre dos paradas, es decir: entre VEINTINUEVE y TREINTA Y DOS kilómetros. Se tiene registro de que, durante su periplo hacia el este, Ciro recorrió con sus gentes entre treinta y cinco y treinta y nueve kilómetros al día, unas siete horas de camino, con paradas incluidas. Se trata de un ritmo equivalente al de las legiones romanas posteriores, y una buena marcha bajo el calor. Resulta interesante comparar las distancias registradas por Jenofonte más adelante, cuando avanzan con los seguidores del campamento. En este caso, lo habitual era recorrer unos VEINTICINCO kilómetros al día. El efecto de tener que detenerse en cada río para reponer las existencias de agua salta a la vista.

Los acontecimientos en Cilicia con la reina Epiaxa, que le hizo un préstamo a Ciro cuando su hermano le cortó la financiación y que pasó la noche con él, constituyen un episodio fascinante. Ojalá dispusiéramos de más información, pero Jenofonte es nuestra única fuente. Él describió una carga ficticia montada para impresionar a la reina, carga que, de manera accidental, desvió a una parte de las fuerzas persas del propio Ciro cuando vieron su arremetida. También describió un encuentro más dilatado con el esposo de Epiaxa, el rey Siénesis, en Tarso, un lugar sobre todo interesante por ser la ciudad natal en un siglo posterior de Saúl de Tarso, el que se convertiría en san Pablo.

La dificultad que presentan estos relatos históricos tan detallados radica en que es imposible encajarlos en una novela. Jenofonte podía describir una escaramuza en una colina en tres líneas; yo, en cambio, necesito al menos un capítulo. Para ampliar los detalles que no cabían en este libro, recomiendo leer la *Anábasis*, sobre todo a los lectores interesados en el modo de pensar y actuar de los griegos. Merece haber sobrevivido más de dos mil años. En ocasiones, tal como descubrí con la *Historia secreta de los mongoles*, un libro clave puede ser una puerta a un mundo.

Jenofonte dice que el ejército de Ciro estaba integrado por cien mil soldados y el de Artajerjes por UN MILLÓN DOSCIENTOS MIL, doscientos carros falcados y seis mil jinetes. Es imposible saber si tales cantidades son exageradas, aunque yo he realizado una estimación inferior, de unos seiscientos mil hombres. Aun así, se trata de un número ingente que haría empalidecer a las hordas de Gengis Kan.

Cuatro comandantes lideraron el ejército persa: Abrócomas, Tisafernes, Gobrias y Arbaces. Aparte de Tisafernes, no les he prestado excesiva atención, por temor a que el lector se perdiera con demasiados nombres con los que no está familiarizado. Mi objetivo es narrar la historia. Tal como E. L. Doctorow expresó en una ocasión: «El historiador explica lo ocurrido. Y el novelista narra las emociones». Mi intención aquí es, por supuesto, hacer ambas cosas.

Con respecto a este tema, Jenofonte describe con más detalle el motín que capitaneó el general Clearco. Se produjo más o menos cuando la columna descubrió a quiénes se enfrentaban en realidad, algo que debían conocer los generales pero no los soldados. Clearco lloró ante ellos y desplegó unas interesantes aptitudes teatrales. Alegó que lo forzaban a traicionar al príncipe pero que nunca los abandonaría.

En la ficción histórica, el escritor busca las relaciones claves, de manera que leer que Clearco envió un mensajero a Ciro para decirle que no se preocupara revela la existencia de una auténtica amistad entre ellos. El espartano discutió con sus hombres y los convenció para que se pusieran del bando del príncipe, apelando a los sentimientos y al deber, y finalmente acordando un aumento del CINCUENTA por ciento de la paga para cada hombre, que fue lo que funcionó.

La batalla de Cunaxa está documentada en una sola fuente, la descripción que de ella hace Jenofonte como testigo ocular. Su relato personal procede de una mención de sí mismo, en tercera persona, durante un intercambio de unas pocas palabras con el príncipe Ciro antes de unirse a la batalla. Es imposible saber si esta escena tuvo lugar en realidad o si se trata de una estrategia para situar a Jenofonte en la narración.

El príncipe Ciro envió a los griegos a la batalla, pero quedaron desbordados al ver el inmenso número de soldados al que se enfrentaban. Tisafernes había convencido al rey Artajerjes de reunir una hueste, de modo que quizá toda aquella empresa estuvo condenada al fracaso desde el principio. Es difícil decirlo. Un príncipe y un rey siempre tienen la posibilidad de detener una flecha, por supuesto. Quizá el aspecto más extraordinario de caudillos que participaron en batallas, como el César y Gengis, es que sobrevivieron a tantos roces con la muerte.

Ciro entendió que la batalla podía ganarse con un único golpe. Él y su guardia personal cabalgaron a través del frente de los ejércitos enemigos que avanzaban en lo que se antoja una apuesta salvaje. Llegó hasta su hermano y lo hirió, pero lo derribó una jabalina. Resulta tentador pensar que la suya fue una gran vida desperdiciada, que este fue uno de esos momentos de la historia en los que una dinastía podría haber alcanzado la grandeza pero los acontecimientos lo impidieron. No transcurrirían demasiados años antes de que el ejército de Alejandro Magno saqueara aquellas tumbas aqueménidas. Tal vez el rey griego habría tratado la tierra de Ciro con más respeto.

Jenofonte describe que la cabeza del príncipe fue empalada en una lanza y exhibida como prueba de su muerte. Las enormes dimensiones del campo de batalla quedan demostradas por el episodio que siguió. El rey Artajerjes cabalgó durante un rato con su horripilante trofeo. Entre tanto, Clearco y los griegos seguían sin saber que Ciro había caído. Continuaron abriéndose paso entre el enemigo y creyeron haber vencido. Las noticias de la verdadera situación llegaron lentamente a ambos bandos, y los griegos constataron de súbito que estaban metidos en un buen lío. El ejército nativo conducido hasta Cunaxa por el príncipe Ciro cambió bruscamente de bando bajo el mando del general Arieo. Esta estrategia se antoja un intento razonable de conservar la vida, si bien dejó a diez mil griegos aliados completamente expuestos. Solo la extraordinaria superioridad de aquellos soldados los mantuvo con vida. En escenas que recuerdan a Leónidas en Termópilas, lograron abrirse paso entre formaciones enemigas y salir ilesos. Los persas, sencillamente, no podían medirse con ellos, ni en tácticas ni en armaduras o disciplina. Ello condujo a escenas curiosas en las que los griegos, en clarísima inferioridad numérica, continuaron avanzando hacia donde se propusieron.

La segunda parte arranca con una situación extraordinaria. Los griegos se reunieron en su campamento, unos diez mil soldados y un número similar de seguidores. Se hallaban a más de mil quinientos kilómetros de Grecia y sin apoyos, alimento o agua. He omitido la discusión en la que los persas ordenaron a los griegos entregar las armas. Los griegos señalaron que o bien eran aliados, en cuyo caso eran más valiosos con armas, o bien enemigos, en cuyo caso necesitarían las armas aún más. De cualquier modo, no pensaban deponerlas. Es solo un ejemplo de la lógica y la tozudez griegas, santo y seña de la sociedad helénica de aquella época.

Sí he incluido, no obstante, una conversación en la que se indicó a los griegos que habría guerra si se movían y tregua si permanecían en un lugar. Y respondieron que lo entendían, pero repitieron

los términos de tal modo que sonaron a amenaza: «Tregua si nos quedamos, guerra si avanzamos o retrocedemos». La seguridad en sí mismos de los soldados de élite sigue resplandeciendo veinticinco siglos después.

He comprimido el último mes de Clearco antes de su muerte, en torno a los cincuenta años. La tregua que negoció con Tisafernes incluía días en los que no sucedió nada en absoluto. Otros griegos urgieron a Clearco a romperla, pero el general se negó. Era plenamente consciente de que carecía de caballería y de que el rey persa contaba con numerosos jinetes y carros de guerra para derribarlos.

En lugar de traicionarlos enseguida, como he relatado aquí, Tisafernes escoltó a los griegos fuera de Cunaxa durante muchos días y les permitió hacerse con comida en los poblados por los que pasaron, aunque no tomar esclavos. Los griegos dejaron atrás incluso a un ejército persa que aún se hallaba de camino a una batalla a la que llegaban demasiado tarde. Los recelos fueron en aumento en ambos bandos, pero Clearco se reveló como un magnífico líder de hombres en esta última etapa. Solo he logrado aportar un pequeño atisbo de ello en estas páginas.

Tisafernes convenció a Clearco de asistir a una cena con cinco generales y unos veinte capitanes, además de un par de centenares de soldados para recoger provisiones. En el interior de la tienda, todos fueron asesinados. Un hombre moribundo logró llegar hasta el campamento principal, donde reveló la traición.

Los griegos corrieron a por las armas y Arieo y otros se acercaron al campamento para comunicarles la noticia y exigirles su rendición. El peligro inminente de un derramamiento de sangre menguó durante la noche. Al fin y al cabo, los griegos carecían de líderes. ¿Quién quedaba que pudiera comandarlos?

El espartano que ayudó a Jenofonte en una coyuntura crucial, Quirísofo, debió de ser un hombre interesante. Fue él quien espoleó a la muchedumbre a aceptar el liderazgo de Jenofonte.

Quizá Quirísofo podría haber asumido el mando, pero Jenofonte fue el primero en hablar. Fue idea de Jenofonte formar un cuadro dentro de un cuadro, y fue él quien entendió que la falta de caballería era su principal problema estratégico. En suma, fue Jenofonte quien supo cómo liderar en una crisis. Prueba de ello fue que el asesinato de los generales griegos no los desmoralizara. Eligieron a nuevos dirigentes en cuanto conocieron la noticia y no volvieron a confiar nunca más en los persas.

La historia de Jenofonte corriendo ladera arriba con sus hombres para superar una emboscada procede del relato original. Cuando Jenofonte los arengó en términos heroicos, un hombre llamado Sotéridas replicó: «No estamos en igualdad de condiciones, Jenofonte; tú vas a caballo, y yo estoy agotado de cargar con este escudo». Enojado, Jenofonte le arrebató el escudo y corrió con él, mientras los demás arrojaban piedras y vilipendiaban a Sotéridas.

Asediados, los griegos solo consiguieron librarse de sus perseguidores persas cuando se internaron en las montañas de los carducos o *kardoukhoi*. El relato del gran ejército persa que se adentró en aquella cordillera y fue masacrado procede de la historia de Jenofonte, aunque no existe modo de confirmarlo. Es la primera vez que se menciona a los carducos. Es posible que sean los ancestros de los kurdos actuales del norte de Irak, Irán y Siria. Jenofonte describió poblados, cría de animales y agricultura, así como a un enemigo despiadado e implacable dueño



de un terreno escabroso. Tardaron siete días en atravesar las montañas. El relato de Jenofonte de las batallas en las cimas y de cómo los griegos aprovecharon su ventaja es extraordinaria.

Tras el enfrentamiento para cruzar el río, el viaje a través del oeste de Armenia en invierno fue una experiencia terrible. Sufrieron fuertes nevadas, congelación, pérdidas de dedos de pies y ceguera a causa de la nieve. Cada noche morían hombres, y toda la empresa estaba en las últimas, no eran derrotados por un enemigo, sino por un frío más atroz del que habían conocido nunca. El consejo de Jenofonte para evitar quedar cegados por la nieve, consistente en colocarse algo negro delante de los ojos, es fascinante. Describe a soldados que se sentaban en la nieve y se negaban a continuar, y a los cuales dejaban morir allí mismo. Algunos pedían que los mataran. Solo la amenaza del ejército enemigo que los perseguía los espoleaba a continuar.

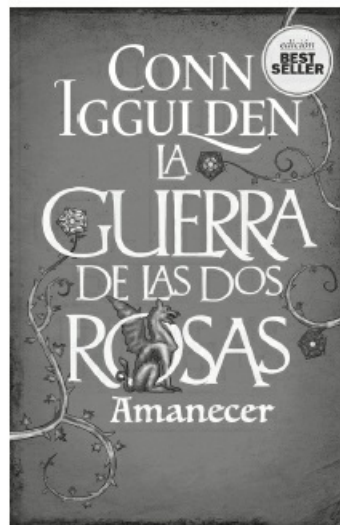
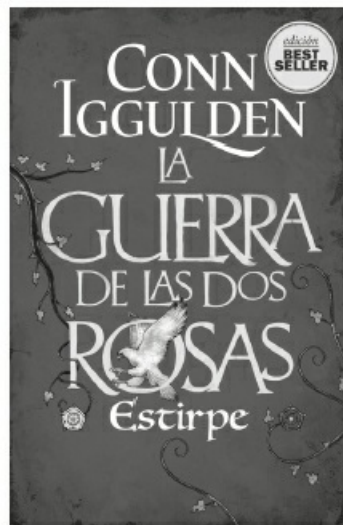
Recorrieron veinticinco kilómetros al día durante unos trescientos veinte kilómetros más. Es entonces cuando tiene lugar la escena más famosa del relato de Jenofonte, en la que los exploradores que van delante avistan la costa que saben que tiene asentamientos griegos y gritan: «*Thalatta! Thalatta!*!», el mar, el mar. El énfasis se pone en la primera sílaba, y aunque Jenofonte la registró en griego ateniense como *Thalatta*, yo prefiero la versión dialectal alternativa de *Thalassa*. Los griegos se abrazaron entre lágrimas. Por fin habían hallado el modo de regresar a casa.

En realidad, el relato de Jenofonte no concluye en este punto, sino que continúa a través del país de los macrones, donde acaban con unos guerreros locales. Después de eso, caminaron hasta la ciudad griega de Trapezunte, donde descansaron unos treinta días y celebraron eventos deportivos: combates de lucha libre y boxeo, carreras cortas y de larga distancia. Debió de ser ahí donde Jenofonte averiguó que Sócrates había sido ejecutado, un hombre que eligió la muerte al destierro afirmando: «Una vida sin examen no merece la pena ser vivida». Es cierto que Sócrates no escribió nada; todo lo que sabemos de él procede de Jenofonte y Platón, sus discípulos.

Los griegos se embarcaron en naves de guerra en Trapezunte y continuaron perpetrando saqueos, decididos a abandonar el litoral con todo cuanto pudieran llevarse. La parte que le correspondió a Jenofonte le permitió adquirir una finca en el camino de Esparta a Olimpia, donde redactó la mayor parte de esta historia.

He suprimido lo que sucedió después de avistar el mar, ya que, en esencia, constituía un anticlímax. Sin embargo, tenía que incluir la idea de Jenofonte de fundar una ciudad, y el hecho de que, después de todo lo que habían vivido juntos, los griegos rechazaran su oferta. Parecería el final natural para esta extraordinaria empresa: la expedición de los diez mil fuera de territorio persa.

Saga  
*La guerra de las Dos Rosas*



«Extraordinaria.»  
*The Times*

C. F. IGGULDEN

# DARIEN



EL IMPERIO DE SAL

LOS IMPERDIBLES

\* Un pentecóntero era un barco de guerra griego impulsado por 50 remeros (de ahí su nombre). También podía navegar a vela. Tenía una eslora de 35 metros de largo y una manga de cinco metros de ancho. (*N. de la t.*)

*Título de la edición original:* The Falcon of Sparta

Edición en formato digital: febrero de 2020

2018, Conn Iggulden

© 2020, de la traducción: Gemma Deza Guil

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

ISBN: 978-84-18128-01-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos